Invítame a leer

Conversaciones con gente de libros

Gerardo Segura

A la memoria eterna de
Luz María Chapela
luz portátil,
campanita de cristal y plata,
ladera oriente que espera al sol nuevo
cada día para transformarlo en sabia,
para irradiadarla por todos lados.

©Jesús Gerardo Segura Medina
©Gobierno del Estado de Coahuila de Zaragoza
©Secretaría de Cultura de Coahuila
Bulevar Venustiano Carranza #1569, República Poniente
C.P. 25280
Correo electrónico: premiosliterarios.sec@gmail.com

Edición: Alejandro Beltrán
Diseño: Estefanía Nicté Estrada

ISBN: Pendiente
Impreso y hecho en México
Saltillo, Coahuila de Zaragoza, 2019

Presentación

En el hermoso libro *Qué leen los que no leen*, de Juan Domingo Argüelles, se aborda el prejuicio respecto a las lecturas sanas, las que nutren, y las chatarra. Nos han enseñado que la lectura es buena y la no lectura alimenta el ocio. También que las lecturas sanas están en un canon y las malas en el puesto de periódicos, en la peluquería, en las salas de espera. Este planteamiento abre el camino a un asunto extra lector que habría que discutir, o simplemente ignorar y que cada quien se las arregle como pueda, que piense lo que quiera.

Otro semejante es el tema de que los libros buenos, los válidos, son los impresos por sellos editoriales comerciales. Las ediciones de autor, los institucionales, de imprentas del barrio, son proyectos que se agotan en sí mismos, sin trascender. En la biblioteca de casa hay un par de bellísimos ejemplares de Iberia editorial que impulsa Jaime Muñoz Vargas. Lejos del manido "Libros muy dignos" o "No le pide nada a nadie", los libros de Iberia son ejemplos de que fuera de los sellos nacionales comerciales sí se sabe editar siguiendo los cánones de las artes gráficas.

Y uno más es mal leer los libros. Las maestras nos dijeron con más frecuencia que éxito, que habíamos leído mal tal o cual libro, que no lo entendimos. ¿Hay un modo correcto de leer? ¿Hay un modo incorrecto de leer? Si es así, habría que preguntarse si existe un modo correcto y uno incorrecto de vivir, de entender de qué va la historia personal.

La lista de prejuicios, de malos entendidos, de intransigencias, de fantasmas que recorren las páginas de los libros, se alarga al tenor del censor, del juez que, ya sea vestido de bibliotecario, maestro, cura, librero, crítico, con frecuencia bien intencionado, hasta ser más grande que la enciclopedia británica.

A lo largo de años embebido en la lectura he resuelto algunos escollos y creencias, las menos, con tal de seguir abandonándome

en las páginas de los libros con la impudicia imprescindible para disfrutarlos. Sin embargo, cuando llegó la promoción de la lectura como actividad profesional y me trepé a la palestra a pontificar sobre el modo correcto de leer, vinieron las preguntas incómodas. ¿Así se hace? ¿Así procederá Alma Velasco, Felipe Garrido, Daniel Goldin y tantísimos más promotores serios, promotores de verdad? Ya la lectura de Ramón Flecha y antes, de su tutor Paulo Freire, había zanjado la cuestión con voz más clara que mi entendimiento: que cada quien lea a la luz de su historia personal.

Leer, como leerse, es un asunto tan subjetivo que más tiene que ver con el propio acercamiento inaugural a la lectura, con el acompañamiento que vivió, con el modo de entender la reacción del entorno a su ejercicio lector, con el tipo de lecturas realizadas... con un montón de cosas más que, como los genes reunidos al instante de la concepción, obedecen más al azar que a una planeación bien rumiada.

Preguntando, preguntador, me hice a la mar de la conversación con la Gente de libros. Todo lo que buscaba saber era si les ocurría lo mismo, si sus libros, sus hábitos lectores, sus libreros y esperanzas librescas alimentaban o padecían glorias o fantasmas.

La pléyade aquí reunida representa a los diversos gremios de la parábola que trazan los libros desde su salida del escritorio del escritor hasta su destino final. Editores, promotores, bibliotecarios, lectores y críticos están representados en las siguientes páginas, sin frontera entre una actividad y otra. Los bibliotecarios escriben, los escritores promueven la lectura, los lectores son escritores, los promotores son críticos, los críticos son bibliotecarios, así sea de su propia biblioteca... Ya lo dijo Yolanda Argudín en las entrañables clases en la Ibero Churubusco: el que anda entre libros a escribir se enseña.

Como en los ríos viejos las riveras están deslavadas y el agua fluye de un lado a otro sin mucha vocación de límite. Así, la gente de libros va al tenor de su juicio de un lado a otro de las orillas del

libro y ora toca la rivera del ensayo, ora la de la promoción, ora de la edición con tal de seguir leyendo, alimentando sus pensamientos, su voz interior.

Más allá de la censura, de los consejos, de los prejuicios del censor, el lector letrado escucha a su voz interior que, página tras página, libro tras libro, va haciéndose más sonora, más clara, más nítida, más inteligente. Tal vez por eso sea que algunos lectores letrados hablan poco, ocupados, como están, en dialogar con su voz interior, con el hombre que siempre va consigo.

*

La gente de libro cuyo pensamiento camina por estas páginas, son personas a las que admiro, respeto y tengo como ejemplo en uno o varios sentidos. A los que busqué y no están por algo será. Se partió del principio de construir un abanico conformado por jóvenes de diferentes edades, de diferentes regiones, no solo capitalinos, no solo coahuilenses; de diferentes acentuaciones profesionales, de diferentes formaciones, y de diferentes modos de pensar. El propósito es ofrecer al lector un caleidoscopio del pensamiento de los grandes lectores en México.

A cada una se le presentó una guía de conversación, de entre cinco y seis preguntas, que se desahogó conforme transcurría la charla. Se decidió suprimir la voz del interlocutor en un afán de dejar sola y libre la del entrevistado y que ésta corriera a su libre albedrío, salvo en el caso de tres entrevistados que prefirieron redactar sus respuestas y enviarlas por correo.

Gracias a la bondadosa confianza que dispensaron al proyecto, gracias por sus confidencias e infidencias (no todas están) y gracias por el trabajo de leer la edición final y aprobar el respectivo manuscrito.

Gerardo Segura
Saltillo, Coah. Noviembre 2018

Juan Domingo Argüelles

Poeta, ensayista, promotor de la lectura, antologador. Estudió lengua y literatura hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras en la UNAM. Ha sido coordinador de publicaciones periódicas de la Dirección General de Publicaciones de CONACULTA, subdirector de la revista *Tierra Adentro*, columnista en los diarios *El Financiero, El Universal y La Jornada*, colaborador habitual en las revistas *Libros de México*, *Quehacer Editorial* y *El Bibliotecario*.

Como poeta ha escrito, entre otros, *Poemas de invierno* (UNAM, 1983). *Como el mar que regresa* (Universidad Veracruzana, 1990). *Cruz y ficciones* (La Tinta del Alcatraz, 1992).

A la salud de los enfermos (Joaquín Mortiz-INBA, 1995). *Todas las aguas del relámpago*. Poesía reunida, 1982-2002 (UNAM, 2004).

Como ensayista es autor de *Qué leen los que no leen El poder inmaterial de la lectura, la tradición literaria y el hábito de leer* (Paidós, 2003. Edición revisada corregida y aumentada en Océano, 2017). *Leer bajo su propio riesgo. Mitos y realidades del hábito de leer* (Ediciones B). *Historias de lecturas y lectores* (Océano 2014). *Ustedes que leen. Controversias y mandatos sobre el libro y la lectura* (Océano, 2006). *Antimanual para lectores y promotores del libro y la lectura* (Océano, 2008). *Si quieres... lee. Contra la obligación de leer y otras utopías lectoras* (Fórcola, 2009). *La letra muerta. Tres diálogos virtuales sobre la realidad de leer* (Océano, 2010). *Escribir y leer con los niños, los adolescentes y los jóvenes. Breve antimanual para padres, maestros y demás adultos* (Océano, 2011). *Estás leyendo... ¿y no lees?* (Ediciones B, 2012). *Escritura y melancolía. Un viaje a la depresión* (Fórcola, 2010).

Dos siglos de poesía mexicana. Del siglo XIX al fin del milenio (Océano, 2001. ISBN 970-6514-88-2)

Como antologador ha reunido poesía mexicana bajo los siguientes títulos *Antología general de la poesía mexicana. De la época prehispánica hasta nuestros días* (Océano, 2012). *Antología general de la poesía mexicana. Poesía del México actual. De la segunda mitad del siglo XX a nuestros días* (Océano, 2014). *Antología esencial de la poesía mexicana* (Océano, 2017).

Su obra ha sido reconocida con Premio Nacional de Poesía Efraín Huerta (1987). Premio de Ensayo Ramón López Velarde (1988). Premio Nacional de Literatura Gilberto Owen (1992). Premio Nacional de Poesía Aguascalientes (1995).

Juan Domingo en sus propias palabras: "Nací en Chetumal, Quintana Roo, el 27 de diciembre de 1958, soy lector de libros desde hace cincuenta años, me he atrevido a escribir y a publicar otros porque, fatalmente, los que leemos libros y hacemos bibliotecas nos contagiamos de la fiebre de la escritura."

Aunque ya leía historietas y algunas biografías condensadas e ilustradas, llegué propiamente a la lectura hacia los nueve años, con el libro *Corazón, diario de un niño* de Edmundo de Amicis. Nadie me dijo que lo leyera. Cayó en mis manos por azar. En Chetumal, Quintana Roo, en la escasa biblioteca paterna, entre otros libros, encontré este que me interesó especialmente porque, al comenzar a leer, me di cuenta que los episodios que ahí se relataban ocurrían en la escuela. Cada página y cada capítulo fue interesándome más y más hasta que lo terminé. Nunca había leído un libro completo de puro texto, con sólo una pequeña ilustración por capítulo. Tampoco tuve conciencia de que acababa de leer una novela. Las historias de este libro me cautivaron, me atraparon, y punto.

Muchos años más tarde yo haría y prologaría una edición de este libro que despertó mi gusto por otros libros.

También, en casa, comencé a leer poemas en antologías, especialmente porque mi profesor de la primaria descubrió en mí al bicho raro ideal que declamara en las actividades cívicas. El famoso, entonces, *Álbum de oro de declamador*, que también encontré en la exigua biblioteca paterna, me acompañó hasta el sexto año de primaria. En sus páginas aprendí a amar la poesía. Sólo muchos años después pude distinguir entre la buena y la mala poesía, entre la intensidad lírica y la ampulosa cursilería. Pero incluso la poesía cursi me sensibilizó para distinguir después entre la emoción concentrada e intensa y la sensiblería o emoción fallida y grandilocuente. Lo importante fue que descubrí la música, el ritmo de las palabras. Y aprendí a leer en voz alta, con pausas, con inflexiones, con entonación, con claridad, con buena dicción, cosa que hoy no se enseña en las escuelas, por desgracia.

Dice Alessandro Baricco, y dice bien, que todos los lectores y los escritores somos la consecuencia de una herida no resuelta. Yo no sé cuál sea, exactamente, la mía. Pero sí sé que uno lee, primera-

mente, porque le atrae o le gusta lo que lee. El juicio sobre lo que lee vendrá después; pero lo principal es la atracción que opera, no por otra cosa, sino por la seducción de lo que uno encuentra en las páginas de un libro. Puede ser incluso el libro menos grandioso, y hasta posiblemente muy malo, pero cuando uno se inicia toda lectura es buena en tanto nos ayude a diferenciar, con el tiempo, entre lo extraordinario y lo mediocre o intrascendente. Lo pernicioso es que uno se quede en las lecturas triviales, banales, insustanciales que no aportan nada, absolutamente, al desarrollo cultural, intelectual y emocional.

Le creo a Mario Vargas Llosa cuando afirma que en todo lector hay alguien insatisfecho con el mundo real, con la realidad que, a veces, es insoportable. Lo que no hay que perder de vista es que la realidad sigue ahí, después de sumergirnos y salir de la lectura. El grave problema de algunas personas excesivamente librescas es que acaban confundiendo ficción con realidad. La ficción tiene sus reglas y debemos entenderlas como tales: podemos creer que hay alfombras voladoras, que hay genios dentro de las lámparas dispuestos a cumplir nuestros deseos, que hay demonios encerrados en una botella, a condición de que vivamos eso únicamente dentro de los libros.

Me causa desconfianza la gente que asegura que los libros son mejores que la vida, es decir, que la existencia real; en realidad, no me resulta simpática. Que alguien diga eso me parece una enorme contradicción y una confusión de lo más torpe, pues los libros existen gracias a que existen las personas reales que los escriben —y que los leen. Ningún libro es mejor que la vida, y eso que hay libros maravillosamente vivos.

El primer libro que leí con una pasión febril, al grado de no poder dejarlo y de amanecerme leyéndolo fue *La guerra y la paz* de Tolstoi, en 1973. Me volvió a suceder, pero con menor intensidad, con *Crimen y castigo* de Dostoievski, y *La peste* de Albert Camus. Los

leí cuando estaba en la preparatoria, pero no porque fuesen lecturas recomendadas por los maestros. En realidad, yo vivía afectado del virus de la lectura de un modo profundo, y en esos años todo era para mí leer y leer.

He vuelto a esos libros más de una vez. Y *La peste* ya no me parece tan extraordinario, porque descubrí en él intenciones ideológicas, cosa que la "lectura salvaje" no puede fácilmente identificar. *La guerra y la paz* y *Crimen y castigo* me siguen pareciendo grandiosos, extraordinarios, pero no repetí la pasión febril con que los leí la primera vez. Esto es muy propio de la relectura. Relee uno con más experiencia y, por ello mismo, con menos ingenuidad. En cambio, hay autores que van acrecentándose, agigantándose, ante nuestros ojos con el paso de los años: se transforman de grandes escritores, en figuras tutelares de nuestra vida. Me pasa con Antón Chéjov, a quien considero el más grande genio literario universal. Chéjov es Dios.

En mi más reciente libro de poesía, *El último strike* (Laberinto, 2016), hay un poema, "Verano en Yalta", que trata de recrear la experiencia de mi lectura y relecturas (muchas) de ese cuento perfecto de Chéjov que es "La dama del perrito".

Por supuesto, he escrito no sólo poemas, sino también artículos y ensayos, a partir de lo que ha despertado en mí la lectura de otros autores, desde Vallejo, Neruda y López Velarde, hasta Octavio Paz, Efraín Huerta, Jaime Sabines, Renato Leduc, Rubén Bonifaz Nuño y Eduardo Lizalde.

Los hábitos y manías de lectura seguramente son tan personales que es difícil encontrar a dos lectores iguales. Pero, en mi caso, a lo largo de toda mi juventud me impuse un deber que, por fortuna, cuando cumplí 50 años, rompí y no regresaré a él por ningún motivo: el deber de siempre terminar un libro. Por ello, aunque el libro me resultara menos apasionante de lo que había imaginado al comenzarlo a leer, o francamente decepcionante al llegar a la

mitad, lo terminaba con disciplina férrea; únicamente para después rumiar mi inconformidad, reprochándome haber perdido el tiempo. Hoy ya no hago esto (será porque estoy por cumplir 60 años) ni lo recomiendo: libro que no me interesa o no me apasiona —y el interés y la pasión por un libro pueden estar incluso en obras con las que uno está en desacuerdo—, lo abandono sin remordimientos. Ya tampoco me comprometo a leer libros por encargo para escribir de ellos. ¡Al diablo con eso!: uno no tiene por qué sufrir la lectura: no me refiero a las angustias, al dolor, al pesar que obtiene uno como lector de las historias de profundo conflicto humano; me refiero, más bien, a sufrir un libro soporífero o intrascendente o bobo o estúpido, nada más porque "hay que leerlo".

Otra manía, pero ésta la debo compartir con muchísimos lectores, es la de anotar siempre al margen de mis libros —con lápiz, siempre; jamás con bolígrafo o con marcador de tinta permanente—, pero mis libros ya leídos quedan como si estuvieran nuevos: no los ajo, no los quiebro del lomo, no los ensucio, no los maltrato, no los doblo en sus páginas: los trato siempre como se trata lo que uno quiere: con delicadeza, con respeto, con amor; y pienso que las personas pueden hacer lo que quieran con sus libros, puesto que son suyos, pero en el caso de los míos, únicamente se los presto a mi esposa y a mis hijos, recomendándoles siempre que les den el trato que yo les doy. La gente que no ama las cosas, generalmente tampoco ama a las personas.

Y nunca leo de "prestado". El libro que leo debe ser mío y de nadie más: para que yo pueda anotar en ese ejemplar mis impresiones de lectura. Y, en mi biblioteca, formada ya a lo largo de casi medio siglo, en los márgenes de mis libros leídos está mi historia de vida: mi existencia, en síntesis.

Todo lo que leemos, incluso lo que nos disgusta, impregna nuestra vida. En este sentido, estoy seguro que en mi poesía y en mis ensayos literarios hay un reflejo de lo que he leído, pues como dijo José

Emilio Pacheco: "Lo leído es tan nuestro como lo vivido"; o, mejor aún: lo leído es parte de lo vivido. No podría ser de otra forma. Puedo reconocerme en lo que escribí hace 20 años con el lector que era hace 20 años. Y me doy cuenta que no podía ser de otro modo, es decir, como soy ahora, porque entonces era un lector al que le faltaban 20 años más de lectura.

Hay una gran alegría incluso en el lector viejo, cuando la lectura forma parte de nuestra existencia diaria, en descubrir, en dar con el libro que no leyó en la juventud. Cada libro que descubro que no leí en mis años juveniles, es para mí una experiencia que se añade a mi vida cotidiana.

Mi premisa es que un escritor no puede serlo si pasa un solo día sin tener la imperiosa necesidad de escribir, del mismo modo que un lector no es tal si no necesita de la lectura todos los días y en todo momento. Comer y dormir también quitan tiempo para leer y escribir, pero para leer y escribir hay que dormir y comer. Sabemos que somos lectores en serio cuando aceptamos esto resignadamente, pero a la vez deseamos que el día tenga más de 24 horas.

Mis libros de cabecera en este tema son *Los demasiados libros* (1972) de Gabriel Zaid, y el bientraído y maltraído *Como una novela* (1992) de Daniel Pennac. Estos, más los de Michèle Petit (*Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura*, 1999; *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público*, 2001; *El arte de la lectura en tiempos de crisis* y *Una infancia en el país de los libros*, ambos de 2008), y los de Alberto Manguel (*Una historia de la lectura*, 2006; *Lecturas sobre la lectura*, 2011, y *El viajero, la torre y la larva*, 2014) me son indispensables. Regreso a ellos a cada momento. Son libros sabios, de autores sabios, que jamás te echan rollo; con un acercamiento gentil y una gran sinceridad. Estoy harto de los libros rolleros y autorreferenciales de quienes se juzgan lectores modélicos dignos de imitarse, y estoy harto también de lo que Gabriel

Zaid denomina con precisión "Los discursos beatos sobre el libro". Por principio, sin los libros de Zaid y Pennac, quizá no me hubiese atrevido a escribir *Qué leen los que no leen*, que es un libro que va a contracorriente del discurso convencional de la promoción y el fomento de la lectura.

Mi concepto sobre la lectura se ha enriquecido con las lecturas de otros autores que han reflexionado sobre el libro, la lectura y su promoción y fomento. Leo siempre para mí, pero también creo que puedo compartir con otros, si no mi experiencia, sí mi pasión. Sigo creyendo, como al principio de mis reflexiones en torno al libro, que la lectura se transmite por contagio; nunca por imposición. Además, también creo que leen los que quieren leer, y llegan a la lectura incluso aquellas personas que enfrentan mil y un obstáculos para lograrlo. Por el contrario, no llegarán a ser lectores adictos muchos a quienes la lectura no les interesa, incluso con todos los incentivos que se les brinde. Y, si en lugar de un lector, se forma un músico, un pintor o un artista de otra disciplina, me parece estupendo, aunque ese músico, ese pintor o ese artista, en general, no sean lectores ávidos como muchos de nosotros, que somos lectores febriles a cambio de no tocar ningún instrumento musical ni pintar un cuadro ni desarrollar otra forma de arte. La lectura, al igual que la escritura, es un arte que exige paciencia y que, a veces, exige también la mayor fidelidad, al grado de ser excluyente en relación con otros placeres. Hoy pienso que lo importante no es que toda la gente se vuelva lectora enfebrecida, sino que, entre las muchas posibilidades que ofrece la vida para disfrutarla, esté también, para todos, cuando quieran (y si lo quieren) la lectura de libros transformadores.

Que quede claro que tampoco me interesa promover y fomentar la lectura para que la gente llegue a los libros de autoayuda, los éxitos que se cocinan en internet y los antilibros como *Destroza este diario* de Keri Smith. Para eso no pienso poner ni un gramo

de esfuerzo ni el mínimo activismo. Para leer esas cosas, y más que leerlas, consumirlas, se puede llegar a ciegas y, desgraciadamente, también salir a ciegas.

Haciendo un gran esfuerzo de síntesis, diría que la lectura es la fuente del conocimiento y el placer que otros descubrieron para compartirla con sus iguales. Nuestra pasión lectora no le dice nada a nadie que vea en los libros una pérdida de tiempo. Quizá también sea una pérdida de tiempo, incluso para nosotros, pero nosotros estamos dispuestos a perder ese tiempo con tal de duplicar o multiplicar nuestra vida por medio de los libros. Quienes sienten disgusto por la lectura, no pueden entender esto. Y tampoco es necesario ningún esfuerzo para hacérselo entender.

Yo diría, nada más, que cada quien lea lo que se le pegue la gana y que no se sienta en la obligación de justificarse o de darle explicaciones a nadie. Los lectores, que comparten un vicio, tarde o temprano se encuentran, y se entienden según sean sus preferencias de lectura. Lo que nunca aceptaré es que, para poder conversar con alguien, se le exija el requisito de ser "lector". He conversado y converso con personas que no son lectoras empedernidas y, a veces, sus conversaciones me parecen mucho más interesantes que las de quienes únicamente hablan de libros y, sobre todo, las de quienes únicamente quieren presumir los libros que han leído. Esto resulta muy aburrido. He comprobado, al 1,000%, lo que sentenció William Hazlitt: "Difícilmente se encontrará a nadie con menos ideas en la cabeza que los que no son otra cosa que autores o lectores. Mejor no ser capaz de leer y escribir que sólo ser capaz de eso".

Yo no recomendaría, necesariamente, los libros con los que me inicié en la lectura. Más bien, prefiero repetir la recomendación de la maravillosa Virginia Woolf: "El único consejo sobre la lectura

que puede dar una persona a otra es que no acepte consejos, que siga sus propios instintos, que use su propia razón, que saque sus propias conclusiones". Y si esto pudiese interpretarse como una *no respuesta*, añadiría solamente lo siguiente: hay que leer los libros por placer y hay que alejarse de ellos por repugnancia. Lo dijo, más o menos con estas palabras, José Lezama Lima. Y ambos: él y Virginia Woolf, tienen razón. Al menos para mí.

Óscar de la Borbolla

Filósofo, ensayista, narrador, poeta y conferencista (Ciudad de México, 8 de septiembre de 1949). Estudió Filosofía en la UNAM y el Doctorado en la Universidad Complutense de Madrid, y fue becado por el Instituto de Cooperación Iberoamericana. Ha sido profesor de Filosofía en la FES-Acatlán de la UNAM, maestro en la Escuela de Escritores de la SOGEM; coordinador de talleres literarios en el INBA, guionista de los programas "Ucronías Radiofónicas" en Radio Educación y "La Carta Radiofónica" en Radio Trece; miembro de la Comisión Dictaminadora de la Dirección General de Bibliotecas de la UNAM, consejero editorial de las revistas *Los Universitarios*, *Plural* y *Blanco Móvil*. Colaborador de *Alfil*, *Blanco Móvil*, *El Día, El Nacional, Excélsior, Galería, Los Universitarios, Mé-*

xico en la Cultura, *Revista Mexicana de Cultura*, *Revista Universidad de México*, *Sábado, Siempre*!, y *Sin Embargo*.

Miembro de la SOGEM. Su obra ha sido traducida al inglés, francés y serbocroata

Como narrador ha escrito, entre otros, *Las vocales malditas* (Joaquín Mortiz, Serie del Volador, 1991), *Nada es para tanto*, (Joaquín Mortiz, 1991), *El futuro no será de nadie* (Plaza & Janés, 2011).

Algunos de sus ensayos son *Filosofía para inconformes* (Nueva Imagen, Biblioteca Óscar de la Borbolla, 1996), *La rebeldía de pensar* (Nueva Imagen, Biblioteca Óscar de la Borbolla, 2007) y *Manual de creación literaria* (Nueva Imagen, Biblioteca Óscar de la Borbolla, 2002).

Premio Internacional de Cuento Plural 1987 por *Las esquinas del azar*. Premio Nacional de Humor La Sonrisa 1991 por *Nada es para tanto*.

Aprendí a leer un poco por ósmosis. Mi mamá era maestra de primaria y me llevó al kínder desde los tres meses de edad. Una especie de kínder-maternidad. Más o menos cuando tendría unos cuatro años venía leyendo los nombres de las calles desde el camión en el que regresábamos a casa. Una señora se dio cuenta y le entró la curiosidad de ver a una pulguita leyendo y le preguntó a mi mamá que si en verdad sabía leer.

No es que mi madre me hubiese enseñado, lo que pasa es que fui repetidor de kínder prácticamente desde que nací hasta los cinco años, mientras jugaba con las letras grandotas terminé por decodificar el sistema gramatical y empecé a leer.

A los cinco años me sucedió una desgracia personal: una embolia dejó inválida a mi madre, mandándola a una silla de ruedas. Yo me pasaba las tardes leyéndole como una manera de entretenerla. En mi casa había pocos libros, pero de esos pocos dos me llamaban particularmente la atención, y todavía hoy me sé de memoria: *El álbum del corazón* de Antonio Plaza, y un poemario de Ramón de Campoamor. El libro que más aflicción le causaba a mamá era el de Antonio Plaza. Es un poeta maldito, terrible pero a mí me gustaba leerle el poema "Yo":

> Me hizo nacer la suerte maldecida,
> de sombra y luz conjunto inexplicable;
> que oculta en mi corteza despreciable
> arde un alma grandiosa y descreída.

Ese era más o menos el tono de lo que le leía y a ella le hacían gracia o la enfurecían. Como estaba en la silla de ruedas no lograba arrebatarme el libro, y cuando finalmente me lo quitó, yo ya me los sabía de memoria y se los decía. Era una forma de juego sádico infantil, de convivencia.

Había uno que particularmente la molestaba mucho, el de "A una ex bella":

¿Eres tú…? ¿Eres tú la fada hermosa
a quien rendí mi corazón ingente?
¿Eres aquella peregrina diosa
que despreció mi culto reverente?
¡Vade retro!, ¡infeliz…! vieja asquerosa,
negro cadáver de ilusión ardiente,
poema de un amor santo, divino,
forrado en indecente pergamino.

¡Oh!, cuánto, cuánto padecer me hiciste.
De mi llanto de fuego te reíste,
de mi fe candorosa te burlaste.
Todo al fin acabó... tú lo quisiste,
que en la senda del vicio te arrojaste,
y has encontrado en esa cloaca impura
una vejez infame y prematura.

Tu boca, ayer fragante como rosa,
deposito de perlas inocentes
se ha convertido en cueva tenebrosa
donde bailan un par de flojos dientes…

Era un poema terrible que a mí me causaba mucha gracia. No entendía del todo lo que decía pero la reacción de mamá me entusiasmaba y se lo leía de nuevo, y luego ella se reía. Así nos pasábamos las tardes, un poco jugando.

Cuando hacíamos este juego yo andaba por los cinco o seis, y debe haber sido monstruoso verme leyendo eso. Me habitué a leerle en las tardes.

¡Diantre de Papini!

Después, aunque aún muy joven, como a los 10 años, cayó en mis manos un libro de Papini por vía de mi hermana Ligia que empezaba a ser buena lectora. Ella me llevaba siete años, que eran muchos, y dejaba por ahí al descuido libros de Papini: *El diablo*, *Gog*, *El libro negro*, *La historia de Cristo*, *Sangre y arena*, *Bufonerías*, *El hombre acabado*… me di una aficionada enorme. Literalmente me leí todo lo que había de Papini. ¿Por qué Papini? No lo sé. Hay que tener en cuenta que en casa estábamos en una situación económica terrible porque vivíamos de la pensión de una maestra de primaria. Mi padre había desaparecido. Justamente cuando yo nací se escapó o se largó y no volvió nunca. Estábamos en una situación de miseria mantenidos por mi abuela que era una mujer perversa. En ese contexto seguramente alguien se le acercó a mi hermana, quizá una amiga o amigo, y le dijo: "Mira, esa visión sórdida que se respira en tu casa aquí la puedes ver dimensionada", y le dio libros de Papini.

Luego ya a los 13 o 14 años me fui agenciando mis propios libros. Me iba a las librerías de viejo que en ese entonces existían en la avenida Hidalgo, y me robaba los libros. En casa no teníamos recursos, de manera que me metía un libro abajo del suéter y me escapaba. Era un escuincle y ni quién pudiera sospechar. Así me fui haciendo de una biblioteca personal muy cargada, en primer lugar porque no eran libros propios para mi edad, y creo que no son muy propios en general, porque algo había maldito en ellos. Por ejemplo, me conseguí los poemas de Espronceda. El que más me gustaba era "La desesperación":

> Me alegra ver la bomba
> caer mansa del cielo,
> e inmóvil en el suelo,
> sin mecha al parecer,

y luego embravecida
que estalla y que se agita
y rayos mil vomita
y muertos por doquier.

Me gustaba ese tipo de literatura. Papini, justamente con *El diablo* me dio una revolucionada cerebral terrible porque una de las tesis que ahora comprendo —en ese entonces no sé qué efecto me haya hecho, creo que nada más me revolucionó— es que a Dios hay que amarlo porque es el gran perdedor. Lo traicionan sus dos principales creaciones, Luzbel, que era el mejor de los arcángeles, y Adán en el Paraíso. Es decir, que el verdadero motivo por el cual hay que amar a Dios es por lástima, porque es un Dios fracasado.

Papini era canalla. Ahora sé que esos libros fueron escritos cuando él se convirtió de nuevo al catolicismo, y a los católicos les hizo más daño por dentro que por fuera. Los planteamientos de *El diablo* son terriblemente corrosivos.

El camino a la Filosofía está sembrado de bofetadas

Yo venía de una familia muy religiosa, baste decir que mi tía abuela, que era monja, fue quien me preparó para la primera comunión, y yo les salía con esas ideas. ¡De niño era como una especie de diablo encarnado! Pienso que me veían como poseído. A la hora de la doctrina yo le soltaba a mi tía abuela una cuarteta de Antonio Plaza, que vienen en el poema "A María la del cielo":

Si siempre he de vivir en la desgracia,
¿por qué entonces murió por mi existencia?
Si no quiere o no puede hacerme gracia,
¿dónde está su bondad y omnipotencia?

Ante eso la monja me volteaba la cara de una bofetada. Creo que eso fue lo que me marcó y que terminara volviéndome filósofo, porque quería alguna explicación.

Luego leí los libros que estaban de moda en ese entonces. De Papini me brinqué a *Demian*, *Siddharta*, *El lobo estepario*, *El juego de los abalorios*. De plano me fui por la ruta de Hermann Hesse.

Después a mi casa, por la época en la que mi madre mejoró un poco, fueron a dar libros de José María Vargas Vila, escritor anarquista de temática erótica homosexual, muy de moda en ese tiempo. Lo empecé a leer justamente por las caras que ponía mi hermana. De ese autor recuerdo *Lirio negro*, que mi madre metió el boiler junto con *Servidumbre humana*, que estaba leyendo mi Ligia. Seguramente le pareció que era un libro obsceno para mi hermana.

La verdad era que leyendo nos volvíamos menos obedientes, menos manipulables, menos dóciles, y ahí era donde mi madre nos trataba de proteger. En mi caso, a diferencia del resto de mucha gente, más que alentarme la lectura me la quisieron quitar. Me encapriché con la lectura y encontré en ella un escudo que me permitía defenderme de todo.

Cuando llegué a prepa, leí *Tom Sawyer*, *Huckleberry Finn*, que me encantaban; *Diarios de Adán y Eva*, también de Mark Twain. Los leí porque me los mencionaban y se les hacía extraño que yo no leyera eso. En cambio andaba con *Los cantos de Maldoror* bajo el brazo y con *Las flores del mal*.

Mi roommate es Revueltas

En 1969 entré a la Facultad de Filosofía, no tanto por el marxismo, a pesar de que era su época, sino porque me había leído a los anarquistas: a Proudhon, Bakunin, Reclus, Malatesta, Herbert Read. Cuando salí de la prepa yo ya venía con *Dios y el Estado*, con *La conquista del pan*. No leía literatura de La Onda, que era lo que me

tocaba, ni conocía la literatura contestataria de Revueltas. A él lo conocí personalmente en la Facultad.

En el año 71 yo pernoctaba en el comité de lucha y Revueltas era mi roommate. Lo conocí primero en persona que de leídas. Después de conocerlo leí *El apando*, *Los muros de agua*, y un montón de libros más.

Lo mismo me sucedió con los cuates de La Onda. Terminé siendo muy buen amigo de Gustavo Sainz. Pero el día que lo conocí no sabía que él era el autor de *La princesa del Palacio de Hierro*. A José Agustín también lo leí después.

Una hermana calvinista

Mi hermana Ligia fue un factor decisivo en mi formación y ella estaba muy clavada en la literatura, especialmente en la italiana. Por ella leí a Curzio Malaparte y a Papini. Luego empecé por mi cuenta a leer a Dino Buzzati.

Ligia murió hace cinco años y siempre fue como mi consejera libresca. Era una lectora voraz y me recomendaba lo mejor de la colección Anagrama. Ella me decía: "En lugar de estar perdiendo el tiempo leyendo a otros, lee a este… a este y no te lo pierdas…" Ella me mostró a Calvino. Creo que del único autor que he leído todo lo que existe es de Calvino.

Mi formación viene de por allá. A los autores los he leído pero hasta después de que uno se define, afina estilo, elije o se decide por temáticas. Además, yo soy un escritor tardío porque perdí muchísimo tiempo leyendo filosofía.

A la Teología por asalto

A fuerza de leerle los mismos cuentos y poemas a mi mamá, ella se fue fastidiando, y le empecé a escribir poemas y cuentos. Aunque más con el propósito de entretenerla, era un intento de llenar las horas con algo; pero más allá de llenar las horas, era tratar de

encontrar respuesta a mi verdadera inquietud de qué carajos hago yo en este mundo. Y esa inquietud sigue existiendo. No me resulta obvia a mi existencia.

Justamente leyendo a Ramón de Campoamor encontré el poema "La comedia del saber", que dice:

> Asunto, lo que es verdad.
> Gradas de curiosos llenas.
> Lugar de la acción, Atenas.
> Época, en la antigüedad.
> Gran pausa.
>
> Como el que se duerme andando,
> sale Heráclito llorando,
> y dice de esta manera:
> ¡Ay! mi ciencia es bien menguada,
> pues nada en el mundo sé;
> si sé que hay Dios, es porque
> de nada no se hace nada.
> Respeto la autoridad,
> que es de los inicuos valla.

Es un poema en el que plantea la filosofía presocrática. Luego, leí El crepúsculo de los filósofos de Giovanni Papini, y fue la primera vez que me acerqué a la filosofía y vi que ahí podía haber alguna respuesta a este asunto de por qué existimos.

Eso me lo preguntaba en la secundaria. Como yo era militantemente ateo, me llevaban curas para discutir; mis cuates o las mamás de mis cuates me llevaban a un montón de iglesias para discutir, me volví un discutidor buenísimo. Al final me hice muy buen amigo de curas. Eso no lo olvidé y se han repetido los episodios discutidores. Por ejemplo, cuando fui profesor en el Colegio

de Ciencias y Humanidades (CCH) Naucalpan, mis alumnos iban al seminario de Los Remedios — arriba del CCH— a traer a los curas más picudos para discutir conmigo, y armamos unos debates buenísimos. Más adelante, años después, en el programa Pensar México, en el canal 40, todos los días me daba unos agarrones con los curas que llevaban. Se me volvió una especie de hábito y terminé volviéndome una especie de teólogo.

La especialidad en la que me clavé en la Filosofía es la Metafísica. Sigo dando clases de Ontología, y me fui por el lado de la pregunta, porque ahí la respuesta es Dios. Parece ser que ese era el fundamento, hasta que llega Heidegger o Nitzsche y nos libra de eso.

Me fui a hacer el doctorado a la complutense en Madrid, donde los profes eran malísimos, porque me tocaron todavía los de la época de Franco, a pesar de que llegué en 1985. En esa época empecé a leer a Cioran, y él terminó de romper mi ánimo por la filosofía. Hay un aforismo suyo que sintetiza muy bien mi decepción: "La historia de la filosofía es el desfile de los absolutos fallidos".

Ni siquiera me gustaba

Cuando regresé a México me estaba esperando mi cubículo en la universidad como profesor de tiempo completo. Fue entonces que me dio asco la Filosofía. Me pasó lo que al personaje de Marcel Proust en *En busca del tiempo perdido*: "Y si pensar que desperdicié los mejores años de mi vida detrás de una mujer que ni siquiera era de mi tipo".

Me encerré en mi cubículo donde me puse a escribir *Las vocales malditas*, que era un proyecto claro y literariamente atractivo.

Al año siguiente, en 1989, empecé a escribir las *Ucronías* influido por el filósofo Charles Renouvier quien escribió *Ucronía* libro que habla de cómo hubiera podido ser la Historia de no haber sucedido lo que sucedió. A mí me pareció buena idea hacer perio-

dismo sobre ucronías. Mantuve durante 10 años una columna en *Excélsior* llamada "Ucronías"; luego, con otro nombre pero era lo mismo, la publiqué como nota erótica en el *Playboy*, luego como "Ucronario" en *Plural*, como "Ontofobia" en *Siempre*!

Fue una época muy larga y muy productiva que dejó como saldo varios libros: *Ucronía, Ciencia imaginaria* de 1996, *Un recuerdo no se le niega a nadie* de 1998, *Asalto al infierno y otras aventuras ucrónicas* del 1999, *Instrucciones para destruir la realidad* del 2003, que es la versión definitiva de las ucronías.

No te preocupes por los problemas de las Matemáticas. Los de la Filosofía son mayores

Entre mi última novela, *La vida de un muerto*, publicada en 1998, y la siguiente novela, *El futuro no será de nadie* del 2011, vino una demolición de todo, incluyendo mi gusto por la literatura. En esa década empecé a leer Filosofía de las matemáticas y esa es la pasión en la que ahora estoy instalado. Mi personaje de *El futuro no será de nadie* es un matemático mediocre metido a trabajar como actuario, que se planteó resolver el teorema de Fermat. Cuando empecé a escribir la novela, ese teorema no estaba resuelto, y cuando iba por la mitad, un matemático genial, Andrew Wiles, lo resolvió.

Mi personaje, que en la novela resuelve el teorema de una manera muy breve —la respuesta cabe en el margen de una página—, de puro coraje dice que Andrew Wiles resolvió el teorema, para lo cual tuvo que escribir un tratado de 167 páginas con las matemáticas contemporáneas más complicadas imaginables, y de la peor manera que pueden hacerse las cosas matemáticas: sin elegancia.

De entonces para acá me he convertido en un lector de libros de divulgación científica, de matemáticas, de física cuántica, de física clásica. Mis autores de cabecera ahora son astrofísicos: David Barrow y Ian Steward.

Don Quijote come mole de Oaxaca

La lectura es un placer que remedia necesidades y apetitos que cambian con el tiempo y que depende de la singularidad absoluta de cada quien. Habría que concebir a las bibliotecas como un restaurante en el que hubiera comida internacional, y que ofreciera todos los platillos. En este restaurante cada quien iría probando a ver qué le gusta. La lectura debería ser como a la carta, no un menú. Lo que impide que alguien entre con gusto a la lectura son las consignas del tipo "¡Éste es el mejor!"

En la secundaria nadie leía, salvo yo, y todo mundo me veía como bicho raro porque siempre traía libros bajo el brazo. Pero un día descubrí una edición en mimeógrafo de los versos de Sayula que todo mundo se los arrebataba para leerlos y morirse de risa. Decían una cantidad de groserías maravillosamente, del tipo:

> Yo soy el viejo pastor, que las montañas albergan
> y no me importa que seas el diablo:
> a mí me pelas la verga.
> ¡Cállese, escuincle gritón,
> no le hable así a su padre!
> ¡Quítese lo valentón,
> y váyase a chingar a su madre!"

Éramos una bola de escuincles calenturientos que nos moríamos de risa con estos versos y nos los sabíamos de memoria. Pero cuando nos imponían la lectura del *Mío Cid*, todo el mundo bostezaba.

Creo que lo mejor que se puede hacer es hojear un libro, y si uno trae algún problema, sólo al hojearlo podríamos ver si nos orienta; y si no, pues dejarlo y abrir otro. En algún momento encontraremos el libro para nosotros.

No se puede poner en duda que *Don Quijote* es la obra cumbre de las letras españolas, como tampoco se puede poner en duda que el mole de Oaxaca es el platillo más sofisticado de la culina-

ria mexicana. Bueno. Es tan arbitrario meterle *Don Quijote* a un escuincle de secundaria, como meterle a un bebé en la mamila el mole de Oaxaca.

El éxito de José Agustín —e incluso el mío, guardadas las proporciones— fue que Agustín encontró un lenguaje, unas preocupaciones y unos personajes que no eran ajenos a los lectores. En la novela más famosa de Roberto Bolaño, *Los detectives salvajes*, los personajes son una punta de lujuriosos jovenzuelos que, por supuesto, los lectores se interesan porque están recreando su propio mundo, sus vivencias.

La lectura es como los compas del barrio. Deben vivir aquí cerca

Creo que sobre todo, la lectura de literatura para iniciarse debe estar cerca de lo que uno vive. Si se trata de un cuate de zonas marginales, pues está padrísimo el *Chin chin el teporocho* o José Agustín. Si alguien trae un conflicto amoroso, y le cae en las manos el ensayo psicoanalítico *La separación de los amantes* de Caruso no se lo leerá por obligación sino porque le está salvando la vida. Si un día uno está aburridísimo, no hay nada mejor que Stevenson porque abre una ruta de aventuras formidable.

Ese mundo que la literatura ofrece es un mundo alternativo al que queremos huir porque en el que estamos no nos gusta. Pero tiene que ser un mundo que sea a la medida de cada quien, el mundo que necesite cada quien en ese momento

La ciencia es para abrir horizontes no para cerrar brechas

La única razón por la que voté por López Obrador es porque me parece un tipo honesto, y la honestidad en este país es un lujo. Lo que debería ser un requisito mínimo indispensable para cualquiera, se ha vuelto absolutamente excepcional.

Viendo las cosas en concreto, viendo lo que nos viene, no me gusta el programa de investigación para CONACYT. Hay ahí tres cosas preocupantes. Una es que se hable de la ciencia indígena y de la ciencia occidental, como si la ciencia tuviera apellido. Lo otro que me preocupa es una especie de principio de prudencia que rige para los resultados de la investigación. Cuando se descubre algo, antes de publicarlo se necesitan un montón de pruebas. Eso se hace cuando la investigación termina, no cuando va a comenzar. Si hay un principio de prudencia que impide rutas de investigación porque alguien considera que puede llegar a un desenlace peligroso, me parece la Edad Media. Cuando se hace investigación de punta, quién sabe qué vaya a resultar, y si al investigador se le prohíbe la investigación porque puede resultar dañino, se corta el nacimiento de la investigación.

La tercera es que los tres ejes de la investigación que se busca fomentar tienen que ver con el cierre en la brecha entre pobres y ricos. Eso está muy bien, pero me parece que la ciencia es mucho más que eso. Si solamente se va a investigar para eso, estamos fritos.

El síndrome de la atención dispersa inducida

Actualmente nos pasamos por lo menos la mitad del día delante de una pantalla. Vivimos de cara a la pantalla y en la pantalla aparecen cosas muy rápidamente. Es lo que se llama "Sintaxis del medio audiovisual". Ésta es muy veloz, anda más o menos a una velocidad de dos segundos y medio por imagen. Una producción audiovisual actual a los dos segundos y medio cambia; puede ser la misma escena pero con diferente encuadre. Eso es un bombardeo terrible de información para el cerebro porque entre más información recibimos, tenemos la sensación de velocidad. Esto que se ha generalizado en todas las pantallas, ha hecho que se nos

recorten los periodos de atención. Esa vivencia deprisa es lo que hace que la gente, cuando empieza a leer, lee uno o dos renglones y su pensamiento se va a otra cosa. Vuelve a empezar a leer un renglón o dos, y se pone a pensar en otra cosa. Eso es lo que está haciendo que los jóvenes, y en general la población, no podamos leer porque la lectura pide concentración.

Eso lo está provocando el contacto constante con las pantallas y hay que tenerlo en cuenta para sugerir libros. Si se sugiere un libro con mucha descripción, de entrada el lector revotará. Si se le sugieren libros contados a la velocidad de la vida real, es decir, lleno de diálogos, entrones el lector entrará con más facilidad. Por eso los malditos que hacen best-sellers tienen éxito, porque hacen párrafos chiquitos y muchos diálogos breves y capítulos pequeños.

Creo que sí vale la pena divulgar esta cuestión, porque si lo tuviesen en cuenta quienes se encargan de motivar la lectura, encontrarían más fácilmente los libros adecuados para los lectores sin la atención que hay ahora. Una vez que se cae la pared de palabras y uno se asoma al mundo de la experiencia literaria, ya que se conoce ese mundo y lo que hay dentro, ese veneno no nos dejará nunca.

El problema es que no entran, se aburren, no pueden, no entienden; hasta la misma vida les parece aburrida. Vivimos en la híper realidad, es decir, vivimos en una saturación de acciones que pasan en la pantalla pero que no pasan en la vida de uno.

Horacio Cárdenas Zardoni

Licenciado en Administración Educacional por la Universidad Anáhuac, Maestro y Doctor en Bibliotecología y Estudios de la Información por la UNAM.

Autor de *Fortalecimiento de las bibliotecas universitarias en México*, *El humanismo en las ciencias desde la perspectiva del académico universitario*, *Entorno Digital y futuro de la cultura*, *Cultura del Carbón*, *El modelo de desarrollo a la luz del imperativo humanístico contemporáneo* y *Prospectiva económica y alternativas de desarrollo de la Región Carbonífera de Coahuila*, y de artículos académicos y de divulgación en medios impresos nacionales y extranjeros

Responsable de Fomento y Difusión del Sistema de Infotecas Centrales de la UAdeC, Cotitular del programa radiofónico *Invítame a Leer*, Radio UAdeC, evaluador de la Feria Nacional de Ciencias e Ingeniería, del COECYT.

Líneas de investigación: Políticas de información, Políticas públicas, Sociedad de la información, Política Energética, y Desarrollo social y económico de la Región Carbonífera.

Tuve la fortuna de nacer en una familia donde había muchos libros. En casa, mi papá tenía bastantes, la mayoría de economía. Estos no eran precisamente atractivos para un niño que comenzaba a encontrar el gusto por los libros.

Por esos años alguien me regaló la colección "Tesoro de la juventud", en 12 tomos. Eran montones de cuentos, historias, poemas, incluso pequeños ensayos, juegos, adivinanzas y hasta experimentos. Un poquito de todo, justo lo que necesitaba la curiosidad insaciable de un niño que se enfrentaba a un mundo nuevo.

"Tesoro de la juventud" fue mi primer logro lector, porque los leí en unas vacaciones. Al terminar los 12 tomos empecé a buscar qué más había a mí alrededor. Encontré una infinidad de posibilidades, aunque muchas de ellas, la mayoría, estaban fuera de mi alcance porque los libros costaban lo suyo y mi domingo no alcanzaba para comprarlos.

Entonces fue que pedí libros prestados a una tía. Ella tenía una colección amplia, pero con un agravante que me los vedaba: por lo menos la mitad estaban en francés. Así, entre que leía los que estaban en español e intentaba los que estaban fáciles en francés, empecé a dar cuenta de lo limitado de mi capacidad como lector pobre, no como lector que podía comprar cuanto libro se le pusiera enfrente.

Por aquellos días noté que los libros en inglés eran mucho más baratos que los que estaban en español. Libros nuevos y usados: los *paperbacks* que, aparte de ser mucho más manejables, costaban $10 en el mercado de libros que se ponía en La Lagunilla. Me permitían leer cinco o 10 veces más que lo que hubiera podido leer comprando los libros en español. De manera que llegaba a casa con 20 libros de los temas más diversos: ciencia ficción, detectives, y toda clase de temas guiándome por lo atractivo de los títulos o las portadas. Esa fue la razón por la que leí más libros en inglés que en español.

De ese entonces me viene lo lector. Lector sin metas, porque en esto de la lectura uno nunca va a alcanzar a leer todo lo que quisiera. Si pienso en ello, me puedo poner neurótico. En mi caso, a veces siento que me roban el tiempo cuando no alcanzo a leer la ilusa meta de 100 páginas diarias, que es la meta personal auto impuesta hace muchos años. No siempre lo logro porque hay 1,000 cosas que hacer, entre ellas trabajar.

Sale más barato en inglés

Quizá con la secreta intención de convertirme en lector, mi tía, la de la biblioteca en francés, me regaló una versión condensada de las *Cartas de relación* de Hernán Cortés y la imprescindible *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo. Ella entendía que por mucho que yo quisiera leer, había cosas que todavía no se podían afrontar, sin embargo, de allí me viene también lo purista: las obras deben ser leídas como las escribió el autor, y hasta donde sea posible, en el idioma original. Para mí esos dos libros fueron una auténtica iluminación.

Hay otro libro que tengo muy presente. Fue el primero que leí en inglés, sacado de una biblioteca. Me lo prestaron de viernes a lunes como un favor excepcional, y lo tuve que leer en ese lapso porque no me lo iban a prestar más días. Lo leí a marchas forzadas, incluso me dolió la cabeza y tuve fiebre por haberme obligado a terminarlo en tres días, cuando mi dominio del inglés era muy elemental. Se trataba de la "Caída de la casa Usher" de Edgar Allan Poe. Ahora que lo pienso, quizá me dolió la cabeza más por el contenido y la temática que por tratar de entender cada palabra. Cuando lo acabé, me sentí muy satisfecho por haberlo leído a esa velocidad. Seguramente no entendí todas las palabras pero había logrado leerlo, comprender el sentido y poder darlo por terminado para seguir con otro. Estaba en secundaria y me aventé a leer en inglés, como ahora me atrevo a leer en italiano o en portugués,

buscando el sentido del texto y poco a poco haciendo mías las palabras. Las obras de Lovecraft, Poe y los libros de la Conquista fueron mis primeros grandes amigos.

De la lectura de Bernal me pareció revelador el hecho de cómo alguien podía, después de una batalla, después de marchas forzadas, después de huir corriendo porque lo perseguían los indígenas, tras de presenciar y transcribir los acuerdos que tenían con los jefes de otras tribus, retirarse todavía a su tienda o debajo de un árbol a escribir; si alguien podía hacer eso, concentrarse en escribir lo que pasaba cada día, si alguien podía asumir la misión personal o encomendada de escribirlo, yo podía y debía comprometerme en la misión de leerlo, acuciosamente porque, además, me estaba abriendo los ojos a un mundo que hoy está perdido. Lo que atestiguó Bernal, por lo que luego fue la Conquista y la Colonia, la destrucción del mundo antiguo, el de Bernal es un retrato como probablemente no haya otro, es la última visión del mundo aquel, un testimonio invaluable que, como tantos otros en distintos tiempos y lugares, todos deberíamos de leer alguna vez en la vida, si es que queremos conocer y entender el devenir de la humanidad.

Ficción o realidad

Regresando a la idea de ser purista, luego de las crónicas de Bernal y de Hernán Cortés, están las de los evangelizadores y gobernantes, y hasta de los códices, pero esto fue otra cosa. Sobre esto mismo, me decepcionó enterarme que muchos de los códices que se tienen en la más alta estima como fuentes de lo que era el mundo prehispánico, fueron escritos con posterioridad a la Conquista. Ciertamente los elaboraron los indígenas, pero ellos no vivieron de primera mano los acontecimientos y la forma de vida que retrataron. Por eso defiendo siempre que la última visión realista, como tal, fue la de Bernal, debe ser la primera elección.

Un elemento que me aportó en lo personal la lectura de Bernal, es que su relato no me pareció que aquello que hablaba fuese observación estrictamente histórica o un producto de ficción, o cuando menos de su interpretación de lo que presenciaba sin recibir una explicación de lo que era o significaba. Tal vez sea una cuestión de deformación profesional o incluso de ingenuidad como ser humano —hablo de mí mismo—, pero a la hora que me adentro en la lectura de esta gran obra, y en cuanto libro comienzo, no es mi primera intención determinar si se trata de ficción o realidad, aunque el propio autor me aclare que es una u otra.

Autor y lector están unidos por la mentira

Con las grandes ventajas que nos proporciona Internet y la comunicación global, he podido enterarme en plataformas como Goodreads y Book Riot de las confesiones de lectores que declaran con apasionamiento que si no se enamoran del protagonista en las primeras 20 páginas, es porque el libro no los está llenando. De inmediato ocurre para ellos la identificación: "Este va a ser mi compañero de aventuras". Y en ese momento la ficción se transforma en verdad. Si el personaje es un borracho como Bukowski, un transa como Fagin, el traidor de sus compañeros del buque, como en *La isla del tesoro*, sí, de acuerdo. Para mí los personajes se hacen reales en la lectura. Si uno se lee *Doctor Jekyll y Mr. Hyde*, pronto se carga del lado de uno, o se carga del lado del otro; simpatiza o se enamora uno del monstruo, le perdona todas sus crueldades, las justifica, quiere ser como él o, al contrario, pone como héroe al que trata de controlar al monstruo maldito, mala gente, que hace lo posible por manchar su reputación profesional y el aprecio social en que se le tiene.

Sería ingenuo decir que el lector se cree lo que el escritor plasmó en su historia, y, sin embargo, esa es la esencia de la relación

que se establece entre lector y autor a través de la literatura. Nosotros mismos, desde niños, tenemos esa capacidad de saber que es un cuento lo que están leyendo, pero les encanta, y si uno se los lee, los niños están atentísimos preguntando qué más.

Para mí la propuesta literaria siempre, aun los cuentos de hadas, los cuentos maravillosos o las historias de ciencia ficción, ha sido realista, es un mundo que se transmite de las páginas del libro a la imaginación del lector. Ya luego decidirá este si al personaje del que se enamoró le cambiaría esto o le haría lo otro. Pero mientras uno está leyendo se posesiona, se adueña del personaje; se imbrica ahí, se posiciona en la trama, como uno más de los que en la novela están sufriendo el frío, el calor inclemente, el terror si se está hundiendo el barco, padeciendo enfermedades, hambrunas, tratando de huir de la inevitabilidad del desastre, de la muerte, de la extinción.

En una de las obras que más me ha gustado y me sigue gustando, *El barco de la muerte*, de B. Traven, yo de plano me sentía parte de la tripulación de la nave que por contrabandear armas, no merecía ninguna clase de reparación. Ahí estaba la tormenta y adentro del barco se estaban cayendo las barras que soportaban el carbón para la caldera. Eran unas barras que de nuevas calzaban perfectamente en sus puntos de soporte, pero con los años ya nada más quedaba un filito del que se agarraban, y a cada cabeceo del barco se caían y con ellas el carbón, alejándose de la caldera y perdiendo presión para que se moviera la propela. Parte del trabajo del marino condenado era acomodar las barras con pinzas porque la caldera las calentaba como el infierno. A nadie se le había ocurrido que tenían que soldarlas y asunto arreglado. Ni a mí, sino hasta después de haber terminado el libro.

El caso es que las barras se caían a cada rato y el carbón se ponía en riesgo de mojarse, porque, como se sabe, el carbón va en la cubierta de la caldera, o sea la de abajo, ahí justamente donde rezuma el agua antes de achicarla, si es que se hace. Bueno, pues

en plena tempestad que hubiera hundido a cualquier barco, las barras nunca se cayeron porque el barco, el "Yorikee", sabía que de ello dependía su existencia. Tres días de tormenta y ni una barra se cayó. Ah, pero cuando pasó la tormenta, las barras no dejaron de caerse durante las siguientes 24 horas. ¡Cada cinco minutos se venían abajo!

Yo se lo creía porque me sentía allí, junto a la caldera, al pendiente de que no se apagara porque si no se hundía el barco. Entonces casi estuve a un lado del carbonero con ganas de ayudarle a palear carbón.

En la novela sólo se sabe el final

Esta clase de compenetración con la historia es lo que hace que uno se apasione. El escritor, en mi opinión, tiene la habilidad envidiable, casi mágica, de hacer un planteamiento que convenza. Como lector sabes que lo que cuenta el narrador no es verdad, pero a pesar de ello, quieres saber qué pasa, anhelas conocer el desenlace, del cual puedes obtener una satisfacción como pocas.

En los libros de historia de Arturo Pérez-Reverte, por ejemplo, el lector sabe qué pasó en la realidad, porque lo que aborda es un hecho histórico. Como el de *Un día de cólera*. Al final, los franceses llegan a posesionarse de Madrid; se sabe que cada uno de los 500 personajes que menciona —el panadero que salió de la tahona y agarró el mazo y golpeó a tal y tal soldados franceses, y lo mataron—, casi cada uno de ellos terminaron muertos. Sin embargo, uno como lector quiere saber qué pasó con cada uno, por qué, qué logró, qué no logró, si logró escapar, si su heroísmo valió la pena o si no. Se sabe el final pero el lector quiere saber todo lo que ocurrió antes de llegar a él en la novela. Aunque se trate del mismo hecho. La historia nos dice qué pasó. La novela histórica nos sumerge en la acción de lo que aconteció a los personajes individuales. Creo que esa habilidad es la gran magia del escritor.

¿Cómo saber si un libro será bueno o no?, hace tiempo leí la recomendación de un experto en estas cosas, le llamaba la "Ley de la página 99": si uno abre un libro, el que sea, en esa página y la lee, si le interesa, lo engancha, le da curiosidad, entonces el libro le va a agradar; por el contrario, si lo que halla en ella no le llama la atención, mejor pasar a otro libro. Esa ley fija aleatoriamente la página 99, pero yo digo que puede ser la 45 o cualquier otra, la cosa es hojear el libro y al azar leer un párrafo o dos, si nos atrapa, entonces ya lo comenzamos por el principio.

Las primeras páginas del libro son las que invitan a quedarse. Ya sea que se trate de un volumen de 500 páginas, de 1,000, si no ocurre desde las primeras esa compenetración, ese "ya llegué. Aquí me voy a quedar con ustedes una semana, un mes, el tiempo que me tome terminarlo, ustedes, personajes, van a ser mi casa", si no ocurre ese encantamiento seguirlo leyendo va a costar mucho trabajo, se va a alargar y, al final quizá se acaba, pero como si no se hubiese terminado. Sólo para decir: "Lo leí y me costó tanto dinero".

Trasplante de libro

Confieso que termino un libro y de inmediato comienzo otro. Siempre tengo dos o tres en fila, como todo buen lector que hace una superstición el siempre estar leyendo. Los lectores empedernidos pensamos que mientras estamos leyendo nada malo nos puede pasar, pero el tránsito puede ser tan crítico como los momentos que vive un paciente al que se le está practicando un trasplante. Pasar de un libro a otro da miedo. Si el libro que acabo de terminar me gustó, me da miedo el siguiente. ¿Será tan bueno como este?, ¿podrá capturarme de la misma manera? Es difícil, y sin embargo es una duda existencial que se resuelve en un par de páginas.

Acabo de terminar un libro de Patricia Cornwell, la creadora del personaje de la médico forense Kay Scarpetta, protagonista de

unos 20 libros muy entretenidos. Terminé ese y abrí uno de Lucía Berlín que se llama *Manual para mujeres de la limpieza*. Este refleja un mundo totalmente diferente del complejo pero muy idealista de la sociedad norteamericana. Mientras que en el de la doctora Scarpetta se habla de una persona exitosa, profesional, intelectual, con todos los logros que se quiera, a la que le pasa todo y todo lo supera, me fui al segundo libro, al de Lucia, y desde el primer relato, llamado "Lavandería Ángel", nos refiere a entornos que muy pocos considerarían escenarios para un libro: los barrios bajos de El Paso, Texas, con personajes marginados aun entre los marginados. La diferencia entre un libro y el siguiente es enorme, casi como si se tratara de mundos y épocas distintas, vidas de personajes y lugares que uno probablemente no conocerá nunca, y que sin embargo en unas decenas de páginas nos permiten sentir que las hemos caminado y habitado.

"Lavandería Ángel" es un cuentecito de cinco páginas, y uno se pregunta: "¿En cinco páginas me va a cautivar?" ¡Efectivamente! Me cautivó. Es un texto muy superior a toda la colección de la antropóloga forense con su innegable glamour, porque en cinco páginas recrea la pobreza del indio viejo, de las mujeres que van a lavar su ropa, la clase de ropa, lo que hacen los hombres que pasan por ahí, del único indio apache en la comunidad de indios Pueblo… Hay una escena terrible de tres líneas: la narradora va a lavar los jueves. Un día saluda a una señora que va también los jueves, y a quien ya había visto muchas ocasiones, pero con quien no cruzaba más de tres palabras. Ese día la señora le entrega la llave de su departamento, pidiéndole encarecidamente que si algún jueves no va a lavar, suba a su departamento a ver si ya se murió. Y la señora se muere antes del jueves siguiente.

Así es todo el libro. Es de una solidez increíble, en se plasma la simpleza de la vida cotidiana de personas como cualquiera, o como todos nosotros. Además, la autora tiene un rasgo de una humildad fuera de toda descripción: de entre la veintena de relatos

que compone el libro, elige para título *Manual para mujeres de la limpieza*. Es una gran obra, muy superior a muchos best-sellers de gran tiraje y amplio consumo, y a la de todos aquellos libros escritos por autores que crean personajes, cada uno de ellos salvador del mundo.

Compartir mi felicidad

Yo llegué a bibliotecas por casualidad, como le pasa a la gran mayoría de los bibliotecarios en México, y los de muchas otras partes del mundo. En la universidad donde trabajo se tomó la decisión de que dejar la función que tenía y me fuera a bibliotecas. En lo personal, y en lo institucional, fue lo mejor. Aunque soy originalmente licenciado en Administración Educacional, y durante 20 años me dediqué a la planeación institucional en educación superior, el paso a bibliotecas fue casi natural, porque los libros siempre han sido lo mío. Si pudiera regresar el tiempo, a lo mejor hubiera estudiado biblioteconomía o bibliotecología, lo que pasó conmigo es lo que con muchos en este país: la orientación vocacional no te hace visualizarte como profesional, de plano jamás se me ocurrió estudiar eso. Estaba la ENBA (Escuela Nacional de Biblioteconomía y Archivonomía) pero ni por un momento pensé estudiar allí. Pero la vida se compone o descompone sola, y a mí me trajo a las bibliotecas. Aquí me gustaría citar un dato muy interesante. En Estados Unidos, la ALA (American Library Association) ha hecho estudios, concluyendo que una buena parte de los bibliotecarios estadounidenses no era su primera opción profesional, sino la segunda. Hay médicos, abogados, profesionistas de todo tipo, además con cierto grado de éxito, que un buen día, entre los 40 y los 55 años, se cansan de su profesión y buscan ser bibliotecarios. Es su segunda opción de la vida, y además se vuelcan a esa profesión. No llegan a ella por casualidad, por circunstancias, por pobreza. No. Eligen voluntariamente las bibliotecas porque les tienen cari-

ño desde su primera infancia, porque recuerdan a bibliotecarios que los ayudaron a llegar a ser lo que son, sienten y logran descubrir en la profesión un ámbito de desarrollo intelectual, profesional, de servicio a la comunidad, de trato humano que no ofrecen muchas otras actividades económicas mucho mejor remuneradas. Esto me pasó a mí. Llegué a las bibliotecas como amante que soy de los libros.

Pero hubo otro motivo quizá un poco más personal. Llegué pensando que mi gusto por los libros, por lo que contienen, por lo que pueden dar de felicidad y ser de utilidad, me gustaría hacer extensivo esto a los usuarios de la biblioteca, alumnos, profesores, público en general. Las bibliotecas tienen dos funciones: la primera de ellas es su utilidad como biblioteca universitaria. Debemos estar en condiciones de ofrecer libros que resuelvan las demandas académicas de quien cruce las puertas de la biblioteca. La segunda es ofrecer libros para divertirse, o, al contrario, para concentrarse en aquello que agrade o apasione a cada individuo, proveyéndole de cuanto material satisfaga su necesidad de información. Pueden ser los mismos libros o no, eso depende de cada demanda y de cada usuario. Un estudiante de economía puede leer un libro de semiótica de Umberto Eco simplemente porque le da la gana tomar ese libro y entendérselas con él. Sobre esto hay miles de ejemplos. No sabemos cuándo un libro en manos de un lector está cumpliendo la función de diversión, de aprendizaje, de reto, de lo que sea.

De esta situación laboral y personal me surgió la inquietud de seguir una maestría en Bibliotecología, puesto que amaba los libros, pero no tenía las herramientas para compartir ese amor; ya después seguí con un doctorado en la misma área. Y sigo amando los libros.

Creo que en los libros está la solución a todos los problemas, al menos hasta donde ha llegado la ciencia y la tecnología. Yo tomo un libro, lo leo, aprendo y resuelvo el problema que me motivó

inicialmente a abrirlo. El problema no es leer, o no leer, o cuántos libros leemos al año. El problema es que no nos hemos enseñado a acudir a ellos, allí es donde está las soluciones. Si tengo problemas de obesidad, pues hay 500 libros sobre obesidad. No me refiero a las dietas que se publican a la ligera en revistas o periódicos. No. Me refiero a lo científico, a pruebas, a comparaciones. Leo, aprendo y resuelvo. Pero si no acudo al libro, pues entonces seré yo quien tiene el problema. El problema no es la obesidad, sino yo.

Acercar a los alumnos, a los maestros, a todo mundo a los libros, acercarlos a la biblioteca es el gran problema educativo de México. En los libros está todo: cómo entender y resolver los problemas de aburrimiento, de depresión, de hasta cómo llegarle a una muchacha. Pero si no reconocemos el problema, tampoco damos el primer paso para encontrar la solución. Nuestro sistema educativo está aquejado de grandes vicios, muchos de ellos irresolubles en el corto plazo, pero el país requiere personas preparadas, por este sistema o como sea, y es aquí donde la lectura y la biblioteca como institución entran en juego, lo que no se da en el salón de clase, un alumno motivado o curioso lo puede lograr por su cuenta en una fracción de tiempo, y sin más complicaciones que el apoyo para resolver sus dudas, que en parte para eso están los bibliotecarios.

El Artículo Tercero no menciona la palabra Leer

A través de asociaciones hemos promovido iniciativas de reforma de Ley ante el Congreso de la Unión para impulsar esta inquietud. Una de ellas fue a título personal. Pretenciosamente me atreví a proponer una modificación al Artículo Tercero Constitucional. Consistente en que el objetivo mínimo esencial del sistema educativo nacional debe ser formación para la lectura. El sistema educativo nacional debería, deberá formar lectores. De ahí derivará

todo lo que filosóficamente plantea el Artículo Tercero: la creación de buenos ciudadanos, para conocer y aprovechar los avances de la ciencia, para ser humanos íntegros… todo lo que se desea que seamos, pero que no están en ningún lugar en el currículum. Si no sabemos leer, si no apreciamos leer, si no leemos, lo demás no sirve para absolutamente nada ni se va a lograr, independientemente de los años y más años que pasemos en las aulas.

Por elemental que pueda parecer, por obvio que se dé el punto, la lectura no está en el Artículo Tercero Constitucional, no está en la Ley Federal de Educación, no está la del Estado de Coahuila, no está en la ley de Bibliotecas. Mi propuesta la formulé desde un punto de vista de la política de la información. El derecho a acceder a la información.

Si la Ley de bibliotecas, la actual y las precedentes desde el 1993, no declaran la articulación y su apoyo al sistema educativo para que la gente lea con fines educativos, entonces cómo es posible que se elabore una Ley —Federal, de Educación, Estatal, de Bibliotecas— con todo el esfuerzo que supone, si no se dice que el objetivo central es que los libros están para que se lean.

Como dijo mi maestro Ranganathan

Yo creo que cada libro tiene su lector, y cada lector su libro. Esta idea no es mía, sino del matemático y teórico de la bibliotecología de origen hindú, Shiyali Ramamrita Ranganathan. Él planteó cinco leyes de la biblioteconomía que a mí parecer son claridosas. La primera: "Los libros están para usarse"; la segunda: "Cada lector su libro"; la tercera en correspondencia: "Cada libro su lector"; la cuarta: "Ahorrar tiempo al lector"; y la quinta: "Las bibliotecas son organismos vivos en permanente crecimiento".

El postulado data de 1931, y seguimos con él pendiente en la mayoría de los sistemas bibliotecarios institucionales y en el nacional. Cada libro su lector. Cada persona necesita un libro. Quizá

ni ella sabe que lo necesita, sea para curarse la diabetes, para hacer ejercicio, para hacer una reparación, para sembrar un huerto, para divertirse, para contar chistes. Tal vez no lo sepa y no hay quien le diga: "Este libro te sirve". Este es el concepto que yo siento como la gran función del bibliotecario. Ofrecer un libro, sugerirlo, con modestia, con humildad, en base a lo que el usuario pide.

En este sentido, creo que era buena la intención del programa de José Vasconcelos, de llevar libros clásicos a los sitios más apartados de la geografía nacional, pero no eran los libros que necesitaba la gente en ese momento. Leer a Ovidio, Homero, Dante estaba bien, pero mucho después. Lo que necesitaban en ese momento era cómo sembrar, cómo limpiar la parcela, cómo procesar la leche, cosas muy elementales. Y después, habiendo logros con lo primero, sigue lo segundo, y así hasta Aristóteles.

Creo que mi labor como bibliotecario y como lector es ofrecer la lectura como facilitadora de la vida.

Micaela Chávez Villa

Bibliotecaria, docente (Oaxaca, 16 de junio de 1954). Estudió la licenciatura en Biblioteconomía en la Escuela Nacional de Biblioteconomía y Archivonomía, Maestría en Estudios Latinoamericanos, en la Facultad de Filosofía y Letras en la UNAM, y ahí mismo obtuvo el Doctorado en Bibliotecología y Ciencias de la Información.

Se inició como catalogadora en el Departamento de Procesos Técnicos de la Biblioteca Daniel Cosío Villegas, de El Colegio de México, de donde ahora es la Directora. Ha sido evaluadora externa del CONACYT, indizadora del Hispanic American Periodical Index (HAPI) publicado por la University of California at Los Ángeles, delegada del Consejo de Miembros de OCLC para América Latina

y el Caribe. Ha realizado estancia académica en la Biblioteca de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

Como docente dicta la "Introducción a la Bibliotecología, Programa de Maestría en Bibliotecología, Biblioteca Daniel Cosío Villegas, El Colegio de México, 2004.

Entre otras muchas, pertenece a la Asociación Mexicana de Bibliotecarios, A.C. (AMBAC), Colegio Nacional de Bibliotecarios, A.C. (México), Instituto Mexicano de Administración del Conocimiento, Seminar on Acquisitions on Latin American Library Materials (SALALM).

Ha sido ponente en la Reunión de la Asociación de Bibliotecas Universitarias del Caribe, Miami, Fla., 1998. Seminario de Adquisición de Materiales Latinoamericanos, San Juan, Puerto Rico, 1998. Presentación del Proyecto de Autoridades de la Biblioteca ante el Comité de Catalogación y Clasificación del Seminario de Adquisición de Material Latinoamericano, Nashville, Tenn., 1999. Convención ABLA 2000, en Lima, Perú, 2000.

Reunión del Seminar on Acquisition on Latin American Library Materials, celebrado en

Tempe, Arizona, 2001. 50th Seminar on the Acquisition of Latin American Libraries Materials, "Latin American Studies Research and Bibliography – Past, Present and Future, en Milton University of Florida Conference Center, Gainsville, Florida, 2005. VII Reunión del Consejo Asesor de Recursos de Información de CONACYT, (CARI) del Centro de Investigación Científica de Yucatán, A. C. 2007.

Que otros se jacten de las páginas que han escrito;
a mí me enorgullecen las que he leído.
Jorge Luis Borges

Soy originaria del estado de Oaxaca, de un pueblo llamado El Rosario, distrito de Putla, que colinda con las regiones de la Mixteca y la Costa, en la frontera con el estado de Guerrero. Cuando tenía como ocho o nueve años, mis vecinos, que eran profesores de primaria desecharon un baúl con algunos libros. Les pregunté si podía tomar algunos y me dijeron que podía quedarme con todos, si quería. Así fue como empecé a leer. De entrada me fascinó porque, estando en un pueblito no tenía acceso a medios de diversión, salvo escuchar la radio y jugar pelota con otros niños. Para mí la lectura fue un medio de conocer otros lugares e imaginar lo que se describía en los libros.

Nunca he podido recordar el título de aquel primer libro que saqué del baúl, lo que sí recuerdo es que se trataba de unos niños que habían naufragado en una isla, y todo lo que tuvieron que pasar para conseguir comida, ahuyentar a los animales, construirse una choza y demás aventuras. Tenía algunas ilustraciones lo que ayudaba a imaginar con más precisión lo que era ese lugar, sobre todo el mar, que cuando finalmente tuve la oportunidad de conocerlo me di cuenta que mi imaginación no pudo igualar lo que realmente era. La lectura de ese libro me abrió un mundo distinto. Dese entonces, me recuerdo en los días de lluvia sentada en el corredor de la casa con un libro en la mano.

Desde que inicié los cursos de primaria, siempre estuve en clase con estudiantes mayores que yo, porque en esa época no había grupos para todos los grados. Tuve la suerte de que una maestra me tomara como su pupila y me enseñara, con mucha paciencia lo que correspondía a mi edad. Una de las lecciones de

esa época que siempre recuerdo porque me parecía muy divertida es aquella que decía: *Oso, esa osa, osa, esa osa, esa osa usa bolsa, ese oso usa zapatos*.

¡Galano!, ¡Galano!, ¡Galano!

En los cursos de secundaria para mí fue fundamental la clase de español porque al profesor le gustaba leernos en voz alta. El libro de texto que usábamos era *El galano arte de leer* de Michaus Domínguez, que nos gustaba porque incluía muchos trozos de libros clásicos universales y poesía. Como tratábamos de evadir el asunto de aprender gramática, le pedíamos el profesor que nos leyera. Desde que entraba al salón empezábamos a pedir en voz alta galano ¡Galano!, ¡Galano!, ¡Galano! Él accedía y luego nos pedía leer a nosotros. A través de ese libro nos conectó con pasajes de obras de autores clásicos. Así conocí *El Mío Cid*, *La Ilíada, La odisea* y algunas obras más.

La secundaria fue tortuosa porque no tenía mucha conexión con el estudio. Me vine de Oaxaca para hacer el sexto grado de primaria en Ciudad de México; luego entré a la secundaria, a la que recuerdo como una etapa bastante compleja. Estaba lejos de mi familia, lejos de mis amigos, del ambiente de libertad en que había crecido, con todo lo que esto significaba, por lo que no fui una buena estudiante, prefería jugar básquetbol tanto como se podía. Me pasaba leyendo historietas que compraba a escondidas de la tía con la que vivía, y que constantemente me reprendía por "perder" el tiempo leyendo. Creo que el querer llevarle siempre la contraria hizo que me convirtiera en una ávida lectora. En esa época empezó mi gusto por la literatura esotérica, extraterrestres y misterios sin resolver. Por ejemplo, leía la revista *Duda*, y todo lo que tuviera que ver con ciencia ficción. Ese tema realmente me apasionaba.

Primer acercamiento con la ciencia

Yo robot de Asimov me abrió un mundo hacia otro nivel de imaginación, hacia cosas impensables. La revista *Investigación y Desarrollo* publicada por CONACYT, incluía cuentos de ciencia ficción que leía con mucha atención. Por ejemplo, ahí me enteré que existían las tres leyes de la robótica, que aún se manejan como válidas y se siguen reproduciendo en muchos libros y películas. *Cosmos* de Carl Sagan fue otro libro que me apasionó porque me interesaba entender el Universo. Después vendría la serie de televisión y aún hoy me emociona la frase "Somos mucho menos que un grano de arena en el Universo" y que "La astronomía es una lección de humildad." Ahora estoy leyendo a Haruki Murakami, que en sus obras retoma algunas cuestiones tanto de ciencia ficción, como de realismo mágico.

La magia de las lecturas acumulativas

Una parte de los libros que leo es para distraerme, para conectarme de otra manera con el mundo. Están los libros que leo para aprender de mi área que es la Bibliotecología y la Administración. Son temas que me gustan y donde encuentro respuestas y nuevas preguntas. Leer siempre me conecta con otras obras, como si cada libro fuese un hilo que me lleva de una a otra obra.

Lo que he aprendido a lo largo del tiempo es que a veces se puede leer aunque no se comprenda totalmente lo que el autor expone. En este sentido, leo bastantes libros de filosofía y no siempre entiendo todo. Algunos autores plantean cuestiones muy abstractas. En algún lado leí que no necesitábamos comprender totalmente lo leído pero que el acto de leer permite que nuestro cerebro acumule la información. Ahí se queda, ahí permanece y cuando se necesita ésta se manifiesta. He tenido oportunidad de comprobar esto las veces que he tenido que tomar decisiones y de una manera intuitiva tomo la mejor. Luego me pregunto, cómo llegué a eso si

no tenía un conocimiento previo. No es que no lo tuviera, sino que no estaba en mí de manera consciente, pero se fue acumulando a partir de mis lecturas. En este sentido creo que las personas que se interesen por leer, aunque no tengan un entendimiento claro, lo guardarán para extraerlo en el momento apropiado.

Un día que vi a mi padre leer un libro sobre el cero en matemáticas, le pregunté por qué lo leía si me parecía que era muy complicado para él —mi papá no terminó la primaria—, y me dijo que era muy interesante lo que decía ahí. No entendía todo, pero le gustaba lo que exponía el autor. Lo que estaba tomando de la lectura es lo que alcanzaba a comprender y en eso radica el gusto por la lectura.

Mi momento máximo fue cuando entré a trabajar a la biblioteca de El Colegio de México

Como mencioné, no fui buena estudiante en la secundaria y por lo mismo no logré tener el certificado así que realicé estudios secretariales y llegué aquí con unas enormes ganas de leer. Mi situación económica no me permitía comprar todos los libros que quería. Mi manera de leer más libros de los que podía comprar era juntarme con amigos e írnoslos pasando pero aun así no era fácil acceder a ellos.

¡Podía llevármelos a casa!

Al llegar aquí, a la biblioteca, vi el acervo tan grande —no tan grande como el actual. Yo entré a trabajar en 1972—, pregunté si se me permitiría leer los libros y me dijeron que sí, que los podía sacar en préstamo, llevarlos a casa por dos semanas, y, de no terminarlos, los podía renovar por dos semanas más. Esa respuesta fue mágica para mí y aproveche al máximo esta posibilidad. Toda-

vía ahora, casi 50 años después, me emociona contarlo porque fue de mis momentos más felices.

Por ese tiempo hacía más o menos una hora de traslado de mi casa a la oficina, y otra de regreso. Fue la época en que leí todo. Era el Boom de la literatura latinoamericana y tener a la mano a autores como Gabriel García Márquez, Gustavo Sainz, José Agustín, Jorge Ibargüengoitia, Ciro Alegría, o Ernesto Cardenal; saber que podía disponer de sus obras en cualquier momento, que si se hablaba de alguno de sus libros en las noticias en la mañana, yo podía llegar al trabajo y pedirlo prestado, bueno… ¡fue invaluable!

En las bibliotecas hay libros y alegría

Estoy convencida de que el lema de la Asociación Americana de Bibliotecas: "Las bibliotecas cambian vidas" es muy cierto. A mí me la cambió. Desde aquel remoto primer día no recuerdo ni uno solo que no me haya sentido contenta y satisfecha del trabajo que hago. Cuando me inicié en la biblioteca, copiaba fichas para que el catalogador realizara su trabajo de análisis, o picaba esténciles con los que reproducíamos las fichas, o llenaba tarjetas con los encabezamientos de materia para el catálogo. Ahora me encargo de otras actividades que implican una gran responsabilidad y compromiso, y sigo contenta.

A lo largo de mi desarrollo profesional tuve una ayuda importante de parte del director, que era Ario Garza Mercado. Un día, ya pasado un tiempo de mi ingreso, me dijo que yo ya sabía mucho, pero que necesitaba el papelito para seguir creciendo. Me recomendó que estudiara el bachillerato técnico en biblioteconomía, y ahí empezó esta carrera apasionante. Es increíble lo que puede darnos el contacto con los usuarios, con los lectores, con los libros, con los editores. El mundo de los libros es maravilloso.

Tres hábitos del lector ideal

Si hablamos de las cualidades de los lectores, creo que principalmente deben tener curiosidad y cuando tienen un libro en las manos deben preguntarse sobre lo que encontrarán en él, por qué tiene ese título, qué le está diciendo a través de su cubierta, a través de su tamaño; es decir, los lectores deben establecer una conexión con el libro antes de iniciar su lectura.

Otro atributo de los lectores es la disciplina. Contrario a lo que muchos dicen respecto a que si a uno no le gusta un libro hay que desecharlo, pienso que hay que adentrarse un poco más en el texto para tratar de entender qué es lo que dice el autor. Hay libros que lo atrapan a uno desde el principio, pero hay otros que necesitan un tiempo para conectar con la idea y el estilo del autor.

Un lector debe estar dispuesto a aprender cosas nuevas, esto va desde encontrarse con palabras que no entiende hasta cuestiones complejas que requerirán análisis, concentración y búsqueda más allá del libro que se lee. Tener un diccionario a mano siempre será útil para salir de dudas. Ya sé que es un poco complicado y hace más tardada la lectura, pero es imprescindible la consulta porque será la clave para entender el texto en su totalidad. A mí me gusta leer libros en formato electrónico por la posibilidad que ofrecen de consultar un diccionario integrado, o enlazarnos con diccionarios y recursos en línea como Wikipedia.

Hay frases que cambian vidas

¿Sobre mis hábitos en la lectura? No rayo los libros. Casi siempre tomo notas. Tengo el hábito de tener un cuaderno a la mano donde anoto pasajes importantes, uso marcadores para señalar ciertas páginas que me parecen interesantes o frases que pueda utilizar en algún texto, o simplemente que me llaman la atención y que me gusta volver a leer o recordar después.

A mí me emociona mucho cómo un autor es capaz de expresar una idea, un sentimiento, describir un hecho con precisión. Hay frases que en dos renglones impactan tanto que uno piensa: "Si yo tuviera que decir eso mismo, cuántas palabras necesitaría para hacerlo".

Hay libros que son terapias encuadernadas

Por otra parte, no guardo ni atesoro libros, más bien trato de hacer que circulen, que sean leídos por otros. Se lo doy a mis sobrinos, a mis vecinos, a quienes me piden que les recomiende un libro, o los dono a la biblioteca. A quien le "presto" o regalo libros le pido que una vez que concluya la lectura los pasen a alguien más.

No puedo acumular libros porque mi departamento es muy chico y porque por lo general las casas habitación no están hechas para albergar grandes cantidades de libros porque llegan a pesar demasiado. Además, me parecería poco práctico que, teniendo alrededor de 600,000 volúmenes en la biblioteca del Colmex, me dedicara a desarrollar una biblioteca propia.

En casa tengo libros nuevos, aún envueltos, y que ya se van acumulando porque últimamente no me doy tiempo para leer. También tengo algunos libros de los que no me desharía, porque son regalos de sus autores o de personas que por alguna razón pensaron que yo debería tenerlos, también porque vuelvo a ellos de vez en cuando. Uno de esos es *Mujeres que corren con los lobos* de Clarissa Pinkola. Es un libro muy didáctico en términos de adentrarse en la naturaleza de las mujeres. Es un libro que me ayuda cuando pierdo mi energía, y me ayuda a recuperar mi espíritu salvaje y seguir adelante con buen ánimo; se aprende por qué a veces no nos atrevemos a hacer aquello que queremos, y nos detenemos porque nos sentimos limitadas, no por carecer de capacidad, sino porque nuestro entorno, los que están a nuestro

alrededor u otras situaciones que la sociedad nos impone, nos impide dar ese salto. Cada vez que empiezo a sentir que ya no tengo ganas de emprender algo nuevo, vuelvo a releer ese libro.

¡Wow!

Se dice que todo libro tiene su lector, y esto se explica porque el tratamiento del tema, el tipo de lenguaje que usa el autor y hasta podría decir que el tamaño del libro y el de la tipografía, o el papel en que está impreso definen quien lo leerá. He tenido la fortuna de visitar bibliotecas públicas en Estados Unidos, donde el usuario encuentra libros con el texto impreso en letras grande. Cuando yo vi eso dije: ¡Wow! cómo es posible que nuestras bibliotecas públicas en México —al menos las que se denominan de esta manera pero que no funcionan como tales—, no cuenten con esta facilidad. Porque en nuestro país, aunque las personas mayores tengan deseos de leer, se encuentran con la dificultad de la letra chiquita.

Cuando un autor deja de tener pasión deja de ser autor

Tanto por la forma en que un autor decide contar su historia, como por los criterios de las editoriales respecto a su distribución o las necesidades técnicas del impresor, creo que realmente cada libro tiene su lector, y cada autor tiene quien lo lea. Hay autores que leí pero no pasé del primer libro, o autores que en un principio me gustaron y de repente algo les pasó y dejaron de escribir con esa pasión, con esa forma que los hacía singulares, y ya no vuelvo a comprar algo de ellos.

La difícil tarea de recomendar libros

Para invitar a leer es necesario tomar en cuenta las características de lector al que queremos motivar o de la comunidad a quienes

nos dirigimos, depende de la edad, la zona donde viven, la lengua que hablan. A los jóvenes, por ejemplo, antes les decía que leyeran libros de aventuras, porque pensaba que eso los iba a motivar. Ahora que han cambiado tanto los hábitos de los chicos, que tienen acceso a una mayor cantidad de información y formas de entretenerse, me cuesta trabajo decidir qué recomendarles. Tengo sobrinos que me han pedido que les compre *El diario de Greg*. Lo compro, lo reviso, lo leo, y me doy cuenta que se trata de la vida cotidiana de un niño con la cual mis sobrinos se identifican mucho, tanto así que ya llegaron al volumen siete y siguen motivados, hasta crear su propio diario.

Ahora que el futuro es pasado, qué sigue

En mi época de adolescente leer a Julio Verne era maravilloso, pero ahora cuando mucho de lo que se narra en sus historias ya se ha vuelto realidad, ya no resulta tan emocionante para los jóvenes; en nuestro tiempo era el descubrir las posibilidades que ofrecía la ciencia, que nos imaginábamos para el futuro. Ahora el futuro ya está aquí, mucho de lo que se planteaba ahí ya existe, por lo que se hace necesario buscar otros autores, nuevos planteamientos, otras formas de motivar a la lectura.

Cada comunidad merece su propia biblioteca

Siempre he dicho que las encuestas que muestran que la gente no lee o que en México se lee poco, habría que asociarlas al costo de los libros. Cuando se estableció el precio único para evitar la competencia desleal, con la idea de que se abrirían nuevas librerías, esto no sucedió y se perdieron oportunidades de adquirir libros con descuentos. Tendría que haber una preocupación, como lo hubo en otro tiempo —y sé que la referencia a Vasconcelos resulta muy trillada—, de hacer accesible la lectura a toda la gente. Un

taxista me contaba que a su hija le gustaba leer, y él le compraba libros usados; pero la hija los leía tan rápido que enseguida le pedía otro y otro por lo que decía que para poder atender el ritmo de lectura de su hija, tendría que realizar muchos viajes más.

Estoy convencida que la solución es un buen sistema de bibliotecas públicas que atiendan las necesidades específicas de su comunidad. No se trata de seguir abriendo bibliotecas en las que a todas se les dota de los mismos libros y llenan los estantes con lo que sea con tal que se diga que ya cumplieron. Las bibliotecas tiene la posibilidad de crear comunidades, de integrar a familias a través de diferentes servicios que se pueden establecer para que no sólo los estudiantes vayan, sino también los papás, los jubilados, los niños; las bibliotecas pueden ser puntos de encuentro. Si realmente hay un interés del Estado por elevar el nivel educativo, de disminuir los problemas que enfrenta la gente para comprar libros, la solución serían las bibliotecas públicas y acuerdos de compra con los editores.

En algunos países se han hechos convenios con editoriales para crear bases de datos de libros electrónicos para el acceso a un precio más reducido. Yo espero que se busquen esquemas tendientes a que la gente lea.

La mejor recomendación es poner un libro en cada mano

Creo que las campañas en la que salen los artistas diciendo que hay que leer, sí, son campañas muy bonitas pero que no ayudan mucho, porque las personas dicen; "Sí, bueno, pero dame los libros, hazlos accesibles y leeré".

Al conectarse con los libros se hace la luz

Más que promover la lectura, hay que crear espacios donde la gente pueda ir a leer. Se ha comprobado que la gente va a la biblioteca

porque busca un espacio tranquilo para estudiar, leer, sentirse segura. Eso es lo que la biblioteca debe ser.

Ojalá hubiera oportunidad de colaborar con estas iniciativas de bibliotecas públicas porque los libros siguen siendo caros. Hay quienes no disponen de recursos para invertir en un libro, tiene necesidades inmediatas mucho más fuertes que comprar uno porque no lo consideran algo básico. Se dice que si alguien tiene para comprar cerveza o cigarros podría comprar un libro; bueno, sí, pero es importante considerar que el incentivo para comprarlos es conectarse a esas personas a los que les gusta lo mismo. Entonces ¿por qué no crear los espacios donde lo que conecte a las personas sea la lectura?

Christopher Domínguez Michael

Crítico literario (Ciudad de México, 1962). Miembro de El Colegio Nacional desde 2017. Sistema Nacional de Creadores de Arte 1993-2017. Beca Guggenheim, 2006. Consejero de redacción de *Vuelta* 1989-1998. Columnista de *Proceso* 1983-1990, y de *Reforma* 1993-2015. Profesor visitante en la Universidad de Chicago en 2013 y 2014. Actualmente consejero editorial de *Letras Libres* y columnista cultural de *El Universal*. Desde 2010 es investigador de El Colegio de México.

Premio anual de crítica literaria y ensayo político Guillermo Rousset Banda, por *Tiros en el concierto*. Literatura mexicana del siglo V, en 1997. Premio Xavier Villaurrutia por *Vida de Fray Servando*, biografía histórica, en 2004. Premio del Círculo de Críticos de Arte de Chile a la mejor obra literaria de 2009 por su libro *La sabiduría sin promesa. Vida y letras del siglo XX*, en 2010.

Además es autor de los diccionarios *Critical Dictionary of Mexican Literature* (1955-2010), (Londres, 2012), y *Diccionario crítico de la literatura mexicana*, 1955-2005, FCE, (2007), y de la *Antología de la narrativa mexicana del siglo XX*. Tomo I y II (FCE, 1989 y 1991).

Llegar a la lectura

Crecí entre libros. Mi madre era pintora y mi padre psiquiatra, profesionista liberal amante de la lectura.

Antes de aprender a leer mi madrastra me leía en voz alta. *El conde de Montecristo*, por ejemplo, que como bien dijo García Márquez, acaso sea la mejor novela de la historia. La recomendaré siempre.

Primeras lecturas

Leía de todo pese a los intentos de mi familia de poner algo de orden. Mucha historia, política, marxismo, pero también ciencia ficción, Lovecraft, poesía mexicana de los Contemporáneos.

Hábitos lectores

Leo en cualquier lugar y circunstancia. Prefiero la noche y los cuartos de hotel. Me concentro más.

Leer no es una disciplina, es una forma de vida. Leo por trabajo y leo por placer. No me interesa mayormente otra cosa. Cuando me canso pesco cualquier partido de futbol.

Una antología de los mejores autores para invitar a leer

Me queda muy lejos la Antología de la narrativa mexicana del siglo XX. Metí a una multitud. Ya no creo en esa clase de panoramas aunque es instructivo hacerlos para un joven crítico como quien yo era entonces. Y los autores que eran importantes entonces, lo siguen siendo. Ese libro me sirvió a mí para leerlos. No sé si a los lectores.

Reflexiones acerca de la lectura o la no-lectura en México

La tendencia es mundial. Se imprime mucho, se vende mucho. Se lee poco. Una cosa es comprar libros y otra leerlos. La edad de oro de la lectura de libros impresos terminó hacia 1980. Los programas oficiales de lectura deben ser exclusivamente para niños y viejos. Si el vicio no se agarra en la infancia, todo está perdido. Y mi tío abuelo, inválido a los 70 años por un accidente vascular, descubrió a Proust... Ignoro cómo leerán las próximas generaciones. Como lo hicimos nosotros, no lo harán. La pregunta parte de un prejuicio positivo: los libros hacen mejores a los hombres. No siempre. ¿Cuántos millones han muerto en nombre del Corán y de la Biblia? ¿Cuántos mataron tras leer a Lenin, a Hitler y a Mao? Por otro lado, la lectura creativa, crítica e inteligente siempre ha sido patrimonio de una minoría, de gente rara. El carnicero no debe leer a Mallarmé. No es necesario.

Apuesta o esperanza, en el ámbito de los libros y la lectura, en la nueva administración federal

La próxima administración destruirá las instituciones culturales del país, me temo. No invitará a la lectura sino a la propaganda.

La lectura de mis artículos políticos en *El Universal* en la columna "Moral para intelectuales" podrá dar una idea del por qué de mis temores ante la próxima administración.

Julieta Fierro Gossman

Investigador, astrónoma, profesora, promotora de la ciencia (Ciudad de México, 1948). Estudió física en la Facultad de Ciencias de la UNAM. Su área de trabajo ha sido la materia interestelar y el Sistema Solar.

Ha sido docente en la UNAM, ha colaborado en el Correo del Maestro. Ha colaborado con exposiciones sobre astronomía en la Sala de Astronomía de Universum, el Museo Descubre de Aguascalientes, la Semilla en Chihuahua; en Puerto Rico, en el Observatorio McDonald en los EUA y en la Feria Internacional de Aichi, Japón.

Ha sido directora General de Divulgación de la Ciencia de la UNAM, miembro de la mesa directiva de la Sociedad Astronómica del Pacífico, y presidenta de la Sociedad Mexicana de Museos de Ciencia, Presidente de la Comisión

46, de la Unión Astronómica Internacional, y Presidenta de la Academia Mexicana de Profesores de Ciencias Naturales.

Como divulgadora de la ha escrito 41 libros de divulgación y decenas de publicaciones diversas. Redactó varios capítulos en textos de preescolar y secundaria sobre ciencia. Trece de sus obras forman parte de las bibliotecas de aula. Es coautora con Juan Tonda y José Luis Perujo de El libro de las cochinadas, uno de los más divertidos y científicos libros escritos para niños, jóvenes y abuelitos.

Ha dictado conferencias en 39 países.

Julieta Fierro ha recibido, entre otros, los premios de Divulgación de la Ciencia de la Academia de Ciencias del Tercer Mundo y el Nacional de Divulgación de la Ciencia de 1992. Premios Kalinga de la UNESCO en París en 1995; la Medalla de Oro Primo Rovis del Centro de Astrofísica Teórica de Trieste de 1996; el Premio Klumpke-Roberts de la Sociedad Astronómica del Pacífico en los EUA, el Premio Latinoamericano de Popularización de la Ciencia en Chile en el 2001. La Medalla al Mérito Ciudadano de la Asamblea de Representantes del Distrito Federal en 2003. La Medalla Benito Juárez y fue la Mujer del Año en 2004. Flama de la Universidad Autónoma de Nuevo León en 2005. Master de Oro y un Doctorado Honoris Causa del CITEM, 2006. Medalla de Oro de la Universidad Latinoamericana y se instituyó la medalla Julieta Fierro, 2007. Premio Sor Juana Inés de la Cruz que otorga la UNAM y un Doctorado Honoris Causa de la Universidad Autónoma de Morelia, 2009. Presea Sebastián y un homenaje del Liceo Franco Mexicano, 2010. Medallas Vasco de Quiroga y de la Sociedad Astronómica de México, 2011. Mujer Notable de Sanofi y Clara Zetkin, 2012.

Ocupa la Silla XXV de la Academia Mexicana de la Lengua y es miembro del Sistema Nacional de Investigadores en el máximo nivel.

Llegué a la lectura con gran dificultad porque tengo dislexia. Tengo problemas de orientación: no sé cuál es la izquierda y la derecha, confundo letras y números. Por ello me fue muy difícil aprender a leer. Además, me rodearon condiciones familiares particulares. Por un lado, mi mamá era norteamericana y trataba de enseñarme a leer en inglés; por otro, yo iba un colegio francés, lengua que ignoraba, y ahí me trataban de enseñar a leer y escribir en francés. Si a esto agregamos que el entorno donde vivía se hablaba en español, se explica porque durante varios años no pude leer como se espera de un niño de siete años. Cuando en la escuela francesa nos ponían oraciones con palabras revueltas para que las acomodáramos correctamente, yo copiaban las más largas primero para ordenarlas por el número de letras, porque no conocía su significado. Comprender un texto me fue un proceso difícil y lento.

Me gustaban algunas tiras cómicas de las historietas que compraban mis hermanos. En la última página aparecía una tira en español de una sola hoja que yo, con mucho trabajo, lograba leer gracias a que estaban ilustradas, los dibujos me ayudaban a entender de qué trataban. Tendría como 10 años cuando empecé a comprender esas historietas, es decir, que leí hasta esa edad.

En la primaria tenía dificultades para conocer el significado de las palabras, me demoraba mirándolas, por lo que la maestra me pasaba a su escritorio donde me enseñaba a leer sílabas mientras los otros niños leían de corrido. Me sentía avergonzada de que todos mis compañeros pudieran leer bien. Literalmente me paralizaba. El motivo por el cual aprobaba el año escolar era porque sacaba 10 en matemáticas. Las matemáticas me parecían lógicas y triviales. Los 11 años que estuve en la escuela francesa saqué cero en lengua y casi siempre excelente en matemáticas.

Los exámenes los mandaban a calificar a Francia, en barco: ¡era la Prehistoria! Y de Francia me mandaban felicitar por ser excepcional en matemáticas.

Las maestras del Liceo Franco Mexicano mandaban llamar a mi mamá y la regañaban porque yo no conocía la lengua pero mi mamá no entendía lo que le decían Me metía en sus faldas y lloraba mientras ella escuchaba a los maestros en silencio.

A final de cuentas aprendí a leer y a la fecha he escrito más de 40 libros de divulgación de la ciencia, y soy miembro de número de la Académica Mexicana de la Lengua. La gran lección es que hay que tener paciencia con nuestros hijos y alumnos, cada uno madura y aprende a su ritmo.

Mi mamá murió cuando yo tenía 13 años. Mi papá quería que yo me quedara en la casa a cuidar a los niños. Uno de mis hermanitos tenía dos y el otro 11 meses, con síndrome de Down. En ese momento me di cuenta que la escuela podía ser mi salvación para salir de esa situación difícil. Un día me fui solita a la universidad, me inscribí y cuando regresé le dije a mi papá que me había metido a estudiar Física. Él se enojó mucho pero de todos modos me dejó asistir a clase. Más tarde, durante el movimiento estudiantil del 68 me escapé de la casa y supe lo importante que es ser libre.

El primer libro completo que leí fue una enciclopedia infantil ilustrada en Francés

El libro que más me ha gustado en mi vida es *Guerra y la paz* de Tolstoi. Me apasionaba que estuvieran intercalados los capítulos que tenían que ver con la vida personal de los protagonistas, de sus angustias, su amor y la pasión por el conocimiento, con los capítulos de la guerra. Me maravillaba saber cómo Napoleón contaba con un ejército y una estrategia poderosos, pero más el ingenio del general ruso de no confrontar y esperar el invierno. Me fascinó la manera alterna de cómo enfrentar una invasión: buscar otra estrategia ante un enemigo muy fuerte y evitar la confrontación directa.

Después de aquel libro han seguido muchísimos que me han apasionado. Mi método de lectura para obras literarias es leer un libro en inglés, el siguiente en francés y después uno en español. Los voy turnando. Ahora estoy leyendo una novela de Enrique Serna llamada *El miedo a los animales*; me acerqué a ese autor con *La doble vida de Jesús*. En inglés, el libro más reciente que leí fue *Good Bones* de la canadiense Margaret Atwood. El anterior a ese fue en francés y se llama *Les Rois maudits* de Maurice Druon. Es una serie de siete novelas históricas.

Además, leo revistas de ciencia en inglés, y *The New Yorker Magazine*; en español estoy suscrita a la *Revista de la Universidad*, y a *Letras Libres*. No tengo suscripciones a revistas francesas.

Mi hermanito me enseñó a enseñar

Desde la prepa me di cuenta que me gustaba la divulgación científica. A mis amigas que se les dificultaba la ciencia yo les daba clase, pero no como las impartían los profesores, sino la hacía divertida, experimental. Aunque más bien empecé a hacer divulgación desde antes, desde que estaba en la casa. Creo que quien realmente me enseñó a enseñar fue mi hermanito Miguel, quien, como ya mencioné padecía trisomía 21. Yo estaba convencida que él podía aprender todo, era cosa de tenerle paciencia. Fue con él con quien se me ocurrió inventar experimentos simples para explicarle las cosas de la vida, hacerle utensilios para que los entendiera, enseñarle las letras. Él fue el que me enseñó a enseñar.

Algunos científicos parten de la base de que las demás personas saben ciencia y que les gusta tanto como a ellos. No se dan cuenta que si en las escuelas no nos enseñan la ciencia que nos fascina a los investigadores, y no tenemos por qué conocerla, y por lo tanto nos la tienen que explicar poco a poco, de preferencia con ejemplos de la vida diaria.

No me voy a dejar

Creo que hay que ser humilde, en el sentido de pensar que uno lo entiende todo, y hay que ponerse en los zapatos del otro, como también hay que saber defender lo suyo, sus intereses. El ambiente de mi casa era difícil. Un día cometieron una injusticia conmigo. Entonces, me senté en un sillón en la sala y pensé: "No me voy a dejar". En ese momento decidí no dejarme de nadie, ni de la sociedad. Desde entonces he tratado de mantener un espíritu libre y de hacer lo correcto para que a largo plazo el mayor número de personas vivan bien, en particular las que me rodean.

En el presente, mi gran causa social es a favor de la muerte digna. Como soy una persona de la tercera edad, no quisiera que las personas sufrieran por prejuicios o por abandono o por prolongarles la vida de manera innecesaria. Mi lucha social es por el bienestar de esas personas. Esto es complicado realizarlo en una sociedad tan religiosa, donde se piensa que sufrir es bueno. Mi motivación se orienta hacia ser bueno, ser feliz, no a sentirse culpable de ser feliz.

Me han invitado a ser parte de comités ciudadanos donde hablo de este tema. Un ejemplo es durante la Constitución de Ciudad de México. Por fortuna el asunto de la muerte digna ya lo aprobó la Asamblea Legislativa.

Los niños olvidan el pasado porque el mundo es confuso

Además de mi lucha personal por la muerte digna, celebro otra lucha completamente opuesta, y es por la vida feliz: la de mi nieto. Él vive en el extranjero con sus padres, por lo que lo veo poco, pero a cambio le escribo muchos cuentos. Pienso que los niños pequeños olvidan el pasado porque el mundo les debe parecer sumamente confuso. Un bebé recién nacido con tantos estímulos tan diferentes debe ver una realidad caótica. Le toma mucho

tiempo ordenar lo que percibe para comprenderlo. Por esta razón le escribo cuentos, cuentos que tiene que ver con su realidad. Por ejemplo, cuando empezó a reconocer frutas, le escribía cuentos de frutas, después, cuentos de juegos, luego le escribí un cuento narrando sus vacaciones donde empleé las palabras que él usaba en ese momento.

Como en Estados Unidos, donde vive, está de moda el lenguaje de sordomudos, aprendió primero ese lenguaje. Así que en los cuentos que le escribí mezclé sus realidades: inglés, español y lenguaje de señas. Por ejemplo, "Agua grande", era el mar y "Agua chiquita" era la alberca. Las historias incluyen momentos significativos, como jugar con sus papás, chapotear en la alberca, sus juguetes, en fin…

El más reciente fue sobre lo que hace en el parque, como cargar ramas muy pesadas. Mezclé ilustraciones que yo misma hice con las palabras que él ya conoce. En otros he intercalado videos. Esos son sus cuentos favoritos. Yo creo que es porque le hacen sentido, y porque él aparece y se reconoce en las diversas situaciones. Con estas historias mi nieto está aprendiendo a leer

Ahora que lo acabo de visitar le llevé un *Don Quijote* muy sencillo, con muchas banderas, caballos, castillos. Su mamá lo introdujo a esta obra con un libro ilustrado. Así que espero que la nueva versión le agrade.

Certifícate en astronomía

Cuando digo que me interesan las personas de la tercera edad, lo hago porque estoy en esa edad y sé lo que significa. También me interesan los jóvenes y los niños. Preparo clases de astronomía a distancia y cápsulas de ciencia para chicos de licenciatura y de secundaria. Siento que la educación media es la que requiere mayor actualización, en el sentido de adaptarla a los alumnos de todo el sistema educativo. En la primaria los papás todavía tienen ilusión

con los niños, pero en la secundaria es frecuente que haya abandono. No en todos los casos, pero sí veo que los padres ya no se ocupan tanto de sus hijos como cuando eran pequeños, noto más riñas y castigos inmerecidos por falta de comunicación.

Estos chispazos de ciencia se pueden ver en Youtube si uno teclea "Curso de Astronomía General, Julieta Fierro". Incluyen un curso de astronomía que uno puede tomar completo. Sin embargo lo más exitoso de lo que he grabado ha sido una cápsula titulada "¿Por qué vuela un avión?", para primaria.

Si alguien quiere tomar el curso completo lo puede hacer ingresando a la plataforma de Ciencias de la UNAM.

Proyectos científicos a largo plazo

Le sugeriría a la administración entrante que le dé una mirada al proyecto de plan de desarrollo que generó la UNAM, el Foro Consultivo de Ciencia, La Academia Mexicana de Ciencias, el CONACYT, etcétera, donde participó un grupo de científicos para generar un plan de largo plazo en materia de ciencia, tecnología e innovación. Uno de los puntos es el del 1% del PIB destinado a investigación en ciencia y educación; pero sobre todo vincular la ciencia con la industria. En los países desarrollados, la industria paga 70% de la investigación científica porque sabe que si se desarrolla investigación en la industria se produce innovación. Ahora con la nueva economía del conocimiento, quienes deberán innovar son las industrias. La manera de lograrlo es vincularse con las universidades o hacer la investigación directamente, contratando doctores en ciencias, especialistas en robótica, en inteligencia artificial y demás áreas de desarrollo.

Tengo entendido que la doctora Elena Álvarez-Buylla, la que será la nueva directora del CONACYT, ya está trabajando con personas del Consejo para aprender administración. También se está familiarizando con lo importante que es vincular la ciencia con la industria. Esta vinculación no se tomaba en cuenta en el pasado.

La doctora Álvarez es una mujer muy lista, y estoy segura trabajará para que este país se vuelva una potencia científica e industrial.

Es fundamental que, en materia de ciencia y tecnología, los proyectos sean transexenales. Si siguen siendo sexenales, no atenderán problemas complejos. Durante un sexenio, el primer año es de acomodo, el último es de cierre, y sólo quedan cuatro años efectivos. No se nos puede olvidar que los proyectos científicos son de largo aliento. Así que espero que en la nueva administración federal haya planes de desarrollo a 10, 15 y 30 años. No estoy defendiendo que los proyectos sean inamovibles. Se tienen que actualizar periódicamente, evaluar regularmente. Por ejemplo, en materia de energía, supongamos que apostemos a los paneles solares, porque los desiertos mexicanos son ideales en razón de que 70% del país son desiertos. Pero si apareciera otra nueva tecnología habría que modificar el proyecto energético.

Armando Fuentes Aguirre *Catón*

Escritor, periodista, conferencista, maestro, hombre de radio, promotor cultural (Saltillo, Coahuila, 8 de julio de 1938). Es Licenciado en Derecho por la Universidad Autónoma de Coahuila; Maestro en Lengua y Literatura, y en Pedagogía por la Escuela Normal Superior de Coahuila. Doctor Honoris Causa por la Universidad Autónoma de Nuevo León, 2003, por el Instituto Campechano de Cultura, por la Universidad Popular Autónoma de Veracruz y por la Universidad Autónoma de Coahuila en 2018. Desde 1978 es Cronista de la Ciudad de Saltillo.

Colabora en más de 150 diarios mexicanos y extranjeros destacando *Reforma, El Norte* y *Mural*. En el noticiero Hora 21, en Foro TV mantiene la sección

llamada “Un momento con Catón”. Diariamente publica sus columnas “De política y cosas peores”, “Mirador”, “Manganitas”, y “Plaza de Almas”. Se le considera el editorialista más leído de México. Fundó y dirige la estación Radio Concierto, primera en el país costeada y sostenida por un particular. Fue Director del Ateneo Fuente, y fundador y primer Director de la actual Facultad de Ciencias de la Comunicación, de la UAdeC.

Es autor, entre muchas obras más, de *Mi perro Terry* (2009), *De abuelitas, abuelitos y otros ángeles benditos* (2007), *Plaza de Almas* (2014), *Teologías para ateos* (2018). La Editorial Diana ha publicado cinco volúmenes de *La otra historia de México*.

En su honor se estableció el “Premio Armando Fuentes Aguirre” que otorga cada año la Universidad Autónoma de Coahuila a los mejores trabajos periodísticos en materia de cultura. Ha recibido además, múltiples reconocimientos por su labor filantrópica y profesional.

Aprendí a leer antes de entrar a la escuela, y lo hice sin que se dieran cuenta mis padres. Mi hermano mayor, Jorge, hacía la tarea ayudado por mi mamá, en la mesa de casa. Yo, niño de cinco años o quizá menos, de rodillas en la silla seguía con atención la enseñanza. Así, sin que nadie se diera cuenta, aprendí a leer.

Recuerdo vivamente que un día llegó mi padre del trabajo y me encontró de bruces en el piso del zaguán con una revista en la mano. A mi padre le llamó la atención ver eso y me preguntó: "¿Qué estás haciendo?", y yo le dije: "Estoy leyendo". Se sorprendió y me preguntó si en verdad sabía leer y yo le dije: "Sí sé". Entonces me pidió que le leyera el título de la revista: "Sucesos para todos". Esas fueron las primeras palabras de mi vida que leí en voz alta. Mi padre abrió aquella importante revista y detenido en una página cualquiera me preguntó: "¿Aquí qué dice?" Se lo dije. Entonces llamó a mi mamá a grandes voces, a las que respondió mi madre asustada pensando que algo había pasado. "Armando ya sabe leer". "¡Pero cómo!" Mi padre me pidió nuevamente que leyera y así lo hice porque ya sabía leer.

Tuve la fortuna de nacer en una casa donde los libros eran parte del mobiliario. Mi familia era de condición modesta. Decir que era pobre sería exagerar, pero en ella no sobraba nada. Mi padre era un sencillo empleado de oficina; mi madre, ama de casa, pero se las arreglaban para comprar un libro cada mes. Era como un ritual, y se turnaban la elección: un mes el libro lo escogía mi padre y el siguiente mes lo escogía mi madre. De esta suerte había libros de aventuras, de cacería, del mar, de exploradores, que escogía mi padre; y libros de poesía que escogía mi madre. Para mí, los libros eran objetos de uso cotidiano.

Recuerdo también con claridad que iba a la casa de mis amiguitos ricos: el hijo del banquero, el hijo del comerciante próspero, el hijo del industrial importante. La casa en que yo vivía era de alquiler, tenía paredes de adobe, pisos de barro. En cambio, las residencias de mis amiguitos tenían piso de mosaico, techos de

tejas, paredes enyesadas. Y sin embargo, salía de esas mansiones compadeciendo a quienes vivían en ellas. Pensaba yo: "Han de ser pobres. No tienen libros". Y no me equivocaba: eran pobres. Lo único que tenían era dinero.

En toda la vida vi llorar dos veces a mi padre. La primera fue cuando murió su padre. Yo estaba en casa, en el suelo, jugando con unos carritos. Mi padre llegó y vi cómo las lágrimas le rodaban por las mejillas. Me asusté porque para un niño de esa edad ver llorar a su padre es como ver llorar a Dios. Pregunté asustado porque lloraba y me dijo: "Murió papá Nano".

La segunda vez que lo vi llorar fue con lágrimas muy diferentes. No había dinero en casa, como he dicho, y la única diversión que mis padres nos podían dar era llevarnos a ver los aparadores de las tiendas. Un día así lo hicieron, y al pasar frente al escaparate de la Librería Martínez, por la calle de Zaragoza, vi una colección de cuentos pequeñitos, que no llegaban a ser libros, si acaso eran unos cuadernitos. La colección era nomás de 10 o 12 cuentos. Me sedujeron las portadas y lleno de ilusión dije: "Papá, ¿me compras uno?" Él respondió con la frase con la que contestaba siempre a esas peticiones: "Ya veremos". Al día siguiente llegó a la casa, me entregó un paquetito y al abrirlo descubrí que no era uno de esos cuentos: era toda la colección de la que aún recuerdo los nombres: *Pulgarcito*, *El sastrecillo valiente*, *Riquet el del jopo*, *El gato con botas*… Entonces me eché a sus brazos y le dije: "Papá, qué bueno eres". Cuando me separé del abrazo, él tenía los ojos llenos de lágrimas. Con esto quiero decir que la lectura me ha acompañado desde que tengo memoria.

En aquella época no sólo leía los cuentos infantiles, también leía todo lo que había en la casa, pero supongo que eran lecturas no muy adecuadas para un niño, como ocurría con la revista *Sucesos* que, como sabemos, hablaba de política nacional e internacional.

Entonces advine a la lectura a muy temprana edad y se volvió un hábito.

Mi primer libro

Obró otra afortunadísima circunstancia. Ya adolescente, dormía muy pocas horas. De hecho, desde aquella época hasta la fecha, con cuatro o cinco horas de sueño tengo suficiente, y no duermo siesta. En este escenario las horas que mediaban entre mi despertar y la hora de levantarse para el colegio las usaba en la lectura.

Yo leía, lo recuerdo y cuando lo releo vuelve a conmoverme, *Corazón, diario de un niño* de Edmondo de Amicis. Todavía hoy, a mis 80 años, leo el que es mi relato preferido, "El pequeño escribiente florentino", y se me hace un nudo en la garganta. Me identificaba con los personajes de ese libro. De hecho, toda mi generación se identificaba con los personajes porque *Corazón, diario de un niño* formaba parte de nuestra vida. Según el libro, el narrador es un profesor que de tanto en tanto lee un cuento siempre referido a un niño oriundo de algunas de las regiones de Italia. Ahí está "El pequeño patriota paduano", "Sangre romañola", y el que me gusta aborda un pasaje de la vida de un niño de Florencia.

Mi libro de adolescencia

Después de esta lectura de infancia, hubo una lectura de adolescencia que igualmente caló mucho en mi vida. Uno de los más bellos sitios de París, que pocos turistas conoce, es el cementerio de Père-Lachaise. Éste casi no es cementerio, es más bien un bosque donde hay tumbas. Ahí están sepultados Abelardo y Eloísa, Chopin, Rossini, y Jim Morrison. Las ofrendas en la tumba de Chopin son ramilletes de violetas de Parma, y las ofrendas en la tumba de Jim Morrison son carrujos de marihuana.

Casi frente a la tumba de Chopin hay otra tumba que jamás dejo de visitar cuando voy a París y siempre le llevo flores. Es la

tumba de un autor francés, relativamente poco conocido, porque ciertamente, aunque me pese decirlo, es de segunda línea. No se puede comparar con Flaubert, con Balzac, y quizá ni siquiera con Dumas. Se llama Alphonse Daudet. Es autor de libros que son ciertamente conocidos como *Cartas desde mi molino*. Pero tiene un libro prácticamente desconocido que no sé por qué razón estaba en mi casa. Se llama *Poquita cosa*, en francés, *Le petit chose*. Es casi una autobiografía de Alphonse Daudet. Desde luego una autobiografía novelada. Es su historia desde niño hasta adulto.

Se llama *Poquita cosa* porque así le decían al protagonista que era bajito de estatura y además tímido. Llevó una vida de sufrimientos constantes, de golpes que le dio la vida y que lo llevaron a pensar en el suicidio, pero al final conoce a una hermosa muchacha y se le abre el mundo de la felicidad y así termina el libro: felizmente.

Por alguna extraña razón ese libro caló hondamente en mí. No sé si me identificaba en alguna forma como personaje, aunque ciertamente yo no conocí ninguno de los quebrantos de su vida. Mi vida ha sido una constante sucesión de gozos y de goces. Lo cierto es que me identifiqué con ese personaje, lo compadecía, lloraba sus desventuras, etcétera. Ese fue mi libro capital de adolescencia.

Por qué López Velarde

Si ya declaré mi libro de infancia y mi libro de adolescencia, el libro de madurez es la poesía de Ramón López Velarde. No sólo lo considero el mejor poeta de México, sino que para mí ha sido un constante compañero porque me identifico con él y, desde luego, con su poesía. Si en este momento dispusiéramos de varias horas, podría recitar de memoria 25 o 30 de sus poemas sin fallar en ninguno. Esto no se debe a mi memoria privilegiada sino a la

identidad con sus poemas. A mi identidad con sus poemas. Podría ofrecer un recital en el que, sin ayuda de ningún aparato y de ningún texto, recitaría poema tras poema hasta terminar obviamente con la "Suave patria".

En primer lugar veo en López Velarde su bipolaridad entre las cosas de la carne y las del espíritu. Él se angustiaba por el enigma de no ser ni carne ni pescado. Luego, veo su profunda devoción por la mujer. "Dios que me ve que sin mujer no atino ni en lo pequeño ni en lo grande, dióme de ángel guardián a un ángel femenino". Este es uno de los textos con el que López Velarde afirma su honda devoción por la mujer.

Luego está su profundo catolicismo. López Velarde es un poeta fundamentalmente católico, aunque ciertamente no es un poeta místico, está muy lejos de serlo, pero su catolicismo, que le fue imbuido en su pueblo natal desde la infancia, y que no dejó nunca de influir en él, se refleja profundamente en sus poemas. Yo llevo en mí esa religiosidad, también fruto de infancia; no tanto del colegio confesional al que asistí, sino recibido de las santas mujeres de mi familia: mi abuela y mis tías.

Todos estos elementos, más el extraordinario dominio de la forma que tenía López Velarde, sus audaces metáforas, sus deslumbrantes símiles; todo eso hace que lea y relea una y otra vez su poemario, aunque como ya dije, buena parte de él lo llevó en la memoria.

En conclusión, hay tres libros que han marcado mi vida: uno de infancia, *Corazón, diario de un niño*, claro que acompañado con otras lecturas infantiles entre las que obviamente están Emilio Salgari, Julio Verne, Alejandro Dumas, especialmente con *Los tres mosqueteros* y *20 años después*, *El vizconde de Bragelonne*. *Poquita cosa* de la adolescencia, y la poesía de Ramón López Velarde en mi madurez.

La duda de los best-sellers

Siempre me han acompañado los grandes clásicos de la novelística. Vale decir Dickens, Balzac, Tolstoi, Dostoievski, Chéjov; y en España Benito Pérez Galdós, menospreciado ahora o muy poco apreciado, pero siempre un formidable novelista, no sólo por la cuantía copiosísima de su obra, sino por su dominio del género. Actualmente me acompañan los clásicos de nuestro tiempo, principalmente García Márquez, y quien es el más alto a mi juicio: Borges.

Recelo mucho de los best-sellers, recelo mucho de esos libros de moda que luego algunos de ellos se convierten en series. Yo leo mucho de ellos, y siempre, siempre, siempre, vuelvo a los clásicos. Siempre.

Estudié Letras Clásicas en la Facultad de Filosofía de la UNAM y entonces siempre vuelvo a los clásicos griegos y a los clásicos latinos, los libros queridos.

Leer en otro idioma

Aunque podría sonar a jactancia, debo decir que cuando leo en un idioma extranjero no me percato que estoy leyendo en un idioma extranjero. A veces leyendo, por ejemplo, a Shakespeare, me topo con un arcaísmo cuyo significado no captó totalmente y tengo que detener la lectura para contextualizar ese vocablo y anotarlo y luego buscarlo para captar el sentido que tenía en tiempos de Shakespeare. Lo mismo me sucede con Cervantes.

Cuando lee uno a Flaubert en español, se pierde lo mejor de él, que es su música. Él cuidaba extraordinariamente el estilo. Flaubert es básicamente un estilista, a diferencia de Balzac que es un autor, vale decir, un poco desgreñado, que escribía por necesidad y cuando se escribe por necesidad es difícil cuidar la forma.

Invítame a leer

Siempre que doy conferencias ante jóvenes de secundaria, de bachillerato, y aún ante universitarios, me las arreglo para deslizar la recomendación de que lean.

Empiezo por decir que tengo una fórmula para el éxito, no sólo como estudiante sino también como profesionista. Les digo que mi fórmula para triunfar no está en un libro que espera para que lo compren ni está en un video. Mi fórmula para el éxito está en una sola palabra, y es una palabra pequeñita. "Si quieres tener éxito como estudiante y después como profesionista, y ser un hombre mejor y no sentirte nunca solo: lee". Tan buena es esa palabra que me la copió una marca de pantalón.

Mi recomendación es que empiecen leyendo lo que les dé la gana: el periódico, una revista, *El Libro Vaquero*. Lo que quieran, pero lean. También les digo que lean donde les dé la gana: en la sala de su casa, en el autobús, en la cama; les digo: "Leer es la segunda cosa mejor que en una cama se puede hacer". Poco a poco, sin darse cuenta, van a entrar en ese mundo maravilloso que les va a abrir puertas y ventanas al mundo y a la vida.

Por el contrario, la peor forma de hacer que alguien lea es obligarlo a leer. Esos papás que con la mejor buena voluntad, con la mayor buena fe, exigen a sus hijos que lean un capítulo diario de *Don Quijote* y luego en la cena se lo expliquen, lo que están haciendo es que sus hijos no sólo odien a *Don Quijote*, sino que odien los libros. La lectura debe ser un placer. La mejor manera de que un padre enseñe a leer a sus hijos es el ejemplo. Si el niño ve a su papá o a su mamá leyendo, él mismo va a leer. Pero imponer la lectura como una tarea, ya sea en el hogar o en la escuela, es el peor de los métodos de enseñanza de la lectura. La lectura es un deleite, es un gozo, es una manera de estar con un amigo que nos va a instruir, que nos va a divertir, y siempre nos va a acompañar.

Hábitos de lectura

Tengo un sitio en casa que para mí es un pequeño paraíso. Consta de un sillón en la sala y una lámpara. Ahí leo sobre todo en las madrugadas y ahí también es donde suelo maltratar los libros tratándolos bien. Vale decir que subrayo, escribo anotaciones de mi propia cosecha, apunto comentarios, subrayó alguna palabra que me llama la atención por algún motivo, ya sea por su belleza, por su significado, porque es una palabra ya en desuso, etcétera. Los libros son tan buenos amigos que se dejan hacer eso.

En este momento estoy releyendo *Las confesiones* de san Agustín; y estoy teniendo la audacia de leerlo en latín, para, no sólo captar plenamente el sentido, sino para refrescar mi latín que de pronto se ve un poco oxidado por la falta de uso.

Me parece que *Las confesiones* es un hilo fundamental, y me parece también un libro fundacional por la sinceridad con que está escrito. San Agustín es un profundo sabio porque amó mucho, en ocasiones desordenadamente, que es como a veces se debe amar, desordenadamente, antes de poner orden en la vida. Esa hora llega tarde o temprano. Más temprano que tarde.

San Agustín es un gran santo porque fue un gran pecador, y a estas alturas de mi vida estoy regresando a ese libro que también en mi madurez fue sumamente importante. Siempre me he identificado con san Agustín, siempre me dice muchas cosas, independientemente de cualquier connotación religiosa. Vale decir que yo no lo leo por motivos religiosos, lo leo por motivos humanos.

Cumplir con mi trabajo

Tengo una esperanza cautelosa, o inversamente: una cautela esperanzada. Pienso que el próximo presidente de México está lleno de buenas intenciones, que tiene un sincero deseo de hacer el bien a este país. Ciertamente no comulgo con algunos de sus proyectos, y menos todavía con algunas de sus actitudes, y me propongo cum-

plir mi trabajo siendo un crítico de su gobierno, pero un crítico de buena fe, un crítico honesto que no espera nada en lo personal de un gobierno y que por lo tanto está en plena libertad para ejercer su oficio. Para mí la crítica no consiste en atacar sistemáticamente, eso no es crítica. Crítica es señalar objetivamente lo positivo y lo negativo, y es lo que me propongo hacer, como siempre lo he hecho en relación con otros gobiernos.

Ahora sólo quiero agradecer a la vida, que es otro de los nombres de Dios, el que me haya puesto en un lugar donde estaban los libros. No tengo ninguna esperanza de irme al cielo, pero si llego a él y no hay libros, pediré que me cambien a otro sitio, aunque esté más caluroso pero en el que haya libros.

Felipe Garrido

Ensayista, narrador, traductor, docente, promotor de la lectura, coordinador de talleres, articulista (Guadalajara, Jalisco, 10 de septiembre de 1942). Estudió la licenciatura en Letras Hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, en donde ha sido profesor desde 1975; también ha sido docente en el Centro Universitario México y en el Centro de Enseñanza para Extranjeros de la UNAM. Ha sido jefe de producción de la editorial Nueva Imagen y de la editorial Utopía, director de Literatura del INBA, de la Unidad de Publicaciones de la SEP, gerente de producción del FCE, de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM, de la Dirección General de Publicaciones del CONACULTA, subdirector de ediciones de SepSetentas, SEP/INAH, y SEP/Documentos, director de Ediciones del Ermitaño, Solar, Servicios Editoriales, Ediciones Xalli, Univer-

sidad de Guadalajara, y del programa editorial del Patronato del Teatro Isauro Martínez en Torreón.

Como articulista ha colaborado en *Mañana, Contenido, Transformación, El Médico, Medicina de Posgrado, Mundo Médico, La Palabra y el Hombre, El machete, La Gaceta del FCE, Casa del Tiempo, Proceso, México en el Arte, El Heraldo y Sábado*, entre otras. Ha traducido obras de Robert Gordon Wasson, Herbert Eugene Bolton y Lillian Hellman.

Pertenece al Departamento de Investigaciones y Superación Académica de la UdeG, es miembro del Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Jalisco. Es miembro de la Academia Mexicana de la Lengua desde 2003, de donde además es director adjunto.

Entre otras, es autor de *Con canto no aprendido* (1978), *Tajín y los siete truenos* (1982), *Cómo leer (mejor) en voz alta*: guía para contagiar la afición a leer (1990); *La musa y el garabato* (1992); *Se acaba el siglo, se acaba...* (2000), *Lección de piano* (2002) *Para leerte mejor*: *mecanismos de lectura y de la formación de lectores*, (2004); *Asombro del Nuevo Mundo* (2008); *La patria en verso* (2012), *Manual del buen promotor* (2012), *El Quijote para jóvenes* (2013), *El coyote tonto* (2013), *El buen lector se hace, no nace* (2014).

Ha recibido el Premio Juan Pablos 1982; el de Traducción Literaria Alfonso X 1983, el de la Organización Internacional para el Fomento del Libro Infantil 1984, *Lección de piano* está inscrito en la lista de honor del IBBY, del libro infantil. Premio Los Abriles, por *La urna y otras historias de amor*, Premio Xavier Villaurrutia por *Conjuros* 2011. Premio Nacional de Ciencias y Artes en el campo de lingüística y literatura, en 2015, Premio Nacional de Letras de Sinaloa, 2016.

Tuve la inmensa fortuna de nacer en una familia donde los padres leían, donde se recibía el periódico todos los días, donde estábamos suscritos a dos o tres revistas y, sobre todo, que tenía libros en la casa. Nacer en un hogar donde hay libros es una fortuna. Mi madre acostumbraba leernos, a mis tres hermanas y a mí, todas las noches, a la hora de mandarnos a la cama.

Mi padre también nos leía, y además era un extraordinario cuentero. Inventaba historias, y con el mismo entusiasmo se las plagiaba de donde fuera. En la tarde, en la sobremesa de la merienda, de pronto empezaba a contar algún episodio de *Don Quijote*, como si lo estuviera inventando en ese momento… Un día iban Sancho y don Quijote por el campo cuando vieron a lo lejos que había un montón de gente que llevaban banderas de muchos colores y unas jaulas donde estaban encerrados unos leones…

Lo narraba de un modo tan convincente, con tanta naturalidad, que mis hermanas y yo creíamos que el autor de *Don Quijote* era papá. No nos extrañaba que por aquí y por allá hubiera estatuas de Don Quijote y de Sancho, que el salón de belleza al que iba mamá se llamara Dulcinea, ni que en Chapultepec, en la Calzada de los Poetas, hubiera un mueble de concreto forrado de azulejos en los que estaban pintados algunos episodios: Don Quijote velando sus armas, arremetiendo contra los molinos de viento, haciéndole frente al Caballero de los Espejos…

Mucho tiempo después me enteré de que Vasconcelos, cuando fue secretario de Educación Pública, hizo poner aquel aparador, que tenía unas bancas y unos libreros, para colocar allí los libros que repartía entre la gente; para que se los llevaran. El tiempo pasó, los libros se acabaron, Vasconcelos se ocupó de otras cosas, y un día la gente comenzó a llevarse los azulejos, de manera que se le puso una reja y quedó enjaulado, como se ve ahora.

Un día mi padre nos regaló una edición infantil de *Don Quijote* y con eso confesó que él no lo había escrito y nos puso frente a la historia completa. Era una edición para niños, pero había mu-

chos episodios que él no nos había contado, muchos personajes de los que no sabíamos nada, muchas frases que venían directamente de Cervantes y que nos enfrentaban con un lenguaje que no era el de todos los días.

Creo que todos los niños merecerían tener una iniciación a la literatura, a la tradición oral, la escritura y la lectura como la que tuvimos mis hermanas y yo. No siempre se dan las condiciones familiares y sociales que yo tuve: padres, primos, tíos, abuelos, amigos, maestros que sin darse cuenta conversaban de lo que leían y se enviaban cartas y recados entre ellos. Toda esa comunidad, en cuya formación tuvieron un influjo muy poderoso las escuelas a las que asistimos, tenía libros en casa; eran lectores y eran capaces de escribir. Alguien, a todos nosotros, nos había contado y dicho a tiempo las historias, los poemas, los conocimientos que después leímos. La oralidad es tan importante como la lectura y la escritura.

Si lo pensamos bien nos daremos cuenta que todos tropezamos por primera vez con *Aladino* o con *Blancanieves* o con *la Llorona* o con cualquiera otra historia o personaje, cuando alguien nos lo contó. Asimismo, nos contaron episodios de la vida de Cristo, de la vida de Buda; nos contaron cómo Colón atravesó el Atlántico para llegar a tierras que no conocía; nos contaron cómo Hidalgo levantó en armas a los habitantes de Dolores para iniciar la guerra de Independencia. Todo eso nos fue contado antes de leerlo.

Hay familias en las que no existe el gusto por contar sucedidos, comunicar lo que se sabe o se admira o se teme; en las que las conversaciones parecen más bien interrogatorios, o informes.

Además de todo lo que se puede encontrar en los libros, cada familia tiene su propia historia, llena de episodios que se cuentan y pasan de una generación a otra, pero que pocas veces se escriben. No estaría mal que nos aficionáramos más a escribir: en todas las familias hay aventuras y dramas dignos de ser conservados.

En el caso de nuestra familia, la abuela materna, Guadalupe Reyes, cumplía muy bien esa función de relatar las historias de la familia.[1] También lo hizo el abuelo paterno, Benito Garrido, quien, allá en Torreón, donde están principalmente nuestras raíces, era maestro de piano y de francés y que también tenía sus historias. Él contaba, episodios de su infancia y adolescencia, de sus primeras cacerías, de sus amigos en Miravalles, cerca de Bilbao, en España; nos platicaba de cómo iba al río a nadar, y muchas cosas más.

La regla para contar

Contar la vida de uno mismo y de la gente que uno conoce es parte de la consolidación de un lector. Un lector comienza a formarse en la oralidad y ésta lo acompañará toda la vida, porque todos los días, cuando regresamos a casa, cuando encontramos a amigos, cuando conocemos gente, platicamos sobre cómo nos fue en el día, qué hemos hecho, quiénes somos, a qué nos dedicamos, cómo fue nuestra escuela…

Deberíamos darles a nuestros niños la oportunidad de escuchar estas historias nuestras… y también de ellos. Son relatos que los integran a su tierra, su ciudad, su cultura, su tiempo y su familia. Asimismo deberíamos iniciarlos a que ellos mismos se hagan buenos contadores de sus historias.

Con la lectura ocurre un proceso paralelo. También habría que leerles a los niños; dejar que ellos nos cuenten y nos lean… y seguir leyendo y conversando con ellos durante toda la vida. Uno debería leer siempre en compañía. En realidad así lo hacemos aunque no siempre ni necesariamente juntos. Cuando uno lee un libro y lo recomienda a los amigos, a la familia… Cuando uno conoce gente que ha leído los mismos libros que nosotros compartimos con ella un amplio campo de intereses y conversaciones.

1 Referencia al capítulo "Una abuela lectora", de su *Manual del buen promotor*, Conaculta 2012. Una versión extensa de este capítulo aparece en su libro *La necesidad de entender*, Norma, 2005.

Eraclio Zepeda fue un extraordinario cuentista, y un cuentero todavía más extraordinario. Las historias y los cuentos que narraba de voz viva podían sostener la atención del público durante muchas horas. Cuando le preguntaban cómo había empezado a contar, él decía que todo empezó en su infancia, en Tuxtla Gutiérrez. Su familia era muy numerosa, se juntaba con frecuencia para comer, y a la hora del café, de pronto empezaban a contar historias. La contaban los viejos, los jóvenes, los niños; todo el mundo tenía derecho a contar su historia. Sólo había una regla en estas reuniones: era de madera y medía metro y medio. La tenía en las manos una de las abuelas y servía para darle en la cabeza a cualquiera que preguntara si era verdad lo que estaban contando. Si alguien empezaba a preguntar si era cierto… ¡pácatelas!, recibía un reglazo en la cabeza. Lo que cuentan los cuenteros y los cuentistas es de a de veras siempre.

Todos los profes

Tuve la fortuna de tropezar con muchos maestros que me acercaron a la lectura, aunque no fueran de español ni de gramática ni de literatura. Con frecuencia se piensa que eso es tarea de los profesores de estas materias, y no, como yo lo creo, del resto de los maestros. No importa de cuál materia: todo lo aprendemos leyendo y escribiendo.

Yo tuve un profesor de Geografía que comenzaba sus clases con una brevísima lectura de algo que, según él, siempre había encontrado por casualidad. Podía ser un poema o un cuento; a veces eran efemérides, descubrimientos científicos o aniversario de algún artista o investigador. Sus tres clases a la semana comenzaban con una lectura de tres o cuatro minutos. Sin decírnoslo, nos hacía ver que todo, cualquier forma de conocimiento, toda la experiencia de la humanidad está en los libros. Un entrenador de futbol que nos acompañaba en camión a jugar en los campos, en

las afueras de México. Para llevarnos tranquilos nos iba leyendo, de ida y de regreso. Un maestro de Inglés que estaba escribiendo su tesis sobre Enrique González Martínez, el gran poeta; se lo sabía de memoria y todo el tiempo lo citaba.

Ninguno de ellos era maestro de Literatura ni de Español ni de Gramática, pero todos nos acercaron a la lectura. Eran maestros lectores, necesitaban leer todos los días y nos contagiaron sus distintas maneras de gozarlo.

Vivir todas las vidas

En la lectura de obras literarias buscamos vivir experiencias. El cuento que más me gustaba en mi infancia era *Hansel y Gretel*. Me provocaba horror, padecía pesadillas, sufría leyéndolo, pero después de pasar la noche sin dormir, al día siguiente pedía que me lo leyeran o que me lo contaran, y cuando yo pude hacerlo seguí leyéndolo con enorme frecuencia. Me fascinaba la experiencia que ese cuento me hacía vivir.

Creo que ésa es la razón más importante para leer, como lo es para ir al cine o para ver televisión.

Aprender todos los días

Nunca doblo la esquinita de los libros, sí pongo cualquier papel que esté a la mano como señalador, subrayo, marco, y compulsivamente escribo notas en los márgenes. A veces sigo el consejo de Alfonso Reyes, que es disponer al lado del libro un cuaderno para las notas e ideas que despierta la lectura, apuntar pasajes hermosos, inteligentes, acordarse de párrafos por releer, o que nos recuerdan otras lecturas; copiar frases que nos gustan… registrar lo que se nos ocurre mientras estamos leyendo.

Yo leo con un diccionario electrónico a la mano, para no dejar pasar las palabras que no conozco, o para consultar datos, hechos sobre algún personaje, algún escritor. Ese es otro beneficio de la

lectura: abrirnos horizontes, remitirnos a investigar muchas cosas. Leer nos educa permanentemente. Quien lee aprende todos los días de su vida.

De los libros que uno pierde por andarlos prestando

He contado en algún libro que crecí engañado. Como en mi familia leían todos y todos mis amigos leían, yo creía que a todo mundo le interesaban los libros. Hasta que empecé a dar clase en preparatoria. Ahí me di cuenta que de los cincuenta alumnos del grupo, tres eran lectores y 47 no. Era la proporción que siempre encontré.

Yo daba clase en una preparatoria de clase media alta en México, el Centro Universitario México, el CUM, de maristas. Ahí descubrí que no todo mundo era lector. Me pareció una desgracia que todos esos muchachos —en ese tiempo todos eran muchachos; ahora ya hay alumnas, es mixta—, que estaban muy bien alfabetizados, tenían muy claro que querían llegar a una universidad, concluir una carrera y ser profesionales. Eran muchachos disciplinados, respetaban la autoridad, respetaban a sus maestros; que ellos y sus familias habían invertido mucho tiempo y dinero en su educación… era una pena que no disfrutarán los beneficios de ser lectores.

Mi asignatura era Etimologías. Era, digamos, natural, que dedicáramos parte de la clase a leer textos que yo llevaba, a debatir sobre ellos, a preguntarnos qué hallábamos en ellos, y a tropezar con ciertas palabras que nos regresaban al tema de las etimologías. Durante los cuatro o cinco años que trabajé ahí, mis clases incluyeron una especie de club de lectura.

En aquel momento, a principios de los sesenta, no se hablaba de formación de lectores ni había el gran movimiento que ahora existe alrededor del tema. Me hice promotor de la lectura sin sa-

ber que lo estaba haciendo. Si alguien me lo hubiera preguntado habría dicho simplemente que mis alumnos ya estaban alfabetizados y que podía ayudarlos a dar un paso más y a convertirse en lectores. Era mi obligación y me alegra que muchos de ellos hayan aprovechado esa oportunidad para convertirse en lectores. Fueron clases que disfrutamos, ellos y yo. Perdí algunos libros en sus manos. Mucho tiempo después me he encontrado a alguno de aquellos muchachos, que me ha confesado que se quedó con tal o cual libro y que lo guarda con cariño.

La promesa latente de los libros epifánicos

Uno siempre llega a un libro esperando que sea uno de esos que cambian la vida del lector. Hay libros que lo marcan a uno de alguna forma especial; no todos los días se encuentran.

Siempre tras ese milagro. Creo que los lectores viven buscándolo. Y una forma de hacerlo es regresar a uno de esos libros epifánicos. Aunque uno ya lo haya leído muchas veces, la lectura posee esa característica: puede volverse a gozar esa lectura que uno ya conoce, donde uno ya sabe qué harán los personajes. Siempre es un enorme placer regresar a las palabras que están contadas.

Estoy enfermo de esperanza

Como uno es un iluso está enfermo de esperanza. Llevo 40 años en la promoción de la lectura y he hablado con todos los secretarios federales de Educación que se han sucedido en ese tiempo, y no he logrado convencerlos del cambio que puede renovar al país. Me refiero a que la Secretaría de Educación, y las secretarías de Educación estatales vayan más allá de alfabetizar a los alumnos —que por supuesto hace falta—; que trabajen en convertirlos en lectores capaces de escribir. Sólo de esa manera podremos comenzar a tener gente no meramente alfabetizada, sino preparada

para seguir aprendiendo el resto de su vida. Y esa tarea no puede resolverse con nuevas instituciones ni con la actividad de las Salas de Lectura, ni de los planes que ven la lectura como algo periférico a la educación básica.

En cualquier ciudad del país hay maestras y maestros que en su tiempo libre forman grupos de lectura, para fortalecer la formación de lectores. Pero la cantidad de alumnos que hay hace imposible que la formación de lectores se resuelva con parches. Tiene que estar resuelta desde la raíz, y la raíz es la escuela. Si los alumnos cursan su educación básica y no quedan formados como lectores capaces de producir textos ¿qué hicieron durante todos esos años que pasaron en la escuela?

Daniel Goldin

Editor, promotor de la lectura, bibliotecario y escritor (México, 1958). Estudió Lengua y Literatura Hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras en la UNAM. Ha sido editor responsable de las colecciones infantiles y juveniles en el Fondo de Cultura Económica. Fundador del proyecto "A la orilla del viento". Creó los proyectos nacionales "Red de Animación a la Lectura" y la colección Espacios. En la editorial Océano, creó y dirigió el sello Océano Travesía, dedicado a la literatura infantil y juvenil. Formó parte del consejo asesor de la Encuesta

Nacional de Lectura. En 2004 fundó el sello Abrapalabra, de ediciones Serres. Es director de la Biblioteca Vasconcelos de la Ciudad de México.

Autor de *Los días y los libros. Divagaciones obre la hospitalidad de la lectura* (Paidós, 2006). *Al otro lado de la página. Imágenes de la lectura en México* (Santillana, 2008).

Nominado al Premio Memorial Astrid Lindgren de fomento a la lectura, otorgado por el gobierno de Suecia.

Para mí la lectura es una suerte de promesa que no siempre se cumple.

Cuando era pequeño a menudo me aburría. Algunas noches mi padre nos leía, su voz iba tomando toda la habitación. Yo me perdía escuchándolo. Me gustaba estar en un territorio donde todo era palabra y la palabra era todo. Yo era al mismo tiempo, el escenario, los personajes; la aventura misma que me extraía de una realidad que claramente me era insatisfactoria. Esa aventura me reconciliada con una dimensión afectiva, física que nunca pude tener plenamente con mi padre.

En un texto que publiqué hace mucho tiempo[2] hablo de una suerte de felicidad desde una posición crítica, pues, aunque he vuelto a sentir la plenitud del extravío de mí mismo como lector de poesía o de novelas, también aspiro a ser el lector consciente, que se distancia y mira críticamente el mundo a través de la lectura y, cada vez más, el que se vale de la lectura textual para leer al mundo.

El lector que busca extraviarse y escapar de lo real para habitar el texto coexiste con el que anhela utilizarlo para habitar el mundo. Este último lector es también escritor y editor. Ambas maneras de ser lector me dan, a veces, una suerte de felicidad. Pero no siempre.

La lectura es más que una conversación

Tengo un terrible problema de memoria. Me encantaría acordarme de todo lo que leído. Envidio a las personas que hablan como libros, y son capaces de recordar poemas y detalles de novelas y ensayos, de hacer vínculos entre lecturas de ciencia, de poesía, de literatura, de filosofía. Pero estoy muy lejos de ser así. Soy a lo mu-

2 Daniel Goldin, "Los textos y los días", *Fractal* n°11, octubre-diciembre, 1998, año 3, volumen III, pp. 155-163. https://mxfractal.org/F11goldi.html

cho capaz de generar diversas lecturas de un texto o una situación y eso me es placentero.

Por lo visto, la forma de leer de cada persona no es opcional. Puede ser más o menos entrenada, pero en el fondo cada persona tiene una forma singular de ser lector y no puede alterarla.

Me reconcilió pensando en la idea que es rico compartir las lecturas, es enriquecedor hablar sobre las cosas que nos pasan en las lecturas. Tengo la idea de que la lectura es un momento de la conversación, que es quizá el acto cultural más trascendente.

¿Quién dijo que los libros nos liberan?

Hay personas que al chasquido de los dedos ya están bailando, otras que al escuchar el sonido de una tecla del piano identifican el acorde, y algunos que reproducen perfectamente la melodía que acaban de escuchar.

Nadie se siente ofendido por reconocer que una persona es más o menos sensible que otras a la música o el baile. Yo soy melómano, pero a veces escucho cómo hablan personas con el oído más refinado y me doy cuenta de que no estamos escuchando lo mismo. También me encanta bailar, pero una amiga dice que yo danzo con la melodía y los demás danzan con el ritmo. Nos pasa con los deportes, somos hábiles para unos cuantos, en el mejor de los casos. ¿Por qué resulta tan complicado asumir la diversidad de maneras de ser lector?

Pareciera que en el discurso sobre la lectura todos deberíamos ser virtuosos de la lectura, que todos deberíamos seguir un sólo modelo de lector, y que sólo es cuestión de entrenamiento y de educación para gozar y vivir plenamente una novela de Dostoievski, un soneto de Quevedo, una rima de Shakespeare, o los ensayos de Octavio Paz. Pero eso no es cierto.

Lo importante, lo irrenunciable desde el punto de vista de una política educativa y cultural realmente democrática es que

cada persona puede ejercer su derecho a tener acceso a una oferta cultural amplia y diversa. Para eso debe protegerse su derecho a tener una relación positiva y múltiple con la palabra, oral y escrita. Esa relación fundamental con las palabras deriva de haber brindado a todos los niños momentos de silencio, momentos de escucha y conversación, y de la exposición a distintos discursos.

Esto me lleva a preguntarme cuántas personas se han sentido escuchadas en sus vidas. Yo recuerdo muy pocas experiencias de mi vida haberme sentido escuchado. Me parece que, en el fondo la vivencia de la lectura es una manera de escuchar y sentirse escuchado. Por eso es importante.

Pepe Gordon

Novelista, ensayista, traductor y periodista cultural (México, 1953). Ha sido conductor del Noticiario cultural 9:30, del suplemento literario "Luz verde", en Canal 22. Fue jefe de redacción del suplemento "La Cultura en México", de la revista Siempre!

Es colaborador de *La Jornada* y *Reforma*, escribe la columna de ciencia y arte en la *Revista de la Universidad de México*. Produce y conduce la serie televisiva *Imaginantes*. Dirige la revista de ciencia y pensamiento *La oveja eléctrica*, es asesor de la revista *Muy Interesante*,

Es autor de *Tocar lo invisible* (Planeta 1995), *El libro del destino* (Nueva Imagen, 1996), *El novelista miope y la poeta hindú* (UNAM 2002), *Revelado ins-*

tantáneo, en colaboración con Guadalupe Alonso, (Joaquín Mortiz, 2004), *El cuaderno verde* (Ediciones B 2007), *El inconcebible universo*, (Sextopiso, 2017).

Ha obtenido el Premio Nacional de Periodismo 1994, y el Premio en el Festival de Cine de Nueva York en 2009.

En la infancia tuve la enorme fortuna de estar rodeado de libros. En esas condiciones es muy fácil que caigan en las manos, que prácticamente se desprendan de los estantes para que lleguen a ti. Arthur Koestler hablaba de los ángeles enciclopédicos, aquellos seres que, a veces, cuando uno está buscando un libro entre los estantes y no lo encuentra, de repente se cae un libro y es justamente el que queremos. Era un aliciente vivir en una casa en la que mi madre era una gran lectora, ver lo que ella encontraba en los libros.

Desde muy temprana edad me di cuenta que en los libros había mundos que podía descubrir. Este darme cuenta principió con la fascinación de ver cómo se hilan las letras. Cuando yo todavía no sabía leer, me leían historietas, y mientras transcurría la lectura, trataba de identificar cuáles eran las letras que se iban pronunciando, y cuando las identificaba, me daba cuenta que las podía unir unas con otras, y que ese conjunto me contaba una historia. Desde entonces tuve el deslumbramiento de saber que las letras y las palabras eran claves para asomarnos a historias, a mundos fascinantes.

En cuarto año de primaria me recuerdo empezando a buscar novelas que se supone no tenía que leer. Desde entonces supe que en los libros está un tesoro, y desde entonces me acompaña esta pasión por el conocimiento.

Ya más tarde me fui dando cuenta de algo que es prodigioso en torno a los libros, y es el hecho de que nosotros no sólo leemos los libros, sino que los libros nos leen. ¿Qué quiere decir esto?: que los libros están leyendo qué parte de la historia vivimos en términos personales.

Años más tarde leí una novela que, de alguna manera, retrata esa sensación. La novela es *Dos mujeres en Praga* de Juan José Millás. Cuenta que en las primeras páginas aparece un anuncio de ocasión en el periódico que dice: "Usted pone la vida y nosotros le escribimos su novela". Para mí fue claro porque nuestras

historias son novelables. El problema, como lo platiqué con Juan José Millás, es que no podríamos tener una novela para cada uno de nosotros, escrita específicamente sobre la historia que nosotros estamos viviendo; la ventaja es que hay tantas novelas y tantas historias que se narran cinematográficamente que ahí podemos encontrar un espejo de algunas cosas que vivimos para, tal vez, tratar de ver en qué tipo de drama estamos, qué tipo de historia construimos, y si con creatividad e imaginación podríamos tener salidas inesperadas a la historia que siempre nos hemos contado. Eso me parece fundamental porque lo que yo busco en los libros, lo que busco en la buena literatura, no es tan sólo una buena historia, sino una historia que me abra la mirada, que ensanche la forma en que percibo la realidad.

A lo largo de los años, uno va encontrando algunos relatos, historias, autores que abren la mirada. En este marco recuerdo el deslumbramiento con el que me encontré con *Rayuela* de Julio Cortázar o, por ejemplo, cuando me encontré con Bashevis Singer. Cuando me encontré con Julio Cortázar me ocurrió algo fascinante porque ahí es donde nos damos cuenta de lo que puede revelar la literatura. En el capítulo 7 de *Rayuela* me topé con este famoso pasaje que parafraseado más o menos dice: "Tocó tu boca, con un dedo toco el borde de tu boca, boca entre abierta, dibujo tu boca con los ojos cerrados y tus labios coinciden con mis trazos, me miras, de cerca me miras, los ojos agrandan y los cíclopes se miran…" y ahí viene una revelación: en el momento en el que estamos en la cercanía de un beso, a esa distancia si es que tenemos los ojos abiertos, forzosamente nada más vemos un ojo, a un cíclope.

La literatura va en contra de los lugares comunes que nos llevarían a pensar que vemos dos ojos en ese instante. Más adelante, Cortázar llega a un punto tan delicado donde se abre la forma más fina y sutil con que podemos encontrarnos con la otra persona, la persona amada. Al final de ese capítulo Cortázar escribe lo que es un abrazo entre una pareja de enamorados. Escribe: "Te siento

temblar contra mi cuerpo como una luna en el agua". Cuando uno llega a esos registros tan delicados, uno se da cuenta que la literatura nos permite ver cosas que, por los prejuicios, por la forma estereotipada con que vemos el mundo, ya no podemos apreciar.

Sólo lo nombrado aparece

Para mí los libros implican una especie de revelación. Esto me ocurre tanto en los libros de ciencia como en los de arte. Me cautivan los dos registros porque tanto ciencia como arte ensanchan la mirada. La mirada de la ciencia nos lleva más allá de lo que podemos ver, nos lleva a sondear el origen del universo, a asomarnos al Big Bang en un salto del espacio, del tiempo que parecería imposible; pero con la inteligencia, con la investigación, con la imaginación científica, llegamos casi a las orillas del origen del Universo, a las orillas del origen de las partículas sub atómicas que nos constituyen, saltando los límites de la percepción. Lo mismo ocurre con la literatura. Las revelaciones, descubrimientos, y hallazgos no tan sólo se dan en la ciencia.

Suelo dar un ejemplo apoyándome en Octavio Paz. Es un poema maravilloso que habla de cómo descubrimos zonas frente a nosotros, pero que, si no se nombran, no aparecen. Este experimento con el poema de Paz se debe de hacer en un sitio soleado. Si el lector de este libro en este momento está en un día soleado o en un sitio muy iluminado, haga lo siguiente: cierre los ojos y recuerde estos versos de Octavio Paz: "Cierra los ojos y a oscuras piérdete bajo el follaje rojo de tus párpados…"

Si el lector cerró los ojos, encontró que efectivamente ahí hay un follaje rojo, pero que no lo veíamos porque nuestra mente siempre está tratando de captar cosas superficiales. Eso es lo que hace la buena literatura: abrir las capas más finas que están detrás de las apariencias para entender a una persona, para entendernos a nosotros mismos, los deseos detrás de nuestros deseos.

El poeta israelí Nathan Zach dice que la poesía es el canto de los pueblos, de lo que la gente piensa, de lo que la gente desea, y de lo que piensa que desea. El drama de una vida es precisamente ese: uno piensa que desea una cosa cuando realmente está pensando otra cosa y deseando otra cosa. De ahí que la literatura nos permita penetrar en los niveles más sutiles de los sentimientos y de los deseos de los personajes —y por lo tanto de nosotros mismos—, porque en la literatura encontramos un espejo de nuestros propios dramas, de nuestras propias historias.

Tener la memoria de la literatura nos podría permitir que en los dramas que construimos en nuestra vida individual y colectiva, si sabemos dónde desembocan, tal vez pudiéramos desviarlas un milímetro de las telenovela baratas que a veces componemos, para trabajar en construir en nuestras vidas no tan sólo la poesía en el papel, sino la poesía en la vida cotidiana.

Por favor deje de soñarme

Bashevis Singer, Premio Nobel de Literatura, es un autor que me ha acompañado en momentos críticos de mi vida, porque como decía el gran poeta israelí Yehuda Amijai, hay versos que nos ayudan a sobrevivir. A veces esos versos ni siquiera sabemos que están en el fondo de nuestro corazón, pero de alguna manera son anclas para tratar de salvarnos de momentos difíciles de la vida. Esos versos nos acompañan con historias que nos hacen ver que todos, de alguna manera, hemos vivido las mismas alegrías, las mismas tristezas, los mismos temores y pesadillas, y también las mismas esperanzas.

En este marco, las historias, los cuentos, las novelas de Bashevis Singer me han acompañado en varios episodios críticos de mi vida. Son en estos casos que uno se da cuenta de la gran capacidad perceptiva que tienen los grandes escritores, quienes lo único que

hacen es retratar lo que pasa en la vida cotidiana, pero que a veces el resto no solemos registrar.

En este sentido, recuerdo una historia que aparece en el libro de relatos *Un amigo de Kafka* de Bashevis Singer. Esa historia trata de un personaje que se la pasa soñando con una mujer pero nunca han cruzado palabra, sólo la sueña y la sueña. Un día, él camina por la calle y sin querer —como nos ocurre—, ella está al lado. Él no se atreve a presentarse, a hablarle, a nada, pero entonces ella se voltea y le dice: "Oiga, ya dejé de soñar conmigo. Estoy casada".

Ese cuento me plantea que a veces conocemos más de los otros que lo que imaginamos. Lo que pasa, es que para protegernos no queremos abrir las puertas de la percepción. Decía Bashevis Singer que la primera mujer que amó en su vida era una mujer con la capacidad de leer los pensamientos de cualquiera persona. Ella le decía: "No te estoy alardeando al decir que leo lo que pasa en el interior de tus ojos; de hecho, a veces es una pesadilla saber lo que piensa el otro. Esa es la razón por la que Dios nos hizo con cráneo, para que no nos asomáramos adentro".

Lo que realmente nos revela la literatura es que pueden ser vulnerables esos secretos, esos misterios que supuestamente están protegidos en el interior del otro. La literatura es una especie de cerebroscopio para entrar a los niveles más profundos, tanto del alma del otro como del alma propia.

La literatura y la realidad se comunican a vasos.

La buena literatura también nos revela que somos una soledad acompañada. La maravilla de disfrutar libros es preguntarnos cuando leemos y nos reímos, ¿con quién nos estamos riendo? Por excelencia la risa nos brinda una dimensión de un diálogo. Si nos reímos es porque nos estamos riendo con el otro.

Cuando nos conmovemos en los niveles más profundos con las historias de los otros, nos damos cuenta de que a todos nos pasa todo, que somos una soledad acompañada. De la imaginación y creatividad de los relatos que tenemos en nuestra memoria depende que tengamos imaginación, memoria y relatos interesantes para tratar de transformar lo que nos ocurre en la cotidianidad. Lo anterior habla de los vasos comunicantes entre literatura y realidad, o entre ficción y realidad.

Octavio Paz, quien esencialmente perteneció a la escuela del surrealismo, planteaba que lo más importante era ver que la poesía no nada más estuviera dentro de la página del libro, sino que saltara a encarnar en la vida cotidiana. La felicidad, la imaginación, la creatividad que uno descubre en los libros debe brotar para que la vida misma sea una gran novela.

…plas plas y otra vez plas

Le pregunté a George Steiner, el gran crítico de la cultura y de la literatura, qué pasaba con su proceso lector cuando leía en otro idioma. Su respuesta fue que efectivamente uno se da cuenta de que en cada lengua hay una clave para asomarse a un mundo. Es la misma realidad, nada más que hay matices en ciertas palabras que no existen en otras lenguas. Él decía que cuando Nabókov dice en ruso "amor", o cuando describe una escena amorosa también en ruso, era como tener una dulce naranja en la lengua. Las mismas palabras ya tienen una dulzura que nos acercan a ciertos matices de la realidad, que en otras lenguas pueden o no existir. Por lo tanto, la posibilidad de leer en otras lenguas también hace apreciar profundamente los matices que se revelan en la propia cultura. Por ejemplo, en la cultura mexicana la delicadeza de percepción, el poder decir "chiquitito".

Creo que hay que asomarse Rulfo para descubrir lo que puede decir el registro más sutil en la literatura y en la lengua, no tan sólo

española, sino filtrado por la sensibilidad de la cultura mexicana. Rulfo describe en mexicano cómo está lloviendo y él escribe: "El agua que goteaba de las tejas hacía un agujero en la arena del patio. Sonaba: plas plas y luego otra vez plas, en mitad de una hoja de laurel…"[3] Esa delicadeza de oído para registrar lo más sutil solamente lo dan ciertas lenguas, y que al entrar en contactos con otras, nos hacen apreciar la capacidad de la propia para describir al mundo.

Lo interesante es que, a pesar de la diferencia entre las lenguas, la traducción penetra lo que se supone que nada más podía decirse desde otra literatura. Por eso la traducción es un milagro porque permite entrar a las zonas más íntimas, en aquellas de las que uno podría decir: "Pero es que sólo hay un lenguaje para poder utilizar esta palabra, y si se traduce de alguna manera se traicionará al lenguaje". Sin embargo, a pesar de esa "tradición", pasan algunos aspectos finos de una cultura a otra.

Cuando se tradujo a Rulfo al chino, los chinos planteaban que les encantaba *Pedro Páramo*. En la nota del periódico donde leí esto, un chino explicaba su gusto diciendo: "Claro, es que Rulfo es chino".

Cuando ocurre eso, yo quiero pensar y sentir, que eso ocurre con la mejor literatura mexicana. Cuando nos enteramos que se lee desde otra cultura a lo mexicano, uno dice: "Yo también soy mexicano". Y cuando en México leemos buena literatura polaca, se empieza a sentir que uno también es polaco. Lo que ocurre es que nos estamos abriendo al otro. Abrirnos al otro no quiere decir nada más a quien tenemos enfrente, sino a quienes tenemos en frente en otras culturas. Por eso la literatura es fundamental para que yo conozca la mejor forma de crear puentes entre distintas formas de percibir la realidad.

A veces las ideologías y los marcos conceptuales distintos nos apartan, y cuando de repente nos damos cuenta que los mis-

3 "Luvina", *El llano en llamas*, 1953.

mos sueños y las mismas pesadillas están en la cultura que supuestamente era la enemiga, o en la persona que supuestamente no era como nosotros, entonces nos empezamos a dar cuenta de qué es común en nosotros, más allá de las diferencias. En ese sentido, no hay nada como puente de contacto más importante que las letras, que las historias que hoy circulan de muchas formas. El valor fundamental de las letras —y yo creo que lo atestiguamos en las ferias del libro— es que están flotando las ideas en los libros. Ellos esperan a ver en qué momento nos acercamos para interactuar, para comunicarnos, para hacer sinapsis con pensamientos de autores de otros tiempos, de otros espacios, y que, sin embargo, nos hablan, son nuestros interlocutores, ensanchan nuestra mirada.

La resonancia como condición

Etgar Keret es un autor que conecta muy bien con los jóvenes. Es muy bueno porque no sólo entretiene, sino que conecta profundamente con sus lectores.

Uno tiene que descubrir a los autores que nos hablan. Álvaro Mutis decía que nos dicen: "Tienes que leer *Don Quijote*", y si uno no está listo para leer *Don Quijote*, se está matando a un lector. En este sentido, uno tiene que descubrir a los autores que resuenan con uno. Si uno está tratando de leer a un autor, pero nomás no le suena, pues hay que dejarlo y leer a otro con quien resonar.

Un primer paso en la búsqueda de la resonancia es ver la serie *Los imaginantes* —disponible gratuitamente en YouTube—, donde ofrezco todo un abanico de autores. Ahí nos encontraremos por igual con Italo Calvino, Jaime Sabines, Carlos Fuentes, Octavio Paz; podemos encontrarnos con cineastas como David Lynch, Federico Fellini. Aclaro que no me remito nada más a la literatura en papel sino a la literatura en cine, es decir, a una buena historia bien narrada.

Creo que si jugamos a tener un abanico posible de autores, podemos ver con quién resonamos o nos conectemos.

En términos personales, Bashevis Singer es uno de los autores con los que más resueno y por ello siempre me ha acompañado. Entiendo que Etgar Keret conecta especialmente con un público joven que quiere ver historias situadas en los contextos actuales, con problemas, con los dramas que tenemos hoy. Keret tiene lo que debe de tener una buena literatura: el registro de una vulnerabilidad, de una ternura que, cuando está bien identificada, y bien descrita, nos abre algo que me parece esencial en la literatura y que muchas veces olvidamos: conectarnos con emociones profundas.

Con Mauricio Molina, un gran amigo y un gran novelista mexicano, he hablado sobre cuál es la materia prima de la literatura. A menudo se cree que las palabras. No es así. Las palabras son el instrumento para comunicar emociones profundas. Éstas son la verdadera materia prima de la literatura. Las emociones necesitan articularse con maestría a través de las palabras exactas, pero sin una visión propia del autor, las emociones seguirían ocultas o simplemente no habría emociones que mostrar.

Lo que yo aprecio más en la literatura es ese momento en el que me abre el entendimiento de algo, es un momento invisible pero real. Ese es el que siempre persigo en la literatura. Soy un buscador de ese contacto fino con los niveles que se supone que son incomunicables pero que de repente se abren en la buena literatura.

Antes de invitar a leer a tal o cual autor, yo invitaría a los lectores de este libro a que descubran con cuáles autores resuenan. Habrá algunos que quizá resuenen más tarde.

Por otra parte, si a uno le imponen la idea que tiene que resonar a fuerza con alguien, ahí es donde se corre el riesgo de que el lector potencial diga: "Yo no estoy hecho para esto", y se pierde dramáticamente su vocación lectora. Así sea Rulfo, pero hay un proceso para llegar a Rulfo.

Un verdadero tesoro mexicano.

Creo que hay un trabajo que necesita continuidad y que siempre la tiene más allá de los cambios en las administraciones. Los grandes maestros, los buenos promotores de la lectura la van a hacer, independientemente de la circunstancia. Creo que ellos son un gran tesoro que debemos seguir alimentando.

Uno coincide cada vez con más frecuencia, en reuniones académicas internacionales, con egresados e investigadores de nuestras universidades. Esto me lleva a pensar que alguien está haciendo muy bien su trabajo en las universidades y la prueba está en esos frutos que vemos a nivel internacional. Los grandes maestros que, de manera anónima, sin oropeles, contagian la inteligencia y la imaginación, son el verdadero tesoro que tenemos en México; los grandes promotores de lectura, los que permiten hacer ferias donde acercan a los libros con los lectores. Ese es un trabajo que tenemos que reconocer más en nuestra sociedad.

¿Sirve la literatura para algo?

Breve historia del tiempo de Stephen Hawking fue uno de los libros más vendidos, pero no sabemos si se quedó en los estantes. Ni nunca lo sabremos. Creo que debemos aspirar a comunicar de verdad en las ferias, en los lugares en los que tenemos encuentros con lectores; es decir, en los sitios donde se despliegan los mapas de conocimiento y de la imaginación. Me explico: cuando Ernesto de la Peña se presentaba en la universidad, la sala se abarrotaba porque se sabía que en su conferencia había un mapa de conocimientos. Los estudiantes se sentían entusiasmados al ver las conexiones del conocimiento que establecía, no tan sólo entre diferentes zonas de la vida, sino con la propia vida. Esto sólo lo dan los grandes maestros, como Carlos Fuentes, porque uno sabía que a través de sus palabras se estaba ensanchando la mirada.

En el momento que la difusión de la lectura alcancé ese nivel, estaremos hablando de un paso que ya no tendrá vuelta para atrás, y que va más allá de cualquier fenómeno mercadotécnico, un paso que va al fenómeno fundamental de la lectura: descubrirnos como soledades acompañadas que compartimos imaginación, inteligencia, conocimiento y corazón.

Se dice que la literatura no sirve para nada. Yo siempre he encontrado que eso es falso. La literatura nos da un espejo para tal vez modificar nuestras propias historias. Cuando veo que la literatura puede hacer que la vida sea más inteligente, más emocionante y más generosa, por supuesto que tiene una utilidad. No la vamos a buscar para una pragmática en términos de resolver un problema específico, pero estoy seguro que si nutrimos nuestra memoria de buenos relatos tenemos herramientas para enfrentarnos a lo que nos rodea, para modificarnos y para hacer de nuestra vida una buena novela.

María Magdalena Hernández Flores

(Saltillo Coahuila).

Promotora cultural voluntaria en la Colonia Asturias y en el Ejido Jalpa Mediadora de La Sala de Lectura "La Hojarasca". Tallerista del Recreo Literario y El Trapo.

Preside la Asociación Siete Más Uno.

Premio Nacional de Promoción a la Lectura, SEP-Conaculta, 2008. Premio al mérito como Promotora de Lectura, otorgado por la Coordinación General de Bibliotecas, Librerías y Publicaciones del Gobierno del Estado de Coahuila.

Empecé a leer en 2004, ya casada y con hijos. Me casé en 1981 y mi esposo, que en paz descanse, lector de toda la vida, me pedía que leyera. Me negaba: eso era perder el tiempo.

Desde niño, mi esposo leyó a *Kalimán* y otras historias. En casa nos exhortaba, a mis hijos y a mí, a que leyéramos. Tenía una pequeña biblioteca formada especialmente por libros de García Márquez. Cada vez que me insistía que leyera, le contestaba que a mí me gustaba ganar dinero. Leer era perder el tiempo. Él siempre me contestaba lo mismo: "Ay, Malena, eres una cabeza hueca: si lees, conoces y viajas". Pero mi gusto era ganar dinero.

En este tiempo me dedicaba a atender la casa, los hijos y a estudiar la prepa. Mi afán era tener algo mejor económicamente. Soy de Saltillo y él de Topia, Durango. Nos conocimos en Saltillo a donde vino a estudiar. Por azares del destino nos fuimos a Zacatecas y estando allá, ya con nuestro hijo mayor, en 1990 le ofrecieron empleo con los tepehuanos de la sierra de Durango. Regresamos de Zacatecas temporalmente a Saltillo, a casa de mis padres, en lo que él conseguía casa en Durango. Andando en la sierra un día se volcó: le cayó el jeep en la pierna y lo incapacitaron.

La tienda *Yuly* como insospechado detonador de lectura

Él era economista, con maestría en Desarrollo Regional. Luchaba por sacar adelante a los campesinos, por obtener precios justos para sus productos. A mí me encantaba andar con él en la sierra y empecé a vivir esas experiencias. Creo que de ahí me nació la curiosidad por la comunidad. Antes era muy insensible: lo principal era ganar dinero, pero al verlo trabajar con los campesinos, me interesé y descubrí un mundo totalmente nuevo.

Cuando él se accidentó nos tuvimos que calmar en Saltillo. Agarró cierto miedo porque andar en la sierra era muy peligroso.

Me propuso quedarnos un rato. Ese rato se ha estirado hasta el día de hoy.

Mi suegro nos consiguió un crédito para casa en el Instituto Estatal de la Vivienda. Nos tocó en la Gustavo Díaz Ordaz, al oriente de la ciudad. Como no nos la entregaban, hicimos presión y nos mandaron a la Asturias. En el 88 la Asturias estaba poblada por damnificados del huracán Gilberto quienes vivían en tejavanes. No había servicios y eso era frustrante.

Para no estar sin perder el tiempo, puse una tienda. Nos iba muy bien porque mi sueño era tener dinero. Empezamos a componer nuestra casita, a enjarrarla, a construir otro cuarto, a crecer: yo estaba feliz. Pero me daba cuenta que nos robaban: una naranja, unas papitas… lo que fuera. Yo me hacía la que no veía, ¡pero sí veía y me daba mucho coraje! Mucho coraje y a la vez me preguntaba: "¿Cómo le hago para que no me roben? Me levanto a las cinco de la mañana, lavo ropa, doy de desayunar, atiendo mi tienda todo el día, para que tú llegues y me robes". No encontraba la puerta y poco a poco me fui estresando. En el 2002 ya no aguanté: me sobrevino el primer infarto de un coraje muy fuerte, y la cerramos. Duramos 10 años con la tienda.

Cuando me fui calmando me preguntaba qué iba a pasar con esa gente que desde chiquita aprendía a robar como lo más normal. Nos sentábamos en la puerta de la casa a observar el barrio y nos preguntábamos: "¿Qué podemos hacer por estos niños?" Hasta que un día le dije a mi marido: "Vamos a invitarlos a jugar."

Lo primero que hicimos fue invitarlos a limpiar la plaza, porque ahí jamás se paraban del municipio. Pusimos un cartelón en la pared de lo que había sido mi tienda "Yuly", invitando a toda la comunidad a limpiar la plaza. Nadie llegó. No nos desanimamos. Nos dijimos que pian pianito nos la llevaríamos y luego le exigiríamos a la Presidencia Municipal que recogiera la basura porque así le correspondía.

Nos tardamos unos dos meses en limpiarla porque estaba grandísima y la gente lo usaba de tiradero de basura. Durante ese tiempo todo mundo se sentaba a las puertas de sus casas a vernos y a decir: "Esos locos qué pretenden".

Un buen día llegó un muchachito como de cinco años, vestido de overol de mezclilla y me dijo: "Doña Malena, me invita a jugar a la tierra". Yo le di la bienvenida y le dije: "Pero te vas a ensuciar". Y contestó: "No importa, mi mami me lava la ropa". Entonces fue por su azadón, uno chiquito, y se puso en friega, jugando a limpiar la plaza.

Eso me motivó bastante porque se tardaron en reaccionar pero empezamos a lograr el objetivo.

Al domingo llegó otro niño junto con Tebanito, y después llegó Conie, Raudel, Carol, Karlita y empezaron a juntarse niños. Ya entre todos pusimos dos tambos para la basura: uno era de niños y otro de niñas. Se armaba la competencia para ver quién limpiaba primero la plaza. Era padrísimo porque terminábamos todos revolcados, nos lavábamos las manos y luego jugábamos juegos tradicionales.

Ya teniendo a los niños ahí, le pedí a mi esposo tips para involucrar a los niños en otras cosas. Quería que ellos tuvieran oportunidad de otra vida. Entonces vino la gran idea: me propuso involucrarlos en la lectura. A mí me pareció una propuesta extraña y se lo dije: "Tú tienes libros de García Márquez, de Horacio Quiroga, de Rosario Castellanos que ellos no los van a entender. Mejor consiguen libros con tus amigos de la UAdeC". Así lo hizo y me empezaron a llegar libros para niños.

Notros pusimos "La hora de lectura". Les leíamos cuentos, aún sin técnica ni nada, pero los niños felices. Después de leer el cuento, pasábamos a hacer un experimento de química, para que supieran el porqué de las cosas y ahí estábamos jugando, siempre inventando cosas para tenerlos ocupados.

La pensión, como al coronel, nomás no llega

El primer libro que leí, y que me hizo darle la razón a mi marido fue *El viejo y el mar*. Me llamó mucho la atención el viejo porque yo lo comparaba con la vida que estaba viviendo en ese momento: me sentía una vieja luchando por el cambio de la colonia Asturias. Constantemente recordaba al viejo que luchaba por ganarse el respeto de la gente de su comunidad. No quería respeto, quería un cambio. Con mucha satisfacción hoy confieso que lo logré. No voy a decir, como en los informes que nos piden, que atendí mis 1,000 o 2,000 usuarios: para mí si un niño se acercaba a "La hora de lectura", —aun no era Sala de lectura—, era maravilloso: a ese niño le interesaba ser diferente, aprender.

Mi sueño siempre fue ser educadora de kínder, pero no pasé el examen de la Normal de educadoras. Sin embargo, me sentía satisfecha porque interiormente me decía que estaba enseñando el niño algo que yo sabía, estaba compartiendo algo.

A mí toda la vida me llamó mucho la atención *El coronel no tiene quien le escriba*, porque al final están luchando por conseguir una pensión que jamás llega. En la actualidad esa es mi situación. Desde tiempo atrás ese libro me marcó. Le preguntaba a mi esposo que cuando estuviéramos viejos de qué íbamos a vivir. "¡Matamos al gallo!", me contestaba, como el Coronel.

Cuando empecé a leer, sentí un cambio en mí. Descubrí que la felicidad no es el dinero, que me sentía bien feliz con lo que hacía siempre, porque siempre lo había hecho voluntariamente. Gracias a "La hora de lectura" crecimos culturalmente a la par los niños de la colonia y yo.

Las consecuencias de tener ocupados a los niños

Ahora que ya sé lo que son los libros, busco en ellos mi crecimiento para seguir compartiendo con los niños. Mi trabajo inicialmente fue en Asturias hasta hace un año que fue cuando de plano me sentí muy hostigada y tuve que abandonar la colonia. Me hostigaron los malandros, los que venden droga en la plaza. No aguanté la presión. No estaban de acuerdo con lo que estaba haciendo. Es decir: mantener a los niños ocupados para que se alejaran de los vicios. A ellos no les convenía porque estaban perdiendo en su negocio. Me empezaron a hostigar y golpeaban a mis hijos. Uno quedó con una cicatriz en el ojo, que yo le digo que es la huella de las letras. Fue mucha presión hasta que concluí que no me iban a matar a mí o a uno de mis hijos para que entendiera el mensaje. Por lo tanto tuve que abandonar ese espacio para que ellos hicieran libremente su negocio.

Afortunadamente me retiré de Asturias, pero los hoy jóvenes, antes niños, siguen yendo al "para libros" que tengo en la Alameda. Vienen desde Asturias a leer conmigo.

Los libros son para los lectores y punto

Después de leer durante tanto tiempo con niños, descubrí que hay un gran conflicto. En los cursos nos dicen que los niños no van a entender a García Márquez, o no va a entender el lenguaje del Quijote. Pero con sorpresa he visto que el niño dice: "Yo quiero leer este libro y lo voy a leer", sea o no sea para niños: ellos lo eligen y lo leen. Hay un libro que les encanta, se llama *La abuela Filomena*. Es sobre una abuelita que juega futbol, y lo dramatizan y lo disfrutan mucho.

Son muchas las experiencias que hemos vivido en la Sala de lectura, y también en los cursos por parte de la Secretaría de Cultura. Al final estoy convencida que el lector decida que leer. No

hay libros para niños, libros para adultos; no hay libros para edades: hay libros para lectores y punto. Es lo que me ha funcionado.

Digo que es un conflicto lo de las edades porque en las capacitaciones que nos dan en Conaculta, nos dicen: "Este libro es para tal edad y este es para tal otra edad". Pero resulta que al niño le llamó la atención la ilustración de tal portada y dice: "Yo lo quiero leer", aunque sean de tres o cuatro años. Todavía hay mucha gente que dice: "Esos niños no leen", y les contesto: "No leen pero interpretan, y piensa desde que nacen".

La mano debe estirarse sólo para saludar

Ya puestos en ese plan, yo también elijo los libros que quiero leer para mí. Por ejemplo, me gusta *Donde habitan los ángeles* de Claudia Celis, y lo disfruto mucho.

Lo disfruto, primero, por la forma en la que está narrado, me gusta la trama que vive Panchito. Pero también quiero decir que he leído otros libros y no los he entendido: los personajes son confusos y creo que necesito leerlos con calma. Por ejemplo, *La ladrona de libros* de un Zusak. Lo he empezado varias veces y no lo entiendo. Pero tengo el propósito de terminarlo.

Ahora tengo propósitos y tengo manías de lectora. Una de ellas es que cuando leo, ya sea en la casa, en el camión, donde sea, voy con un lápiz para subrayar frases que me parecen interesantes o desconocidas. Las que no conozco, las consulto y vuelvo a leer ese párrafo para entenderlo mejor. Creo que así se va ampliando mi cultura.

Creo que si cada uno buscamos la manera de acrecentar nuestra cultura, podemos estar mejor. Estamos acostumbrados a estirar la mano pero somos incapaces de generar lo que necesitamos. Yo le hago la invitación a la nueva Administración Federal para que haga más énfasis en la cultura. Si tenemos un país culto se acaban muchos problemas.

Jugar con los niños a la lectura

En el 2004, después de mucho batallar, me integré como coordinadora de Salas de lectura. En Saltillo se me negó el espacio cuando solicité capacitarme para coordinadora. Tuve que presentarla por Internet ante Conaculta. Fui aceptada y me enviaron a capacitación a Piedras Negras. Presenté mi proyecto al instructor de Conaculta, Almircar Saavedra, y no lo entendió. Primero me pregunté en qué había fallado. Lo revisé, lo pulí y seguía sin encontrar el problema. Todo lo que pedía eran libros para jugar con los niños a la lectura. Él me dijo que como mi proyecto no estaba claro no creía que me lo iban a autorizar.

Para recibir el acervo de Salas de lectura era necesario tomar la capacitación y tener un proyecto autorizado. La Sala era de 100 libros. Soñaba con ellos porque iba a acercar a más niños. Hasta entonces todos los libros con los que trabajaba eran míos, de mi esposo, de los que le regalaron, pero ninguno especializado, por decirlo así.

En nuestra Sala de lectura empezamos con cinco niños. Poco a poco fueron viniendo más y llegamos a tener cerca de 80 leyendo, jugando, comentando libros, pidiendo que se los leyéramos de nuevo. Cómo era posible que me dijeran que no, si lo estaba justificando y mostrando evidencias.

Al final me dije que si no me aceptaban no sería impedimento para buscar donadores de libros. Con Sala de lectura o sin Sala de lectura yo la haría.

A la fecha, desde que me aceptaron como Coordinadora y me dieron mi acervo, he aprendido muchas cosas en la capacitación por parte de Conaculta y de la Secretaría de Cultura de aquí. Ya me profesionalicé como mediador de salas de lectura, habiendo salido de la nada, de ser una simple ama de casa con un marido que terqueaba para que leyera.

Insisto: sólo era ama de casa, por eso cuando me dijeron que gané el Premio Nacional de Lectura no me la creía. Y no le hubiera entrado ni en sueños, todo fue casualidad.

Un día llegó el profe Pepe Torres a supervisar mi Sala de lectura. Tenía los libros regados en el suelo y un montón de *lepes* tirados de panza leyendo solos y otros encimados conmigo, leyéndoles… o sea, un día normal. Pero ese día el profe Torres llegó con otra persona a quien no conocía, pero cuando me la presentó me di cuenta que sí la conocía: era Claudia Celis, la autora de una de mis novelas preferidas.

Ellos se pusieron a tomar fotos, a escucharme, a revisar los libros en el suelo, porque no teníamos estantería, a platicar con algunos niños. Al rato se sentó Claudia Celis conmigo y me preguntó: "¿Por qué no participas en el Premio Nacional? Estás haciendo un trabajo hermoso. Mira nomás cuántos niños tienes aquí leyendo". Le contesté que no le entraba porque nunca me lo iba a ganar, habiendo tantos profesionistas coordinando Salas de lectura, no tenía oportunidad.

Esa noche le comenté a mi esposo y él me animó a participar, como cosa perdida. Me postulé y lo gané. Yo estaba incrédula. Cómo era posible que me lo hubiera ganado, siendo maestros, doctores, gente con mucha preparación la mayoría de los mediadores de Salas de lectura, y yo una simple ama de casa. No me arrepiento de haber postulado y de seguir en Salas de lectura, a pesar de los malandros de la colonia Asturias.

Hubo un momento en que en las reuniones o en los talleres de coordinadores, todos se presentaban como doctores, licenciados... Hasta que hubo un momento que me dije: "La lucha de mis compañeros es la mía. Con título y sin título estamos luchando por un cambio de país".

A lo mejor yo me muero en alguna colonia marginada, donando mi tiempo, pero no le hace. Estoy convencida de que esto va a cambiar al país. Tal vez sólo a una persona, pero habrá un cambio. Yo no aspiro a cambiar a 1,000 o 2,000. Yo digo: Una.

Ethel Krauze

Narradora, dramaturga, poeta, docente, coordinadora de talleres, y presentadora de televisión (Ciudad de México, 1954). Cursó Licenciatura y Maestría de Lengua y Literatura Hispánicas en la UNAM. Ha sido guionista y conductora de "Cara al Futuro" de Canal Once-TV, y "Para gente grande" de Televisa. Becaria del INBA/FONAPAS, 1978. Miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte desde 2000.

Ha colaborado en *El Universal* y *Excélsior*, *Diálogos*, *El Día, El Sol de México, La Semana de Bellas Artes, Plural, Proceso, Puro Cuento, Tri Quaterly y Unomásuno.*

Ha sido profesora en el CCC, la SOGEM y en la Academia de Creación Literaria de la Universidad de la Ciudad de México; coordinadora de talleres literarios en INBA, ISSSTE, CONACULTA y CCH.

Algunas de sus obras son: Cuento: *Intermedio para mujeres* (1982), *El lunes te amaré* (1987), *El secreto de la infidelidad* (2000). Ensayo: *Cómo acercarse a la poesía* (1992). Novela: *Donde las cosas vuelan* (1985), *Infinita* (1992), *El diluvio de un beso* (2005), *El país de las mandrágoras* (2016). Poesía: *Un tren de luz* (colectivo), (1982), *Ha venido a buscarte* (1989), *Amoreto* (1999), *Lo que su cuerpo me provoca*, (2016). Teatro: *Nana María*, (1987). Literatura para niños: *El gran viaje de Adelina* (1997), *Cuéntamelo* (2007).

Su novela *Infinita* (1992) es una de las pocas que tratan abiertamente la temática del lesbianismo y se la considera un hito dentro de la literatura homosexual de México

En 1990 publicó su Autobiografía en la colección "De cuerpo entero", UNAM/Corunda.

Me viene el apego a los libros desde mis dos abuelos. Más que amor diría mi apego, mi segunda naturaleza de mi vida. Mi abuelo paterno, vendedor ambulante de telas, era un religioso judío apegado a sus ritos y costumbres. Leía la Biblia mañana, tarde y noche. Lo recuerdo poco porque murió cuando yo tenía seis años de edad. Pero de lo poco que recuerdo de él conservo vivamente su imagen con el libro leyendo con devoción, con adoración. De ahí me viene la idea de que el libro es para reverenciarse, y que forma parte de la vida diaria.

Por el otro lado, mi abuelo materno era un sastre librepensador. Me parece que no estudió más allá del de segundo de primaria, y a los 13 años de edad salió a forjar su propio destino. Tenía muy claro que no importaba el estudio formal sino el libro. Cuando era muy pobre mi abuelo Saúl, Saúl Krauze, iba a las bibliotecas a leerse un libro a la semana. Durante toda su vida fue juntando pesito a pesito para comprar libros y juntó una bonita biblioteca en su casa. También leía el periódico todos los días, de cabo a rabo, y lo comentaba con la familia. Mi abuelo Saúl era un lector absoluto.

Es decir que mis padres nacieron en casas con libros. Cuando mis padres formaron su familia, de las dos partes me llegó la lectura. Yo no tengo una conciencia de si hubo un momento específico en el que me acerqué a los libros, porque yo nací en una casa con libros. Desde mi nacimiento los libros forman parte de mi vida.

Una tercera vertiente proviene de la nana náhuatl que nos cuidaba a mis hermanos y a mí. Ella nos contaba cuentos náhuatles. Era analfabeta pero poseedora de una rica tradición oral de la literatura y la cultura indígena.

De ahí que por una parte está la oralidad y la tradición náhuatl, por otra la tradición religiosa del judaísmo que es la religión de El Libro, de la Biblia; y por mi abuelo materno me vienen la veneración por la palabra y el libro en forma de literatura, fundamentalmente literatura europea occidental.

Todo nació con la poesía

Mi madre nos acercó a la poesía. Al principio todo fue oral. Después ella me ponía el libro en la mano. De los primeros libros en la mano con los que me acerqué físicamente a la poesía recuerdo a García Lorca, Bécquer, Rafael Alberti, Amado Nervo. La narrativa llegó después, con los cuentistas rusos y polacos, y con *El principito*, una de mis lecturas de niña.

Cuando tenía tres años mis padres nos regalaron "El tesoro de la juventud". Ahorraron y nos compraron a mi hermano y a mí —mi hermana pequeña aún no nacía—, esos tomos maravillosos que recuerdo tener frente a mí, empastados en azul rey, con unas letras doradas, y con nuestros nombres en la dedicatoria que mis padres hicieron grabar.

Creo que con la llegada de esos tomos se reunieron las tres vertientes de la lectura: tener los libros en mis manos, y al hacerlo recordaba la oralidad de los cuentos, y mientras pasaba mis ojos por las letras había una sensación de reverencia. Esto significa que para mí no hay diferencia entre escuchar y leer; para mí la palabra llegó por todas sus vertientes casi al mismo tiempo, me formó como un organismo de palabas.

Leer era parte de la vida diaria. Cada vez que terminaba un libro se lo decía a mi mamá, y ella me daba otro.

En la secundaria, como a los 13 años, descubrí que al final de una antología usada como libro de texto, venían unos poemas de san Juan de la Cruz. Al empezar a leerlo se me reveló como una de las grandes pasiones que habría de ser, como hasta la fecha lo sigue siendo. Por ahí empezaron mis lecturas. Todo nació con la poesía y con la oralidad de los cuentos que me contaban.

Mi madre fue filósofa y apasionada de la literatura, mi padre fue médico, es decir que sus propias profesiones los llevaban a leer. Me recuerdo en casa muy jovencita leyendo a Nicolai Garin, Chejov, Dostoievski; la hermosísima novela *Hania* de Henryk Sienkiewicz; también a autores de la antigüedad como Longo y su

novela *Dafnis y Cloe* sobre la iniciación amorosa… son innumerables, pero el arranque fue la poesía.

Mis poetas

Prefiero a la poesía escrita originalmente en español. Esa es la que late en mi lengua, en mi corazón. Cada vez que vuelvo a mis primeros poetas, a García Lorca, a san Juan de la Cruz, regreso a las claves maravillosas de la poesía. Después de ellos, conforme crecía, fui recorriendo autores españoles, mexicanos, latinoamericanos, pero García Lorca y san Juan de la Cruz son puntales, ahí me crie, ahí anidé.

De hecho, a la hora de publicar empecé por la poesía; al mismo tiempo poesía y narrativa. En 1982 salieron tres publicaciones mías: mi primer poemario llamado "Poemas de mar y amor", en el volumen *Tren de luz*, de la UNAM, junto a Kyra Galván y Beatriz Novaro. Luego *Intermedio para mujeres*, mi primer libro de cuentos en editorial Océano; y la plaqueta que lo publicó la Delegación Venustiano Carranza del entonces Departamento del Distrito Federal. Ahí apareció un cuento y un guión para televisión.

De niña lo primero que escribí fue poesía. Poesía y mis diarios. Con cuentos inicié a partir de los 18 o 19 años.

El impulso tras las palabras

Nunca elijo escribir nada, me siento empujada a escribir lo que escribo, a veces empujada contra mi voluntad. Ha habido libros que no he querido escribir, que me he resistido, pero ellos me han ganado. Cuando el impulso me empuja, en el propio impulso de ir tras las palabras ya viene el instructivo, el género literario hacia el que debo ir. Por eso digo que nunca me digo: "Ahora voy a escribir una novela… ahora un libro de poesía…". Aunque yo diría que, en cuanto a la frecuencia, tengo un mayor impulso por la poesía que por la narrativa.

La poesía es una inyección de adrenalina directo al corazón

Me parece que el impulso natural del ser humano es a leer poesía. La gente va prefiriendo la narrativa por encima de la poesía porque le tiene miedo a la poesía, porque cree que no la va a entender, porque cree que no sabe para qué sirve, porque le han metido a la cabeza las ideas que la narrativa sí tiene carnita, tiene una historia, cuenta un cuento que entiende y se va a identificar.

Sin embargo, la poesía lo que tiene es que no necesita del cuento ni de la historia. La poesía es un toque eléctrico, comunica vía intravenosa; diría que es una inyección de adrenalina directo al corazón. El cuento, por su parte, tiene que pasar por la boca, deglutirlo, pasar al esófago, al estómago, asimilar ciertas cosas, excretar las que no sirven. Es un proceso lento. La poesía es un infarto al corazón que te deja más vivo que muerto. Si los lectores captaran eso, si hubiera autores, profesores, padres de familia, que supieran esto y que supieran acompañar al niño, al adolescente en ese infarto, que le dieran ese continente con el cual aprenda a vivir con todos sus sentidos, el lector se apasionaría por la poesía. No me cabe la menor duda.

Invítame a leer poesía

No podría hablar de tal o cual autor porque cada persona trae su propia enredadera en su sistema nervioso y ésta tiene que ver con la historia que ha vivido, con su familiaridad con el lenguaje, entre otras características personales. Por eso yo aconsejaría abstenerse de decir lee tal o cual. Si uno recomienda ese libro es porque le pegó, y este otro porque le fascinó. Se corre el riesgo de que, si recomendara un libro, aquella persona lo abra y se quede helada. ¿Por qué? Porque posiblemente esa persona no estaba en el momento para ese libro, o simplemente porque no es mi alma gemela. Yo no podría decirle a un muchacho que corteje a esta o

aquella chica porque yo crea que está guapísima. Ocurre lo mismo con las lecturas. Se corre el peligro de decepcionar y en consecuencia dejar cerrada esa puerta por mucho tiempo. Lo que sugiero es que abran cualquier poema, el que sea: si no los arrebata, déjenlo, cierren el libro y abran otro, busquen otro poema. Van a encontrar a alguno que en este momento les arrebate por algo que están viviendo. Esa sería mi invitación a la lectura: sé tú mismo tu propia guía.

Claves de la poesía

Una es la sonoridad. Como la poesía no es un concepto, entra por los cinco sentidos. La poesía, como todo arte —también la narrativa, pero fundamentalmente la poesía—entra de sopetón. La palabra tiene significado y significante, es decir, tiene sonido y tiene un sentido. Cuando la palabra logra dar su máximo esplendor en el sonido y en el sentido, potencializa su capacidad.

En la poesía la unidad mínima del poema es el verso, cada línea del poema. Cuando leo la primera línea de un poema, o la segunda o tercera línea y esa línea, ese verso, tiene el tipo de palabras, en el orden y con la relación interna en la que siento que se potencializa el significado y el significante, y la primera reacción es no dejarme ni pensar, sino que me provoca algo orgánico, entonces ese verso ya me atrapó. Pero si tengo que ponerme a pensar qué habrá querido decir, pues mejor cierro el libro.

Un ejemplo de esta detonación en mí lo tengo en la maravillosa poeta Concha Urquiza. Empiezo a leer sus *Sonetos bíblicos* y desde el primer verso me estruja y cuando voy en el último ya estoy en una dulce agonía.

Cuando leo poesía traducida el fenómeno es distinto. Es como leer la mitad. A pesar de eso, hay poetas muy poderosos como la polaca Wisława Szymborska, Premio Nobel de literatura. Ella me estruja. Y eso que la leo sin sonoridad porque la leo traducida. La

traducción es muy importante, el traductor es también un poeta que debe ser un puente poético, debe tener una calidad de poeta para verter de un idioma a otro un poema.

Salvo el inconveniente de las traducciones, cuando leo poesía directamente en francés o en inglés, siento directo lo que el poeta quiso expresar. Si lo leo traducido al español digamos que no es directo, paso por curvas, es como depender de un chofer. Si es un gran chofer me va a llevar muy bien a donde quiero llegar; si es un cafre pues no voy a disfrutar el viaje.

Hábitos de lectura

Leo a cualquier hora, pero nunca por obligación. Mi única condición para leer es estar en posición mental y orgánica para hacerlo. Esta condición puede ser en cualquier momento del día o de la noche. No es que sea insomne, pues afortunadamente soy de buen sueño; eso sí, me gusta leer acostada. Leo durante el día, básicamente en las tardes. Antes leía solamente libros en físico y me gustaba mucho subrayarlos, hacer notas al margen, marcar páginas, y doblar las esquinas. Yo sí aro los libros, los mancillo en el mejor sentido de la palabra, porque después me sirven de referencia para darme cuenta cómo lo leí en un momento y cómo lo vuelvo a leer en otro. Creo que a final de cuentas yo reescribo los libros cuando los voy leyendo.

De un tiempo para acá estoy optando por libros electrónicos, sobre todo en las novedades, por tres razones: una, porque son más baratos. La segunda, porque los tengo a mano en mis aparatos móviles y me permiten llevar varios conmigo a donde viaje. Y la tercera es que muchos, o un gran porcentaje de las novedades, son libros que después de leerlos no tengo la intención de conservarlos como trofeos en mi casa, pues con frecuencia sólo ocupan espacio. A decir verdad, en mi biblioteca yo sólo tengo libros que quiero conservar, aquellos que considero que son un contacto permanente para mí o para llegar a mi hija.

La desgracia con los libros electrónicos es que no los puedo subrayar como acostumbraba. Ante eso he desarrollado la estrategia de copiar los párrafos que me interesan y pegarlos en el bloc de notas. Son gajes de la modernidad, un tren en el que uno tiene que subirse.

20%

Tengo puestas todas mis esperanzas en la nueva administración federal porque el país ha llegado a un grado de descomposición que yo sólo espero que no le quede de otra más que ir hacia arriba. Creo que hemos tocado fondo en la descomposición. Soy una persona que le gusta tener esperanzas y que espera que nos vaya bien. Con que se pueda cumplir el 20% de las promesas, de lo que se dice que se pueden hacer, ya me daría por satisfecha. Estamos tan necesitados que, aunque sólo se pueda el 20% ya sería un lujo.

Uno solo de los ejemplos de la descomposición es que me parece muy injusta, muy, muy injusta la masacre que se hace contra de los niños y los jóvenes acusándolos de flojos, de burros, de ignorantes, de estar todo el día pegados a sus aparatos electrónicos, de que tienen que leer, que son incultos, y toda suerte de oprobios.

Creo que debería voltearse la tortilla. Somos los adultos, los padres y madres de familia, los profesores quienes estamos abandonando a los niños y a los jóvenes con esas exigencias, cuando nosotros mismos no lo hemos cumplido. Si fuéramos grandes lectores, apasionados de la palabra y de la cultura, por simple ósmosis nuestros hijos y alumnos estarían contagiados de la lectura. Pero no lo somos. No somos lectores, no cuidamos nuestra lengua ni nuestra cultura, ¿entonces por qué les exigimos a los niños que están a nuestro cuidado que hagan lo que nosotros no hacemos? Creo que hay que responsabilizarnos de eso. Con qué autoridad les decimos a los niños y jóvenes que se pongan a leer 20 minutos diarios y que nos hagan un reporte de lectura, si no los acompaña-

mos. Yo digo que si no los acompañamos entonces no prediquemos, no persigamos. Creo que ese puede ser un buen lema: "No prediques, no persigas. Acompaña".

Luis Felipe Lomelí

Narrador, docente, divulgador de la ciencia (Etzatlán, Jalisco, 10 de enero de 1975). Estudió Ingeniería Física Industrial en el ITESM, Maestría en Ecología de Zonas Áridas en el CIBNOR y Doctorado en Ciencia y Cultura en la Universidad Autónoma de Madrid. Ha sido becario de la Fundación de las Letras Mexicanas, 2003-2004, del FONCA, 2002-2003 y 2009-2010, del CONACYT, OEA y el ICETEX. Miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte desde 2012. Ha colaborado en *La Jornada*, *Letras Libres*, *Milenio*, columnista de "La oveja eléctrica" Canal 22. Ha sido escritor residente en Colombia y Sudáfrica. Fue seleccionado por el Hay Festival, el British Council y la Secretaría de Cultura como uno de los 20 escritores mexicanos más influyentes en la iniciativa México 20. Ha sido catedrático en la Universidad Iberoamericana Puebla y en el ITESM campus Puebla.

Autor de los libros de cuentos *Todos santos de California* (2002), *Ella sigue de viaje* (2005), *Okigbo vs las transnacionales* (2015); de las novelas *Cuaderno de flores* (2007), *Indio borrado* (2014); del ensayo *El ambientalismo* (2009). En 2011 compiló el tercer volumen de la antología de *Sólo cuento* de la UNAM.

Ha obtenido Premio Nacional de Cuento Viceversa 2000, Premio Bellas Artes de Cuento San Luis Potosí 200, Premio Latinoamericano de Cuento Edmundo Valadés 2004, Premio Nacional de Literatura Gilberto Owen 2017, Premio Bellas Artes de Ensayo Literario Malcolm Lowry 2018.

Actualmente realiza su segundo doctorado en Kansas EUA.

Dos fueron los detonadores de mi acercamiento a la lectura. El primero fue durante un viaje. Estábamos en el Museo de Historia Natural Marina y, por alguna extraña razón, pedí a mi madre que me comprara un libro sobre ecosistema de arrecifes intermareales. Yo tenía cuatro años y aunque era un libro científico para niños, no dejaba de ser un libro de ciencia. Eran finales de los años 70 y los libros para niños no eran lo que son ahora: coloridos e irresistibles.

Yo veía y veía el libro que hablaba de cosas como de otro mundo porque nunca había visto las especies que estaban dibujadas. Al día siguiente o a los dos o tres días, fuimos a la playa, y yo corrí al arrecife a ver las piedras y me encontré literalmente con el asombro total, un efecto astronómico: ahí estaban las especies de las que hablaba el libro.

Esta correlación entre el libro y la realidad me cambió la vida. Ahí me quedó claro que lo que yo encontrara en un libro podía tener algo que ver con la realidad, que no iban a ser cuentos, en el sentido popular de la palabra, que no iban a ser mentiras.

El segundo momento vino después con mi abuelo. Él era académico. Era un ingeniero agrónomo que nació en 1900 y se entregó a la academia después de dedicarse a parques y jardines. Tenía su biblioteca de profe universitario de la UdeG. Cuando yo estaba en la linda edad de los porqués, ya sabiendo leer, y fregaba a mi padre con mis preguntas, él me remitía a la biblioteca del abuelo. Al inicio a mí me parecía aburridísimo ir a buscar la respuesta. Además, no entendía por qué mi padre no me respondía y ya.

Eventualmente me encantó la biblioteca de mi abuelo. Él era una persona un tanto singular. Su familia era de Los Altos de Jalisco y ahí hubo un movimiento cultural semejante al de Zapotlán El Grande con Arreola, Orozco, Salvador Toscano y demás. En Los Altos ciertos intelectuales, en el mejor sentido de la palabra, como Carlos González Peña, José Rosas Moreno o Mariano Azuela se

hacían llegar cosas de otros lugares. Por ejemplo, Azuela se hacía traer de Francia una revista de historia natural.

Mi abuelo venía con esa vena y tenía un montón de números de una revista italiana de historia que editaba Mondadori; algunos libros en alemán, algunos en chino y demás. Su biblioteca era como un microuniverso que se abría el mundo. Además, era un lugar totalmente del Siglo de las Luces, porque en vez de que fuera una biblioteca súper desordenada, como tenemos nosotros, él tenía retablos de maravillas, gabinetes de curiosidades. Por ejemplo, entre los libros había piezas arqueológicas, fósiles que se había encontrado cuando andaba de forestal. Era un gabinete de curiosidades.

Creo que esos dos momentos fueron los relevantes para mi despertar lector: Saber que sí hay correlación entre los libros y la realidad, y ver cosas que me sonaban totalmente fantásticas a los siete años, como un libro en caracteres chinos y al lado un tablero chino que parecía de ajedrez.

Estos dos momentos fueron la puerta a un mundo mucho más grande que el microuniverso jalisciense tapatío en el que yo nací y me desenvolvía.

La educación redonda de las enciclopedias

Yo entré muy tarde a la literatura de ficción. A mí me encantaban las enciclopedias, leía enciclopedias de cualquier tipo.

Cuando era niño los domingos nos levantábamos muy temprano para ir a Cocula. Mi madre tenía que trabajar allá y había que ir con ella a ayudar. Una vez le pregunté con mucho tiento que si podía quedarme en casa porque me interesaba leer una enciclopedia sobre civilizaciones desaparecidas. Yo no quería que mi madre pensará que yo era un huevón que me negaba a cargar costales, sino que en verdad me interesaba leer. Por suerte mi madre fue

bastante receptiva y aceptó. Obviamente a su regreso me preguntó qué leí: le conté muy feliz de Nínive, de la isla de Pascua, etcétera.

El primer libro de literatura que me atrapó me lo dio el profesor de literatura del colegio Cervantes Costa Rica, en Guadalajara. Era un colegio marista y nos daban a leer *La Ilíada*, *La odisea* y un montón de cosas que quién sabe por qué. Un día mi profesor me preguntó si me gustaban las lecturas del programa y le dije que me parecían una pérdida de tiempo. Al día siguiente me llevó en fotocopias un fragmento de la novela *Pasto verde* de Parménides García Saldaña que me sorprendió. ¡Por supuesto que todavía me acuerdo del inicio!: "Todo el desmadre comenzó cuando los putos de la Ochoterena se agarraron a chingadazos con los cabrones de la vocacional…" Ahí fue otra vez este regreso al libro de los arrecifes. No sólo la parte científica tiene correlación con la realidad sino que también hay libros de literatura que no hablan de Aquiles sacando sus saetas del carcaj, sino de algo que me puede pasar a mí en este momento, porque, además, justo ese día que leí ese capítulo nos íbamos a agarrar a golpes con el Instituto de Ciencias. Además, ese libro tenía mi lenguaje de preparatoria. Creo que *Pasto verde* fue el primer libro de literatura que me jaló.

No le seguí con José Agustín y La Onda porque no había mucho dónde buscar. En la casa tenía las enciclopedias que de niño le pedí a mi madre. Por eso no le seguí con La Onda. Más bien la historia fue otra.

Mi madre fue secretaria en Alianza francesa y ahí estudió francés. En casa tenía a esos señores que le destrozan uno la vida y que uno no debe de leer en la adolescencia: Jean Paul Sartre y Albert Camus que son lecturas espeluznantes. Como literatura son muy buenas, pero de todos modos son espeluznantes. Tratando de encontrarle el sentido y aun pensando en Parménides, leí *La peste*, *El extranjero* y como que trataba de encontrar las ilaciones.

Nosotros entre otros

No fue sino hasta la universidad harto tiempo después, que encontré otra veta de lectura. Me inscribí en una clase de inglés llamada Understanding the Cultures of the World. La idea era leer en inglés un texto de algún lugar del mundo y cuestionarnos sobre las similitudes y diferencias culturales. El libro que leíamos era una antología bien bonita de nombre *Ourselves Among Others*. Eran pequeños textos, ya sea cuento o fragmento de novela o de ensayo, literalmente del canon actual. Ahí estaba desde Octavio Paz y García Márquez hasta Nadine Gordimer, Kenzaburo Oe, Naipaul, Clarice Lispector, etcétera.

Esta antología —y por eso me encantan las antologías—, fue como esos retablos de maravillas de mi abuelo. Entonces me dije otra vez: aquí está el mundo. Ahí sí, a diferencia de mi experiencia lectora en Guadalajara, ahí sí le seguí con estos autores.

Como ya estaba en el Tec en Monterrey, no faltaba el compa que tuviera PO Box en la frontera y al que siempre le daba la lata pidiéndole libros de los autores de la antología, autores que no estaban en la biblioteca del Tec. Por ejemplo, en ese tiempo Naipaul o Gordimer no estaba en español aunque Gordimer ya había ganado el Nobel; también pedía de Toni Morrison, y así. En sus novelas había ciertas cosas que me parecían que hablaban mejor de mí y de mi familia que algunos autores mexicanos que había leído.

La realidad es fantástica

En esas lecturas seguía buscando la correspondencia entre el texto y la realidad. La realidad como la entiende un científico, es decir, la realidad fantástica, maravillosa. La realidad posee un montón de cosas que parecen irreales, está llena de pequeñas cositas asombrosas que una vez que uno se fija en ellas cambia la percepción del mundo para siempre. Y estas cositas van desde el orden natural, por ejemplo, cuando se siente en la mano cómo respira un

cachorrito recién nacido, hasta en el orden conceptual. Leí en un ensayo de Gordimer que decía que, en Madagascar, en su Día de muertos también se van al cementerio. Como aquí que hay hartas flores, allá coincide con que el Día de muertos aparece un montón de mariposas en el cementerio, y la palabra en malagache para Alma y para Mariposa es la misma: lolo. Quizá la Gordimer se lo inventó, pero creo que no es necesario ir a Madagascar para comprobar esa magia. Una vez que uno se topa con ese tipo de sorpresas uno dice "¡Ah, sí!, ¡qué padre!", pero la magia viene después cuando uno ve una mariposa y se pregunta si será el alma de su abuelito.

Hablemos de estrategia lectora

Mi estrategia lectora para escoger qué leer —básicamente es imposible encontrar una reseña de algo que sí valga la pena leer—, es buscar en antologías. Si en ellas descubro algo que me llame la atención de un autor, entonces busco sus textos, de preferencia cuentos. Yo soy más lector de cuentos que de otra cosa.

No sigo ningún programa en el sentido de la obligatoriedad. Si no me gusta un libro no lo leo, salvo cuando es uno de estos autores que todo mundo dice que es extremadamente bueno. Por ejemplo, Joyce o Borges. Sin embargo, cuando empecé a leerlos yo me decía "¡Pero qué cosa tan horrible es esto, qué espanto!" Pero los seguí leyendo. Con Borges me cayó el veinte solito como a los dos años de estarlo leyendo. De pronto me di cuenta que también hablaba de una cosa que no había visto, no nada más de lo que estaba en la superficie. Comprendí que Borges se desdobla. Entonces fue padrísimo leerlo.

Joyce también me parecía soso. *Dublineses* por ejemplo. Pero a fuerza de seguirlo leyendo lo entendí. Y eso me ocurrió cuando llegué al cuento de *Los muertos*. Al empezar sentía que era extremadamente aburrido, hasta que me di cuenta de que ese aburri-

miento era adrede, porque la tesis del cuento es que todos están muertos. ¡Todos esos que están vivos, están muertos! El único vivo es Furey, el que se murió esperando bajo la nieve.

Ahora ya he refinado esa técnica y me fijo en cómo escriben, en la técnica narrativa, en el armado. Si un escritor sabe armar cosas, puede ser que tenga algo que decir. Si es así, le sigo. En general, creo que hay tantísimas cosas qué leer que es imperdonable perder el tiempo con libros insípidos.

El último libro con el que me estaba aburriendo y lo dejaba fue *Muerte súbita* de Álvaro Enrigue. Me lo recomendaba gente que yo hacía como en la misma línea cultural de Álvaro, incluso me lo regalaron, pero yo no pasaba de la página 20. Un día me encontré a Eduardo Parra, le pregunté qué pensaba de esa novela y me dijo "Güey, tiene todo lo que odiamos en la literatura, pero es una chingonería". Y sí, así es. Tiene lo que un norteño odia de la literatura exquisita del DF, pero es una chingonería. Ya una vez que se pasan las primeras 30, 40 páginas, se vuelve genial. O, mejor dicho, uno entiende su genialidad.

Tampoco tengo una estrategia lectora con los libros obligatorios para el doctorado. El otro día salí con tres libros. Uno tiene que ver directamente con lo que quiero trabajar de tesis. Otro es de João Melo, un autor simpatiquísimo, es como un Ibargüengoitia pero de Angola y está cagadísimo el bato, es la neta, y a la vez es ministro de Comunicación social del gobierno de Angola. Cuando lo leo prefiero pensar que no es político. El tercer libro es de otro angolano: José Luandino Vieira. Este autor es un ex-guerrillero del Movimiento para Liberación de Angola, preso en un campo de concentración como 10 años, y, por qué no, el libro que escribió en el campo de concentración, *Papeles de la prisión,* lleva un nombre como el de Gramsci: *Cuadernos de la cárcel*.

Salí con mis tres libros, y si en teoría tengo que leer primero el de mi tesis, lo más seguro es que empiece por el del campo de concentración, luego me lea un par de cuentos simpáticos de

Melo, y finalmente lea lo que tengo que leer. Leer sigue siendo un asunto entre lo lúdico y del conocimiento. La diversión es importante. Me refiero a la diversión entendida como en la Edad Media, que es el hecho de diversificar lo que uno está pensando, no como la entendemos ahora de ir al parque de diversiones y reírse a fuerza.

Cómo no invitar a leer

Pensar en invitar a leer a niños me lleva a pensar en las nuevas colecciones que son maravillosas. Para invitar a adultos me valgo del artículo *How to Write about Africa* de Binyavanga Wainaina. En teoría es un recetario de cómo escribir sobre África, pero en realidad es una burla a todos los autores extranjeros, blancos, gorditos y ricos que han escrito sobre África.

A partir de este artículo, yo pido —generalmente a maestros normalistas que toman cursos conmigo—, que escriban un texto irónico similar al de Binyavanga, y cuyo título sea *Cómo escribir sobre…* y aquí cada quien pone el nombre de su lugar de origen. Este es un ejercicio que puede ser catártico, incluso algunas veces doloroso, porque a partir de que uno ve cómo hablan otros del lugar en que uno quiere, uno se da cuenta que *tiene que* escribir sobre el lugar que uno quiere, porque si no el discurso se va a quedar en la voz de aquellos que no aman a tu lugar de origen.

Cuando se logra que cada quien escriba sobre su rancho, el proceso de lectura se da automático, porque una vez que uno escribe, se pone a leer, tal vez a investigar, para saber qué quiere decir y cómo escribirlo.

Otra estrategia que funciona la tomé de las revistas para chavas, las que tienen nombre de una edad: Quinceañera, Veintitantos, *Teens*, etcétera. Me llamó la atención que nunca se ven muchachas de la edad que anuncia la revista en el título, sino que, por ejemplo, la chavita de 12 años lee la revista para jovencitas de 15;

la de 15 lee las revistas de 18, las de 18 compran la de Veintitantos… etcétera.

Es decir que leer, como dice el bueno de Jorge Volpi, también nos sirve para predecir el futuro. Lo que hacen las chavas es tratar de predecir el futuro leyendo sobre chavas mayores que ellas. Eso lo hacemos todos los lectores. De ahí que uno de los errores más comunes a la hora de promover la lectura es dar a leer al niño de 6 años un libro para niños de 6 años. Hay que darle algo para alguien mayor —dentro del rango, desde luego—, y además presentárselo de forma retadora: "Este es un libro para un niño más grande que tú, hijo, no sé si lo vayas a entender" Y el niño responderá: "Cómo no, papá, yo sí lo entiendo, yo ero grande."

Ahora hablemos de cómo no invitar a leer. Creo que una de las cosas que pasó en México fue que nos volvimos laicos muy pronto, a diferencia del resto del mundo, y las clases de español se convirtieron en clase de moral. De ahí que una de las cosas que se debe evitar a toda costa para invitar a la lectura es convertir la literatura en moral. Evitar preguntas del tipo "Qué valores nos da la lectura." ¡No! Si en la escuela les quieren dar civismo, religión, ética, lo que sea, qué padre, qué bonito. Pero la literatura es otra cosa. Favor de no confundirse ni confundir. A nadie le interesa leer moralinas.

En conclusión, son tres cosas importantes a tener en cuenta a la hora de promover la lectura: la necesidad de poder hablar de sí mismo, de tu pueblo, antes que otro lo haga por ti, y la consecuente necesidad de leer para hablar bien y expresarse con claridad; segundo, el asunto de predecir el futuro, y finalmente dejar de mezclar moral con literatura.

Libros de adobe

En una clase que estaba dando de Literatura para profesores normalistas, una de mis alumnas hizo el siguiente ejercicio. Durante el recreo en su escuela, en una prepa, se puso a leer ostensiblemen-

te *Perra brava* de Orfa Alarcón. Aclaro que es una novela de narcos, tráfico, sicarios, obviamente violenta, narrada por una mujer, Fernanda, que es la perra brava. Empieza donde la chava espera a su galán que es un sicario. Cuando llega, ella tiene la luz de la habitación apagada y lo empieza a lamer, como perra, por todos lados, pero él le sabe raro. En una de esas, la chava se harta de ese sabor raro, enciende la luz y descubre que el tipo está cubierto de sangre.

Esto no lo sabían las chavitas, sólo vieron la portada y les llamó la atención. Se acercaron con la maestra, le preguntaron qué leía y ahí fue donde la maestra les dijo: "Es una novela, pero no sé si les vaya a gustar". Las chavas le pidieron que les dijera de qué se trataba, pero la maestra lo que hizo fue leerles la primera página. Al acabarse el recreo la maestra suspendió la lectura y las muchachitas se lo pidieron prestado para podérselo llevar a su casa y leerlo entre todas.

Para dar algo así en una preparatoria tenemos que tener muy claro que la literatura no tiene que ver con la moral.

Creo que es importante iniciarse en la lectura a partir de algo que sea cercano, y esto lo aunaría a las tres cosas anteriores. Ahora en México hay colecciones maravillosas de autores mexicano, en el Rincón de lectura, en las Bibliotecas de aula y demás. A la hora que el niño lee cuentos de María Baranda, Nacho Padilla, Pancho Hinojosa, Toño Ramos, de algún modo les ocurre lo que me pasó con lo del arrecife: el libro te encuentra.

En el libro más vendido de Pancho Hinojosa, *La peor señora del mundo*, las ilustraciones de *El Fisgón* son cactus, milpas, casas de adobe, paisajes en llanos… Usualmente en la estética visual de los libros extranjeros no hay cactus, no hay pueblos que se parezcan a mi pueblo. Creo que esto jala, porque ya luego los niños buscan autores mexicanos en los libros de El Rincón, y de ahí pueden saltar a literatura sin cactus como la de Roald Dhal, Elsa Bornemann, Angela Sommer-Bodenburg, que igual es maravillosa, aunque no tenga llanos ni cerros pelones.

Cuando se encuentra un libro que tiene que ver con el entorno de uno se crea afinidad. Esto lo saben hacer muy bien en la promoción de la lectura en Chile, porque todo lo que les dan a leer a los niños tiene que ver con el mar o la cordillera. También es una forma de contrarrestar el desasosiego, la desazón que causa la literatura infantil extranjera que habla de cosas que jamás hemos visto en México, como castillos, princesas, magos… en México no hay no ni lobos (está a punto de extinguirse) ni mucho menos hombres lobo, pero sí hay coyotes; en México no hay brujas malas o buenas, pero nuestras mamás son santeras que prenden la veladora de las siete potencias y curan del mal de ojo con un huevo… Los cuentos mexicanos son como barreras contra esas disonancias horribles.

Qué leen los que no leen

Algunos profesores suelen desdeñar cierto tipo de lecturas por considerarlas bajas, tontas; de fomentar o permitir los típicos memes en contra de tal autor, tal tipo de literatura, incluso en contra de géneros completos como la literatura fantástica, las sagas, etcétera. Me parece que es una actitud que no fomenta la lectura.

Es padrísimo leer lo que sea y moverse de acuerdo a los propios gustos. Ante cualquier libro de literatura, aunque sea de la mal vista superación personal, uno va encontrando cosas que mueven, o que sencillamente fomentan el gusto por leer.

No sólo el desdén proviene de los profesores. Con frecuencia los escritores criticamos al escritor que sí vende, como Murakami, o Benedetti. Eso no me parece lo más sano para fomentar la lectura. De hecho, Mario Benedetti es mucho más revolucionario que muchos poetas que conozco, y mucho menos cursi.

Creo que tendríamos que ser menos esnobistas, ya sea en la región de la moral, ya sea en las cuestiones intelectuales, en las que sea.

Las instituciones culturales han sobrevivido a la estupidez de los presidentes

Por suerte México es más institucional de lo que creemos. En general se ha vuelto un país mucho más institucional que en los 90, y por suerte una de las instituciones que sí es una institución en este país, es la que tiene que ver con fomento a la lectura. Creo que el trabajo de CONACULTA, ahora Secretaría de Cultura —es tan institucional que le seguimos diciendo CONACULTA—, tiene programas que han funcionado tan bien, desde el INBA, por ejemplo, junto con otros como el Fondo de Cultura Económica; han funcionado tan bien institucionalmente, que salvo que suceda una catástrofe (y espero que no suceda), van a seguir funcionando bien.

Obviamente podemos criticar muchísimas cosas de los usos y costumbres de estas instituciones, pero en general hoy funciona maravillosamente la vida cultural de México, la vida de la promoción de la lectura, en comparación a la de los 90. Creo que los 90 están a años luz de lo que hay ahora.

Si parece que estoy haciendo un comercial de gobiernos anteriores no hay tal; estoy haciendo un reconocimiento a la labor de un montón de burócratas que aparte de ser burócratas, la mayoría eran creadores, gente de arte y que se metieron a la burocracia precisamente por la aridez que había en su área. Creo que han consolidado una de las instituciones más interesantes del país, que creo que seguirá funcionando, y espero que vayan subsanando cosas criticables como el centralismo, el machismo, segregación racial, etcétera. Mi confianza es que, independientemente de quién ha ido quedando, o qué tan estúpido ha sido el presidente en turno, las instituciones culturales no sólo sigan sobrevivido a la estupidez de nuestros presidentes, sino que sigan crecido y sigan mejorado.

Sergio López Ruelas

Bibliotecario (3 de febrero de 1962, Guadalajara, Jal.) Estudió Bibliotecología en la UdeG, y Educación en la Escuela Normal de Jalisco. Maestría en Ciencias de la Información en la UNAM.

Ha sido jefe de la Unidad de Información Documental y Coordinación de Archivos, de la Secretaría de Salubridad y Asistencia (SSA); asesor del programa "Rincones de lectura" SEP-Jalisco, jefe de la biblioteca Benjamín Franklin. Ha presidido el Consejo Nacional para Asuntos Bibliotecarios, el Colegio Nacional de Bibliotecarios, el Comité Regional para América Latina y el Caribe, Vicepresidente del comité para América Latina del Programa Memoria del Mundo 2011-2014.

Premio Bibliotecario del año, que otorga la Asociación Jalisciense de Bibliotecarios, en 1997, Reconocimiento al Mérito Bibliotecario "Roberto Gor-

dillo", por el Consejo Nacional para Asuntos Bibliotecarios de Instituciones de Educación Superior (Conpab-IES), conformada por todas las bibliotecas de las universidades públicas de México, 2014, Premio al Servicio Bibliotecario que otorga Dirección General de Bibliotecas de la UNAM. La FIL Guadalajara le rindió un Homenaje al Bibliotecario 2018

Actualmente es el Coordinador General de Bibliotecas de la Universidad de Guadalajara,

Tanto mi abuela, mi abuela materna, como mi madre fueron profesoras de primaria. Siempre tuvieron a su cargo el primer grado de primaria; por ello, yo aprendí a leer en casa, especialmente con la influencia de mi abuela. Eran métodos de hace 50 años, o un poquito más, y ellas fortalecieron mi amor por la lectura.

Cuando tenía unos seis años, mi madre me llevó al centro de la ciudad, en Guadalajara, donde nací, y me pidió que la esperara en una esquina. Ella fue por algunas cosas a un local a media cuadra. Sentí mucho temor de quedarme solo, pero recuerdo que me distraje viendo los carteles de los camiones y de las tiendas, y en ese momento —tal vez no con estas palabras— me di cuenta que había entrado a otro mundo porque era la primera vez que descifraba las letras.

En casa había libros de diferentes temas, pero especialmente de literatura porque a mi abuela le gustaba mucho. Le gustaba tanto que se inscribió en una clase de lectura en voz alta, y me llevó con ella. En las tardes tomábamos la clase, y ella me iba corrigiendo, diciéndome: "Aquí te tienes que detener porque hay un punto. Esto lo tienes que decir en otro tono porque es un signo de admiración…"

El hecho de tener una mamá y una abuela profesoras de primaria, ambas de primer grado, también fomentó en mis hermanos que la lectura y la literatura estuvieran muy presentes en nuestras vidas.

De esta época conservo *Corazón. Diario de un niño* de Edmondo de Amicis. Lo leímos completito un par de veces. Mi abuela nos lo leía en voz alta y nos representaba con las voces a los diferentes personajes. Nos emocionaba la historia de los protagonistas que van de los Apeninos a los Andes a buscar a su madre.

Un hermano y yo rogábamos que nunca nos faltara nuestra madre porque si no, no íbamos a tener fuerzas suficientes de ir a buscarla de los Apeninos a los Andes —que ni siquiera teníamos idea de dónde estaba eso—. Ese temor lo trasladábamos a la vida

cotidiana en cosas como tener que portarnos muy bien porque, de lo contrario, mamá se podía ir y ¡cómo la íbamos a alcanzar hasta los Andes! Entiéndase que en nuestra mente fantástica nosotros vivíamos en los Apeninos.

Otro recuerdo de mis primeros años de lector me ocurrió cierto día que mi padre nos llevó de vacaciones. Al llegar al hotel, mi padre quiso involucrarnos en el llenado de las hojas de registro. Nosotros estábamos muy chicos, apenas sabíamos escribir, y mi hermana la menor, ni eso. Sin embargo, mi hermano, de ocho años, como pudo le puso que su ocupación era "Payaso de circo". Yo escribí: "Trabaja con libros", y mi hermana de cinco años dijo que era "Señora casada". Mi padre guardó esa hoja como por 30 años, y continuamente la sacaba y decía: "Mira, Sergio se dedica a lo que puso desde los seis años". Efectivamente. Yo trabajo con los libros, para los libros, y donde están los libros, es decir, en las bibliotecas.

Y a pesar de vivir rodeado de libros, yo sigo buscando en los libros lo que buscaba en mi niñez, aunque en ese momento no lo dimensionada: muchos momentos de felicidad. A mí la lectura me transporta a otros mundos, a otras gentes, a otras culturas; me permite la reflexión mediante una lectura crítica para saber qué hay en el trasfondo, si está vigente o esto ya no procede. Hay textos e ideas clásicas, que perduran desde hace 500 años como ahora.

En ese sentido, la lectura no ha sido sólo un conocimiento sino mucho, mucho aprendizaje. Yo quisiera tener más tiempo para leer, quisiera hacer lo que hicieron algunos profesores de la Universidad Nacional durante la huelga de 1929[4]. Varios profesores se reunieron para leer y se contaban unos a otros los libros que iban leyendo. Al cabo de un año se mandaron hacer un diploma que decía "Soy lector". Merecían el diploma porque ya eran lectores. Si bien cada uno leyó un par de libros, en realidad en ese año leyeron 30 o 40 porque se los compartieron y se acompañaron en las reflexiones.

4 http://publicaciones.anuies.mx/acervo/revsup/res031/art4.htm

Mis autores

Yo, de momento no puedo únicamente ponerme a leer, aunque me dedique a la promoción de la lectura, además de a las bibliotecas; pero sí puedo seguir buscando la felicidad y el aprendizaje en los libros.

De manera particular, a quien he frecuentado en los últimos 15 años es a Cristina Rivera Garza, autora tamaulipeca. Cristina ha ganado dos veces el premio Sor Juana Inés de la Cruz, de la FIL Guadalajara. Su novela *Nadie me verá llorar*, una de sus primeras obras, me parece maravillosa y fantástica. Es su tesis doctoral y, en ella, habla del manicomio de "La Castañeda".

Me gusta mucho la literatura de Cristina, a veces fantástica, a veces muy dramática, a veces, en algún sentido, tragicómica. Me atrae, aunque sea compleja. Recientemente leí *Había mucha neblina o humo o no sé,* uno de sus últimos libros en el que aborda a Juan Rulfo. Me pareció un ensayo realmente extraordinario, entre otras cosas, porque tiene y defiende un particular punto de vista.

Me gusta también la poesía. En especial leo a Jaime Sabines y a Pita Amor. A Pita Amor la leía mi abuela y conservo frescos algunos fragmentos de poemas que ella disfrutaba leérmelos en voz alta. Han pasado 50 años, los tengo muy presentes y aún me apasionan.

Yo le aprendí a la abuela, no sé si para bien o para mal, que debo leer lo que es importante, y que no debo leer lo que no me apasione. He leído a los clásicos, he leído dos o tres veces *Don Quijote*, apasionante, reflexivo; me gusta mucho sor Juana, pero creo que es importante también leer a autores contemporáneos. Éstos tal vez no han adquirido la categoría de clásicos, entre otras razones, porque aún están vivos; o porque aún no hay distancia suficiente para valorarlos, pero creo que hay que leerlos con pasión. Por ejemplo, diría que después de sor Juana, Rosario Castellanos es sin duda la gran escritora mexicana. Del boom latinoamericano yo me quedaría con García Márquez por la riqueza de su lenguaje,

por su surrealismo. Pero si tengo que elegir a uno, sólo a uno, definitivamente me quedo con Rulfo.

De Rosario Castellanos me fascina *Balún Canán*. Admiro su postura respecto al feminismo, a declarar que las mujeres se tenían que preparar, aunque "Mujer que sabe latín no tiene marido ni tiene buen fin". Rosario es una mujer que no sólo está en el ámbito literario, cultural, sino que llega a ámbitos políticos, pues ocupó el cargo de embajadora de México en Israel; fue una mujer de avanzada, a pesar de tener una personalidad, según sus biógrafos, tímida en muchos sentidos. Pero una mujer que dio la entrada a las mujeres mexicanas de la segunda mitad del siglo XX y de lo que va del XXI.

Leo cuando no debo

Yo siempre rayo los libros, a lápiz, no tengo un lugar específico para leer, pero si tuviera que elegir un lugar, ese sería mi cama, donde siempre tengo un libro esperándome en la mesita de noche.

Siempre viajo con algún libro que aprecie, y que sea mío para poderlo subrayar. Leo en los vuelos, en los aeropuertos y las estaciones mientras espero; incluso leo cuando no debo, por ejemplo, a la hora de la comida. Mientras como, tengo por lo menos una hoja, una sección del periódico, un libro. Lo que sea.

Ecléctico o desordenado.

Últimamente descubrí a Mercè Rodoreda, la autora catalana de *La plaza del Diamante*. Me fascinó la novela, por el tema de la posguerra española, y además por los personajes que están muy bien construidos. Reflejan una realidad que en su momento fue muy dura y eso los vuelve muy humanos. A mí me gustan los personajes muy humanos, por muy trágicos que sean.

Como soy muy ecléctico, de Rodoreda me pasé a leer sobre Joseph Mengele, *El ángel de la muerte*, en el campo de concentra-

ción de Auschwitz, y de él llegué a la novela de Julián Herbert, *La casa del dolor ajeno*. Me pareció muy bien documentado. De él ya había leído *Canción de tumba* y *Cocaína (Manual de usuario)*. Me gustó mucho *Canción de tumba* desde que leí un pequeño fragmento en *Nexos*: "Mamá leucemia", donde habla de su fascinación por las ciudades fronterizas. Me parece que es un gran narrador y además muy divertido en muchos sentidos. La novela *La casa del dolor ajeno* me parece una gran novela y él un gran escritor.

Desde niño fui un lector un poco desordenado porque tomaba tres o cuatro cosas al mismo tiempo. Sin embargo, a pesar de ser desordenado, sí me considero un lector porque permanentemente estoy leyendo. Leo no sólo textos de mi trabajo, también en casa. De hecho, no me puedo dormir sin antes leer una página por lo menos. Considero que si yo leyera sólo esa página, estaría leyendo 365 al año, por lo menos.

También me he interesado por el Dr. Atl. Es un tema totalmente contrario, pero así son las cosas. Estuve en una exposición de Nahui Olin, quien fue su pareja, y de ahí empecé a leer sobre el Dr. Atl; una personalidad muy compleja, pero sin duda un gran artista, un gran pensador y un pintor extraordinario. Leí *Cómo nace y crece un volcán: el Paricutín*. Un libro apasionante. De hecho, en unas vacaciones de Pascua me di una vuelta por Michoacán para conocer el Paricutín. Me trepé hasta donde pude, junto con un grupo de amigos exploradores, porque yo quería estar en el sitio en el que estuvo el Dr. Atl cuando vio nacer el volcán y estuvo documentando el fenómeno.

El concepto de un buen lector

Paradójicamente a mis lecturas desordenadas, desde la bibliotecología tengo un concepto claro de lo que debe ser un buen lector: tiene que ser disciplinado, tiene que elegir los temas de conformidad a sus preferencias, y tiene que dejarse sugerir lecturas.

Es importante acercarse a las personas que tienen su propio punto de vista, que nos van indicando, y que saben guiarnos. Sobre todo, si estas personas guías saben respetar los gustos o la edad del nuevo lector; si no intentan imponer su criterio. Basta con decir: "Mira esta lectura es muy importante… tal vez no es de tu preferencia, pero te va a dar luces, y te va a abrir caminos". Yo creo que un libro recomendado no necesariamente es el mejor, pero éste puede llevar a otros y éstos a otros más.

La mera recomendación de un libro ya me parece recomendable. Recomendación con respeto. Con respeto se puede todo, incluso recomendar oler un libro. El olor a la tinta me parece encantador y esa es una ventaja que poseen los impresos sobre los electrónicos.

En los libros electrónicos y en la Internet podemos encontrar propuestas excelentes —como también mucha basura—, pero yo prefiero los impresos. Me gusta entrar a las librerías —especialmente en la Ciudad de México porque en el interior no hay tan buenas librerías —, y a veces sin comprar nada, quedarme todo el tiempo posible, recorrerlas, ver las portadas.

La atracción que ejerce la portada de un libro puede ser tanta que lleve a comprarlo. Por ejemplo, compré la novela *El corazón es un cazador solitario* de Carson McCullers porque me gustó la portada. No sabía quién era McCullers, pensé que era hombre. Después de leerla me puse a investigar acerca de ella y me enteré que esa novela la escribió en los 40, que era amiga de Tennessee Williams… en fin, me di cuenta que estaba ante una escritora genial.

Con selectiva prudencia

Regresando a la bibliotecología, y a los usuarios, hay algo que me incomoda de los usuarios y es esto: que no sepan apreciar los buenos libros, que no sepan apreciar a los buenos pensadores, que se

conformen con lo que sea. Si la mente nos lleva a buscar lo mejor, pues habrá que escuchar a la mente.

En promedio, una persona que aprende a leer a los seis años, si viviera hasta los 70, imaginemos qué cantidad de libros podría haber leído si leyera todos los días. Eso sería lo ideal, pero la realidad arroja una cantidad muy menor.

Creo que tendremos que ser muy selectivos y apreciar aquello que ya tiene un prestigio, incluso indagar entre las novedades, no conformarse con cualquier cosa que está en la red; ser un poquito más exigentes con nosotros mismos. Libros publicados hay millones de todas clases, y ante esa oferta tendríamos que volvernos prudentemente selectivos.

En México no hay mucha cultura bibliotecaria, no me duele decirlo porque es una realidad. En ese sentido tendríamos que trabajar mucho más los profesores, los bibliotecarios, los padres de familia. La biblioteca no sólo es un espacio de conocimiento y de consulta, también es un espacio de esparcimiento donde encontramos cosas interesantísimas, susceptibles de compartirlas.

Me incómoda que un lector, que un usuario de la biblioteca no sea el más exigente con su propio conocimiento, con su propia recreación. Soy respetuoso de la conducta de cada quien, pero sí me resulta incómodo.

También me resultan incómodos los agresores de libros, y creo que ahí ya no soy tan respetuoso. Los agresores no entienden que los materiales son de ellos, pero también son de otros y los tienen que respetar. Hay que recordar que las bibliotecas, especialmente las bibliotecas de las universidades públicas, son espacios democráticos. En ese sentido, los libros son de los usuarios, están ahí para leerse, consultarse, pero habrá otras personas y otras y otras que también los necesitan y habrá que respetar su necesidad. Que los mutilen, que les arranquen hojas, que los roben, incluso que los coloquen en un estante incorrecto sólo para que nadie más

los tome mientras ellos lo necesiten, me parece que es una forma de agresión.

Por el contrario, me encantan los usuarios que demandan, que piden mejoras en servicios, mayor calidad, que su biblioteca tenga los materiales que requieren para formarse, pero también una complementaria.

Tal vez suene un poco drástico, quizá porque soy bibliotecario, amo a los libros y desde niño he estado rodeado de libros. Nunca me he sentido solo aunque esté solo, porque ahí están los libros. En cada uno hay personas, personajes, reflexiones, enseñanzas. Tenerlos en casa, tenerlos cerca, tenerlos en los distintos espacios de mi hogar, del trabajo, es una cuestión cotidiana. Los libros son mis amigos, a veces me peleo con alguno y digo: "No, no estoy de acuerdo con este escritor", cuestiones así que me parecen parte de la conducta humana.

El papel de un seductor es atrapar

A veces, también, he dejado libros que no quiero leer, que no es lo que estoy buscando. Probablemente no tenga razón y quizás esté dejando una joya en el camino; sin embargo, creo que he aprendido a discernir entre lo que quiero y lo que no quiero leer. Desde luego que hay lecturas obligatorias porque son parte del trabajo, y éstas también se disfrutan. No sólo gozamos los que leemos literatura, o los que nos dedicamos a los libros, sino también las personas que hacen ciencia, y son lectores satisfechos.

Para gozar la lectura, creo que no debemos iniciar con libros densos —y no me refiero a la cantidad de páginas—, sino a aquellos que dado su contenido pueden llegar a ser muy complejos, sobre todo para quien no tiene el hábito ni el arte de leer. Yo iniciaría con libros que atrapan por seductores. *Cien años de soledad*, por ejemplo, es un libro que atrapa porque uno quiere conocer qué pa-

será con la estirpe de los Buendía y con el resto de los personajes prodigiosos que creó García Márquez.

Iniciaría seleccionando un grupo de estos libros seductores y con ellos en la mano le preguntaría a la gente cuál es la temática que les gusta: ¿terror?, ¿la novela rosa?, ¿la novela contemporánea…? Así, intentaría descubrirle algunas obras que las llevaran de las primeras lecturas a lecturas avanzadas.

Si la gente no acepta de primera instancia estas sugerencias, pues creo que les daría un tiempo, dejándoles las lecturas a la mano y abriéndose a platicarlas cuando decidan, no cuando uno lo indique. Desde luego que se requiere disciplina para leer. Algunas personas se enganchan muy rápido, en otras es más gradual. La lectura es más un arte que un hábito, hay que quererla, hay que apreciarla porque de lo contrario siempre parecerá difícil y compleja. Creo que el punto central es estimular el arte de leer más que la obligación, la conveniencia o la utilidad de leer.

Estrategias para padres

En nuestro país hay programas de lectura que duran un sexenio, como "Hacia un país de lectores" o "El rincón de lectura", y que se fueron quedando en el camino. Seguramente tenían cosas muy buenas que seguir dando —no los conozco a fondo—, pero ya no están.

En este momento me parece que hacen falta estrategias dirigidas a los padres de familia. Ellos son los primeros iniciadores de todo, por lo que es necesario pensar en ellos para el fomento de la lectura desde de las casas. Sin ellos, veo difícil iniciar a los niños en la lectura, salvo casos de niños con talento natural, con una inclinación natural.

Los padres son el enlace entre escuela y biblioteca para que sus hijos sean lectores. Pero lectores no sólo de textos escolares,

sino lectores de muchas cosas más, porque la lectura es necesaria para la vida entera. Leer es necesario para cualquier decisión: para enterarse de las indicaciones de una receta, del contenido de un medicamento, la ruta de camión… Permanentemente estamos leyendo, estamos informándonos; sin información no podemos argumentar nada, ni a favor ni en contra.

Me parece que han fallado las estrategias de lectura que no involucran a los padres de familia. Conozco padres de familia que leían cuando sus hijos eran pequeños, y esto, en alguna medida, ha provocado que hoy sus hijos sean brillantes estudiantes porque son lectores.

Yo no concibo a universitarios que no lean, aunque los hay, y muchos. Su gran lector es el teléfono. Qué bueno que existe el teléfono, no me niego a la tecnología, pero también los separa de las cosas buenas que ofrecen espacios como las bibliotecas.

En México existen muchas bibliotecas, tal vez menos de las que necesitamos, pero en ellas hay lecturas selectas, autores de prestigio, temas de interés. Los espacios bibliotecarios son de todos: son de los estudiantes, de los maestros, porque todos pagamos los impuestos para que existan esos espacios.

Siendo aún joven, mi abuela me preguntó qué me había dejado la lectura. Le dije que muchos momentos de felicidad, muchos momentos de reflexión y, por supuesto, muchos de aprendizaje. Al poco tiempo mi abuela falleció, pero ahora, después de tantos años constato que a través de la lectura, las bibliotecas dan eso: momentos de conocimiento, de reflexión, de mucha felicidad.

Fernando Macotela

Gestor cultural, docente y escritor (6 de octubre de 1938, Ciudad de México). Estudió leyes en la Facultad de Derecho de la UNAM, y más tarde cursó estudios de posgrado en Comunicación en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la misma universidad.

Estudio jurídico y económico. Ha sido miembro del "Grupo Nuevo Cine", fundador de cine clubes, Jefe del Departamento de Supervisión en la Dirección General de Cinematografía, de la Secretaría de Gobernación; consejero de la embajada mexicana en Francia, director del Festival Internacional Cervantino; fundó y dirigió Conacite I, coordinador del Plan de Reestructuración de la Industria Cinematográfica, asesor del Banco Nacional Cinematográfico en 1975, director de Cinematografía en la Dirección General de Radio, Televisión y Cinematografía, director de la Cineteca Nacional, director general de Conacine, y de

Conacite II; miembro de la Delegación Mexicana de cinematografía en festivales internacionales, de 1967 a 1987; secretario cultural y coordinador del Premio Literario del Instituto Italo-Latino Americano, en Roma, director de Difusión en la Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial de la UNAM, director del programa de radio semanal "La voz del tintero", jefe del Departamento de Ciencias de la Comunicación la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

Docente en la Universidad de Montana, director del Taller de Cultura Mexicana en Le Moyne-Owen College en Memphis, Tennesse, conductor del Seminario sobre Teoría y Técnica del Guion Cinematográfico en el Instituto de Cultura Puertoriqueña, profesor de asignatura en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM; conferenciante, ponente y presentador en seminarios, simposios y coloquios en México y en el extranjero.

Entre otras publicaciones ha colaborado en las revistas *Cuadernos del Viento*, *El Rehilete, Pájaro Cascabel, Zarza* y en el suplemento cultural México en la Cultura. Fue cofundador de la revista *Dicine* en 1982.

Es coautor, con Emilio García, de *La guía del cine mexicano. De la pantalla grande a la televisión 1919-1984*.

Ha obtenido el Premio de Literatura Mariano Azuela para jóvenes escritores mexicanos en 1962. Condecoración del Gobierno de Francia con la Orden Nacional del Mérito en grado de Oficial, en 1973. Condecoración del Gobierno de Francia con la Orden Nacional de las Artes y las Letras en Grado de Oficial, en 1982. Condecoración del Gobierno de Bulgaria con la Medalla Jubilar 40 años Bulgaria Socialista, por méritos culturales, en 1984.

En 1999 fue nombrado Director de la Feria Internacional del Libro del Palacio de Minería, cargo que ocupa actualmente.

En algunos casos, como el mío, tenemos la suerte de que alguien se dé cuenta de que el niño tiene inquietud por leer. En mi caso, a los tres años mi abuela fue quien se dio cuenta. Mi padre había muerto, mi madre trabajaba, las tías, hermanas de mi madre, trabajaba, y mi abuela y yo nos quedábamos solos en casa. Un día ella vio que yo fingía leer el periódico. El hecho de que mi abuela fuera lectora ayudó a que su reacción fuera positiva y se propuso enseñarme las primeras letras. A esa edad, como todo niño, era una esponja y parece que aprendí con mucha rapidez.

Eran los tiempos de la Segunda Guerra Mundial. Mi abuela escuchaba por radio las noticias y yo le preguntaba qué era eso de Alemania, los Aliados, el Eje…; ella consiguió un mapa de Europa e iba colocando alfileres según el avance de la guerra, como en las películas, y me explicaba. Los periódicos publicaban imágenes de la guerra y yo leía los pies de foto; con la explicación previa de mi abuela iba entendiendo.

Movidos por mi interés, mi mamá y mis tíos empezaron a regalarme libros y así de pronto tuve una pequeña biblioteca. Mi mamá me compraba una revista argentina llamada Billiken. Hace mucho que no la veo en México, no sé si se sigue vendiendo aquí pero se sigue editando y se le considera la revista en español más antigua que existe. Esa revista es parte muy importante de m i infancia. Todavía recuerdo los nombres y los dibujos de algunas tiras cómicas, como una de ellas que se llamaba *Ocalito y Tumbita*. También tenía la página *Nuestra Historia*, lógicamente era historia argentina pues allá hacían la publicación; en esa página yo leía cosas como que "el general San Martín cruzaba la cordillera" y para mí supongo que la cordillera debe haber sido El Ajusco porque eran los cerros que yo veía, y por ahí pasaba el general San Martín; pero luego el general llegaba a Santiago de Chile y yo me quedaba en Babia pero seguía leyendo. Se puede decir que mi primer material regular de lectura, además del periódico, fue esa revista.

Por aquel tiempo estaba muy de moda una serie de cuentos grandes, muy bien empastados, bonitos, llamados *Cuentos de hadas*... Eran *Cuentos de hadas* rusos, *Cuentos de hadas* escandinavos, españoles… había cuentos de hadas de todas las regiones que se les ocurría a los editores; eran cuentos de princesas, magos, castillos, caballeros que participaban en duelos, rescates y demás, amenos y ricamente ilustrados.

También por esa época recuerdo unos volúmenes de cuentos que había editado la SEP por deseo expreso de Vasconcelos. Muchos años después la SEP hizo una reedición de esos libros, que salieron en dos volúmenes muy gruesos: *Lecturas clásicas para niños*. Aún recuerdo algunos títulos: *El conde Lucanor*, *El conde Arnaldos*, *Tristán e Isolda*, e historias relacionadas con la India. Las ilustraciones eran maravillosas. Al crecer me enteré de que una gran parte la habían hecho Roberto Montenegro y Fernández Ledesma. Esas ilustraciones no venían impresas en el libro sino que fueron impresas aparte en papel *couché* y las pegaban en los libros, en la hoja correspondiente de acuerdo al texto, como en muchos libros de arte lujosos de la época. Lástima que no las arranqué y las guardé -más tarde hubiera enmarcado varias de ellas - pero en mi casa el respeto al libro era tan grande e inviolable como otros dos que siempre me inculcaron: el sagrado respeto a la correspondencia ajena y el respeto al sueño de los demás. En cuanto a los textos habían sido preparados (adaptados) por personalidades que iban de Salvador Novo a Gabriela Mistral, de José Gorostiza a Torres Bodet, de Francisco Monterde a Xavier Villaurrutia. Unas joyas.

Afortunadamente en casa me siguieron comprando libros siempre. Ciertamente que me regalaba libros de acuerdo con las posibilidades económicas de la familia, pero cuando empecé a ir a casas de los amigos, donde los papás tenían biblioteca, yo me ponía a revisar los libreros y siempre encontraba cosas que me interesan mucho. En las fiestas mientras los demás andaban platicando o

jugando, yo me ponía a ver libros. No me veían tan rato porque también bailaba bastante.

Una de esas casas era la de una compañera —amiga hasta la fecha— hija de don Gonzalo Vázquez Vela, que había sido gobernador de Veracruz y Secretario de Educación Pública con Cárdenas. Me gustaba mucho ir allí y a la familia, lejos de ver mal que yo corriera a su biblioteca, les caía bien. Fueron siempre muy generosos.

Aparece Sandokán

Otras personas amigas de la familia no tenían biblioteca pero también me regalaban libros; una de ellas fue la esposa de un doctor; un día la señora pasó a mi casa para regalarme unos libros de Salgari: *Los náufragos de Liguria*, *Devastaciones de los piratas*, y uno de Sandokán. Cuando llegaban libros me ponía a leerlos de inmediato. Ese mismo día leí *Los náufragos del Liguria,* lo termine en la tarde, y como *Devastaciones de los piratas* era la continuación seguí con ese y lo terminé también. Eran libritos pequeños, de manera que se podían leer rápidamente, aun a mis 10 años. A la hora de la merienda comenté lo mucho que me habían gustado. Mi mamá me dijo que hablaba como si ya los hubiera terminado y como le dije que sí, me dijo que mejor siguiera con el tercero. Recuerdo que le dije: "No, el otro lo voy a leer hasta mañana, porque estos me gustaron tanto que los voy a volver a leer antes de dormirme". Es lo que sucede con los niños muy pequeños que quieren oír el mismo libro porque les gustó mucho y los papás se vuelven locos porque se los tienen que leer quién sabe cuántas veces. Pasa lo mismo con las películas, pero cuando yo era chico no podían verse películas en la casa, bueno, ni siquiera había televisión; llegó por esos días pero era pésima. De ahí que un consejo en el que yo insisto siempre es: si los papás quieren que sus hijos lean, ellos mismos tienen que leer. Un libro, una revista, un periódico, lo que sea, pero que

los niños los vean leer. Hay papás a los que no les importa que los niños lean, allá ellos, pero en las casas donde los papás no leen ni hay libros, será más difícil que un niño lea, un niño no lee en casas sin libros. Y casi siempre un niño que lee será un mejor hijo, un mejor hermano, un mejor padre y un mejor ciudadano.

Europa es un inmenso libro de arte

Andando el tiempo, cuando ya podía elegir mis propios títulos, no me fui por los libros de literatura sino por los de arte. Yo ansiaba tener, y no podía, libros de arte. No había la gran cantidad de libros ni las ofertas que hay ahora. Los libros de arte eran escasos y muy caros, generalmente importados. Tuve la suerte de que al terminar mis estudios en la Preparatoria Nacional atendí a una convocatoria que lanzaba la embajada de Francia para estimular el estudio del francés. El premio consistía en una estancia en París estudiando francés. Mi madre me había inscrito desde muy chico en el Liceo Franco Mexicano, sobre la Avenida Melchor Ocampo, de modo que el idioma no me era ajeno.

Gané la beca y me fui a París cuando tenía 17 años. La salida de la prepa era en noviembre y el ingreso a la universidad era en marzo, ese proyecto había sido concebido para que quien viajaba dispusiera de esos tres meses. Pude conocer los grandes museos de París lo que alimentó mi inquietud por el arte y de ahí casi de manera natural vino el gusto por el cine y los museos.

Ni el *Esto*

Durante muchos años di las clases de "Evolución de lenguaje cinematográfico", y "Sociología del cine", en la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM. Aparte del examen final yo les pedía a los muchachos un trabajo mensual. Allí, como siempre le ocurre a uno como profesor, aprendí mucho de los alumnos. Nunca olvidaré la respuesta que me dio una alumna a una de las preguntas que

les formulé para que contestaran por escrito: "A mí la universidad me cambió la vida. Yo crecí en una casa sin libros, nadie leía nada, ni el *Esto*. Cuando llegué a la universidad nada más había leído lo que me encargaban en la escuela. Cuando llegué a la universidad se me abrió el horizonte. Los profesores hablaban de otras cosas, no nada más de los libros de texto. Eso cambió mi vida porque empecé a leer". Me conmovió mucho ese comentario. Además, me hizo ver la importancia de la universidad gratuita, me hizo ver cuánto beneficia en nuestro sistema a personas que sin ser lectores se convierten en lectores, en apasionados lectores, y gracias a eso en personas más útiles gracias a la universidad.

La relación con los libros ordenados

Desde muy chico veía cómo una tía doblaba una esquina de la página para marcar dónde dejaba la lectura. Cuando yo lo hice me dijeron que no, que eso era fatídico para los libros, y durante un tiempo usé separadores. De hecho, en cada edición de la Feria, allí en Minería, imprimimos marcadores.

Cuando ya más o menos se me había hecho costumbre usar marcadores, tuve la suerte de tomar un curso de elaboración de tesis con Luis Rius, profesor extraordinario, brillante intelectual que llegó con la inmigración republicana española. Él nos enseñó que había que "intimar" con el libro, tener una relación física con él. Decía que al libro había que agarrarlo bien para leerlo bien.

Un poco por esa época, o quizá un poco antes empecé a hacer notas en las márgenes de los libros. Creo que hay cosas que se tienen que anotar en el libro porque el mismo libro lo amerita, y porque si se anota en libretas, en hojas aparte corren el riesgo de perderse. El libro también puede perderse y llevarse mis notas, pero llegado el caso siempre espero que mis notas le sirvan al que se lo llevó. Rius me enseñó a darle un uso "normal" al libro, a no tratarlo como si fuera un delicado objeto de cristal. No maltrato los libros pero los manipulo... "normalmente".

Hay un libro que me gusta mucho intitulado *84 Charing Cross Road* —es el título también en español— de Helene Hanff autora estadounidense, que narra las compras que ella hace desde Nueva York a la librería de segunda mano Marks & Co. en Londres al término de la Guerra Mundial. La señora no tenía dinero para comprar libros nuevos en Estados Unidos, y hacerlo por correo a Londres le resultaba más económico, incluso pagando el envío. El librero londinense le enviaba libros de las bibliotecas de la aristocracia inglesa que esa librería compraba en remates, eran libros muy hermosos nos dice la autora, ricamente empastados. No eran nuevos pero eran mejores y más baratos, y lo que la compradora apreciaba las notas que los dueños originales habían escrito en los márgenes.

Lecturas como esa me enseñaron que no es un pecado anotar en los libros. Lo que yo suelo hacer es trazar con lápiz una línea ligera en el margen, que abarca todo el párrafo que me interesa, pero no subrayo porque a veces es tanto lo que quisiera subrayar que casi todo el libro quedaría subrayado. Después, en las guardas del libro pongo el número de las páginas que me interesaron. No es muy común que vuelva yo a ver esas notas, pero a veces sucede y me digo "¿Qué habré marcado?", busco la página y al encontrar la cita me pregunto "¿Por qué habré señalado esto?". Otras veces sí recuerdo por qué me impactaron las ideas, aunque las haya olvidado, pero me vuelven a impactar al releerlas.

Mi última experiencia fallida en ese sentido fue cuando me compré una nueva edición de *Guerra y paz* en una buena traducción y bien encuadernada. Saqué mi vieja edición de la novela, en edición de bolsillo, y tenía tal cantidad de anotaciones que, "para no perderlas" me propuse pasarlas a la edición que acababa de comprar. ¡Qué chasco! Yo sé que las ediciones varían, y en el caso de *Guerra y paz* más aún, pero no pensé que los cambios fueran tan drásticos. Han hecho tantas ediciones y tan diferentes entre sí —porque así se les pega la gana a los editores— que la novela se vuelve casi irreconocible línea por línea de una edición a otra.

Se supone que mi edición de bolsillo de Penguin Books es la traducción directa del ruso, del original que Tolstoi presentó en la editorial en 1866, pero entre una edición y otra hay personajes que mueren...o no mueren; el orden de los párrafos o el de los capítulos está cambiado, etcétera. Me fue imposible trasladar mis notas de la edición más vieja (que no lo es tanto) a la nueva. Me dediqué una semana a estar buscando las correspondencias y simplemente no fue posible.

Reconozco que en ambos casos la traducción era bastante buena —aunque no sé leer en ruso ¡ojalá supiera!— pero ya comparadas entres sí las traducciones eran muy diferentes, por ejemplo, la selección de las palabras cambiaba mucho. Lo entiendo porque el español es muy rico y existen varias palabras para decir la misma cosa, pero sumando cambios de palabras, de párrafos, de nombres de personajes (algunas veces en ruso, otras en francés y otras en español) y demás, me fue imposible muchas veces encontrar equivalencias exactas, que por otro lado ya no producían el mismo efecto al estar redactadas en otra forma.

Primero este descubrimiento me molestó, pero después pensé que era una ventaja porque esas enormes variantes me iban a permitir leer de nuevo *Guerra y paz*, casi como si nunca la hubiera leído. Ahora estoy terminando el primer volumen entre otras cosas que estoy leyendo, porque suelo leer varios libros al mismo tiempo. De pronto uno me gana más o mi estado de ánimo se presta para alguno en especial, y ese toma la delantera.

Lectores de feria

Tal vez las personas que compran muchos libros nunca los leen todos. Habría que pensar en la frase que se atribuye a don Leopoldo Zea o a Reyes: "Una biblioteca es un proyecto de lectura". Uno puede comprar un libro que le interese y tal vez no lo lea esa noche ni después, pero el libro va a estar allí. Me ha sucedido que

de pronto repaso el librero, encuentro un libro y pienso: "¡Qué suerte! Siempre quise leer este libro y aquí lo tengo".

Creo que ya tenemos buen público en México para las ferias de libro. Una explicación a este fenómeno es el hecho de que las librerías están en extinción hace ya tiempo, pero no nos engañemos, eso no sucede en todo el mundo. En Estados Unidos, por ejemplo, sí, pero no en Francia. Y las ferias se han convertido sucedáneas de las librerías. Hubo un momento en que algunas cadenas de librerías nos atacaron cuando a la Feria de Minería le empezó a ir muy bien, diciendo que éramos sus competidores y enemigos. Yo contesté públicamente diciendo que la Feria del libro de Minería era su mejor aliada, que una visita a la Feria era elaborar un proyecto de lectura para todo el año, porque nadie va a la Feria a comprar *todo* lo que se le antoja. La gente va, ve, compra lo que puede, y con lo que no puede comprar en ese momento hace un proyecto de lectura para uno o más años, que va surtiendo posteriormente ¿en dónde? Pues en las librerías que están allí siempre.

A mí me parece lamentable que desaparezcan las librerías, pero menos mal que tenemos con qué sustituirlas, al menos parcialmente. Y no me refiero sólo a la Feria de Minería, sino a las muchísimas ferias que existen ya en el país. Afortunadamente en México están brotando ferias del libro como hongos. Si además no cerrara ninguna librería o abrieran más, estaríamos en muy buen camino.

Por su parte, los editores tienen que vender, y si las cadenas de librerías, o las librerías independientes no les compran o les toman en consignación lo suficiente, pues claro que ven con buenos ojos a las ferias del libro. Aunque nunca serán suficientes. Es cierto que se está leyendo más, pero no porque individualmente leamos más sino porque somos ya muchos más mexicanos.

Cuando me dicen que cómo no voy a estar contento si la Feria del Libro de Minería es un éxito con 150,000 asistentes en promedio por año, que cómo que en México no se lee, yo les pregun-

tó si quieren la repuesta optimista o la realista. La realista es que 150.000 asistentes a una feria en una ciudad de 22 millones de habitantes no es para presumir. Y la optimista es que esos 150, 000 visitantes son semillas para el futuro y para los demás.

Aquella chica, mi alumna de la UNAM a quién la lectura le cambió el mundo, estoy seguro que a su vez transformó a su familia, en la medida en la que yo creo que hice avanzar un poco más a la mía, a mis hermanos, a mis sobrinos que crecieron viendo libros en casa.

Todavía, aunque ya por poco tiempo, tenemos un notable ejemplo en este país de alguien que aparentemente nunca ha leído un libro en su vida. ¡Qué tristeza! Yo no digo que los políticos *tengan* que leer, pero por lo menos que se rodeen de gentes que leen y que les informen. Luis Echeverría tenía gente a su alrededor y él, me consta, estaba al corriente de los títulos nuevos. Me han contado que decía: "Los políticos no tenemos tiempo de leer", pero tenía a varias personas muy capaces —una de ellas es amiga mía, profesora en Filosofía y Letras, autora de libros— que leían los libros y le elaboraban fichas en tarjetas. Al parecer casi todas las noches él revisaba libros y las tarjetas que le hacían para que estuviera informado. Es decir, hay personas que quieren saber, que son conscientes de que la cultura sí importa.

Yo no acusó al que no quiere saber de nada, sólo me mantengo alejado de alguien así, pero creo que casi todo mundo quiere saber algo.

In Memoriam

Fui muy amigo y quise muchísimo a Federico Campbell. Él fue muy importante para mí. En una época vivió en mi casa, mi madre y mis hermanos lo adoraban, era tímido, pero simpático, afectuoso y ocurrente. Él tuvo una impresionante disciplina de lectura. En la época remota en que yo escribí cuentos y los publique él

me corregía, además siempre me recomendó libros, siempre me aclaró conceptos. Recordarlo me produce dolor pero también gusto por haberlo conocido.

Pensando en Federico se me revela la cantidad de amigos o personas a las que yo admiré y que han muerto en los últimos años. Este adelanto en el viaje me llevó a armar una sección en la feria que llamamos *In Memoriam*. Allí ponemos los nombres de los grandes desaparecidos de cada año. Ya he puesto tantos amigos allí que cada vez que agregó uno me siento más y más solo. Por ahí pasaron Sergio Pitol, Federico que tendría que estar vivo todavía, Emmanuel Carballo, Emilio Carballido… muchos creadores a los que quise mucho y admiré, que me honraron con su amistad y con sus consejos. A los amigos que quedan les deseo que vivan largamente, no como Nacho Padilla a quien mataron en un accidente de carretera. Fue una pérdida muy lamentable.

Invítame a leer

Juan Domingo Argüelles escribió *Qué leen los que no leen*. Cuando yo leí ese libro quedé deslumbrado, es un libro fantástico y necesario. Nos reunimos para comer y le dije cuánto me había gustado su libro. Una de las razones por las que me gustó es porque coincido con Juan Domingo en que uno debe leer lo que le guste. Si yo recomiendo una lectura ¿quién va a decir que mis gustos van a coincidir con los gustos de otros? Tal vez un libro que me pareció maravilloso a otra persona le va a parecer fatal, por muy director de feria de libro que sea yo.

Juan Domingo dice que la gente se queja de que los demás no leen a los clásicos, que si a alguien le gusta la novela vaquera, pues que lea la novela vaquera. Y yo estoy totalmente de acuerdo con eso. ¿Por qué? Porque leer es un hábito. ¿Quién nos dice que alguien que empezó a leer la novela vaquera no va a dar el paso a leer algo más elaborado? Estoy seguro que quien lee la novela

vaquera se va a aburrir algún día y cambiará. Ahora que si no se aburre nunca, ni modo. Pero algo estará leyendo.

La lectura nunca ha sido un hábito de masas. Desde la antigua Roma eran pocos los lectores y los dueños de bibliotecas. Cuántas bibliotecas existían en Puebla cuándo don Juan de Palafox formó la biblioteca palafoxiana. Creo que la gente lee lo que le gusta, lo que despierta su interés. Para eso es conveniente darse una vuelta por las librerías, porque de la vista nace el amor... o el interés. Por eso las editoriales se especializan tanto en diseñar portadas llamativas, con colores llamativos, y ponerles títulos llamativos.

Para mí es muy difícil sugerir algo porque creo que los lectores tenemos un gusto propio que nos lleva a entusiasmarnos con un libro, y a defenderlo. Por ejemplo, cuando leí *Las palmeras salvajes* de William Faulkner me desquició casi. Y cómo no si estaba yo tan joven, y leer esa pasión física, sexual de los protagonistas, me movió mucho el tapete. Muchos años después conversando con una amiga americana, profesora de literatura en una universidad de su país, le dije que mi novela de Faulkner preferida era *Las palmeras salvajes*. Mi amiga se asombró de que a mí me gustara, como ella dijo, "…un libro menor de Faulkner, estando ahí *¡Absalón, Absalón!* o *Mientras agonizo*". Yo defendí mi lectura, y ahí quedó la cosa. Cuando regresé de Estados Unidos revisé mi ejemplar de *Las palmeras* y descubrí que la traducción era de Jorge Luis Borges. ¡Borges mejoró el libro! y vaya que mejorar a Faulkner no es enchílame otra. Borges convirtió ese libro en algo mejor gracias a su traducción, y yo como lector, y sin apreciar adecuadamente el detalle de la traducción cuando lo leí, me sentí tan identificado con la obra literaria que la defendí ante aquella especialista.

Pocos años después, en 1962, descubrí la antología de Fernando Pessoa que hizo Octavio Paz. Él seleccionó los poemas, los tradujo y escribió la introducción. Yo supe de ese libro mientras estaba operado e internado en un hospital. Oía en radio UNAM un programa en el que estaban Nancy Cárdenas y Carlos Monsiváis

y esa vez leían y comentaban los poemas, los heterónimos de Pessoa, su obra allí reunida. A pesar de estar tan fregado físicamente en el hospital (pasé allí varias semanas), me interesó mucho. De ahí que lo primero que hice saliendo fue comprar el libro. Me gustó tanto que lo lleve a empastar, y mucho tiempo después convencí a la Dirección de publicaciones y fomento editorial de la UNAM, de que lo reeditaran, aprovechando que tenían los derechos.

En conclusión repito que es muy difícil hacer recomendaciones. Salvo, quizá con los amigos cuyos gustos conocemos y ahí las recomendaciones son mutuas. O atender recomendaciones de personas cuya obra uno admira.

Cuando leí que Vargas Llosa estaba muy entusiasmado con la trilogía *Millennium* de Larsson, y que hacía mucho que no le pasaba eso, me propuse comprarla. Al día siguiente fui por el primer volumen pensando en que si me gustaba ése, compraría los otros dos. Esa misma noche me puse a leerlo y al otro día fui por el resto, con la zozobra de que se fueran a agotar.

En los últimos años he leído a autores israelíes como Amos Oz, o Abraham Yehoshúa menos conocido ahora pero extraordinario. De pronto hay alguna novedad que lo impacta uno, por ejemplo cuando gracias al premio Nobel supimos de Pamuk, primero con *Estambul* y después con *Nieve* o *El museo de la inocencia*, la novela en la que alguien crea un museo de la inocencia. Este libro me impactó grandemente. Se lo recomendé a una amiga y a la semana me llamó para decirme que se tenía que levantar muy temprano para leerlo porque no podía dejarlo. Como dos años después supimos que Pamuk, en un alarde de tesón y de mente imaginativa, acababa de inaugurar en Estambul un "Museo de la Inocencia" con el dinero que le dieron del Nobel.

Le llamé a mi amiga (debe haber sido abril o mayo), se lo dije y decidimos que *teníamos* que visitar ese museo. En septiembre estábamos en Estambul, fuimos hasta allá jalados por un libro.

Alejandro Merlín

Editor, traductor, escritor (Durango en 1988). Alejandro Merlín Alvarado estudió Lengua y Literaturas Modernas (Francesas) UNAM.

Ha sido residente del Centro Internacional de Traductores Literarios (BILTC) de The Banff Centre en Alberta, Canadá, participante en el Programa Internacional de Traductores del Centro Banff en Canadá, en la Selección Internacional de la École Normale Supériure de París. Ha traducido a Paul Bénichou, a Jean Starobinski, Heinrich Heine, entre otros. Ha sido editor en la Dirección General de Publicaciones del CONACULTA. Ha publicado en revistas literarias y académicas, ha sido incluido en antologías.

Premio Estatal de cuento, V Premio de Cuento del Noreste, por *Botello murió a balazos* (CONACULTA, 2009), tres veces becario del PECDA, en cuen-

to. Autor de *25 Años Bienal Internacional del cartel en México*, Secretaria de Cultura.

Actualmente es el Director editorial y de producción del Fondo de Cultura Económica.

Mi familia no era lectora. Más bien fue la educación pública la que me acercó a los libros. Una buena maestra de primero o segundo de secundaria, la maestra Francisca Barragán, me encargó leer *Don Quijote*. Desde ahí me gustó leer. Ella tuvo una estrategia, que a mí me pareció chantajista: nos dijo que quien llevara un resumen de cada capítulo, le otorgaría un punto. Sabía que me quitaría uno porque me iba a negar a declamar en una ceremonia escolar. A mí nunca me gustó la pompa casi histriónica tan frecuente en las declamaciones en las escuelas públicas en México, que llega hasta el ridículo. Tenía que recuperar ese punto, de modo que empecé a leer *Don Quijote* para escribir el resumen semanal.

Al principio no me pareció entretenido, pero de pronto me ganó la risa en el capítulo en el que el cura y el barbero revisan la biblioteca de Alfonso Quijano, y mencionan que mejor no van a quemar las obras de Cervantes que se encontraron, ante la posibilidad de que ese se volviera un buen escritor. A partir de ese punto le encontré el humor.

No alcancé a terminarlo ese semestre porque la novela tiene más capítulos que semanas el semestre. Lo bueno es que de todas maneras la maestra me dio el punto porque fui el que llegó más lejos en la lectura.

Al finalizar el semestre seguí leyéndolo por mi cuenta. Me cautivó el humor del *Don Quijote*, y a veces avanzaba mucho en la lectura. Primero, porque tenía ganas de terminar el libro y segundo, porque ya no tenía que escribir el resumen. Sin embargo, durante el semestre había momentos que tenía más ganas de leer el libro que de ganarme el punto.

Era el lector porque leía en el recreo

Aquella edición de *Don Quijote* formaba parte de una colección de clásicos, creo que editados por Bruguera o por Aguilar. Al final aparecía la lista del resto de la colección. Casualmente algunos es-

taban en el librero de mi papá. Él es ingeniero en bosques, por lo que en ese librero había libros técnicos y de botánica. Pero entre ellos encontré a *Robinson Crusoe*. Lo leí y cuando terminé, seguí buscando en el librero, donde encontré un par de clásicos más. Aquel descubrimiento me llevó a proponerme leer todos los títulos enlistados en la solapa de *Don Quijote*, o los que se pudiera. Así fue como seguí leyendo.

Yo nací y me crie en Durango capital; mis papás son de más al norte, de Santiago Papasquiaro. En Durango no había muchas bibliotecas, y tenía que apelar a las pocas bibliotecas públicas municipales.

Al siguiente año de la secundaria me tocó la misma maestra Barragán, y creo que con ella apareció mi gusto por las materias de español, literatura y redacción. Ella nos hizo una distinción muy grande a otros compañeros, que también leyeron *Don Quijote*, y a mí, porque nos dictó una lista de títulos. Ese año no leí todos porque algunos eran complejos o extensos. Esos los leí después.

De aquella lista leí *Cien años de soledad*, *La ciudad y los perros*, *Santa* de Federico Gamboa, *María* de Jorge Isaacs, y una novela de Benito Pérez Galdós. Entonces me di cuenta que ya era el lector porque leía en el recreo, o era el único que había leído los libros antes de verlos en clase. Sin embargo, no era el único. La maestra operó ese mismo efecto en varios de nosotros. Creo que al menos cinco de los 30 que éramos en el salón, quizá hasta 10, salimos de la secundaria encaminados en el hábito de la lectura.

En ese tiempo me di cuenta que era falsa mi idea de que mis compañeros y yo no habíamos leído nunca. No nos dábamos cuenta que ya éramos lectores, pero socialmente aprendimos a despreciar la lectura porque creímos que, en cierta forma, nos volvía menos compatibles con los compañeros o con nuestros amigos. En realidad sí leíamos. La mayoría de nosotros leíamos cómics, la *Biblia* —éramos católicos de cepa o por lo menos nuestra familia—, textos de cultura general que nos obligaban a leer otros

maestros. También leíamos otras cosas, como historias de ciencia ficción. A veces lo que llamamos literatura es muy estrecho o está restringido por tipos de texto más solemnes, y solemos pensar que no somos lectores porque no leemos *esos* libros.

Cuando entré a la preparatoria, me di cuenta que sí había leído mucho antes de empezar a leer en la secundaria. Las primeras lecturas fueron libros infantiles o historietas o cómics, pero esas también eran lecturas.

Ya en la prepa me puse el reto de leer todos los títulos de las listas que me daban mis profesores de redacción y literatura. Me gustaba mucho ir tachando uno tras otro hasta concluir la lista y me decía: "El que sigue".

En preparatoria leí las listas que habían hecho de sus novelas favoritas Borges y Coetzee, y tratar de palomear todas. No recuerdo si las terminé. Yo creo que la de Borges no porque era mucho más extensa, pero creo que leí la de Coetzee.

Cuando leí por primera vez *Conversación en la Catedral* de Vargas Llosa en la preparatoria, me agarró una racha casi adictiva. La empecé un viernes, previo al Día del estudiante, que es, como sabemos, una conmemoración etílica bastante popular entre mis compañeros preparatorianos, y creo que entre los estudiantes en general. Se organizaba una tardeada en un antro y todo el mundo metía caguamas de contrabando. Ese año no fui, lo olvidé por completo. Me quedé leyendo la novela después de clase porque me propuse terminarla ese mismo día. Aún conservo perfectamente el recuerdo de aquella historia del bajo mundo de la política del Perú.

La literatura es una forma de pensamiento

En un principio era una relación apasionada con la lectura. Era reconocer personajes o situaciones o anécdotas presentes en la cultura general. Todo el tiempo se habla de estas obras, de sus per-

sonajes, pero pocas veces tenemos la posibilidad de reconocer al mito en la obra que lo mitificó. Para mí, lector en formación, era un placer reconocer en sus historias originales a *Los tres mosqueteros*, *Nuestra señora de París*, *Los miserables*, *Germinal* de Zolá. Es decir, encontrar y reconocer la fuente literaria de los habitantes de la cultura general. Ver de dónde los sacó Disney, por ejemplo, o de dónde los sacó el habla popular. Pero, además de reconocerlos en la literatura, estaba el propio placer de leer esas historias.

Sin embargo, en la preparatoria más que buscar lecturas que me entretuvieran, buscaba respuestas a las muchas preguntas que me planteaba. En la prepa fue una etapa inquisitiva y, en consecuencia, yo demandaba respuestas. Quería una orientación teórica para afirmarme políticamente en relación con mis compañeros; quería argumentos para defender mis posturas.

Cuando uno es adolescente se parte del hecho contrario: partimos de buscar argumentos en las lecturas que confirmen nuestros prejuicios y no al contrario. En la preparatoria comencé a leer a filósofos existencialistas. Leí *El ser y la nada* cuando estaba por terminar la preparatoria, que encontré en la biblioteca de la universidad del estado. Ahí tenían la historia de la filosofía de Xavier Zubiri, y de la de García Morente. Leí durante un tiempo aquellas historias que eran enciclopédica y por lo tanto superficiales. Sin embargo, de aquellas historias de la filosofía yo me quedé con Sartre y lo seguí leyendo. Terminé de leer sus tratados de filosofía y seguí con sus novelas. En ese momento me di cuenta que me gustaba más su literatura que su filosofía. Por ejemplo, *El ser y la nada* me costó mucho trabajo. Pero en cuanto a *La náusea*, *Las moscas*, *A puerta cerrada*, me parecían que la literatura era una forma de pensamiento, quizá no sistemática pero sí más compleja. Compleja a su manera, y que igual que la filosofía, las respuestas que daban tenían que partir de la reflexión, del juicio del lector, que no estaban dadas como formularios sino que exigían de la hermenéutica de lector.

Llega la legión francesa

Parecería natural que después de leer a Sartre siguiera con otros autores existencialistas, como pueden ser Camus o Kierkegaard. Pero no fue así. Sí leí algunas obras beatniks pero no me gustaron, me parecían anecdotarios como los que nos pasan a todos, pero no le veía algún filtro que las convirtiera en un argumento universal; o quizá sería que no estaban formuladas literariamente para mí. Por ejemplo, *En el camino* de Kerouac me pareció una anécdota interesante de carretera, pero nada más.

Al terminar la prepa descubrí lo mucho que me gustaba la literatura francesa, sobre todo por las novelas que había leído desde secundaria, como *Germinal*, *Rojo y negro*, *Nuestra Señora de París* de Víctor Hugo.

Hay otro antecedente que despertó mi gusto por esta literatura, y fue un viaje a Estados Unidos con unos tíos. Allá compré una antología de poesía francesa del siglo XIX y me apasionó. Yo leía francés aunque todavía necesitaba el diccionario. Pero ante aquella antología decidí tratar de entender mejor los poemas sin la ayuda del texto bilingüe, por lo que resolví estudiar Letras Francesas en la UNAM.

Ya puesto en el camino, que ya era un camino profesional, me topé con algunas obras que me marcaron, como *Por el camino de Swann*, que es el primer tomo de *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust. El segundo capítulo de este primer tomo, se llama "Un amor de Swann" en la que el protagonista se enamora de Odette y a mí me conmovió muchísimo. Seguí con *A la sombra de las muchachas en flor*. ¡Es una joya de la literatura! Terminé por convencerme que en la literatura francesa podría encontrar obras convenientes a mi sensibilidad.

Leer es vivir mucho

Creo que para ser editor es fundamental una cultura libresca. Uno de los aspectos principales de convertirse en lector es reconocer palabras, reconocerlas no a un nivel paradigmático, sino a un nivel sintagmático: reconocer las palabras en su contexto unas con otras.

Cuando se lee para editar, una de las herramientas a mano es el reconocimiento de las extrañezas, de las anomalías, particularmente de las mentiras, de los errores. Esto es lo que uno trata de reconocer cuando corrige. También cuenta la sensibilidad de advertir lo que no cuajó, de lo que no está bien hecho, de lo que no está bien acabado, bien pulido, que a nadie interesará, de lo que interesará a muchos, de lo que es nuevo o aparentemente nuevo, de lo que ya está muy dicho, de lo que es plagio, de lo que realmente no es de quien dice ser. Esto último es muy común. Haber leído mucho es como haber vivido mucho, haber tenido varios oficios, haber recorrido varias ciudades, varios caminos. Esto es lo que ayuda a editar.

Como nunca he temido la talacha

Al término de la carrera, de hecho, desde que la cursaba, me atraía la traducción. Me gustaba desarrollar la facultad de reconocer una lengua y expresarla en otra. De ahí que al terminar la carrera me introduje al área de traducción. Por alguna casualidad llegué al Fondo de Cultura Económica donde comencé traduciendo contratos. A mucha gente no le interesaba traducir contratos, sobre todo por la expectativa de traducir otras cosas. Como nunca he tenido miedo a la talacha, me puse a traducirlos, y a traducir lo que me fueran dando, aplicándome con muchísimo empeño. Al parecer lo hice bien por lo que me fueron asignando cada vez más tarea de traducción de artículos, prólogos, cuartas de forros, hasta que al final terminé traduciendo mi primer libro, a los 22 años

de edad. Fue todo un reto. Ahí aprendí a editar, a corregir, a leer incluso. Así como yo quería leer. Ahí tuve que aprender leer por obligación para traducir correctamente. También ahí aprendí a escribir, porque se tiene que escribir muy bien para ser un buen traductor.

Por alguna razón tuve que regresar a casa de mis papás en Durango. Llegué sin tener un trabajo, pero presentándome como editor, porque yo creí que era editor. No era cierto. Aún me faltaba mucho. Pero a fuerza de decir que lo era, creo que me convencí.

Hubo algunas cosas que no me salieron bien, cuestiones de becas y demás que se prolongaron durante un año más o menos.

Regresé a Ciudad de México atendiendo una oferta de traducción. Mientras la hacía, recibí una invitación de la Dirección General de Publicaciones para traducir en una feria del libro en Suiza. Y otra vez la historia se repitió: mientras traducía para la feria de libro me invitaron a trabajar como editor de unos clásicos que estaban traduciendo. Finalmente me quedé como editor responsable.

Desde entonces he editado para el sector público, para universidades, institutos de cultura, y desde 2013 primero para la Dirección General de Publicaciones de CONACULTA, y ahora para el Fondo de Cultura Económica, donde ya casi cumplo tres años.

Estos ires y venires han sido desde la talacha. Antes yo veía que invitaban a ciertos traductores a trabajar una bibliografía, ellos se negaban aduciendo que no podían. Luego a mí me la ofrecían e invariablemente aceptaba. Incluso llegué a decir que sí aun cuando no dispusiera de tiempo.

Siempre he creído que ser un buen lector, y haber estudiado Letras, en el día a día se van desarrollando varias capacidades para hacerlo, nada más hay que querer hacerlo. Hay colegas que al ver libros voluminosos, bibliografías gigantescas, cuadros, notas al pie, muchísimo texto y retos semejantes, se cree incapaz por la longitud o por creer que temas como cocina, administración

pública o geografía no le competen. Creo que más que una incapacidad profesional, quien se niega a enfrentarse a este tipo de traducciones es porque no se han comprometido a hacer la talacha. La talacha es, tal cual, entender vocabulario, fijarse en la división silábica, ver si las palabras deben ir en mayúscula, minúscula, si deben llevar coma o no, si las referencias están bien citadas, si las referencias se consultaron bien. En una palabra: es el último nivel de lector, es el lector que sospecha de todo.

El mejor libro posible

Mi primera satisfacción es el libro publicado. Ese es el primer logro; el siguiente, es haber hecho el mejor libro posible. Como editor me he propuesto que siempre hagamos el mejor libro posible. Me siento satisfecho cuando los lectores se sienten confiados de estar leyendo las ediciones que ponemos en sus manos, o que damos ocasión para que las tengan en sus manos; que el lector tenga la confianza de que nuestros libros estén confrontados, tengan belleza tipográfica, una buena edición a un buen costo y, sobre todo, rigor en la selección de las obras y en el cuidado de los textos. Al final, después de cumplir con todos esos requisitos, se siente una sana petulancia.

Como editor, para mí el lector ideal es el lector feliz, el lector que lee de un envión; al que no le importa dónde lee, si en el camión, en el café, donde elija; que no le importa decir qué está leyendo, que no le importa tomarse una foto para presumir qué está leyendo; el lector que lee en la biblioteca aunque el libro no sea suyo, que no le preocupa si trae las manos limpias o no, pero que lee por instinto. Ese lector es un lector entusiasmado y a pesar de eso se pelea con lo que está leyendo, incluso se pelea visceralmente, y es capaz de decir en voz alta: "¡Esto no es cierto!" o "¡Eso sí es cierto!", o que declara que el libro lo conmueve, lo molesta, le causa coraje ver una errata. Ese lector es el que me gusta.

Hay libros de los que todos hablan y nadie lee

Creo que el lector debería leer primero algo de lo que todo mundo habla y que nadie lee, luego algo completamente diferente a él y luego algo radical. Por ejemplo a Dostoievski. *Crimen y castigo*, *El idiota* son dos obras de las que todo mundo habla pero se lee menos de lo que se dice. Luego algo de lo que no conoce, de lo que nunca ha escuchado hablar; algo que le sea completamente ajeno en época y en cultura: Estoy pensando en, por ejemplo, *Las mil y una noches*. También se habla mucho de él pero no estaba en nuestra lengua, se escribió hace mucho tiempo por personas que no se parecían a nosotros y cuyos relatos no son solamente ejercicios intelectuales, sino ejercicios de imaginación, no sólo por lo que cuenta sino una imaginación de los otros, de lo que siente ser otra persona muy diferente, de otra época.

Luego algo radical. Recomendaría leer algo completamente ético o politizado. Para esto pensaría en algún clásico de la filosofía como *El banquete*, *La república* de Platón, pero principalmente estoy pensando en *El capital* de Marx. Estos son libros que confrontan las creencias, la economía; escritos en otra época, que usa recursos literarios a la vez que científicos o de sociología. Incluso pueden ser los *Ensayos* de Montaigne.

No estoy hablando de esos libros en específico, pero sí de esas categorías: de los que todo mundo habla pero nadie lee, de los que no se parece nada a nosotros, y libros radicales como *El capital*.

La educación en México no le da importancia a la lectura

Creo que es una moneda lanzada al aire, pero si lo vemos en perspectiva, en México siempre han existido políticas para crear lectores, para que haya escritores, para que existan libros a un costo accesible. Siempre se ha procurado que existan libros de texto gra-

tuitos, desde el proyecto de Vasconcelos, pasando por todas las décadas de priísmo educativo, desde Torres Bodet hasta la época de Miguel de la Madrid, que existieran programas de lectura, fomentos, fondos, fideicomisos para que se editaran libros, para que se incrementaran las casas de cultura o que se leyeran en las universidades.

Todo eso parece no haber sido suficiente: siempre tenemos la sensación de que algo falta. Yo me pregunto qué pasa por nuestras cabezas o por nuestras costumbres que parece que no se arraiga la lectura en nosotros como país.

Podemos seguir haciendo libros y las universidades pueden seguir haciendo libros, incluso los editores privados pueden seguir haciendo libros, pero creo que la política central está en los profesores y en la política educativa de la primaria, en la educación básica. Recuerdo haberme encontrado con mi libro de lectura de niño y haberme fascinado con los textos de Lorca. Incluso venía ahí *El licenciado vidriera* y me di cuenta que había leído a Cervantes en la primaria, pero nadie me lo dijo porque era el libro que nunca abríamos. No creo que los profesores tampoco lo abrieran por falta de interés, sino porque creo que el propio sistema educativo mexicano como está planteado, no le da el peso ni la importancia que necesita la lectura. Yo me formé como lector en la secundaria, por una profesora que sí tuvo interés, pero es una moneda lanzada al aire.

Creo que la política de un aula con libros, la política de una escuela con biblioteca y, sobre todo, la política de una escuela con profesores preparados y sensibilizados para transmitir su gusto por la lectura —no una cultura de la lectura— podría tener más consecuencias que todas las otras políticas propuestas hasta hoy.

Jaime Muñoz Vargas

Narrador, poeta, docente, periodista, editor (Gómez Palacio, Durango, en 1964).

Ha sido coordinador de *La Tolvanera*; editor de *Brecha*; Reseñas y artículos suyos han aparecido en revistas y periódicos de México, España y Argentina. Escribe la columna Ruta Norte para el periódico *Milenio* Laguna, artículos para la revista *Nomádica* y para *Diario* de Chihuahua. Profesor de literatura y periodismo en la UIA, plantel Laguna. Ha sido Becario del FONCA/ICOCULT, 1995.

Es autor, entre otros, de los volúmenes de cuento: *El augurio de la lumbre* (1990), *Las manos del tahúr* (2006), *Polvo somos.* Diez cuentos de fútbol rupestre (2006), *Ojos en la sombra* (2007), *Monterrosaurio* (2008), *Leyenda Morgan*

(cinco casos de sensacional policiaco) (2009), *Grava suelta* (cien relatos de un solo párrafo (2018); de las novelas *El principio del terror* (1999), *Juegos de amor y malquerencia* (2003). Como poeta ha escrito *Pálpito de la Sierra Tarahumara* (1996), *Filius (adagio para mi hija)* (1997), *Salutación de la luz* (2001), *Quienes esperan* (2002).

Ha obtenido, entre otros, el Premio nacional de narrativa joven "Salvador Gallardo Dávalos" (1989), Premio de novela Jorge Ibargüengoitia (2001), Premio de cuento de San Luis Potosí (2005), Premio de narrativa Gerardo Cornejo (2005), Premio de novela Rafael Ramírez Heredia (2009). Es Ciudadano distinguido de Gómez Palacio, 2005, Medalla Magdalena Mondragón, 2009 que otorga el ayuntamiento de Torreón, Coahuila, por su trayectoria literaria.

La imagen más vieja que retengo sobre mi contacto con las letras se remonta, creo, a 1968. Tendría yo como cuatro años y en la salita de mi casa en la calle Madero, de Gómez Palacio, Durango, me veo tirado en el piso, con una hoja, un lápiz y un periódico. Concentrado, copio algunas letras y formo una palabra. Sospecho que todavía no sé qué sonido tiene cada letra, pero con ellas formo una palabra que ni siquiera es eso, una palabra, sino un arbitrario puñadito de letras. Al final, llega mi padre y le muestro el resultado. Lee que no dice nada, que sólo se trata de una breve sucesión de letras, sonríe y seguramente me da unas leves palmadas en la coronilla. Creo recordar, o no sé si ese recuerdo lo inventé después, que para mí fue muy meritorio juntar esas letras, copiarlas tal y como las veía en el periódico. Esto significaría entonces que escribí poco antes de entender lo que escribía, que para mí las letras primero fueron forma antes que sonido.

Como digo, un periódico fue mi primer papel impreso. En mi casa no había libros ni antecedentes de lectura como fuente de placer. Lo que sí había era periódico, pues mi madre compraba a diario *La Opinión*, el periódico más viejo de La Laguna, fundado en 1917. Gracias a esto, cuando al fin llegué a la primaria y aprendí a leer, las páginas del diario se complementaron con los libros de texto, así que de 1970 a 76, más o menos, no tuve contacto con otros papeles que no fueran esos. Los libros de texto de aquellos años que me gustaban más eran los de español e historia, y desde siempre me sentí lejos de los otros.

Cuando llegué a la secundaria ocurrieron dos hechos importantes: por un lado, descubrí la práctica del futbol y, por el otro, mi madre compró unas enciclopedias, lo que en aquella época (1978) era como conectarse a internet. Apasionarme por el futbol como deporte, jugarlo bien y sin descanso, tuvo una extraña derivación "intelectual", por llamarla de algún modo: me convertí en comprador, lector y coleccionista contumaz de revistas futboleras. Cada semana ahorraba la cantidad necesaria para comprar

cinco publicaciones, es decir, todo lo que llegaba a La Laguna sobre ese tema: las revistas *Pénalty, Balón* y *Sólo Futbol*, y las historietas *Borjita* y *Chivas Chivas Ra Ra Ra*. Gracias sobre todo a las revistas, y a falta de *Ilíadas* y *Odiseas*, accedí a entrevistas, reportajes y columnas en los que fui haciéndome una idea del mundo y de la vida a partir del futbol. En aquel tiempo no sólo La Laguna, toda la provincia era más provinciana y se soñaba poco con lo que estaba fuera de nuestro entorno. Las entrevistas a los jugadores me remontaban a geografías distantes, a topónimos y nombres de equipos y jugadores que conllevaban una sonoridad peculiar: Botafogo, San Lorenzo de Almagro, Amaury Epaminondas, Juan Carlos Czentoriky, Belarmino de Almeida, Colo Colo, Rafael Albrecht, Jan Gomola, Carlos Jara Saguier… algo raro había en esas palabras, lo que me hacía pensar en lejanías, en la heroicidad de viajar, en la vaga sensación de que el mundo era mucho más grande de lo que yo imaginaba. Mi vida, entonces, era ir a la escuela, leer revistas de pe a pa y jugar futbol en la calle todos los días. Eso fue, sospecho, lo primero que leí con pasión y disciplina, pero no me duraría mucho tiempo, pues llegaron las enciclopedias y con ellas unos libros de regalo, como un pilón. Las enciclopedias sirvieron en casa para las tareas de mis hermanos y las mías, pero yo aproveché más un libro extra, de los de regalo, al que considero muy importante en mi vida, acaso el primero que logró cautivarme. Alguna vez, en septiembre de 2014, escribí sobre él, y lo evoqué así en mi blog:

"Desde hace unos cinco años pienso con frecuencia en aquel libro. Llegó a la casa familiar como regalo en la compra de una enciclopedia, la Británica o la Grolier, quizá la Salvat, no sé. Recuerdo su formato grande, como tabloide, su pasta dura, su buen encuadernado y el papel brillante y bien impreso a color de todas sus páginas, como de revista gringa. Lamento no recordar el título, lo que contrasta con la excelente calidad de las fotos que conservo en la memoria. Era un libro gordo, de al menos 250 páginas, y por

su tamaño pesaba tanto que sólo podía ser hojeado en una base de apoyo, sobre una mesa.

Las fotos hacían un recorrido por las edificaciones más importantes construidas por la humanidad y algunos portentos de la naturaleza: edificios, puentes, casas, presas, catedrales, museos, cataratas, ríos. De cada obra o escenario natural, varias tomas a *full color* desde distintos ángulos. Además, un texto aledaño, sencillo e instructivo. Para despachar cada zona del planeta, creo que su índice procedía por continentes, pero eso no puedo asegurarlo.

Una de mis secciones favoritas era la inicial. En las primeras páginas, antes de llegar a las edificaciones modernas más impresionantes, el libro describía, también con abundantes imágenes, las siete maravillas de la antigüedad. Sin información previa ni guía de nadie, yo metía los ojos en aquellas páginas y con verdadera delectación leía y releía lo que se afirmaba sobre la gran pirámide de Guiza, los jardines colgantes de Babilonia, el templo de Artemisa, la estatua de Zeus, el mausoleo de Halicarnaso, el coloso de Rodas y el faro de Alejandría. Todo eso era mágico, tanto como ver después, en las fotos siguientes, la muralla china, la torre Eiffel o el puente de San Francisco. De una forma que por supuesto ya da risa, aquel fue mi primer internet, el viaje por el mundo entero que jamás, por cierto, he realizado más que en las páginas de aquel libro maravilloso.

Tengo [tenía] 48. Ese libro estuvo cerca de mi vida, al menos, desde mi adolescencia hasta mis treinta años. Dado el uso rudo que le infligió una familia llena de manos infantiles, al final lo recuerdo sin el forro, pero todavía bien unido por el lomo perfectamente cosido con resistente cáñamo.

¿Cuándo desapareció aquel libro, a dónde fue a parar? Si tuviera su título, el nombre de la editorial, lo que sea, estoy seguro que trataría de conseguirlo nomás para revivir el gusto de emprender aquellos viajes alrededor del mundo en 250 páginas".

Hasta aquí la evocación. Luego de escribir eso, busqué en Google como pude y añadí esto:

"Posdata media hora después. Luego de escribir los párrafos anteriores, le rasqué a la memoria y di en internet con el mentado libro. Hay muchos ejemplares a la venta en España. Lo compraré, no importa que me salga cariñosa la mensajería que cruza el Atlántico. He aquí abajo la portada. Su ficha bibliográfica es ésta: *Maravillas del mundo: prodigios de la naturaleza y realizaciones del hombre, desde las cataratas del Niágara hasta las bases espaciales*, Roland Göock, Círculo de Lectores, 1968, 250 pp."

Eso ocurrió en la adolescencia, y al llegar a la prepa se dio otro hecho peculiar que asimismo consigné en algún texto sólo publicado en el blog y titulado "Asombro de los libros". Cito el pasaje más significativo: "Sin conciencia plena de ese deslumbramiento inaugural, como a los quince años llegaron a mi vida los primeros libros no obligatorios, aquéllos que no eran de texto gratuitos. He olvidado los títulos, pero sé que dichos volúmenes amarillentos tenían un contenido religioso pues mi hermano los había interceptado en un descarte de parroquia y, no sé con qué razón, me los regaló en una caja de galletas Marías. Aquéllos, como ya dije, fueron mis primeros libros no obligatorios, no escolares; eran como veinte o treinta piezas descabaladas, mordidas por los años y todas con páginas color ocre. Recuerdo que los limpié, los pegué, los forré, los ordené y mucho antes de leerlos ya me había enamorado de los libros, de los objetos llamados libros. Así, con la simpleza del azar, empezó mi relación con esos objetos sagrados que hasta la fecha busco y ordeno con la misma emoción infantil que me sobrecoge cuando vuelvo a conseguir alguna novedad editorial". Desde entonces, pues, comenzó una relación con los libros que prosigue hasta la fecha. Empecé con lo que mencioné y en casi cuarenta años he podido armar, desde aquellos años, una biblioteca que quizá ronde los nueve o diez mil títulos. Creo que es lo único que tengo en términos de propiedad material.

Las buscas de la lectura

He tratado de explicarme por qué comencé a leer, y sospecho que eso se debió a mi flanco tímido. No soy antisocial, pero tampoco me he considerado nunca el alma de las fiestas. Tiendo entonces a la soledad, al aislamiento, zonas de la vida en las que no me siento nada mal. La timidez y la soledad en general tienen mala prensa, suelen ser etiquetadas como negativas en el mundo del exitismo, pero a mí me sirvieron para comenzar a leer. Un día descubrí que tener libros y leerlos me complacía, y repetí y repetí freudeanamente ese placer. Poco después de quedar asombrado ante los libros, di el siguiente paso: escribir. Por supuesto, desde entonces hasta la fecha leer me gusta más, y escribo como una consecuencia casi obligatoria de lo estimulante que ha sido para mí pasar los ojos por los libros.

Leer siempre es un viaje, como lo descubrí en el libro *Maravillas del mundo*. Un viaje imaginario, pero viaje al fin. Es decir, se trata de un desplazamiento, de una salida de nuestra circunstancia. Gracias a la lectura he podido saciar una necesidad que muchos resuelven con viajes reales, con el alcohol o las drogas, con el cine, con la música, con la locura o el suicidio. Leer me ha permitido conocer otras geografías, moverme en otros periodos de la historia, vagabundear en el alma de muchos hombres, turistear azoradamente en nuestra lengua, enterarme de conflictos que se libran sobre el papel, clavar la mirada en dichas y desdichas ajenas. Todo esto, en la noción vargaslloseana, ha enriquecido mi pobre experiencia individual y me ha granjeado diversas alegrías, como descubrir a Borges y releerlo o saber que Quevedo o Cervantes siempre estarán al alcance de la mano. No quiero decir que la lectura haya tenido, para mí, sólo fines utilitarios o terapéuticos, sino que gracias a la alegría que leer me produce he lidiado mejor con las miserias de la vida que, como cualquiera, enfrento. Esto significa que leer es para mí, en primer término, un acto estético, un ejercicio hedónico, y en segundo lugar todo lo demás.

Cuando la pasión se desborda

Tengo una lista más o menos monolítica de querencias. Es previsiblemente larga, pero no tanto como para agobiar a quien quiera, si es que tal persona existe, hurgar en mis preferencias de lector: Borges encabeza todo, él es quien coloca la bandera en la cima del Everest. Luego de él, Cervantes y Quevedo (ya mencionados), Reyes, Carpentier, Vargas Llosa, García Márquez, Rulfo, Arreola, Sor Juana, Kafka, Papini, Schwob, Cortázar, Nabocov, Zweig, Faulkner, Ramón López Velarde, Martín Luis Guzmán, Agustín Yáñez, Rodolfo Walsh, Poe, Conan Doyle, Luisa Valenzuela, Neruda, nuestra Enriqueta Ochoa, Paz, Sabines, Osvaldo Soriano, Julio Ramón Ribeyro, J.M. Coetzee, Umberto Eco, Cioran, Auster, Roberto Fontanarrosa, José Agustín, Juan Forn, Juan Sasturain, Fernando del Paso, Tomás Eloy Martínez, José Lezama Lima, José Martí, Eduardo Galeano, José Revueltas, Vicente Leñero, todos los cronistas de Indias, Salvador Novo, Alejandro Dolina, Guillermo Saccomanno, César Aira, Federico Campbell, Mempo Giardinelli, Miguel Ángel Asturias, Ricardo Piglia, Jorge Ibargüengoitia, Abelardo Castillo, Silvia Iparraguirre, Manuel Mujica Lainez, Juan José Saer, Luisa Valenzuela, Ricardo Garibay, Rubén Bonifaz Nuño, Sergio Pitol, Carlos Montemayor, Max Rojas, Carlos Monsiváis, José Emilio Pacheco, Efraín Huerta, René Avilés Fabila, Óscar de la Borbolla, José Joaquín Blanco, Luis Sepúlveda, Enrique Serna, Hugo Hiriart, Hernán Lara Zavala, Guillermo Samperio, Eduardo Antonio Parra, Luis Humberto Crosthwaite, Julio Scherer, Álex Grijelmo, Horacio Verbitsky, Christian Ferrer, Eduardo Subirats… A ellos debo sumar libros de amigos cercanos y queridos como Saúl Rosales, David Lagmanovich, Sergio Antonio Corona, Gilberto y Javier Prado Galán, Gerardo García Muñoz, Fernando Fabio Sánchez, Vicente Alfonso, Édgar Valencia, Miguel Báez, Daniel Lomas, Daniel Herrera, David Miklos, José Salvador Ruiz, Fabián Vique, Rogelio Ramos Signes, Diego Muñoz Valenzuela, Giselle Aronson, Antonio Cruz, Daniel Sali-

nas Basave, Zita Barragán, Atenea Cruz, Roberto Bardini, Felipe Garrido, Rogelio Guedea, Lilian Elphick, María Rosa Fiscal, Jesús Marín, Magda Madero, Gerardo Segura, Alejandro Pérez Cervantes, Alfredo García, Frino, Julián Herbert, Valeria Zurano, Carlos Dariel, Leandro Hidalgo…

Es una lista caótica, ciertamente, pero en este caos, en este tumulto, he encontrado la "grata compañía", como decía don Alfonso, de libros que leí y ahora, cada vez que puedo, revisito como quien vuelve a la casa familiar, como quien rehidrata lo querido. En cuanto a libros de mi preferencia, en efecto tengo algunos. Por ejemplo, la primera edición (1965) de *Para las seis cuerdas*, de Borges, libro que me gusta por su forma, por sus grabados y por su contenido; son milongas "que parecen nada", como dijo Yupanqui, y sin embargo resultan "sonadoras", tanto que juntas constituyen uno de los libros más importantes de mi vida. Tengo, como libro amuleto, la edición conmemorativa de *Don Quijote* publicada por la Real Academia con la firma de Vargas Llosa en la página donde comienza su largo prólogo. También, la obra completa o casi completa de Carpentier, incluida la primera edición (1949) de *El reino de este mundo*, novela que abrió las puertas de mi total admiración al gran narrador cubano. Quiero mucho asimismo mis primeras ediciones de *Zozobra*, de López Velarde; *Urbe*, de Maples Arce; *Cuestiones gongorinas*, de Reyes; *Pedro Páramo*, de Rulfo; *Historias de cronopios y de famas*, de Cortázar; *La feria*, de Arreola; y varias más que aprecio por su contenido y porque es difícil conseguirlas dada su rareza. Debo añadir que en sentido estricto no tengo un libro favorito, sino que he tratado de acopiar la obra completa, o todo lo que sea posible, de los escritores que admiro.

Ha pasado, sí, que alguno de esos autores me ha movido a escribir tal o cual cuento, tal o cual ensayo. Procuro en general, sin embargo, que la influencia no me pese, lo que es relativamente fácil cuando uno es consciente de que enamorarse de un escritor puede ser peligroso. Trato entonces de no imitar, de ser fiel a lo

que me propuse desde hace mucho: asumir mi condición de escritor con todas mis limitaciones y con mis pocas virtudes, si es que las tengo, y trabajar tanto como se pueda sobre todo en el momento de la corrección, punto clave en el proceso creativo.

Ahora bien, una anécdota relacionada con mis libros. Creo que ésta puede servir: en 2001 gané un premio de novela y me dieron 75 mil pesos. No era una fortuna, pero ayudó en algo a la economía familiar, siempre en apuros. Junto con el premio llegó mi amigo Fernando Martínez a decirme que un amigo suyo tenía la tercera edición del diccionario de la Academia y quería venderla a cinco mil pesos. Como yo tenía el monto del premio, decidí hacerme ese regalo, darme un cariño bibliográfico. Lo pagué en dos cuotas y desde entonces tengo ese bello libro, el más viejo de mi acervo, armado en 1791 con la hermosa tipografía de Joaquín Ibarra y Marín, impresor real (o sea, del rey).

Como dice el bolero…

No tengo hábitos de lectura, salvo quizá el de leer donde se pueda y a la hora en que se pueda, e igual pasa cuando se trata de escribir. Dado que soy padre de tres hijas, la situación material siempre me ha exigido trabajar mucho en lo que sé hacer, que es dar clases, editar, escribir para la prensa, coordinar talleres y cursos, dictaminar en concursos, todo eso, oficios que pueden dar para vivir pero no para hacer rico. El tiempo que me queda libre, como dice el bolero, si me es posible se lo dejo a las querencias familiares y luego de eso, el chorrito de tiempo que todavía resta lo aprovecho esté donde esté para leer y escribir. No puedo por ello establecer rutinas, sino que siempre maniobro en las grietas, leo y escribo a saltos. Ahora bien, los fines de semana o los días de vacaciones la situación cambia un poco: escribo y leo tanto como puedo para recuperar terreno. No soy un lector muy veloz, digiero lentamente, siempre estoy atento a la forma, y eso demora el trance de atra-

vesar un libro. Por todo lo que llevo dicho, el baño es desde hace mucho, para mí, un santuario de la lectura.

La creación literaria es el espejo de las lecturas

No sé. Quiero suponer que en el cuidado de la forma sí, no tanto en el contenido. Siempre he leído información relacionada con la escritura, historias del español, gramáticas, diccionarios, libros de texto. Eso que me sirve en las clases también me ha ayudado a conocer un poco mejor la herramienta de trabajo de quien escribe y edita. No escribo como quiero, sino como puedo, pero es un hecho que siempre procuro peinar bien mis renglones, que salgan a la calle sin dar tan mala impresión. Si bien, como le ocurre a cualquier escritor, tal o cual lector me ha dicho que lo mío se parece a tal o cual otro escritor, eso no sucede con frecuencia, lo que es una buena noticia, pues supongo que logro evitar u ocultar bien a los autores que más me gustan, es decir, esquivar su influencia. La verdad, no me gusta la idea de ser una mala copia. Prefiero mil veces ser un mal original.

Editar es como una carta esférica

Comencé por curiosidad, y primero como editor de revistas. Un buen día, luego de conocer el programa Pagemaker, intenté editar un cuadernillo. Con preguntas a diseñadores, con exploración de libros bien editados, leyendo (por ejemplo, ese vademécum titulado *El libro y sus orillas* de Roberto Zavala Ruiz) entendí poco a poco tanto la teoría básica como los rudimentos de programas de computadora que con el paso de los años me ayudaron a editar mejor y ser una de mis varias chambas. Este trabajo me gusta mucho, claro, y por ello aprendí todo el proceso: desde recibir (e incluso escribir) el libro en Word hasta recogerlo en la imprenta y presentarlo. Los libros me gustan, ya lo dije aquí muchas veces,

y por eso también me agrada la riesgosa aventura de ayudar a que nazcan.

De cómo se disloca la lectura

Leo lentamente, también ya lo dije, porque no paso por los renglones sin pensar en los rasgos de estilo, en el léxico del autor, en las posibilidades de una etimología, en las combinaciones sintácticas, en la puntuación, en la adjetivación. Para muchos lectores todo eso no existe, y disfrutan el libro a su manera, lo que me parece absolutamente legítimo. Yo dejé de ser ese tipo de lector hace muchos años, cuando se me apareció la idea (no sé si llamarla "vocación") de escribir. Desde entonces la lectura me resulta placentera porque implica todo lo que enumeré. Hace poco, por ejemplo, leí en una clase "El camino de Santiago", cuento de Carpentier, que inicia así: "Con dos tambores andaba Juan a lo largo del Escalda —el suyo, terciado en la cadera izquierda; al hombro el ganado a las cartas—, cuando le llamó la atención una nave, recién arrimada a la orilla, que acababa de atar gúmenas a las bitas…" Son apenas tres renglones, pero si trato de leerlos hasta el hueso noto que contienen mucha información y un montón de recursos estilísticos que quizá puedo explicar. No es lo mismo decir "Juan andaba con dos tambores a lo largo del río Escalda" que decirlo como Carpentier, con esa poética dislocación de la sintaxis y la elipsis de la palabra "río", o en la necesidad de saber qué son las "gúmenas" y las "bitas". En eso me detengo mucho, lo que indefectiblemente ralentiza mis lecturas. Si pudiera encontrar una semejanza con la vida, leo como quien camina por la calle y va admirando edificios, fachadas, jardines, balcones, no como quien la recorre en moto.

Nada se puede añadir al todo

Me da miedo intentar una definición del libro luego de la propuesta por Borges y citada sin piedad cada día internacional del libro:

"De los diversos instrumentos del hombre, el más asombroso es, sin duda, el libro. Los demás son extensiones de su cuerpo. El microscopio, el telescopio, son extensiones de su vista; el teléfono es extensión de la voz; luego tenemos el arado y la espada, extensiones de su brazo. Pero el libro es otra cosa: el libro es una extensión de la memoria y de la imaginación". Aparece, como sabemos, en su conferencia titulada precisamente "El libro" del libro *Borges oral*. ¿Qué puedo añadir yo? No se me ocurre nada, sólo quizá esta idea que Pierre Menard bien podría aplaudir: para mí, de los diversos instrumentos del hombre, el más asombroso es, sin duda, el libro. Los demás son extensiones de su cuerpo. El microscopio, el telescopio, son extensiones de su vista; el teléfono es extensión de la voz; luego tenemos el arado y la espada, extensiones de su brazo. Pero el libro es otra cosa: el libro es una extensión de la memoria y de la imaginación.

¿Cuáles títulos o autores invito a leer para empezar a acercarse a la lectura? Todos los que he ido dejando en el camino de estas respuestas y muchos más que no menciono por olvido e ignorancia.

Alma Delia Murillo

Escritora, periodista, (Ciudad de México, 1977). Estudió Dramaturgia y Actuación. Es autora de la columna sabatina "Posmodernos y jodidos" en *SinEmbargoMx*, ha colaborado con la revista erótico-literaria *SoHo México,* y ha co conducido el programa "Calle 11" en Canal Once. Ha escrito el libro de cuentos *Damas de Caza* (2011) y las novelas *Las noches habitadas* (2015) y *El niño que fuimos* (2018).

Yo crecí con muchos hermanos. Soy la menor de ocho. Arriba de mí había siete sin vergüenza. Y en una familia numerosa, con una madre que trabajaba sin parar para hacerse cargo, pues no hay muchas limitaciones para ciertas cosas, así que soy una lectora carroñera. Mis hermanos leían y ya que los acababan, yo, como ave de carroña, iba y me apañaba el libro que habían dejado por ahí. Desde muy niña leí cosas tremendas que no eran para una niña de mi edad; no me arrepiento, al contrario. Creo que por eso me hice lectora: nadie me lo prohibía pero tampoco nadie me decía "Tienes que leer esto que es para niños", ni tampoco me decían "Leer te va a ser una mejor persona". No. Yo leía porque tenía un toque de saltarme un límite y porque los demás que estaban cerca de mí lo hacían.

Devoradora de libros

Aún en un entorno de mucha pobreza, como en el que yo crecí, mis hermanos fueron grandes lectores de historietas. Juntaban sus pesos para comprar *Memín Pinguín* y revistas como esas. Pero ahí mismo, en los locales donde vendían las historietas —en los barrios del Estado de México donde yo nací, donde crecí—, también vendían muchos libros de viejo, libros usados. En el puesto de periódicos ponían en el piso un pedazo de tela con libros y mis hermanos se hacían de ellos. Cuando los terminaban pues seguía yo y me los devoraba.

Algunos de las lectura tremendas de las que hablo —sobre todo para una niñita— fueron, por ejemplo, *Chin chin el teporocho* de Armando Ramírez, literatura de Tepito, literatura de la onda. Muy chiquita encontré *Los hermanos Karamazov* de Dostoievski, lo leí y lo terminé sin entender pero intuyendo que lo que se estaba contando era tremendo: el parricidio, un imposible incesto.

Por otra parte debo decir que crecí en un internado —que es de lo que trata mi novela más reciente, *El niño que fuimos*, donde

había una gran biblioteca. Ese era el mejor lugar del internado. Yo soy el Oscar de esta novela.

Lo mejor que me podía pasar era terminar rápido mi tarea para irme a tirar toda la tarde en la biblioteca. Era una biblioteca porfiriana monumental, un lugar bellísimo. Ahí me daba lo que alcanzaba a tomar de los estantes, y ahí encontré que los libros me emocionaban, me hacían sentir cosas.

En esta biblioteca tuve lecturas un poco más dirigidas. Mi maestra Lucrecia —a la que voy a querer durante toda mi vida— se dio cuenta de mi hambre y me dio cosas de gran calidad como *El barón rampante* de Ítalo Calvino, que cito en mi novela. Ya con su guía me fui explorando otras lecturas.

Sin embargo, *El barón rampante* fue una lectura fundamental. Yo me enamoré de este personaje que se peleó con el padre, y del berrinche se trepó al árbol, junto con el hermano, y nunca bajó. Me fascinaba su alma aguerrida, rebelde, revoltosa, congruente al decir "No voy a bajar del árbol", y no bajó a tal grado que murió entre los árboles. Digo que fue fundamental porque yo también tengo mi temperamento guerrero. Por ejemplo, si yo estaba leyendo y mi madre me gritaba "¡Ponte hacer algo, muchacha!", porque estar leyendo un libro era estar siendo un inútil. Y yo por eso leía (a lo mejor por contestataria), porque antes no se decía que leer sirve para cosas.

A mí lo que me gusta es ir por la vida provocando. Yo le digo a la gente que leer no sirve para nada. Un desarmador sirve para algo, un cepillo de dientes, una escoba… pero reducir la lectura a lo utilitario la degrada. Equivale a preguntarse "¿Para qué sirve enamorarse?" Pues no sé, pero se siente bien bonito.

Pentavocálica

Yo leo sin control, de pie, acostada, en libros impresos, en mi tablet, en el celular; en el metro, en el aeropuerto, en el avión. En la

cama leo mucho, antes de dormir y a veces a levantarme lo primero que hago es leer.

Como lectora tengo una manía: detectó las palabras pentavocálicas. Me saltan las palabras que tienen las cinco vocales, como *Euforia, Aurelio, Cautiverio, Educación*. Empecé hace muchos años y ahora me saltan, así que siempre leo con un lápiz en la mano porque les pongo un puntito, luego las paso a una lista. Ya tengo una colección de palabras pentavocálicas con la que pretendo escribir un texto algún día. Creo que todo empezó cuando descubrí que la palabra *Abuelito* tiene las cinco vocales, y me enamoré de ese descubrimiento y de esa palabra.

Acércate más, y más…

Para acercarnos a la lectura, hoy aquí en México, yo elegiría por ejemplo a Antonio Ortuño, escritor de Guadalajara, de mi edad o un par de años más. Antonio tiene una prosa brutal, se entiende, se conecta uno con sus textos. Creo que hay que leerlo.

También está la antología de cuentos *El hambre heroica* que compiló Gabriel Rodríguez Liceaga. Además, yo invito a que se lea poesía. Ahí está la poeta Julia Santibáñez, que acaba de ganar el premio "Mario Benedetti". Escribe unos poemas cortitos, eróticos, muy retadores, brutales. Y éste es un tema que siempre puede provocar.

Por el olor los conoceréis

Yo leo mucho. Todas las semanas estoy con tres o cuatro títulos. Llevo tantos años leyendo que ya prácticamente olfateo a un autor que me gustará aunque no lo conozca; o tengo a ciertos autores, que son muchos. También me guío por ciertas editoriales que publican cosas de calidad. Es como beber. Cómo saber cuál es la mejor cerveza… pues llevo tantos años bebiendo que así por intuición se van conociendo.

Que no se nos olvide que somos animales de palabras. Lo que nos da la enorme diferencia como especie es la capacidad que tenemos de contar historias, de narrar historias, y eso está en los libros, en las charla, en quererle contar a otro y querer que otro te cuente. Creo que ahí va a perdurar lo más fino de nuestra humanidad si no dejamos que se muera el ser y la palabra.

Eduardo Antonio Parra

Narrador, ensayista, editor, coordinador de talleres (León, Guanajuato, 1965). Estudió Lengua y Literaturas Hispánicas en la Universidad Regiomontana. Es colaborador en suplementos culturales y revistas de circulación nacional. Ha impartido más de 100 talleres literarios a lo largo y ancho del país; conferencista en el Instituto Cervantes de Berlín, en la Universidad de San Diego, Cal., en el Centro de Convenciones de Buenos Aires, Argentina; catedrático invitado en la UNAM y el Colegio de Sinaloa, ha sido coordinador del Encuentro Internacional de Escritores de Monterrey. Ha sido becario del FONCA en la categoría de Jóvenes Creadores; del Sistema Nacional de Creadores de Arte, y de la John Simon Guggenheim Foundation.

Autor de los libros de relatos *Los límites de la noche* (1996), *Tierra de nadie* (1999), *Nadie los vio salir* (2001), *Parábolas del silencio* (2006); de las novelas *Nostalgia de la sombra* (2002), *Juárez, el rostro de piedra* (2008). *Sombras detrás de la ventana* (2009).

Ha sido ganador del Premio nacional de cuento Efrén Hernández, del Instituto Cultural de Guanajuato, Premio Internacional de Cuento Juan Rulfo, de Radio Francia Internacional en 2000; Premio de Literatura Antonin Artaud en 2010, otorgado por la Embajada de Francia en México, por *Sombras detrás de la ventana* (2009).

En mi casa había bastante en libros. Mi mamá leía muchísimo. La recuerdo leyendo hasta las dos o tres de la mañana, pero ni mi papá ni ella nos dijeron que leyéramos. Alguna vez mi papá llegó a casa con libros y dijo que nos iba a leer una historia cada noche. Esa buena intención le duró dos noches. Papá había comprado muchas colecciones de libros pensando que sus hijos leyeran, pero nunca nos dijo que leyéramos. Nadie nos dijo nunca que leyéramos, sin embargo, la casa estaba llena de libros.

En la recámara que compartíamos mi hermano y yo, dormíamos en literas. Ahí yo hacía la tarea apoyado en la piecera de la litera que se convierte en escritorio, con un librero al lado. Una vez me le quedé viendo a los libros y me dije que si estaban ahí era para algo. Tenía como 13 años y lo que encontré ahí era especial para la edad: la colección Salgari. Como no sabía de qué se trataba los fui revisando y tomé el más delgadito. Era *Invierno en el Polo Norte*. Me fascinó. Ahí conocí la novela de aventuras. Le seguí y leí unos diez más de la misma colección, como *El corsario negro*, *Los tigres de Mompracem*, *Los tigres de la Malasia*... Continué con otra colección llamada Clásicos juveniles. De ahí leía a Julio Verne, Mark Twain y me di cuenta que leer me gustaba cada vez más.

Mi padre nunca me puso trabas. Si yo le pedía un libro él me decía que sí de inmediato, que lo comprara. El problema vino cuando le dije que quería estudiar Letras. Él no la consideraba una carrera de a de veras. Me preguntaba en qué iba a trabajar y yo le contestaba que suponía que no se mueren de hambre los que salen de ahí. Para cuando se lo dije fue porque ya había decidido ser escritor, pero no sabía cómo se hace uno escritor.

Entre los 13 y los 17 años creo que leí unos 40 libros. De niño no fui buen lector ni de adolescente tampoco. En la prepa ya me gustaba leer más. Uno de mis mejores amigos era flojo para leer, no leía ni en defensa propia. Él iba muy mal en todas las materias, de hecho, hizo la prepa dos veces. Cuando ya lo querían sacar, de alguna manera fue aprobando las materias hasta que sólo faltaba

Literatura hispanoamericana. El maestro le dijo que para graduarse tenía que leer *Cien años de soledad* y hacerle un análisis literario. Como ya dije que a mi amigo no le gustaba leer le ofrecí que comprara el libro y que yo lo leería y haría el análisis, aunque yo jamás había oído hablar de esa novela. Cuando terminé de leerla me dije: "Ya sé lo que quiero ser en la vida: quiero ser escritor". Tenía 17 años casi 18 años cuando cambié toda mi perspectiva de la vida. Fue cuando hablé con mi padre.

Es curioso que en mi familia soy el único que lee. Mi hermana lee muy poco y muy de vez en cuando; mi hermano no leía nada, y últimamente creo que ya lee de repente. Digo que es curioso porque ahí estaban los libros para todos.

En qué se parecen Walt Disney y José Alfredo

No fui lector de niño, pero lo sustituí con los cuentos de Walt Disney. Teníamos la colección de discos y para mí eran lo mismo los cuentos de Walt Disney que los corridos de José Alfredo. Los dos contaban historias. Ponía los corridos de José Alfredo y los cuentos de Walt Disney y me la pasaba oyéndolos. Me fascinaban esas historias.

Además de esos discos, tenía a mis dos abuelas que eran muy buenas narradoras orales, y me contaban muchas historias. Digamos que en la infancia esa fue mi sustitución de libros: Walt Disney, José Alfredo y las abuelas. Es curioso que nunca haya olvidado las historias que me contaban. Creo que ahí se saciaba mi sed de historias.

Siete veces siete

De aquella época la novela que me gustó mucho fue *El padrino*. Creo que la leí siete veces. Me fascinaba la historia de la mafia, y

aunque todavía no lo sabía en ese momento, me parecía genial la manera de presentar al personaje. Eran cuatro fragmentos en los que todos hablaban de él y él todavía no aparecía, pero yo ya quería conocerlo. La historia me pareció muy padre; ver al Padrino de niño, que en la primera película no aparece sino hasta la segunda. Se me hacía una historia de grandeza, aunque fuera un mafioso; ver que el autor lo retrataba como a un superhéroe. También estaba el hecho de que pensaba que cualquiera podría hacer eso. Aunque todavía no estaba la mafia en México, yo creía que cualquiera puede hacer una vida así, y está justificado lo criminal porque no hay opciones, porque están luchando contra un montón de cosas adversas. Casi me la aprendí de memoria, todavía me acuerdo de diálogos, de párrafos completos.

Tal vez por mi lectura de *El padrino* siempre he tenido una inclinación hacia lo negro. Ahí estás mi novela *Nostalgia de la sombra* y sobre todo los cuentos. Yo no sabía que estaba escribiendo narrativa negra hasta que me lo dijeron. Cuando salió mi primer libro, *Los límites de la noche* en 1996, para mí eran cuentos únicamente. Un día encontré el libro en la sección policiaca de una librería, y me pregunté "Quién lo puso aquí". Después me empezaron a invitar a encuentros de novela negra. Ahí fue cuando me dije "Bueno. Según yo no escribí a eso, pero está bien". No fue sino hasta *Nostalgia de la sombra* que ya escribí con el propósito de escribir negro.

También hay que considerar que viví en Nuevo Laredo y en Ciudad Juárez, y me llamaba la atención lo que ocurría ahí, que siempre tenía que ver con la violencia, con las zonas obscuras del ser humano.

Aunque me sigue gustando mucho la novela de aventuras. Creo que la que más me gusta de todas es *Miguel Strogoff*; incluso he querido escribir algo parecido, pero todavía no le halló el modo. La novela de aventuras tiene su sello particular.

Lo que busco en los libros

En primer lugar, me tiene que atrapar rápido, de volada. Me gustan prácticamente todos los temas, aunque prefiero los temas rudos, los que tienen que ver con la crueldad de la vida. Me gusta muchísimo el erotismo, y la historia, especialmente la de México. Yo espero escribir más sobre historia de México. Cuando andaba allá por los 20 años, leía de todo: ciencia, antropología, psicología… Ahora ya no tanto, ahora me centro en la historia y en la ficción.

Sí uno sabe leer los libros entre líneas, entonces sabe leer la realidad entre líneas. Leer así permite advertir más o menos lo que va a pasar en el entorno social. A mí me interesa mucho leer constantemente la realidad nacional, las tendencias de la gente, los gustos o los disgustos, las aficiones o los rechazos de la población, tanto hacia los gobiernos como hacia todo lo que es público.

Me atrae por qué nos conmovemos tanto por unos sucesos, mientras que otros hechos nos valen madre. Por ejemplo, me llamó mucho la atención cuando supimos de la desaparición de los 43 estudiantes de Ayotzinapa. Todo mundo estaba escandalizadísimo, y yo decía que eso era una muestra del desconocimiento de nuestra historia, eso no es nada nuevo. También están los que dicen que México nunca había vivido tanta violencia como ahora, y creo que están equivocados porque ha habido períodos peores, como la Guerra Cristera, la Revolución, el siglo XIX que fue horrible.

Leer historia sirve para tomar el pulso al país, saber para dónde va. Me llamó la atención que el triunfo de López Obrador se debiera, en primer lugar, a su obstinación, pero también a que, entre otras cosas, el resto de los candidatos no hablaran nunca del pasado de México. Simplemente no lo conocen, están absolutamente en blanco en historia mexicana. López Obrador la maneja perfectamente y eso le ayudó mucho porque sabe que puede tocar las fibras de la gente.

Ahora, hay que esperar a que entre e inicie su administración. En ese sentido yo tengo expectativas y apuestas, porque sé que el

cambio será muy duro, pero parto de que López Obrador tiene buenas intenciones. El problema será la conformación y la operación de los equipos. Desde luego que veremos errores y aciertos. Ante esto pienso en cómo lo va a tomar la gente, porque la gente le entrega sus esperanzas y la gente se decepciona fácilmente. Espero que haya muchos cambios y espero que sean para bien, pero tampoco confío mucho porque conozco la historia.

Invítame a leer

Cuando estoy con personas o con grupos que no tienen la menor idea de la lectura, les leo en voz alta. Tomo cualquier texto literario y lo leo, y veo que lo disfrutan. ¿Por qué lo disfrutan cuando lo escuchan y no cuando lo leen en silencio? Creo que porque no saben leer.

Recién egresado de la Facultad, me contrataron de un Banco para dar un curso de historia y cultura mexicana a algunos de sus funcionarios. Les encargue cuatro libros para leerlos durante el curso: *El laberinto de la soledad*, *El llano en llamas*, *La sombra del caudillo* y una versión extractada de las *Memorias* de Concha Lombardo de Miramón. En la primera sesión les pedí que para la siguiente leyeran un cuento de *El llano en llamas*. A la siguiente sesión me dijeron que no le entendieron nada porque estaba muy difícil. Pedí que alguien eligiera uno de los cuentos del libro y lo leyera en voz alta. Me sorprendió ver que no tenía la menor idea de lo que es leer. Leía y leía y era como escuchar la lectura de un niño de primero de primaria. Pasaba sus ojos por la página del libro y era como si la pasara por una hoja en blanco. La lectura era totalmente plana, carente de entonación, de la profundidad que necesitan. Y así de plana les resuena en el cerebro. La lectura no les significa nada.

Entonces tomé el libro y leí dos cuentos en voz alta. Cuando los escucharon dijeron estaban clarísimos, que estaban muy bue-

nos. Les tuve que explicar que el problema no estaba en el texto sino en su dificultad para hacer que suenen las voces dentro de la cabeza.

Con los jóvenes la estrategia es diferente. En la FIL de Guadalajara con frecuencia me invitan al programa Ecos de la FIL, donde converso con muchachos de secundaria, prepa, que me ven con cara de aburrimiento. De repente interrumpo mi plática para preguntarles "¿Para qué sirve la literatura?" Como no saben, a su vez me preguntan "¿Para qué sirve?" y les contesto: "Para nada. Eso es lo maravilloso de la literatura". Desde luego que preguntan que entonces para qué leer, y ya yo les explico que la literatura no sirve para nada práctico, pero sirve para conocer al ser humano. "Si ustedes leen bastante van a tener un chorro de armas para entender a tus amigos, para conquistar a las muchachas. La poesía es fascinante para conquistar a las mujeres". A continuación les leo un poema dirigiéndome a las muchachas y se quedan como temblando; los chavos se clavan y dicen "Sí es cierto, sí funciona". Creo que hay que buscar qué les interesa a los chavos. En la Prepa, sin duda, les interesa el amor físico, y el amor espiritual. Por ahí los podemos interesar.

La puta morbosidad

Creo que siempre funciona el morbo. Tenemos que explotar el morbo del lector. No hay que tenerle miedo, todos los lectores somos morbosos. Abrir un libro es como asomarse al ojo de la cerradura a ver qué está pasando del otro lado.

Cuando era estudiante compartía casa con estudiantes de Ingeniería, Administración y demás. Les llamaba la atención que tuviera dos libreros más o menos llenos y me preguntaban que si no me aburría leer. Cuando alguno de ellos me pedía que le recomendara uno de mis libros yo le prestaba uno que funcionaba siempre: *Una vida de puta*. Era un libro de testimonios de pros-

titutas francesas y hablaba de las perversiones de sus clientes. Invariablemente mis compañeros me lo regresaban al día siguiente diciendo que estaba buenísimo que les prestara otro.

La clave de un texto atractivo

Creo que uno de los problemas para no leer es que en la escuela empiezan por acercarlos a lectura con libros aburridísimos para su edad. Creo que hay que leer textos más interesantes, algo picante, con temáticas de sexualidad, no de pornografía aclaro, sino de sexualidad. A los jóvenes les llama la atención la violencia. Me doy cuenta que los jóvenes lectores necesitan movimiento en el texto, que haya acción. Si hay una buena acción lo demás lo asimilan sin problema: la historia, la psicología de los personajes, la reflexión… se va apropiando a través de la acción.

Creo que actualmente la descripción está casi defenestrada del gusto lector. En los talleres que coordino insisto en que no describan, la descripción tiene que ir enredada en la acción, de lo contrario van a detener la acción. Si se detienen para describir, el texto se vuelve una hueva. Ya no estamos en el siglo XIX, ahora tenemos que competir con Internet, con el cine, con la televisión, con Netflix, con un montón de cosas. La herramienta del escritor es jalar al lector.

Ahora, desde la perspectiva del lector, hay que ver que, si bien la gente no sabe leer, tampoco ha habido quién le enseñe. Ahora creo que las cosas están cambiando y ya hay gente que va a leerles a los niños; como que están cambiando las cosas. Hay talleres en México de cómo leer a los niños. Uno de éstos lo coordina Edmée Pardo. El taller que me llamó la atención es Cómo leer a tus hijos. Creo que es una buena herramienta para dejar de leer de una manera plana, como informe. La literatura hay que disfrutarla, de lo contrario nunca va a atrapar a nadie.

La fórmula perfecta para leer

Daniel Sada tenía la fórmula perfecta a la cuestión de cómo aumentar la lectura en México: prohibir los libros. Si se prohíben los libros todo el mundo va a estar buscándolos.

En mi caso recuerdo que, de adolescente, cuando empezaba a leer, veía que mamá leía libros subidos de tono, y si le preguntaba qué estaba leyendo me decía que ese yo no lo podía leer. En consecuencia, yo volteaba la casa al revés hasta encontrarlo, porque mamá lo escondía, y lo leía. A veces me decepcionaba porque sólo había una sola escena de sexo en una novela de 800 páginas.

La fórmula es sencilla. Si a alguien se le dice que no debe leerlo tal libro, inmediatamente le pica la curiosidad y hará casi cualquier cosa para leerlo.

Hay que encontrar lo que le guste a un no lector para transformarlo en lector, encontrar aquello que despierte su interés. Creo que todos somos lectores en potencia. Los maestros de secundaria, los de prepa son quienes con frecuencia destruyen esa vocación. A mí me pidieron que leyera fragmentos de *Don Quijote*, y poemas de Góngora. Eran cosas que no les entendía. Creo que si de repente me hubieran dado a José Agustín hubiera sido magnífico. José Agustín jalaba hacia la literatura mexicana porque los chavos se identificaban con sus historias. Ahora hay más escritores que jalan a lectores latentes. Uno de ellos es Javier Velasco. Él atrae muchos chavos a la literatura.

Hay que buscar ese click. Encontrar qué les interesa y ofrecérselo.

Dr. Ruy Pérez Tamayo

Médico patólogo, investigador, docente, escritor, articulista, divulgador de la ciencia. (Tampico, Tamps., 1924). Estudió medicina en la UNAM. Fundó y dirigió la Unidad de Patología de la Facultad de Medicina de la UNAM en el Hospital General de México, y el Departamento de Patología del Instituto Nacional de la Nutrición. Ha sido profesor de patología en la Facultad de Medicina de la UNAM durante más de 50 años; es Profesor Emérito de la UNAM y jefe del Departamento de Medicina Experimental. Ha sido profesor visitante en las Universidades de Harvard, John Hopkins, Minnesota, Galveston, Yale, Tel Aviv, Madrid y Lisboa, Costa Rica, San Salvador, Panamá, Venezuela, Colombia, Chile y Argentina.

Becario de la Fundación Kellogg, y de la Fundación Guggenheim (EUA). Autor de más de 150 artículos científicos en revistas nacionales y extranjeras y

87 libros, pertenece a 48 sociedades científicas nacionales y extranjeras (miembro honorario en nueve de ellas). Perteneció a la Junta de Gobierno de la UNAM (1983-1993), es miembro de la Academia Mexicana de la Lengua (de la que fue director adjunto), del Consejo Consultivo de Ciencias de la Presidencia de la República, del Seminario de Problemas Científicos y Filosóficos de la UNAM (director), del Consejo Asesor del CONACYT y de la Comisión Nacional de Arbitraje Médico. Investigador Nacional de Excelencia del SIN, desempeña una Cátedra Patrimonial de Excelencia Nivel I.

Premio Nacional de Ciencias en 1974, Premio Luis Elizondo, en 1979, Premio Miguel Otero en 1979, Premio Aida Weiss en 1986, Premio Rohrer en 1988, Premio Nacional de Historia y Filosofía de la Medicina en 1995, Presea José María Luis Mora en 2002. Condecoración "Eduardo Liceaga" por el Consejo de Salubridad General en 2005, Premio "Elías Sourasky" otorgado por Funsalud en 2005, Premio Juchimán de Plata en el campo de la ciencia y tecnología en 2005, otorgado por la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco. En su honor se nombró Premio Nacional Juvenil de Ciencia y Tecnología "Ruy Pérez Tamayo", al certamen realizado por Instituto Nacional de la Juventud (INJUVE) en 1996, y el Premio Internacional de Divulgación de la Ciencia "Ruy Pérez Tamayo" del Fondo de Cultura Económica en 2011.

Es doctor Honoris Causa por varias universidades mexicanas. Ingresó en El Colegio Nacional el 27 de noviembre de 1980.

Mi padre y mi madre eran lectores voraces. Él nació en Mérida, el 1 de enero 1900. Estudió música en el conservatorio de la ciudad. Se recibió a los 21 años como violinista concertista. Inmediatamente después procedió a casarse con su novia, quien sería mi madre. Papá tocaba el violín donde lo llamaban: fiestas de 15 años, restaurantes, ceremonias, etcétera. Como no había mucha demanda como violinista, disponía de mucho tiempo para la lectura. Leía continuamente. No había día que no llegará a la casa con nuevos libros. La casa parecía un almacén de libros: estaban por todas partes

De aquella época recuerdo muy bien que papá me recomendó los primeros libros que leí: las aventuras de Sandokan. Me parecieron fascinantes. Me hablaban de otros mundos, de otros países, de otras gentes. Desde entonces se me despertó la curiosidad por la letra escrita.

En casa había libros de todo, excepto de religión. Ni padre ni madre ni nosotros fuimos religiosos. Esa parte de la literatura la empecé a leer posteriormente, y sólo para informarme. No me acerqué a los libros religiosos por razones de creencia o de fe, sino por razones de información.

Soy originario de Tampico. En mi casa de allá era donde teníamos muchísimos libros. También en la casa de Mérida, de donde eran mis padres, y las razones por las que se cambiaron a Tampico, donde nacimos mis hermanos y yo, la cuento en mi libro *Diez razones para ser científico*.[5] De Tampico nos vinimos en 1933 porque un ciclón inundó la ciudad. Conforme subía el nivel del agua nos fueron diciendo que teníamos que irnos a cierto punto elevado. Cuando bajó el nivel regresamos a nuestra casa y la encontramos completamente inundada de agua y lodo. El agua subió un metro, y ahí estaban los libros flotando. Recuerdo que uno de mis momentos más tristes como lector fue encontrar un *Don Qui-*

5 Es posible encontrar en Youtube una versión abreviada y muy divertida de este libro en la conferencia del mismo nombre.

jote con grabados de Doré hinchado como un sapo nadando en el agua y el lodo. Entonces mi padre decidió que nos cambiáramos a Ciudad de México.

Ve al cine si quieres aprender inglés

Era la época de Lázaro Cárdenas, cuando en el país prevalecían las ideas socialistas. Mis padres me inscribieron en la secundaria Revolución, aquí en Ciudad de México, por la calle Arcos de Belén. Ahí la clase de inglés la impartía un profesor austríaco, el profesor Fisher. Desde el primer día nos dijo: "Yo no doy clases. Yo formo un club, y el club tiene muchas actividades como ir a Chapultepec a remar, ir a ver a los animales, ir a los museos, organizar fiestas, aprender canciones, en fin. Vamos a disfrutar juntos la vida, pero en inglés. De manera que para participar ustedes tienen que saber comunicarse en inglés; no se vale hablar en español". Con ese método tuvimos que aprender inglés.

Una de las cosas que hicimos en el club fue un té danzante, ahí, dentro del salón, a la hora de la clase. Hubo música para bailar. Los muchachos teníamos que invitar a las muchachas a bailar. Por lo tanto tuvimos que aprender a decir "Would you like to dance with me?" Para las muchachas era más fácil porque sólo tenían que decir: "Yes" o "No".

Durante el baile podíamos estar hablando, pero en inglés. Por lo tanto había que aprender conversación.

El profesor Fisher diseñó para mí un método especial para el aprendizaje del inglés. Como yo he usado anteojos desde que tenía nueve años, debido a la miopía, él me dijo: "A ti te voy a dar un consejo para que aprendas más aprisa el inglés. Ve al cine a ver una película en inglés. Claro que tú vas a leer la traducción en los subtítulos. Ahora, ya que hayas visto la película, regresa al cine a ver la misma película pero esta vez siéntate hasta atrás y quítate

los anteojos para que no puedas leer los subtítulos. Así tendrás que recordar de qué trata la película y entender qué están diciendo los actores".

Como era muy aficionado al cine, no se me dificultó poner en práctica ese método. Veía todas las películas de vaqueros que estaban de moda en ese tiempo, y así aprendí rápidamente inglés.

Otra cosa que me dijo el profesor Fisher fue que me inscribiera en la Biblioteca Benjamín Franklin. De ahí podría llevarme libros a casa. Pero no sólo que sacara libros, sino que me llevara libros escritos en inglés, de buenos autores. Como yo no sabía que era un "buen autor", pregunté a mi maestro y él aconsejó que leyera la *Historia de la filosofía occidental* de Beltrán Russell, que acababa de salir.

Fui, pedí el libro, me lo llevé a casa donde tomé un diccionario y un bloc y empecé a leer la primera página. Cuando topaba con una palabra que no entendía, la buscaba en el diccionario y la escribía 10 veces con todo y su significado. La primera página me costó un mes, pues casi cada palabra la buscaba en el diccionario. Poco a poco fui aprendiendo y fui enriqueciendo mi vocabulario, de manera que a fin de año ya leía con fluidez capítulos enteros.

Cuando me encontraba con una palabra que ya había puesto en el bloc, y no recordaba qué quería decir, la escribía otras 10 veces de nuevo. Así lo hice hasta aprender inglés tan bien como me fue necesario.

Lo maravilloso de este método fue que a la vuelta del año no solamente aprendí inglés, sino que me empezó a gustar la filosofía. Se puede decir que entré por la puerta grande porque Bertrand Russell es uno de los principales filósofos de la historia. Por otra parte, y al contrario de mi gusto por la filosofía, desde muy al principio empecé a no leer novelas. Todo lo que fuese inventado no me atraía. ¿Por qué? Porqué yo decía: "¿Por qué tengo que leer historias que no ocurrieron, si mejor puedo leer historias que sí ocurrieron?

En razón de mi respuesta seguí leyendo cosas que sí ocurrieron. De ahí mi afición por la Filosofía y por la Historia. A través de estas lecturas empecé a entender qué cosa es eso de la ciencia. Este primer acercamiento a la ciencia tiene un antecedente, que es el siguiente: cuando estaba chico quería ser músico, quería ser violinista como mi papá. Pero ni papá ni mamá me dejaron; ni a mí ni a mis hermanos porque mis papás querían que tuviéramos una vida menos difícil que la que ellos estaban teniendo.

Un médico que quería ser poeta

Cuando aún vivíamos en Tampico mis papás tenían un amigo médico, el doctor Alfonso Guillermo Alarcón Martínez que atendió a mi madre cuando yo nací, y luego a mis hermanos según fueron naciendo. En ese tiempo el doctor Alarcón estaba empezando su carrera pediatra en la que habría de destacar de manera muy importante por su enrome capacidad científica. Pero, además de su interés por la medicina, él tenía una ambición secreta: quería ser poeta.

Por su parte, mi padre poseía una facilidad extraordinaria para versificar. Él escribía a la menor provocación y sobre el tema que fuera, sobre lo que le pidieran. Sus amigos le decían: "A ver, *Rapel* —su nombre era Rafael Pérez—, escribe un soneto ahorita mismo sobre… el chocolate". Y en ese momento mi papá, así, sobre la servilleta, en lo que tuviera a la mano, en la cantina o donde estuviera, se echaba el soneto.

Como el médico quería ser poeta y había visto la habilidad de mi padre, creía que a través de la amistad mi padre lo podía contagiar o por lo menos ayudar en su propósito literario. De ahí nació una gran amistad. No recuerdo si logró ser poeta, lo que sí sé es que fue uno de los primeros pediatras que hubo en México. Un hombre de enorme prestigio. Además escribió muy buenos libros de medicina, ya que era muy buen escritor.

A través de esta influencia, y de sus frecuentes visitas a casa, yo me fui interesando en la medicina. Cuando llegó el momento de elegir carrera, mi hermano mayor, que me llevaba un año, se inscribió en la especialidad de Ciencias biológicas en la preparatoria. Al año siguiente yo me inscribí en la misma especialidad porque quería ser como mi hermano. Después, Rafael, mi hermano mayor empezó a estudiar medicina, y yo también. Eso sí les gustó a mis padres. Mi hermano menor también estudió medicina. Esta fue una feliz coincidencia: mis padres sólo tuvieron que hacer el esfuerzo de comprar los libros de medicina una sola vez; libros que, por cierto, eran muy caros, porque casi todos eran en francés. De esta manera mis papás mataron tres pájaros de un tiro.

Ser científico 120%

Dada la cercanía de mi padre con la poesía, he leído mucha poesía. Novelas no, pero poesía sí. Fui muy amigo de Alí Chumacero, y sigo siendo muy amigo de Vicente Quirarte, a través de quienes he conocido la poesía mexicana e internacional escrita en castellano. La poesía me interesa mucho y tengo un sector en mi biblioteca donde están estas obras que consulto y que leo con gran satisfacción.

No tengo la capacidad de mi padre para versificar. Pero mi hijo menor sí heredó la habilidad del abuelo. Escribe muy bien poesía. Mi hijo mayor, Ruy, tampoco sabe versificar. Él es fundamentalmente científico, especializado en biología molecular. Ruy ha escrito mucho de ciencia. Él está completamente inmerso en su trabajo como investigador en el Instituto de Fisiología Celular de la UNAM. Encabeza un departamento poblado de estudiantes a los que se dedica; a ellos y a sus investigaciones porque él es 120% científico.

87 libros. 87

Todo mi tiempo libre lo dedico a la lectura. No dispongo de mucho, pero el poco que tengo lo destino específicamente a dos cosas: a leer y a escuchar música clásica; y puedo hacer las dos cosas al mismo tiempo.

En mi casa siempre se escuchó música clásica, debido a la formación profesional de mi padre y ahora es la única música que escucho. Lo demás es ruido. Tengo música en mi oficina, en mi coche, en la casa… Todo el tiempo escucho música clásica.

Si un libro me apasiona —y sólo leo libros que me apasionan, además de los del trabajo—, con frecuencia finjo alguna indisposición para no interrumpir la lectura. Hace años, cuando estaba estudiando medicina, un profesor me sugirió que leyera sobre la evolución. Así lo hice y empecé con los libros originales, los de Darwin. ¡Fue un descubrimiento extraordinario! Estaba realmente fascinado, me transformé en un lector continuo, ininterrumpible. Me traía mi libro de casa al laboratorio, acordaba con mis colegas lo que había que hacer y me encerraba en una oficina para que nadie me interrumpiera. Fue una inversión de cabeza. Al terminarlo, leí con mucha devoción su *Autobiografía*.

No leo novela. En general son los libros de Historia y de Filosofía de la ciencia los que me ocupan de manera más concentrada. He escrito 87 libros, algunos publicados por el Colegio Nacional. En mi oficina del Hospital General tengo los 23 tomos que me publicó el Colegio.

La mayor parte de lo que he escrito ha sido historia de la ciencia y filosofía: *Historia de la ciencia en México*, *Historia de la ciencia en el mundo*, *La revolución científica*; y filosofía de la ciencia, la estructura de la ciencia, cómo está integrada, las formas como se trabaja la ciencia. He sido muy concentrado, me he especializado en ese tipo de literatura.

Mi libro *¿Existe el método científico?* es una combinación de Historia y de Filosofía. En él analizo cuáles han sido las propuestas

que se han hecho a través de la historia sobre la manera como trabajan los científicos, sobre lo que se llama "el método científico". No hay uno solo, hay muchos y hay diferentes propuestas, y yo analizó las principales para concluir que depende en gran cantidad, en gran parte, cuál es el contexto en el que se está trabajando.

Uno utiliza cierta metodología cuando trabaja, por ejemplo, en el campo, y otras cuando uno trabaja en filosofía. Son dos áreas diferentes y por lo tanto requieren un enfoque diferente. La persona que trabaja en genética, en el campo, con las aves, tiene que utilizar técnicas diferentes al que trabaja en la filosofía de la ciencia.

Ahora, sí hay una serie de reglas del juego que deben tener todos los métodos científicos para poder ser método científico. Estas reglas son: primera, no decir mentiras. Esta es muy importante. Segunda, no ocultar verdades. Esto puede ocurrir cuando el científico está describiendo lo que hace y quiere aprovechar que descubrió una cosa nueva pero no la dice para poder seguir trabajando antes de que lo cachen los competidores y le ganen. Tercera, tener presente no apartarse de la realidad. La ciencia es el estudio de lo que existe, no de lo que uno cree que existe. Con lo que el objeto de distinguir lo que existe de lo que uno cree que existe hay que estudiar objetivamente. La objetividad debe ser la base de la credulidad del científico. El científico debe ser escéptico, debe aceptar sólo en forma preliminar aquello para lo cual no hay pruebas. Puede haber opiniones muy respetables de personas respetables sobre tal o cual cosa, pero son sólo eso, diferentes a las que al científico le interesa. Al científico le interesa la realidad, es en lo que debe trabajar. Yo trabajo en eso.

Ahora, no es posible prescindir de las creencias. Un científico tiene sus creencias, como las tiene todo el mundo, pero el científico debe saber delimitarlas de su trabajo en la ciencia y en su vida diaria.

Uno tiene distintas formas de enfrentarse a la realidad. Una forma es enfrentarse a la realidad a través de la experiencia pro-

pia; otra, enfrentarse a través de la experiencia de otras personas creíbles; personas que dicen que han tenido tal experiencia y que las cosas son de cierta manera. Entonces yo le voy a creer a esa persona, pues de lo contrario tendría que repetir lo que esa otra persona ya hizo. Si no le creo a esa persona entonces sí voy a tener que repetir su experiencia. Pero si le tengo confianza, sí voy a creer en lo que dice porque suena creíble. Este proceso de credibilidad se basa en que tengo fe en la experiencia de la otra persona.

Veamos un ejemplo. En una conversación con un militar, me dice que hay una gran violencia en el país. Yo le pregunto que cómo sabe, en qué se basa, cuál es su información, cuáles son sus datos. Quizá ante mis preguntas el militar se ponga un poco impaciente y piense: "¿Por qué este señor no me cree?" Y si me lo preguntara, tendría que contestarle que la mía es la postura del científico.

Si le creyera, sólo sería en el nivel de una mera creencia; pero yo no podría decir que sé que hay una violencia desencadenada en nuestro país.

Hay una diferencia en el espíritu del científico, entre lo que dice que sabe y lo que cree que sabe, y entre lo que le dijo otro a quien le tiene confianza. Generalmente, entre científicos las conversaciones son más o menos así: "Fíjate que estoy haciendo tal cosa". Entonces yo le pregunto: "Cuántas veces lo hiciste, qué tal te salió, cuál es el promedio…" La información que él me da yo se la creo porque le tengo confianza como científico, independientemente de la persona. Si no le creo, entonces tendría que buscar la información personalmente. Lo bueno es que si la busco voy a aprender algo nuevo.

A los científicos nos pagan por pensar

La lectura de la Filosofía, principalmente Historia de la filosofía, me enseñó que la comunicación es indispensable para aumentar

el conocimiento. De ahí que el compromiso que tiene el científico es comunicar.

A mí como científico me pagan por trabajar en la universidad, en la Unidad de Medicina Experimental de la UNAM; soy profesor emérito de la universidad donde he dado clase muchos años, soy investigador, y escribo. Es decir, que me dedico a pensar, y me pagan por pensar. ¿Quién me paga por pensar? Pues la sociedad a través de la universidad. Entonces, yo tengo un compromiso con la sociedad.

La manera como yo puedo cumplir con ese compromiso es divulgando el conocimiento. Ahora bien, el conocimiento se puede divulgar de dos maneras: por una parte se puede divulgar el conocimiento en sí, el contenido de la ciencia. Por ejemplo, en mi campo, que es la patología, yo puedo divulgar cuáles son los mecanismos que producen las enfermedades en las que he trabajado; puedo apercibir a la gente que está preparada técnicamente para entender estos mecanismos, para que atienda esto o esto otro.

Por otra parte, se puede divulgar la filosofía de la ciencia, es decir, cómo se hace la ciencia. Me parece que esto es fundamental y se hace poco.

Son diferentes los públicos a los que van dirigidas estas dos formas de divulgación. No excluyentes, sólo diferentes. Lo cierto es que uno no debe, ni puede, darse el lujo de confundirlos.

Además de mi trabajo en la universidad, pertenezco al Colegio Nacional. Ahí nuestra función está enunciada por su lema: "Libertad por el saber". Esto significa que si uno sabe, uno es libre para obrar; si uno no sabe, no puede obrar con libertad. Lo que hacemos en el Colegio es tratar de divulgar el conocimiento a nivel de público en general, y ahí hay gente que lo hace maravillosamente bien, espléndidamente bien.

El Colegio lo fundó el presidente Ávila Camacho en 1943 para divulgar el conocimiento. Ojo: no nada más el conocimiento científico, sino todo el conocimiento. Por eso los miembros del Colegio Nacional somos de diferente disciplina.

También soy miembro del Seminario de Cultura, que a su vez se dedica a la divulgación. Los integrantes somos de distintas especialidades, como en el Colegio Nacional.

Una cuarta manera de cumplir con mi compromiso con la sociedad es a través de los libros que escribo, de las conferencias que dicto, de los artículos que publico en periódicos y revistas. Al realizar cada una de estas tareas busco comunicar cómo se hace la ciencia.

En México sí se lee ciencia

Respecto a las publicaciones en periódicos —publiqué durante 11 años una columna semanal sobre divulgación científica en *La Jornada*—, un día me pregunté: "¿Cuál será la respuesta de la gente cuando lee esta columna?, ¿cómo la recibe?"

Movido por esta inquietud, escribí un artículo quejándome de las pocas columnas de ciencia que había en los diarios de México. En respuesta recibí varias cartas de personas de distintas partes del país diciendo que ahí, en su ciudad, había la columna tal, que escribe el doctor fulano de tal y era de divulgación científica. ¡Me corrigieron! Yo había dicho algo incorrecto, sin saberlo dije una mentira, pero a cambio me di cuenta que sí se estaba leyendo.

Eso es bueno porque al momento de escribir uno ya está consciente de que sí hay un público lector, y esta conciencia lo lleva a afinar la puntería para escoger los temas. A veces los temas vienen solos. Por ejemplo, cuando empezó el sida había que divulgar qué era eso y cómo se combatía. Lo mismo ocurrió con el zika, que llegó a ser una epidemia en México. Algo semejante a la epidemia del cólera.

El doctor Jesús Kumate, entonces Secretario de Salud, paró el cólera gracias a la estructura que organizó específicamente dirigida a evitar la contaminación. Esas estrategias y los modos de prevención las divulgué en mis columnas con información de pri-

merísima mano —el doctor Kumate y yo éramos compañeros en el Colegio Nacional, donde comentábamos los retos y los avances— y creo que eso de alguna manera contribuyó a que la epidemia se controlara.

El virus de la desinformación

El conocimiento es una riqueza extraordinaria. Obrar en función de lo que uno sabe, de lo que uno cree porque hay datos objetivos para creerlo, es lo que determina el qué hacer, el comportamiento del ser humano. Sí yo sé qué hacer, voy a hacer las cosas que se deben hacer, y las voy a hacer bien. Si yo no sé qué hacer, no voy a saber qué estoy haciendo, ni si lo que estoy haciendo sirve o no sirve. Tener información, tener conocimiento permite ser un ser humano. Por eso, entre más educada sea una sociedad, tendrá mejor calidad de vida porque se puede dedicar a una mayor variedad de actividades para las cuales estamos capacitados.

Sin embargo, nuestra sociedad ha desarrollado un mecanismo contra la información: la desinformación.

Yo no tengo televisión y no escucho radio. Esta es la manera como me defiendo de la desinformación, de la cantidad de mentiras que se difunde por todo el mundo y en todos lados. Veamos un ejemplo: en los espectaculares de la calle se ven anuncios tremendos, como el que promueve una pasta de dientes como muy buena porque contiene calcio. ¡Eso es una mentira! Y además se agrega que está científicamente comprobado ¡No es cierto! Y como ésta hay miles de mentiras circulando.

La desinformación está canalizada para beneficiar a unos pocos a expensas de la ignorancia de muchos. A esta desinformación está sometido el público en general.

Si yo viera la televisión buscaría programas informativos y de diversión, que no engañen. Eso es muy difícil en los medios de difusión actual porque se basan fundamentalmente en la fantasía, y esto es un modo del engaño.

Educamos a mexicanos para que les trabajen a otros países

Yo soy optimista respecto a la nueva administración, y creo que sí alcanzaremos el 1% del PIB destinado a investigación y desarrollo. Siempre se ha dicho que nosotros deberíamos estar por encima del 1%, y eso lo recomiendan los organismos internacionales. También siempre ha habido promesas de que se va llegar a ese porcentaje y no se ha cumplido. Esto nos tiene en una etapa de subdesarrollo lamentable. No podemos seguir así, no podemos estar apenas por encima de Haití; no es posible que México, con nuestra capacidad para desarrollarse, tenga este nivel de subdesarrollo de tipo tecnológico y científico. Eso no es aceptable, no puede ser.

Yo tengo la esperanza de que las autoridades vean que lo que necesitamos es saber hacer cosas, para no tener que írselas a comprar a los que sí saben hacerlas.

CONACYT da becas a estudiantes para el extranjero. Cuando regresan, se encuentran con que no hay empleo para ellos, y entonces se vuelven a ir. ¿Esto qué significa? Significa que estamos educando a mexicanos para que les trabajen a otros países. Esto tiene que acabar. Las autoridades tienen la responsabilidad de transformar a nuestra sociedad, de ser una sociedad de consumo a ser una sociedad de conocimiento. Para conseguirlo es necesario apoyar el desarrollo científico y tecnológico de este país.

En 1950 no teníamos prácticamente nada, ni de ciencia ni de tecnología. Con lo que trabajábamos era copia de lo que se hacía mal en otros países. En el año 2000 lo que teníamos era todo. La transformación fue extraordinaria y ocurrió gracias a que los científicos somos muy tercos, muy testarudos. Estuvimos trabajando a pesar y en contra de las autoridades que nos ignoraban o nos hostilizaban, porque el científico es un ser liberal y dice la verdad y eso a los políticos no les gusta. A pesar de esto, a pesar de que no tuvimos el apoyo, sí nos desarrollamos.

La sociedad se dio cuenta que había que apoyarnos, darnos un sitio, crear plazas de investigador, crear institutos de investigación científica, apoyar a las universidades que hacen investigación —porque hay muchas que no la hacen porque no tienen recursos o porque no saben cómo—. Poco a poco hubo un progreso, y fue a pesar de ir en contra de las autoridades. Lo que nos dice este progreso es que tenemos capacidad, y si nos apoyan lo vamos a hacer todavía mejor.

Yo estoy con los dedos cruzados y optimista con el cambio de Administración Federal. Veo que hay posibilidades. Conozco a algunas personas que han sido nombradas como parte del gabinete de transición y estoy muy optimista, pero mucho muy optimista. Creo que vamos a empezar a ver las cosas desde un distinto punto de vista. No es ni rápido y fácil; es lento y difícil, pero vamos a hacerlo. Creo también que poco a poco la sociedad mexicana se va a transformar. No tenemos otra opción, ya no podemos seguir como estamos, ya no es posible.

Yo salgo de mi casa, al sur de la ciudad, a las 5:30 de la mañana y llegó al hospital poco antes de las 6:00. Si yo saliera a las 6:00 llegaría a las 7:30. Si saliera a las 7:00 llegaría a las 10:00. ¿Por qué? Porque somos 23 millones de habitantes en Ciudad de México.

Me acuerdo que cuando el temblor del 85, el presidente De la Madrid nos invitó a los miembros de El Colegio Nacional —yo entre ellos, y que además me llevaba bien con él porque los dos éramos melómanos y comentábamos los conciertos de los sábados de la Sinfónica— al Palacio Nacional para hablar con nosotros a ver qué podíamos hacer en alivio de la situación dramática en curso. Recuérdese que con el temblor hubo una mortalidad terrible. El Hospital General perdió la mitad de las camas. En un minuto de temblor se perdieron 1,000 camas sólo en el General.

En aquella reunión con el presidente, Emilio Rosenblueth, que era sismólogo y gran amigo mío, presentó dos hojitas que le leyó. El título era "Celaya: Distrito Federal". Lo que en pocas pala-

bras dijo fue que esa tragedia se iba a repetir muchas veces más y cada vez sería peor, porque cada vez estaba llegando más gente al Distrito Federal, y cada vez había menos facilidades para atender emergencias como esa. Lo que tenía que hacer el presidente, y el país, era sacar de Ciudad de México, de México-Tenochtitlan, a las instituciones. En cualquier momento temblaría otra vez y se caerían más edificios. Y la gente se muere. Mi departamento en el Hospital perdió 11 miembros, 11 médicos residentes, quedaron enterrados, los perdimos, se murieron por esa tragedia.

Creo que para que sea compatible el desarrollo humano con el empleo, habrá que salirse de esta ciudad; que se lleven a la Secretaría de Economía a Monterrey, y con ella que se vayan los empleados, sus familias, los proveedores; que se vayan la Secretaría de Marina a Veracruz. Creo que esa es una buena estrategia.

Karla Robles Cortez

Tijuana, Baja California, 26 de junio de 1976.

Licenciada en Lengua y Literatura de Hispanoamérica por la Universidad Autónoma de Baja California, Maestra en Literatura Mexicana por la Universidad Veracruzana, y Doctora en Gerencia y Políticas Educativas del Centro de Estudios Universitarios de Baja California.

También ha realizado estudios que abarcan las áreas de docencia, promoción de la lectura y creación literaria; además de que ha participado en exposiciones, talleres y conferencias en diversas instituciones abordando las temáticas de la literatura mexicana, la literatura y otras disciplinas, así como de la literatura infantil y juvenil.

Ha publicado ensayo, cuento y libros de texto de Literatura para nivel bachillerato.

Desde el 2006 es profesora en el área de Lengua, Literatura e Investigación en diversas licenciaturas y maestrías de la Universidad Autónoma de Baja California; y desde octubre del 2014, Gerente de literatura en el Centro Cultural Tijuana.

Afortunadamente mis papás todavía son lectores. Toda la vida los he visto leyendo el periódico. Mi mamá compraba libros en el supermercado, y tenía la costumbre de contarnos de qué se trataban, a mi hermano mayor y a mí. Ahí me nació la curiosidad por conocer las historias que contaban los libros.

Entre los ochos y los 10 años, cuando estaba en la primaria, leí varias novelas de aventuras juveniles, como *El maravilloso viaje de Nils Holgersson* de Selma Lagerlöf, *El último mohicano* de James Fenimore Cooper, *Robinson Crusoe* de Defoe, que me fascinó. Una tía me regaló *El diario de Ana Frank*. Este libro me interesó mucho porque la protagonista era una niña, y porque era una historia real.

Me fascinaban los libros de lectura de la primaria. Al momento de recibirlos, los leía todos. Y al acabarlo le seguía con los de mi hermano, que es un año mayor. En uno de ellos leí por primera vez "¿Quién me compra una naranja?" de Gorostiza. Me encantó desde la primaria, y sigo leyendo a Gorostiza. En esos libros conocí *El Principito*. Primero como fragmentos y después lo compré y lo leí todo.

Un día mi papá llegó a casa con los libros de *Lecturas clásicas para niños* en dos tomos. Ahí conocí algunos cuentos de *Las mil y una noches*, por ejemplo, "Alí Babá y los 40 ladrones". Había otro cuento que se llamaba "El barco fantasma" de Tea Stilton. De niña me gustaba todo lo que tenía que ver con aventuras y fantasía.

Ya en la secundaria en un libro de texto leí fragmentos de *El secreto de Dorian Gray*. En cuanto pude lo conseguí y lo leí completo. Me emocionaba el misterio, saber qué había en ese cuadro. Quería llegar al final nada más que para saber en qué momento se revelaría el secreto. Fue mi primer libro de literatura para adultos, por decirlo de alguna manera. Otro que recuerdo es *Marianela* de Pérez Galdós.

Cien años de soledad lo leí ya en licenciatura. Simplemente no me podía despegar, no podía dejar de leerlo. A diferencia de

otros libros, ésta era una historia un poco más complicada, con una inmensa cantidad de personajes y muchísimas historias dentro de una misma. Debo confesar que la primera vez que lo leí no me gustó, me pareció demasiado simple, sobre todo el final, como que lo había cerrado muy de pronto. Me encantó en una segunda lectura, ya más consciente de lo que leía, de lo que buscaba en los libros. En la relectura sentí que la primera lectura debí hacerla con mucha atención. En la segunda fue un diálogo entre el libro y yo, y eso hizo que me sintiera más relajada. A la fecha releo fragmentos, y cada vez me gusta mucho más, porque voy encontrando más detalles.

Hubo otros dos libros reveladores que curiosamente fueron regalo de personas sin relación con la lectura o con la literatura. El primero fue *Cumbres borrascosas* y provino de una ex alumna de la preparatoria. Me dijo: "Maestra, a mí me fascinó este libro y quiero que usted lo lea". No lo había leído porque no me atraían las novelas románticas. Pero conforme me internaba en la lectura, me fue impresionando hasta que no me dejó dormir. En la noche, al llegar del trabajo, seguía leyendo y simplemente no podía dejarlo. Me desvelé varias veces hasta las cinco o seis de la mañana porque no podía cerrar el libro.

El otro fue *Grandes esperanzas* de Charles Dickens. Lo leía los fines de semana para no desvelarme, porque tampoco me dejaba cerrarlo.

De *Pedro Páramo* a *Rayuela*

Como mi formación es en Lengua y Literatura, al leer para mí trato de evitar el análisis del texto que realizo para clase, para escribir presentaciones. Más bien busco lo novedoso, lo distinto, no sólo en la historia sino en la estructura, en encontrar el lado positivo, en responderme a las preguntas: "¿Qué es lo que tiene de bueno este libro?, ¿qué es lo interesante?"

A esas preguntas me respondo de varias maneras. Una de ellas sería que leo como una forma de diversión. Antes de estudiar la licenciatura, leía como una manera de conocer otros mundos. Leer era como entrar en un sueño y acompañar a los protagonistas por todas partes.

Pedro Páramo, que releo y releo, me hace sentir que entro a otro mundo, y me siento en ese lugar. De *Rayuela* me fascina su estructura: un libro totalmente distinto a todos los anteriores. Me preguntaba si había evolución en los personajes porque a veces me parecía que eran fijos, pero había claves para irlos descubriendo.

Me llamó la atención el capítulo en "Glíglico".[6] Me gustó muchísimo cómo, a través de sonidos, se recrea un momento y se perciben sensaciones. A eso me refiero cuando digo que me adentro en el mundo del libro y soy partícipe de la historia.

Entre el salón de clase y el cecut

Como profesora, debo decir que he sido muy tramposa porque, aunque mis materias son de lingüística, los textos que busco para crear ejercicios son textos que a mí me gustan o que quiero leer. Sobre todo por su brevedad, elijo cuentos para trabajar con ellos en clase. Esto me ha convertido en una gran consumidora de este género. Compro libros de cuentos porque sé que me van a servir como maestra y como lectora.

En vacaciones aprovecho y leo cosas para mí. En el caso del Centro Cultural Tijuana (Cecut) trato de leer novedades para invitar a los autores a presentar su libro. También leo mucho periodismo cultural con el fin de estar enterada de lo que está sucediendo en mi ámbito.

6 Capítulo 68 de *Rayuela.*

La inconsciente costumbre de recomendar libros

De entre todo lo que leo, hago diferencias: lo que leo para mí es para mí, no lo relaciono con mi trabajo. Leo más novela en vacaciones que durante el semestre, por tratarse de textos extensos. Si las leyera durante el semestre, entre tantas lecturas, olvidaría dónde me quedé.

En unas vacaciones recientes descubrí a un autor islandés: Sigurjón Birgir Sigurdsson. Se le conoce como Sjon. Su novela *Maravillas del crepúsculo* es una historia que me recordó a *La divina comedia*. El protagonista realiza un recorrido lleno de fantasía por el cielo, con abundantes referencias mitológicas. También me recordó los textos surrealistas, aunque sin llegar a serlo. Está en Nórdica libros. Parece que ya estoy recomendando libros… siempre me pasa, no sé ni cuándo empiezo y sin darme cuenta termino recomendando libros.

Como me gusta leer desde chica, creo que por eso promuevo la lectura. Cuando terminé la licenciatura comencé a dar clases y siempre era recomendar textos. Generalmente a mis alumnos de preparatoria les llevaba novelas para niños. Si habían trabajado bien, les leía fragmentos que les interesaba mucho. La mayoría no tenían biblioteca en casa. Recuerdo la primera vez que les pedí una novela, llegaron con una de *Jazmín* o *El libro vaquero* porque era lo que conocían en los puestos de revistas, prácticamente no habían visitado bibliotecas ni librerías. Con estas novelas que les leía, y los cuentos que les llevaba, de alguna manera promovía la lectura. Además, me gustaba llevarles mis libros para que leyeran desde el libro y no en fotocopias.

Paralelamente en CECUT había presentado libros, en festivales, en la feria del libro, y de pronto me invitaron a hacerme cargo de la Gerencia de Literatura.

No tengo conciencia de un momento específico que haya decidido ser promotora de lectura, creo que fue una acción natural.

Poemínimos para empezar

La lectura es mucho más que sólo repetir las palabras de un texto, no es sólo quedarnos con la historia, sino buscarle a ver qué más nos da. Yo creo que la lectura nos tiene que llevar a comprender el texto, a lo que los teóricos llaman la decodificación: ver qué nos dicen entre líneas los textos literarios, los académicos, los periodísticos. En el periódico es muy distinto leer una nota destacando los datos que leerla y revisar la forma en que está escrita, preguntarse ¿qué me está diciendo el periodista? En poesía, que me parece un género difícil, yo recomiendo empezar con los poemínimos de Efraín Huerta. Son breves, divertidos, y creo que menos difícil de comprender.

Quien se acerque a los poemínimos seguramente dirá que no hay dificultad en comprenderlos, que se debería recomendar algo más serio. Sí, tal vez tenga razón cuando ya se es un lector maduro, pero la mayoría de los estudiantes no lo son. En las escuelas, la lectura se ha visto como algo secundario, algo de lo que se puede prescindir. Aunque en Internet leemos todo el tiempo, el problema es cómo leemos. Los estudiantes de licenciatura saben muy bien cómo buscar información, pero al extraer sólo la información se pierde el contexto, y lo que está más allá del texto. Falta una metalectura, y en los libros la falla es más visible.

Ciertamente cada quien se acerca a las fuentes de información, a las fuentes de diversión o de entretenimiento que quiere y como quiere, buscando la información simple o buscando el aprendizaje. En términos de lectura, hay libros para todos. En términos de literatura, hay libros para cada persona, sólo hay que saber encontrarlos.

José Emilio, siempre será José Emilio

Creo que nos debemos permitir explorar a diferentes autores, diferentes temáticas. Me gusta recomendar libros clásicos, autores

que tienen años en librerías, en bibliotecas. La poesía amorosa nunca falla. La idea más general de poesía es la poesía amorosa, pero cuando se ve otro tipo de poesía, como los caligramas, a la gente también le gusta. Así poco a poco cada quien va llegando a conocer sus autores o el libro de su preferencia.

En el caso de narrativa, me parecen fundamentales los textos de mitología griega. No recomendaría *Don Quijote* a la primera. Creo que por la manera en que está escrito se pueden leer capítulos aislados, como historias separadas; y en un español moderno, no en el español del siglo XVII.

Para quien nunca ha leído literatura, le recomendaría libros para niños y para jóvenes. Ahí está, por ejemplo, Neil Gaiman que escribe historias de terror para niños. Él es un autor muy eficiente y creo que es una buena opción para empezar. Una noche leí uno de sus libros y lo dejé a la mitad porque me aterrorizó.

Están los clásicos como Julio Verne, que me gustan mucho, y para jóvenes nada como José Emilio Pacheco. He tenido buenas experiencias recomendando libros de Pacheco. A partir de él, los adolescentes comienzan a leer. Sus personajes padecen de amor, y es muy fácil que se identifiquen los lectores con los protagonistas.

También es muy válido darse una vuelta a las librerías, a las bibliotecas y ver las contraportadas, los índices para ver qué es lo que puede ser atractivo para cada uno.

Leer literatura es leer lo demás

Yo siempre espero que las cosas mejoren: esté quien esté en el poder, urge que se den cuenta que la lectura es una necesidad básica. A través de ella, aunque no busquemos aprender, siempre nos queda una lección. Está demostrado que al desarrollar la imaginación se desarrolla la creatividad. No se necesita una clase para enseñar a razonar los problemas, sino que al momento de leer, y ver a qué se enfrentan los personajes de la historia, saber cómo

resuelven los problemas, ver qué problemas les crea su conducta, eso nos hace más sensibles como seres humanos.

La lectura es una necesidad básica a lo largo de la vida, pero veo que los programas de promoción de la lectura se enfocan en los niños. Cuando pasan a la adolescencia dejan de leer porque se afloja la promoción de la lectura y porque en casa los papás no leen. Tiene que haber un programa que abarque a todas las edades y todos los niveles lectores. Es necesario que nos acerquemos a la lectura y que aprendamos de ella, porque sabiendo leer un texto literario sabremos leer todo los demás. Desconozco si el presidente electo tiene un plan de lectura, pero yo esperaría que sí lo tuviera, que fuera consciente de esa necesidad.

Este acercamiento a la lectura creo que se puede hacer con toda el arte. En CECUT, por ejemplo, tenemos museo, galerías, salas de exhibición, teatro, conciertos, pero nos damos cuenta que la gente lo ve como diversión, no como manifestaciones de arte. Hay gente que no se sabe comportarse dentro de una sala de exhibición, que quiere tocar las piezas. Creo que deberían pararse frente un cuadro y ver qué les dice. La gente recorre las salas sin ningún interés. Creo que una visita activa a los museos y galerías es parte de la apreciación del arte.

En el CECUT hay promoción, programas, talleres, cursos de apreciación del arte, pero son pocas las personas que asisten, es un porcentaje pequeño en relación a la población de Tijuana y la región.

José Adolfo Rodríguez Gallardo

Adolfo Rodríguez es maestro en Historia por El Colegio de México, Maestro en Bibliotecología por la Universidad de Texas y Doctor en Pedagogía por la Universidad Nacional Autónoma de México.

Actualmente es investigador emérito del Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas y de la Información de la UNAM; investigador nacional nivel III en el Sistema Nacional de Investigadores y miembro de la Academia Mexicana de Ciencias. Entre los temas que investiga está el impacto de la lectura en la vida política, económica y cultural.

Ha ocupado diversos cargos académicos y administrativos entre los que sobresalen: Director de la Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras (UNAM, 1969-1970), Director de la Escuela Nacional de Biblioteconomía y Archivonomía (Secretaría de Educación Pública 1972-1976), Director General de Bibliote-

cas (UNAM 1973-1977, 1985-2000 y 2008-2016), Director General de Bibliotecas (Secretaría de Educación Pública, 1977-1978), Asesor de la Especialidad en Bibliotecología de la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Filosofía y Letras (UNAM, 1979-1981), director fundador del Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas (UNAM, 1982-1984, hoy IIBI), y Coordinador del Posgrado en Bibliotecología y Estudios de la Información (2003-2008) que imparte la UNAM.

Es autor de más de una docena de libros, entre los que se encuentran *José Vasconcelos: alfabetización, bibliotecas, lectura y edición (2015), Lectura, tecnologías de la información y género (2008), La brecha digital y sus determinantes (2006) Tecnologías de la información y brecha digital en México 2001-2005 (2005) y formación humanística del bibliotecólogo (2003);* así como de más de 70 artículos publicados en revistas nacionales e internacionales; ha participado en innumerables eventos académicos y forma parte de asociaciones nacionales e internacionales, sobresaliendo su trabajo en la International Federation of Library Associations and Institutions (IFLA) donde ha sido miembro de la Junta de Gobierno. En diciembre de 2010 fue distinguido con el Homenaje al Bibliotecario en el marco de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara.

Como profesor ha impartido diversos cursos y seminarios en la UNAM, y otras universidades mexicanas. También ha brindado asesoría en la elaboración y evaluación de planes y programas de estudio a nivel licenciatura y posgrado en el campo de la bibliotecología en México y el extranjero.

Es un referente nacional en el campo de los servicios bibliotecarios y de información; promovió por años la creación del Consorcio Nacional de Recursos Información Científica y Tecnológica (CONRICYT) y, al constituirse éste, fue miembro de su Comité Directivo representando a la UNAM con el compromiso de favorecer a estudiantes, académicos e investigadores.

Nací en Piedras Negras pero, muy pronto mi familia y yo, nos trasladamos a la Ciudad de México donde nos establecimos. Cada año, en las vacaciones de verano, regresábamos por lo que estoy a caballo entre ser chilango o nigropetense.

Mis primeros recuerdos sobre la lectura se remontan a cuando mamá me leía cuentos. A mí no me gustaba leer pero disfrutaba que me leyera, creo que hay algo íntimo en ello que fortalece los lazos familiares. Por aquellos años, una vecina me regaló de cumpleaños *Tom Sawyer*; y después, un profesor de primaria *Platero y yo*. Así que estos fueron mis primeros libros, y poco a poco empecé a gustar de la lectura hasta transformarme en un lector asiduo. Me hice aficionado a la lectura que, como decía el maestro Vasconcelos, es un vicio que subyuga. Supongo que leo mucho porque mi esposa se lamenta de que no le hago mucho caso por estar leyendo.

La lectura de *Tom Sawyer* me impresionó profundamente porque por primera vez en mi vida me enfrenté a hechos no consumados, sino a situaciones imaginarias. Cuando leía sobre las cabañas y el río mi imaginación volaba, fue una sensación extraordinaria. Sobra decir que la imaginación es algo que me impulsa a leer porque me abre las puertas a otros mundos, ideas, historias, etcétera.

Durante los primeros años de la primaria se usaba, en mi época, el libro titulado *Poco a poco* que consistía en una serie de narraciones, cuentos y poemas que tenían como objeto enseñar a leer a los niños, así que desde esas escuelas se introducía a los alumnos a las letras. No estoy seguro de que actualmente los chicos tengan libros de lectura, tienen libros para estudiar español, pero no propiamente para disfrutar de la lectura.

Muy jovencito me aficioné a la Biblioteca Benjamín Franklin de la Ciudad de México. Quedé asombrado la primera vez que entré, pedí un libro, y pude llevármelo a casa. Ya. Sin pagar nada, el único requisito fue que papá firmara una tarjeta que me die-

ron. Seguramente se trataba de una autorización y de que había un compromiso, cualquiera que éste fuera. Entre los primeros libros que saqué para leer estaba una biografía de Mozart para niños; a decir verdad, yo no buscaba nada en especial en la lectura, sólo el gusto de leer, de conversarlo con los amigos, con la familia. Además, en la escuela me daban muchas cosas a leer.

En la preparatoria me impactaron muchas lecturas como *Demián*, *Siddhartha*, y *El lobo estepario* de Hermann Hesse. Creo que esas son obras que lo sacuden a uno, aunque ya por sí en la adolescencia trae uno los circuitos cruzados. También me gustó *Gog* de Giovanni Papini.

En contraste, me traumé con la lectura de *La Ilíada*, pues en el canto dos hay una relación de todos los barcos y todos los capitanes. ¡Qué barbaridad! Parecía directorio telefónico. Esta experiencia me hace pensar que debemos tener mucho cuidado cuando damos a los jóvenes a leer algo, aunque sea una obra maestra como *La Ilíada* —yo les hubiera dicho que se saltaran el canto dos—, porque a veces les recomendamos cosas que los vacunan contra la lectura. Si para promover la lectura entre los jovencitos, casi niños, les ofrecemos *Pedro Páramo*, los inmunizaremos contra ella. Eso de moverse entre la irrealidad y el mundo de los muertos es contraproducente… mientras el chico no lo entienda dirá: "Me dieron una lectura de locos, no entiendo nada", y dejará de leer.

En México carecemos de lo que en otros países llaman "Graduar la lectura". Por ejemplo, en Estados Unidos se sabe muy bien qué tipo de lectura debe tener un niño de cuarto año, de quinto año… incluso la UNESCO, cuando se refiere a quiénes leen y quiénes no, establece parámetros de edad. Se sabe qué se quiere decir, y cómo medir la lectura según el desarrollo de las personas y su nivel de escolaridad, no simplemente se trata de la ocurrencia de ponerle un número.

Yo diría que para promover la lectura todos los libros son válidos. Si a un joven le gusta leer de mecánica, hay que dejarlo. Esa

lectura lo llevará posteriormente a otras, como a la poesía, a la filosofía, a lo que sea. Pero si le decimos que, aquello que interesa, no tiene valor que son boberías que mejor lea esto otro que le estamos recomendamos no va a leer ni lo uno ni lo otro.

Me parece que de literatura mexicana los muy jóvenes deberían leer *El llano en llamas,* pero no *Pedro Páramo*, los cuentos son una maravilla; o leer a Arreola. Con mis hijos tuve una experiencia que ilustra lo anterior y que le da validez. Uno empezó a leer Economía y el otro Administración; el que empezó a leer Administración se quedó en la Administración, mientras que el lector de Economía pasó a leer Política, novelas y otras cosas; empezó leyendo lo que le gustaban y ahora lee de todo.

Qué busco en los libros

Yo busco varias cosas en los libros. En principio conocer la visión del autor sobre el tema que trata, después si la comparto o la rechazo, porque leer para mi es sostener un diálogo con el escritor. Y en este debate personal, encuentro un gran placer.

Para mí leer es una actividad gozosa, en mis horas de lectura, imagino y dialogo con los autores. Dice mi paisano *Catón*[7] que los letreros en las bibliotecas que piden silencio no están destinados a los lectores para que se callen, sino que son para que los autores que dialogan entre sí no hagan tanto ruido.

A mí me provoca gran placer la obra de Sor Juana, sus poemas me parecen bellísimos. También disfruto de la historia, por ejemplo, la trilogía sobre Trotsky de Isaac Deutscher, en tres tomos. Pero la novela histórica que más me gusta es *Guerra y paz* de Tolstói, me parece que todo mundo debería leerla, pero no se la quiero imponer a nadie. Es de tal belleza que leerla me proporciona un placer enorme, el manejo de personajes, la nobleza de Pie-

7 Seudónimo de Armando Fuentes Aguirre (Saltillo, Coahuila, 1938). Escritor, periodista y promotor cultural. La Editorial Diana ha publicado su La otra historia de México, en cinco tomos.

rre, lo impresionante de la pompa de la corte, de la sociedad rusa que hablaba en francés, preocupada por una serie de cosas que no tenían nada que ver con la realidad que estaba viviendo Rusia y que un siglo después se traduciría en la Revolución.

En la biblioteca

Llegué a la Bibliotecología pensando que era una rama de la Historia. Yo estudié Historia en El Colegio de México, así que usaba la biblioteca del Colegio y otras más. Cuando iba a las otras bibliotecas veía que, por ejemplo, la biblioteca de Antropología e Historia era dirigida por el maestro Pompa y Pompa que era historiador; la Biblioteca Nacional estaba bajo el mando de Ernesto de la Torre, también historiador; en la biblioteca de El Colegio de México estaba Susana Uribe, historiadora. Entonces pensé que la Bibliotecología era parte de la Historia. Por eso cuando la Universidad Nacional Autónoma de México sacó una convocatoria para estudiar Bibliotecología en el extranjero, yo me inscribí y nunca paso por mi mente que estuviera alejándome del mundo de la Historia. Al terminar mis estudios en Bibliotecología me di cuenta de que era una disciplina aparte pero no incompatible con la Historia. De hecho, muchas de mis publicaciones bibliotecológicas tienen carácter histórico.

Esto nos habla de que no ha existido en México una imagen social del bibliotecario. Sabemos qué hace un historiador, sabemos qué hace un médico, pero cuando preguntan qué hace un bibliotecario a lo más que nos acercamos es a decir que es el señor, o señora con gafas, que nos presta los libros en un mostrador, o el que acomoda los libros, cosa que no tiene nada que ver con la Bibliotecología.

No he perdido mi capacidad de asombro

La lectura para mí es una forma de conocimiento, una forma de entretenimiento, un placer. Hay lecturas que realizo con gran placer, pero no necesariamente siento lo mismo cuando leo un libro especializado en Bibliotecología. En este caso la lectura es para conocer más sobre un proceso o un servicio bibliotecario.

Mis lecturas tienen varias funciones; una de ellas es socializar con mis amigos y colegas. Leer algo me permite dialogar y discutir con ellos y con otras personas, de todos modos, yo sigo leyendo con gran asombro. Mi casi paisano, el maestro Vasconcelos, decía que los libros como los viajes los empezamos con entusiasmo y los terminamos con melancolía. Y sí. A mí me sigue admirando todo lo que leo.

El año pasado, por ejemplo, leí un libro maravilloso con el que todavía sigo impresionado. Se llama *Patria* de Fernando Aramburu, español. Es un libro maravilloso que aborda el problema de ETA. Aramburu ve las dos partes del problema, ve los problemas humanos que tienen los partidarios de ETA y los que tienen quienes están en su contra. Finalmente son dos grupos humanos enfrentados y ambos sufren. Me impresionó muchísimo, se lo he recomendado a todo mundo.

Yo leo entre 50 y 70 libros al año. Leo en papel y en electrónico, me da exactamente lo mismo no me incomodan los formatos, y todavía leo con la ilusión de encontrar cosas nuevas en cada libro.

Leí hace poco el último libro de Vargas Llosa, *La llamada de la tribu*, en el que explica las razones de su pensamiento político. En él estudia a los grandes autores que influyeron en su pensamiento político; es espléndido independientemente de estar de acuerdo o no con su posición política. ¡Eso es maravilloso para entender a una persona!

Sigo siendo un lector con capacidad de asombro. Creo que eso me define. Bueno, cuando doy alguna conferencia y me preguntan cómo me presentan, les pido que nada más digan que nací en Piedras Negras. Ya con eso es suficiente. Todo lo demás sobra.

Costumbres lectoras

Al momento de leer no hago nada extraño. Leo sobre libros. Me gustan los libros. Con frecuencia me recomiendan títulos, los compro, a veces me los prestan, o los busco en la biblioteca. En resumidas cuentas, soy un lector ávido. Me gustaría poder leer más, pero si ya de por sí dice mi esposa que estoy medio loco… y puede que tenga razón. Por ejemplo, a mí me encanta el futbol americano por lo tanto veo los partidos en la tele, pero los veo con un libro al lado. En los intermedios abro mi libro y leo durante los cinco minutos de comerciales, se reanuda la transmisión y yo sigo gozando del juego, de esta manera alterno mi gusto por el futbol americano y el gozo de la lectura. Mi mujer dice que eso no es lógico, que se debe que leer de corrido, sin interrupciones.

Cuando fui Director General de Bibliotecas, tanto para escribir como para leer disponía de muy poco tiempo entre una cita y otra, entre una llamada telefónica y otra; entonces aprovechaba los tiempos pequeños que me quedaban para leer y escribir. Claro que cuando dispongo de tiempo para leer dos o tres horas seguidas pues las disfruto.

Qué leo

En este momento estoy leyendo la biografía del expresidente estadounidense Lyndon Johnson, *The Years of Lyndon Johnson,* escrita por Robert A. Caro en cuatro volúmenes, cada uno de ellos de 600 páginas aproximadamente. Voy a la mitad del segundo volumen. Es interesante descubrir, por ejemplo, que Lyndon Johnson se robó varias elecciones utilizando a los México-norteamericanos

que vivían al sur de Texas. Los movían para ir a votar, al más puro estilo priísta —como diríamos los mexicanos. Los acarreaban, votaban y los regresaban a sus tierras.

Me interesa Johnson porque fue un hombre contradictorio. Por un lado, se le ve como el diseñador de una gran cantidad de corruptelas; pero por otro, propuso políticas benéficas entre ellas "La gran sociedad", y el apoyo a la educación. Él fue quien pasó la "Ley de Derechos Civiles". Sin embargo, se le recuerda por su papel en la Guerra de Vietnam. Siempre me han llamado la atención las luces y las sombras que tenemos los seres humanos. Nadie es cien por ciento malo ni cien por ciento bueno.

Mi libro para dormir

He dicho que me gustaría leer más, pero también puede ser que empiece un libro y lo deje. De entrada, no le diría no a un libro, a ninguno, aun a los más aburridos.

Cuando empezaba mi vida profesional —estoy hablando del Cuaternario más o menos—, obtuve una beca para estudiar en la Unión Soviética un curso de tres meses sobre información industrial. Estando allá se me acabó el material que llevaba para leer y fui a una librería de lenguas extranjeras. Ahí compré *The British Foreign Policy in Second World War*, un libro sobre la política exterior de la Gran Bretaña en la Segunda Guerra Mundial, buenísimo para dormir. Nunca pasé de la quinta página. Decía cosas como "El imperialismo británico y el gobierno soviético…" Lo dejé de leer, pero me lo traje a México y lo usaba cuando tenía insomnio. Un día mi mujer me dijo que como nunca lo leía lo había tirado. Todavía no le perdono que haya tirado mi libro de dormir. Era un tabique de adoctrinamiento donde no había ideas, había consignas. Creo que es el único, que recuerdo, que nunca leí pero que servía para dormir.

No leas

Fuera del ejemplo anterior leo todo lo que puedo entender. Leí *El capital en el siglo XXI* de Thomas Piketty y me costó muchísimo trabajo. No es que fuese un problema del autor, sino que mis conocimientos de Economía son insuficientes para darle seguimiento. De todas formas, lo leí. Hice mi esfuerzo. Me pareció un libro interesante. Lo que plantea es muy pertinente para tratar de igualar a la sociedad.

Por otra parte, estoy en contra de que alguien diga qué es lo que no deben leer los demás. Me parece que los padres tienen derecho a decidir qué leen sus hijos. Esa es una relación entre padre e hijo. Lo que me molesta mucho es la gente que dice que en la biblioteca pública no puede estar tal libro. ¿Y por qué no puede estar tal libro?, me pregunto. Mientras alguien lo quiera leer es suficiente para que esté. Aunque a mí no me guste. Si yo siento que a alguien le interesa saber eso, pues lo va a leer. Cada libro tiene su lector, como decía el maestro Ranganathan.

La nueva administración federal

No tengo mucha esperanza en la nueva administración federal. No es contra esa administración, sino en general creo que las administraciones no se han preocupado por la lectura. Yo creo que han sucedido varias cosas: los editores han tenido mucha más capacidad de convencer a los gobiernos de hacer ciertos programas enfocados a la venta de libros, a apoyar la industria editorial, que a fomentar la lectura. Se han implantado programas como las "Bibliotecas de aula", que me parecen una aberración por lo siguiente: en México las escuelas primarias tienen más de un profesor en el salón de clase: turno matutino, turno vespertino y en ocasiones turno nocturno; cuando se pone un libro en el salón ¿quién se hace responsable de ese libro?, ¿el profesor de la mañana, el de la tarde, o el de la noche? Como nadie acepta ser el responsable, los encierran y nadie los lee.

La otra cosa terrible es que los alumnos de un grado no pueden leer los libros de otro grado. Si el hermano de cuarto le dice al de tercero que en su salón hay un libro interesante, el de tercero va al de cuarto pero el profesor se lo niega porque es de tercero, y viceversa. Finalmente, lo que se fomenta es que la gente no lea.

Por otra parte, hay un error más grave aún. Se ha puesto a las bibliotecas en el área de cultura y eso es incorrecto. Las bibliotecas deben estar en el área de educación, porque creo que la cuestión de la lectura no es un problema de lectura placentera, sino de lectura de conocimiento, entre otras cosas. Yo pondría las bibliotecas en educación.

Pero todavía hay más. Creo que el problema de las bibliotecas no es un problema del Estado exclusivamente, porque las bibliotecas son de la sociedad. Mientras la sociedad del municipio de Múzquiz, por ejemplo, no asuma que la biblioteca municipal es *su* biblioteca, se preocupe por ella, le aporte recursos y se comprometa con ella no pasará nada. No vamos a ir muy lejos mientras vea a la biblioteca como si fuera del presidente municipal.

Tenemos que crear en la sociedad el reconocimiento de la biblioteca como parte de la comunidad. En Estados Unidos están las sociedades de amigos de la biblioteca, y el resultado es totalmente distinto al que priva en México.

Cito una experiencia personal. Una amiga vive en un pueblito al norte de Houston. No son más de 500 habitantes. Un día me invitó a pasar una temporada en su casa y fui. Al día siguiente de mi arribo me comentó que tenía que regresar unos libros a la biblioteca y me invitó a acompañarla. Cuando llegamos a la biblioteca y la vi le dije: "Oye, Marta, esto en futbol americano se llama Rudeza innecesaria". ¿Por qué? Porque la biblioteca estaba ubicada en un sitio muy grande, con espacio más que suficiente para estacionarse. Adentro había colecciones que, aunque pequeñas, eran de primera. En total han de tener más de 70,000 libros. Había lecturas para adultos, para jóvenes, para niños, para ciegos,

para débiles visuales con letra grande; casetes, videocasetes; hasta reproducciones de pinturas se podían llevar a casa por seis meses. Era todo un centro cultural. Además, se ofrecía un lugar comunitario para montar exposiciones, conferencias… la biblioteca era de la comunidad.

Ante esto me dije: "Si en México, ya no un pueblo de 500 habitantes, sino en un pueblo de 100,000 habitantes, tuviera una biblioteca como ésta, estaríamos hablando de otro mundo". ¿Cuál es la diferencia? Que gran parte del apoyo a esa biblioteca texana viene de la comunidad. Respecto de México me pregunto: cómo le hacemos para que los que no son lectores asuman que deben tener una biblioteca. El Estado tiene que apoyar, impulsar, y sostener, pero la sociedad debe asumir que la biblioteca es suya.

Saúl Rosales Carrillo

Narrador, dramaturgo, ensayista (Torreón, Coahuila, 1940). Editor, promotor de la lectura, bibliotecario, docente. Fue nombrado miembro correspondiente de la Academia Mexicana de la Lengua en 2003. Ha sido reportero en periódico El día, editorialista en el Sol de México y Ovaciones, editor de publicaciones periodísticas en la Dirección General de Información de la UNAM y en la Dirección General de Información de la SEP; colaborador, editor director y articulista en Insurgencia Popular del Partido Mexicano del Trabajo director de la revista de literatura Estepa del Nazas, jefe de redacción del diario Opinión de la Tarde, director del suplemento Opinión Cultural de La Opinión. Asimismo, coordinador del suplemento Presencia. Enlace Universitario, de El Siglo de Torreón.

Como docente ha sido profesor en la UAM-Iztapalapa, la Universidad La Salle, en donde fue miembro del consejo de redacción de la revista Logos; en la Universidad Iberoamericana, plantel Laguna; en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Autónoma de Coahuila.

En cuento ha escrito: *Vuelo imprevisto* (1990). *Crestomatía narrativa* (1990), *Cuentos de La Laguna* (1993), *Autorretrato con Rulfo* (1995), *Trópico de cucarachas* (1997), entre otros. En ensayo: *Brevísima crónica del algodón de La Laguna* (1992),

En poesía: *Vestigios de Eros* (1984), *Los juglares de El Juglar* (1992).

Es autor de la obra de teatro *Laguna de luz*.

Ha recibido la Presea Capullo de Oro, otorgada por el Ayuntamiento de Torreón (1990). El ayuntamiento de Torreón lo declaró "Ciudadano distinguido" en 1991. En 1998 se le concedió el reconocimiento como Creador Emérito de Coahuila.

La lectura llegó a mí en un proceso absolutamente normal. Estaba en la Escuela Primaria Federal Felipe Carrillo Puerto, de Torreón, Coahuila, y en uno de los últimos años, quinto o sexto, se llevaba como libro de lectura *América es mi patria*. Era un título un tanto explicable si consideramos que acababa de pasar la Segunda Guerra Mundial. Había este sentido de patria para oponerlo a las tendencias imperialistas de Alemania.

A mí me tocó ir a una escuela primaria enclavada en un barrio lámina.

En quinto o sexto año empecé a leer lo que me ofrecía el libro y descubrí el mundo. Aparte de mi cartolandia, aparte de calles de arenales, llaves comunitarias de agua, sin luz, descubrí un mundo a través de la aventura de un muchachito que un día se sube a un barco en Veracruz. Ese muchachito se esconde, se queda dormido y cuando despierta ya va llegando a La Habana. Entonces, ahí, en la Cuba de aquel tiempo, conoce El Morro y camina por las calles de la ciudad. Gracias a eso descubrí el mundo que empieza en América.

El polizón sigue en el barco, y el barco va recorriendo América del Sur y luego América del Norte hacia Estados Unidos. Siguiendo esta aventura viví la mía propia, la de descubrir que el mundo era más, mucho más amplio y ajeno de lo que yo lo conocía. La magia de la lectura, esa magia que te trae estos mundos desconocidos fue lo que me hizo sentir la emoción, el deseo, la necesidad de continuar leyendo.

Es un libro muy antiguo que aún conservo aunque ya sin las primeras páginas; seguramente se fueron quedando en algunas mudanzas. En la portada, que también se perdió, aparecía el nombre del autor —como en todas las portadas—, pero no lo recuerdo. Angélica López Gándara publicó un texto sobre Wilberto Cantón y decía que él era el autor.

De esa manera me llegó la literatura, me llegó la posibilidad de ampliar el mundo a través de los ojos.

No recuerdo ningún otro libro que haya sido tan querido para mí como este. Aclaro que los libros eran una cosa desconocida en el ambiente social en el que vivía. Salvo los que se usaban en la escuela.

En una ocasión, todavía en la primaria, nos mandaron a los chiquitines a hacer el aseo a unas oficinas de Palacio Federal, en Torreón. Lo hicimos y como compensación nos dieron unos ejemplares de la revista El Maestro. Eran números monográficos y a mí me tocó, entre otros títulos que no recuerdo, *Hojas de hierba*. Fue una sorpresota leer eso. Aún recuerdo el título con claridad, recuerdo mi ejemplar y el nombre Whitman.

Maestro linotipista

Eso por una parte. Por otra parte, inmediatamente al terminar la primaria, la precariedad familiar me obligó a trabajar en vez de ir a la secundaria. Mi mamá me mandó a trabajar y lo hice en una imprenta antes de cumplir los 12 años. Ahí era barrendero, recogedor de papeles, acomodador de cosas. Pero me pasaba mucho tiempo al lado de linotipista. De hecho, era una especie de auxiliar del linotipo. Yo abastecía el crisol de plomo.

Pasando el tiempo fui aprendiendo el oficio: me ponía a teclear con la máquina apagada cuando no estaba el linotipista, me parecía que era importante saber manejarla. Así aprendí y busqué trabajo de linotipista: lo encontré en una imprenta. Estaba yo muy chico, tendría unos 15 años, de manera que cuando me presentaron con los empleados no creían que yo era el nuevo linotipista. Más aún: el maestro linotipista. A esa edad me hice cargo de linotipo en la imprenta Mayagoitia.

En esa época me encontré con más lecturas, empezando por el periódico. Tenía mucha curiosidad por las cosas, y de ahí mi costumbre a leer el periódico. También por ese tiempo —lo diré aunque suene a publicidad—, un primo me regaló una suscrip-

ción a la revista *Selecciones*. De ese tiempo recuerdo un libro condensado que incluía la revista al final de cada ejemplar mensual. En esa sección leí un libro de Pearl S. Buck, uno de sus muchos libros sobre su vida en China.

De esa manera me fui acercando a la lectura. Primero a través de la escuela, luego a través del trabajo que la propiciaba.

Siendo linotipista tuve que aprender ortografía porque me fallaba aunque tuve unas maestras extraordinarias, magníficas. Creo que lo que sé, lo sé por la primaria. Bueno, de hecho no tuve otras escolaridades. Las maestras de la primaria eran buenísimas, formadas en la Normal de Saltillo. Recuerdo a la maestra Juanita Herrera. No obstante, mi ortografía era bastante mala, es decir, era la ortografía de un niño de primaria y no la de un linotipista. Así que fui aprendiendo sobre la marcha con muchos dolores de cabeza, con muchas recriminaciones, con muchas correcciones.

En la imprenta no se hacían libros. Lo que sí se hacía, de vez en cuando, era alguna tesis, o bien algún librito muy especializado; uno de homeopatía, por ejemplo. Libros formales, libros ambiciosos no se hacían. Uno de los pocos que compuse en el linotipo fue la *Historia de Torreón* de Eduardo Guerra. No me tocó verlo terminado porque me fui a México.

Yáñez tuvo la culpa

Durante muchísimos años seguí leyendo *Selecciones*, y mi lectura preferida seguía siendo el libro condensado, pero no recuerdo los títulos. Quizá si buscara en la bibliografía de escritores norteamericanos reconocería a algunos. Sólo me acuerdo de Pearl S. Buck.

Todos esos libros me pasaron por la mente de una manera nebulosa. Me entretuvieron pero no me hirieron la sensibilidad. Mi sensibilidad fue herida hasta que estuve en México. Antes de irme, yo me procuraba algunas lecturas preguntándole a mis amigos que habían continuado con la secundaria, qué libro se estaba

leyendo. Ellos me mencionaban a Dante, a Lope de Vega, a Cervantes. Yo trataba de conseguirlos, pero no siempre con éxito. Ya en México obtuve algunos en ediciones muy, muy baratas en librerías de usados. Fueron lecturas que me sostuvieron pero no me transformaron. Me mantuvieron estable, como dicen los médicos, pero no más allá.

El que afectó mucho mi sensibilidad —después del de *América es mi patria*— fue *Al filo del agua* de Agustín Yáñez. Fue una revelación tremendísima en todos sentidos: en el sentido de la psicología, de cómo somos los seres humanos; en el sentido del desarrollo de una fase histórica de México. Pero lo que más me asombró, lo que más me transformó, lo que me dijo: "Tírale a ver si llegas a ser como él, a ver si puedes ser escritor", fue el estilo. Para mí es asombroso porque es un poema. Es una historia poética, es una narración absolutamente poética, y eso me afectó muchísimo, me hizo decir: "¡Chin, yo debería intentar ser escritor!"

En ese momento decidí ser escritor. Hice muchos intentos de escribir, muchos, muchos intentos pero se reducían a mi yo. Es decir, yo era lo suficientemente tímido como para que nadie vislumbrara que me gustaba escribir, o que yo escribía. No le mostraba a nadie lo que escribía, que, por supuesto, era bastante malo. Todavía hay huellas de eso. Me daba cuenta porque mi espíritu crítico era muy superior a mi espíritu creativo; me daba cuenta en otros autores —Cervantes, Lope de Vega, Dante— de sus bondades, de su magnificencia y, obviamente, cotejaba con lo que yo escribía y me decía: "Por aquí no es… por aquí no es…" Pero seguía intentándolo y seguía leyendo, pero carecía del criterio, del juicio suficiente para descubrir qué me hacía falta.

Un agente del fce tuvo la culpa

Cuando maduré como lector, más que como escritor, fui descubriendo lo mejor y haciendo a un lado lo que no iba con mi sensi-

bilidad. Para cuando cumplí 22, 23 años, a mediados de los 60, ya era un lector más o menos maduro. En los años anteriores había leído mucho pero muy desordenadamente.

En 1962, estando ya en Ciudad de México, llegó al trabajo un agente del Fondo de Cultura Económica a ofrecer, principalmente, la Colección Popular. En esta colección me encontré con *Juan Pérez Jolote*, *El llano en llamas, Pedro Páramo*, entre otros libros. Al leer a Rulfo vino otro deslumbramiento. Este no ocurrió a través de lo que tradicionalmente se dice, que si a uno le gusta una novela, un cuento, es porque hay identificación. No, yo no me identificaba con eso. Lo que me ocurrió es que ahí encontré el habla de mi mamá, que era originaria de Zacatecas. En la primera mitad del siglo pasado los campesinos que llegaban a La Laguna de todas partes del norte, habían homogenizado el habla. Esto lo supongo porque escuchaba a otras personas y hablaban más o menos como mi mamá.

En Rulfo y en Yáñez encontré las palabras de mi mamá, a quien yo admiraba tremendamente. El deslumbramiento no fue por la identificación con los personajes sino con el estilo. El habla de los personajes, del narrador, de la voz narradora. Esto era lo que me hacía sentir muy bien leyendo a estos autores; ellos me despertaban, o más bien, reforzaban la ambición de ser escritor.

Un poco como consecuencia de estas lecturas empecé a seleccionar libros con más cuidado. Gracias al agente del Fondo de Cultura que llegó a donde yo trabajaba.

De los otros libros que compré de esa colección no recuerdo mucho. Leí *Juan Pérez Jolote,* o *El diosero.* De ellos conservo lo anecdótico. Por ejemplo del muchachito tuerto que su mamá lo lleva a ver si la virgen le hace el milagro. Y en la peregrinación le cae la varilla de un cohete y le destroza el otro ojo. Así es como se le hace el milagro de que el niño deje de ser tuerto; o el de la niña que no hallaba qué nombre ponerle. Como en su comunidad se acostumbraba imponer el nombre de las huellas del animal que

hubiera andado por ahí durante el parto, o sea La Tona, el espíritu guardián, pues Damián, el papá, ve unas huellas de bicicleta y le pone Damián Bicicleta.

Desde luego que son libros valiosos en nuestra literatura, pero no los recuerdo tanto.

Cualquier lado es bueno para leer

Soy de los lectores ávidos. Me refiero a ser lector ávido por necesidad, porque tengo el vicio de leer, y como tal, leo en cualquier circunstancia.

Cuando viví en Ciudad de México compré un atril muy elemental, más bien elementalísimo, para leer con cierta comodidad. Hace poquitos años, ya en Torreón, mi hijo me regaló otro. Con el atril leo en la mesa, pero si no lo tuviera de todos modos leería en la mesa. Leo sentado en la cama, leo en el Seguro Social mientras espero mi turno al consultorio… es decir, leo en todos lados.

En México leía muchísimo en los camiones, porque los viajes eran larguísimos, se pasaba, como se sigue pasando, mucho tiempo a bordo, y yo lo usaba para leer. En aquella época, en cada libro que estaba leyendo le metía hojas media carta dobladas, de manera que quedaban de un cuarto de carta. En ellas escribía notas, subrayaba, encerraba en circulitos, tomaba los nombres de los personajes, anotaba comentarios sobre algo interesante, curioso, bello; palabras que me gustaran por tal o cual razón. No solamente porque se lo hubiera escuchado a mi mamá, sino porque me sorprendieran, porque poseyeran un atractivo propio. Por ejemplo, la palabra Concupiscencia, que la conocí en Yáñez, y me sacudió.

Casado con sor Juana

Con el tiempo hice amistades en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, con quienes aprendí a elaborar fichas de investigación. Fui disciplinado en ese sentido y aún conservo la costumbre

de las hojitas y de las fichas de investigación. Aunque quizá la disciplina sea más un hábito de escritor que de lector.

Cuando uno se hace un lector maduro —me atrevo considerarme así—, se va guiando por referencias. Por ejemplo, había leído muchas referencias de la novela *La ciudad y los perros* de Vargas Llosa. Era el primer libro latinoamericano premiado en España con el Seix Barral, y se le hizo mucha publicidad. Además, coincidió con que yo había pasado por una escuela militar. Así que en su momento fui al libro buscando alguna manera de reproducción de mis experiencias en la escuela militar, y me maravilló.

Otra forma de elegir lectura es por una tarea autoimpuesta. Por ejemplo, cuando me acerqué a sor Juana, lo hice porque la mencionaban mucho, la citaban mucho… pues había que leerla. La leí y me encantó. Afortunadamente me casé con ella, y lo sigo estando.

Hay otro tipo de relación con los libros y es la siguiente: la mayoría de las veces buscaba en los libros la manera de evadirme. No estaba muy a gusto en mi vida —y sigo sin estar a gusto en la vida—, entonces buscaba vidas alternas. Si antes no encontraba y ahora no encuentro las vidas alternas en el libro, al menos sí vivía un tiempo alternativo que no me desagradaba. Ese tiempo se quedó en esas horas dedicadas a la lectura. Ciertamente para mí la lectura de libros ha sido un gran auxiliar porque me permite evadirme de esta realidad que no es totalmente grata.

La mala fama de la bendición de ser Académico

Ser académico de la lengua no me resulta incómodo. Se le ha hecho mala publicidad a la Academia. Una mala publicidad que yo disfrutaba mucho cuando era joven en aquellas "Perlas japonesas" de Nikito Nipongo. Eran críticas sarcásticas, crueles, con tanto ludibrio contra la Academia. Pero la Academia no es tan inflexi-

ble como parece. Por lo demás, se ha malinterpretado su papel. La Academia no ruma, sólo describe. Nada más describe. Hay muchísima flexibilidad para uno como escritor en lo individual. Como académico uno se fija más en los fenómenos de la lengua, se está al pendiente de ellos en la medida que es posible, que el ámbito de las actividades lo propician y lo favorecen. Para mí no es ninguna limitación ser miembro de la Academia y escribir. Es totalmente compatible. Puede uno escribir como José Agustín y ser académico de la lengua.

En mi libro *Jales sobre habla lagunera*, por ejemplo, se trasluce mi gusto por mi lengua, mi gusto por mi español; la lengua que se mama en la nodriza, como decían antes, que se mama en nuestra madre. Nuestra lengua es hermosísima.

A propósito de esto, sor Juana dice que "un necio grande no cabe en sólo la lengua materna". Está padrísima esta reflexión porque "necio", en su tiempo, y todavía ahora, significaba tonto, cabeza dura; ahora parece que sólo significa terco. Sor Juana está evidenciando que debemos fijarnos primero en nuestra lengua, en nuestra manera de comunicarnos con el mundo de un modo natural a través de la lengua. Todo lo demás son maneras artificiosas de la comunicación.

Yo creo que mi libro lo que hace es revelar que gozo, disfrutó mi lengua, la lengua que aprendí de mi madre.

La palabra evade

Creo que lo que me ocurrió respecto a la lectura puede ocurrirle a mucha gente. En cierta medida todos hemos sentido la necesidad de evadirnos de la realidad. Ahora la tecnología ofrece otras maneras de evasión, pero ninguna tan eficaz, tan estimulante, tan solvente como la lectura de libros, como la lectura de la palabra impresa. La televisión ayuda a evadirse del mundo, y los juegos electrónicos; las nuevas tecnologías ayudan a evadir el mundo,

pero lo hacen de una manera hueca, vacía. En cambio, el libro, aunque no lo quiera uno, deja una riqueza grandísima; deja palabras, ideas, nuevas realidades, mundos diferentes que se pueden disfrutar y volver a ellos cuantas veces se desee. Tengo esperanza en que vayamos convirtiéndonos en más lectores evasivos y en menos tele evasivos, huecos.

Esperanza es una palabra ciega

Tengo esperanza en la nueva Administración Federal. Esperanza es una palabra en la que no confío, pero no tengo otra a la mano. No una esperanza concreta, individual, subjetiva, personal. No. Más bien una esperanza que incluye a toda nuestra nación, una esperanza que en gran medida es como todas las esperanzas: ciega, que no hace más que evidenciar nuestra confianza en que la vida se puede vivir de otra manera.

Creo que la administración que viene merece nuestro apoyo. La realidad nos irá diciendo en qué medida debemos sostener este apoyo y en qué medida debemos irlo modificando. Pero para empezar, pienso que no hay que regatearle apoyo a esta posibilidad.

Paloma Sáiz Tejero

Promotora del libro y la lectura a tiempo completo. Ha sido subdirectora de literatura de la Secretaría de Cultura del DF, ha dirigido la Feria Internacional del Libro del Zócalo. Es co fundadora y actual coordinadora de la Brigada para leer en libertad A. C, que La Brigada para Leer en Libertad[8] fundada en 2010, y que durante sus primeros siete años editó más de 160 títulos y regaló más de millón y medio de libros.

En 2016 Enrique González Rojo le dedicó *Consejos a mi pluma*.

En 2017 la Asamblea Legislativa del Distrito Federal entregó a Paloma Sáiz la Medalla al Mérito en Ciencias y Artes.

8 Para mayor información acerca de la Brigada remito al lector a nota de prensa publicada el 13 de mayo de 2017 https://desinformemonos.org/brigada-leer-libertad/

Vengo de una familia que leía. Mis padres son exiliados españoles. Cuando éramos chicos vivíamos bastante ajustados de dinero, sin decir que vivíamos mal. Yo veía a mi padre cómo juntaba dinero para comprar libros. A él le encantaban las colecciones de los clásicos y los llevaba a casa donde los leíamos. Estudié en el colegio Madrid para exiliados, donde nos fomentaban la lectura. Para mí leer fue usual desde la infancia. Mis dos hermanos mayores también leían y juntos leímos la colección de Salgari, y otras novelas como esas.

Creo que el libro que me marcó para volverme lectora autónoma, como a los 11 o 12 años fue *El diario de Ana Frank*. Al leerlo pensé que ese libro me abría un poco los ojos a la vida, incluso me llevó a plantearme ¿de qué lado del mundo estaba, de los buenos o de los malos?

A partir de ese libro busqué otros libros que había en mi casa y me topé con los clásicos que ahí habían estado toda la vida. Los leí siendo muy chica con lo cual evité tener que leerlos cuando los encargaron en la escuela. Pero a pesar de ser tan chica no me parecieron terriblemente pesados.

Cuando crecí y llegué a Ciencias Políticas en la UNAM, a los 16 años, era justo el momento de la efervescencia del Boom. Ahí uno y a esa edad se tenía que echar toda la literatura latinoamericana, más todos los libros que llegaban de Cuba —muy baratos por cierto—, que nos permitía leer esa literatura, cosa que ahora es bien difícil hacer. Con esos libros cubanos estábamos abiertos a todo. Recuerdo títulos sobre los Tupamaros, sobre la revolución cubana, algunas ediciones de Cortázar, de Vargas Llosa que llegaban mucho más baratas. Los cubanos no pagaban derechos de autor así que podían darse el lujo de hacer libros económicos. Esa época fue maravillosa para los lectores porque aquí conseguimos buenos títulos y muy baratos.

Cuando salió *Rayuela* y yo me decía "Necesito conseguirla a como dé lugar", y no sabiendo qué más hacer un día llegué a casa

y dije: "En la escuela me dejaron leer *Rayuela* y tengo que comprarla". ¡Nunca se me va a olvidar! Después me sentí tan miserable porque éramos cinco hermanos y tampoco se trataba de andar diciendo mentiras. ¿Pero cómo me iba a perder *Rayuela*? A la fecha sigue siendo uno de mis libros favoritos.

Mítines en La Habana

Hubo algo que me hizo volverme promotora de libros. La primera reunión de la Asociación Internacional de Escritores Policiacos fue en Cuba. Yo acompañé a Paco y mientras él iba a las reuniones yo paseaba por la Habana. El primer día nos quedamos de ver afuera de la librería "La moderna poesía". Llegada la hora me fui para allá y conforme me acercaba veía que mucha gente también caminaba hacia ese rumbo. Como está en el centro, en un andador por la calle de Obispo a unas cuadras del Capitolio, pensé que podía tratarse de un mitin o de una fiesta popular. Era una cantidad impresionante, como 400 o 500 personas y conforme me acercaba veía más y más. Yo estaba cada vez más sorprendida, y más me sorprendí al darme cuenta que todos estaban en fila, es decir, no era un tumulto, y la fila daba vueltas y vueltas como serpentina. Cuando finalmente pude acercarme a la librería pregunté de qué se trataba y una cubana me explicó que estaban esperando turno para comprar las dos nuevas novelas policíacas que acababan de salir. "…y yo, compañera, vengo porque yo soy la encargada de comprar 20 libros para las compañeras que trabajamos en el hospital", y no sé qué y no sé cuánto. A su lado otra diciendo algo semejante y otra más, y todo mundo formado para comprar las dos novelas. A pesar de que los tirajes cubanos eran de 30,000, 50,000, de 80,000 ejemplares, se agotaban en una semana. Por eso esas colas.

Cuando llegó Paco le dije: "Esto es un fenómeno. Algún genio debe estar atrás de esto". Entiendo que una Revolución en Cuba

cambiara las cosas, porque uno puede alfabetizar a la gente, pero es muy difícil volverla lectora. Sin embargo, en Cuba se logró. Desafortunadamente el periodo especial más todo lo que les ha pasado, ha hecho que hoy en Cuba no haya la misma facilidad para adquirir libros al ritmo de antes.

Creo que las nuevas generaciones están leyendo poco las ediciones cubanas. De hecho, la Feria del libro de La Habana, que era una gozada por los millones de gentes y las editoriales latinoamericanas que se presentaban, en las últimas ediciones me ha dado pena. En primer lugar porque los libros que se ofrecen en pesos cubanos, que son los que la gente puede comprar, son muy pocos; y los libros en CUCS son muy caros. La gente puede comprar algunos, pero no es lo que fue. Segundo, las editoriales extranjeras han llenado la feria de chatarra vil, horrible. Ahora se ven a las jovencitas, a los jovencitos con sus carteles del Barsa Real Madrid, con cuentos de princesitas para iluminar… una cosa terrible.

Mi choque con la serpentina de gente frente a La moderna poesía me llevó a entender que los cubanos se echaron una revolución como la que en México no ha habido, y quizá eso explique que ellos leen porque tuvieron la posibilidad de tener libros en sus manos, de comprarlos muy baratos.

A partir de ese viaje me entró el gusanito que me decía que a la sociedad mexicana de alguna manera había que cambiarla para volverla una sociedad lectora. Pero ¿cómo?

Debo aclarar que nunca pude averiguar si había alguien atrás de esa enorme promoción, de ese enorme trabajo de libros en Cuba. Todo mundo me decía "No, pues sí… pues es normal… después de alfabetizar a la gente es normal que lean…", y yo me decía "No, no es normal. No es tan fácil. No es un paso natural." En México tenemos el problema de que cuando se alfabetiza se deja ahí a la gente. Aprende a leer el nombre de una calle, el nombre de una medicina, pero no sabe leer propiamente. Ante eso yo me decía que había que hacer algo.

Programas como flores

Yo había estado trabajando en temas de cultura, primero en una editorial en España, después en el Programa Cultural de las Fronteras, específicamente en los festivales de La Raza, y del Caribe, de manera que contaba con ciertos elementos de reflexión. Más tarde en el Instituto de Cultura de la Ciudad de México donde primero me fui al programa "Artes por todas partes"; después a la Dirección de literatura.

Mi primer razonamiento fue: necesitamos organizar programas de fomento a la lectura en los tiempos en que la gente pueda leer. No se le pide a la gente que lea cuando se levantan a las 4:30 de la mañana a preparar comida, el lunch al marido, vestir a los niños, llevarlos a la escuela, correr al trabajo, dos horas de ida y otras dos de vuelta… Por lo tanto, tenemos que pensar en un mecanismo que le permita a la gente leer en esas condiciones, y además, ponerle libros en la mano. Mientras no hagamos eso con gente que apenas si le alcanza para vivir, con qué cara les pedimos que compre un libro de $200, o de $300.

A partir de esta forma de pensar nació el programa "Para leer de boleto en el metro." Hubo muchas ideas, casi alentadas por el director del Metro, Javier González Garza. Ideas como por ejemplo, meter estantes en los vagones, o poner libreros en los andenes. Me reuní con la gente de Protección Civil para recorrer el metro no sé cuántas veces, hasta que finalmente desarrollamos ese programa que consiste en poner en los vagones del metro antologías literarias para que los pasajeros las leyeran durante el trayecto y las dejaran ahí. Eran antologías de cuentos cortos bajo el lema "Tómalo, léelo y devuélvelo."

Después, ya cuando estaba marchando ese proyecto, pensé en otras estrategias y así salió una para hospitales a la que le pusimos "Sana, sana, leyendo una plana." Éste se originó cuando me pregunté: ¿Dónde se pasa el tiempo la gente sin hacer nada más que esperar? Pues en las salas de espera de los hospitales.

A éste siguió uno para policías, que no se me ocurrió a mí sino al alcalde de Nezahualcóyotl. Un día llegó conmigo a decirme que estaba cambiando cosas con la policía en Neza —que tenía la peor fama del mundo—. Estaba haciendo que estudiaran, que se graduaran; los estaba uniformando, y demás. Y como parte del cambio quería acercarlos a la lectura. Para eso quería que los policías leyeran *Don Quijote* aunque fuera a fuerza. Yo le dije que así los iba a vacunar contra la lectura. "¿Entonces qué hago?", me dijo ya un poco como desesperado. Como yo no podía hacer nada porque estaba en cultura del DF, invitamos a Juan Hernández Luna a coordinar ese programa.

Juan era escritor, además escritor de novela policiaca, e hijo de un policía de Neza. Nadie conocía mejor que Juan las condiciones de los policías de allá, y el programa "Siempre alerta" resultó una maravilla. Cambió no solamente la visión de los policías hacia la gente sino de la gente hacia los policías.

Luego siguieron los chavos a quienes les propusimos, a través de las prepas del gobierno de la ciudad, el programa "Letras en rebeldía". Le dábamos una antología a cada uno, y cada mes invitábamos a uno de los autores antologados para que platicara con ellos. Además, armamos un taller literario para los chavos. ¡Genial!

Los programas estaban trabajando muy bien desde el gobierno de la ciudad, y en paralelo Paco armaba tianguis de libros desde cultura del PRD. Los tianguis se llaman "Para leer en libertad", y cuando al PRD dejó de organizarlos, les robamos el nombre. Ya metidos en eso, recuperamos los Libro club que fundó Alejandro Aura en 1998 y que también estaban abandonados.

Uno de los programas más bonitos que hicimos fue "Letras de luz", para ciegos y débiles visuales. Lo producíamos en braille y en tinta. Un escritor cedía sus derechos, y luego lo invitábamos a la presentación a leer junto con un invidente. Uno en tinta y el otro en braille.

En medio de todo esto, estaba un día en mi escritorio muy metida trabajando cuando de pronto levanto la vista y veo a dos bomberos frente de mí. Se me fue el alma a no sé dónde porque pensé que el edificio se estaba incendiando. No era un incendio, sino dos bomberos que me soltaron de sopetón: "¿Por qué a nosotros no?"

Ellos habían visto el programa de policías y querían uno para bomberos. Estaban tan seguros de lo que pedían, que ya sabían cómo llamarlo: "Letras en llamas". Empezamos el proyecto en la estación de bomberos de Azcapotzalco, y poco a poco alcanzamos a cubrir todas las estaciones de la capital que en total sumaban 12.

Se rematan libros

Entre un programa y otro, un día nos enteramos que las editoriales estaban triturando libros. Hablamos con ellos y les expusimos que en una situación como la que estaba el país era improcedente triturar libros. Les propusimos que nos los entregaran los que iban a la trituradora y nosotros organizaríamos un remate de libros. Todas las editoriales aceptaron.

El primero lo hicimos en el Auditorio Nacional bajo el lema Salva un libro, no dejes que lo destruyan. Les pusimos precio de remate y salieron. En cinco días vendimos como 800,000 volúmenes. Actualmente seguimos organizando el Remate, aunque se ha perdido un poco el carácter inicial, porque las editoriales siguen triturando libros buenos y lo que sacan para el remate son saldos. De todas maneras está muy bien porque ahí se pueden comprar libros más baratos que en las librerías.

Nace Para leer en libertad

Todo eso fue el trabajo que yo hice en la Secretaría de Cultura de la Ciudad de México, hasta que se cansaron de mí y me echaron a la calle. Se cansaron, o nos cansamos mutuamente por tonterías. Por

ejemplo, un día me llamó la Secretaria de Cultura para preguntarme que por qué a los tianguis que montaba en la Feria del libro del Zócalo, les llamaba "Tianguis para leer en libertad". Yo le pregunté que por qué no, si uno lee así, en libertad. Lo que se le muestra a la gente en los tianguis es que puede escoger lo que quiera leer, se les muestra que leer no sea obligatorio, que se lee por placer. La gente nos entendió. La Secretaria no.

En fin, me echaron a la calle pero no dejé de leer. Durante añísimos y hasta ahora, casi, casi me he dedicado a leer cuentos, porque tenía que producir todos los meses no sé cuántas antologías de cuentos. ¿Por qué cuentos? Porque si uno quiere ganar nuevos lectores necesita facilitarles la lectura. Para que la gente lea una novela completa necesita tiempo. Sobre todos los neolectores. La experiencia me ha dicho que es mucho más fácil leer un cuento y acabarlo, que una novela; y al acabar un cuento se tiene la sensación de haber acabado un libro. Esa sensación es la que los impulsa a ir por otro.

Aunque en las antologías metíamos cuento, poesía, teatro de un acto, y todos los leía, casi todo el tiempo estoy leyendo cuentos y cuentos y cuentos.

Ahora soy un desastre de lectora porque desde que me operaron de las cataratas no encuentro dónde leer a gusto. Sobre todo en mi cama donde me podía pasar horas enteras, y ahora no, ahora se me pierden los lentes, o no falta qué. Ahora tengo que leer sentada. Además ahora me siento a mal leer porque escaneamos los libros que publicamos en la Brigada. Esto quiere decir que yo los leo al escanearlos y a la vez los voy corrigiendo. Estoy leyendo menos libros en papel.

Leer a esta velocidad para armar antologías me ha permitido conocer a muchos autores, en especial a los de la Ciudad de México, mexicanos o no. Queríamos mostrar la riqueza de escritores que tenemos en la ciudad. Así fue como leí todo Fuentes, José Emilio Pacheco, Juan Gelman, José Agustín, Poniatowska, Juan

Villoro, Ramírez Heredia, Germán Dehesa… arrasé con todos. Al leerlos los iba a escogiendo, y este ejercicio fue muy particular porque podía ver su devenir. Por ejemplo, la primera época de Fuentes me pareció genial, José Emilio Pacheco siempre ha sido parejo en su calidad; Juan Gelman me encanta, Jorge Fernández Granados tiene cuentos deliciosísimos.

Antes de leer cuentos para antologías hubo una época muy grande de mi vida en que leí muchas novelas. Casi todas tenían que ver con la revolución en Nicaragua, la de Cuba, la casi revolución en Uruguay; leí a todos los argentinos empezando por Miguel Bonasso, y siguiendo con Guillermo Saccomanno, Juan Sasturain, y demás. Leí a los cubanos empezando con Jesús Díaz.

Hay escritores que se sostienen solos. Otros que solitos se caen

Yo creo que mis mayores amores fueron con las novelas latinoamericanas porque me contaba cosas muy cercanas, muy de lo que uno quisiera que fuera México. A pesar de mi ascendente español, me iba más por lo latinoamericano que por lo europeo.

Me gusta mucho la biografía ficcionada de Leonora Carrington escrito por Poniatowska. No solamente cuenta una serie de personajes maravillosos sino que dibuja toda una época que de pronto uno dice "¡Como no estaba yo ahí!". Otra que me gusta mucho es *El hombre que amaba a los perros* de Leonardo Padura. Me parece una muy buena novela, aunque yo le quitaría unas cuantas páginas. Luis Sepúlveda tiene *Un viejo que leía novelas de amor* que me gustó mucho, aunque fue un escritor que después se me cayó un poco de las manos. Eso miso me pasó con Guadalupe Loaeza, cuyas primeras novelas me gustaron; y con Ángeles Mastretta que al leerla uno dice wow, pero en los siguientes libros parece que cuenta lo mismo. *Arráncame la vida* me encantó pero *Mujeres de ojos negros* se me cayó de las manos.

Eso pasa con muchos autores que uno les toma gusto y al rato se van diluyendo.

Ahora estoy leyendo a la polaca Némirovsky. Cuenta la historia de la Segunda Guerra Mundial desde un pueblito francés. Ella, siendo toda burguesa, tiene que huir. Está muy bien contada, da un panorama muy especial de un hecho tan conocido y tan estudiado como es la Segunda Guerra Mundial.

El renacimiento de los programas

Creo que la administración federal entrante se lo va a tomar en serio, por lo menos en la Ciudad de México. No lo sé a nivel federal porque me faltan elementos de juicio. Alejandra Fraustro vino a verme, me invitó a armar algunos programas. Yo se lo agradecí pero tuve que decirle que estoy muy contenta con la Brigada. La verdad es que no quiero volver a ser funcionaria.

La Brigada nos da un espacio, una libertad enorme para hacer lo que se nos da la gana, una presencia real que no lo tendríamos de otra manera. Quedó la invitación para coordinarnos y ver qué proyectos podemos realizar juntos.

Tengo entendido que a nivel de Ciudad de México se retomarán casi todos los programas que armé. Claudia Sheinbaum ya anunció el programa "México ciudad lectora"; también está el proyecto que propuso Paco —y que ya fue aceptado—, de regalar un millón de libros.

Quien quedará como secretario de Cultura de la Ciudad de México es José Alfonso Suárez del Real, ex diputado federal y que desde la cámara fue el primero en apoyar la continuidad de "Para leer de boleto en el metro." Estoy confiada en que las cosas andarán bien porque José Alfonso le sabe muy bien a la cultura.

Libros sí. Barajitas no

En la Brigada hemos hecho hincapié en que si queremos nuevos lectores, si queremos enviciarlos en la lectura, necesitamos ponerle libros en la mano. Es la única manera de crear lectores. No se le puede pedir que compre un libro a alguien que no lee, así sea en $20, con el argumento de "Te va a gustar." Lo que sí podemos hacer es invitarlo a la presentación de un libro, que escuche al autor hablar de su obra, que participe en un debate. Y si no puede asistir, pues ofrecerle la presentación en Youtube. Ahí están colgadas todas las que hacemos en la Brigada. Hay un montón con las que se pueden organizar círculos literarios en casas, en la escuela, con los cuates. Se trata de decidir qué libro les gusta, leerlo, ver en video al autor qué dice en la presentación, discutir el tema.

Lo de Internet ha sido un empujón enorme que nunca se nos ocurrió que podía llegar tan lejos. Ya hay un banco de presentaciones en Internet. Son de la gente para lo que les pueda servir.

Con frecuencia, y cada vez que se puede, en las presentaciones regalamos el libro que se presenta, para que la gente lo tengan en la mano, se lo lleven a casa. Tal vez esa persona no lo lea, pero en casa puede caer en manos del hijo, de la esposa, de la madre, de un tío… Ojo: nunca repartimos libros como barajitas. Siempre lo hacemos después de un debate, de una presentación, después de que la gente escuchó hablar al autor. Porque si alguien se queda sentado escuchando a dos o tres tipos que hablan de un libro, pues ha de ser porque le interesa. El que no aguante sentado media hora, 45 minutos simplemente no le interesa, y se va sin libro. Por lo tanto a ese libro lo salvamos de empolvarse en un rincón.

Otra estrategia para acercar lectores es que todos nuestros libros tienen letra grande, son sencillos, económicos y muy dignos. Aunque sean libros breves siempre serán libros y no cuadernillos, ni folletos. Yo pienso que un folleto no se respeta y un libro sí. Es rarísimo ver en la basura a un libro. Los encontramos arrinconados, llenos de polvo, tal vez con hongos, pero la gente no los tira.

Por eso nos propusimos hacer libros, y libros que a la gente se le facilite leer, con letra grande, de temas claros y sencillos.

Con estas premisas creo que hemos forjado un sector de jóvenes, y muy particularmente un sector de la tercera edad. La gente quiere leer cosas que los formen, que les digan cosas inteligentes y reales. Quizá a eso se deba el amor que hay de la gente por la historia de México.

Durante el primer semestre de 2018 en la Brigada armamos un Curso de formación política que se transmitió en vivo a través de todas las redes sociales. Este curso estuvo afincado en la historia de México y se analizaban algunos periodos, se debatía, y el público se comunicaba con nosotros. ¡En la primera emisión tuvimos más de 700 mil personas en la red siguiendo el curso! ¡El desborde total! Y ahí sigue colgado el material, la gente puede hacer con él lo que quiera.

Hasta antes de explorar las redes, en nuestras ferias organizábamos una tertulia llamada "La historia a debate". Por ejemplo, una que tuvo un éxito sorprendente fue "Porfirio Díaz. Héroe o villano", en la que participó Pedro Salmerón, Paco, Alejandro Rosas y Ricardo Monreal. Era sorprendente ver a las masas escuchar atentos cómo se peleaban los ponentes, cómo discutían, cómo proponían, cómo disentían. ¿Por qué? Porque la gente quiere saber historia de México, pero no quiere verla de manera académica, tiesa, acartonada; quiere ver otros puntos de vista, quizá más frescos, que le digan otras cosas. La gente necesita oír cosas que no oye en la televisión, en el radio, ni lee en los periódicos.

Yo creo que entre los debates donde se dicen cosas nuevas, frescas, más lo libros baratos, con temas sencillos, más las presentaciones, es como estamos atrayendo a la gente a las ferias. Pero más que a las ferias, los estamos atrayendo a los libros.

De la gente que se acerca a los debates y todo eso, hay un número cada vez más creciente de público accidental. Es gente que va pasando, que escucha cosas que le interesan y se detienen a es-

cuchar. Ese público accidental nos interesa muchísimo porque por lo general es el que no lee. Ese es el público que queremos atrapar.

Buenos libros baratos

En la Brigada hemos sobrevivido demasiado bien y no entendemos por qué nos ha ido tan bien. En nuestra librería lo que hacemos es ir por todas las editoriales, grandes y pequeñas, a pedirles que nos vendan saldos. Las editoriales aceptaron y armaron paquetes en los que iba de todo. Es decir, nos querían vender libros que no nos interesaban o que no se ajustaban al lector que nos busca. Les platicamos cuál es el perfil de nuestro público potencial y logramos que nos dejen escoger. Esos libros los vendemos a precios muy baratos y aun así les cargamos una ganancia, muy mínima, que junto con otras muchas cosas, nos da para sobrevivir.

Como se sabe, es bien difícil sostener un proyecto de lectura. La única entrada fija que tenemos una vez al año, es de la Fundación Rosa Luxemburgo. Con ese fondo no resolvemos todo pero nos ayuda a dar continuidad a los programas. Otro ingreso proviene de la librería. No es mucho dinero ni hay una regularidad en el ingreso, pero uno se sorprende de las cantidades que se venden. Por ejemplo, hicimos un remate de libros hace un par de fines de semana en el Parque México. Dos días duró en que dimos libros en $10, $20, $30. El más caro en $80. En esos dos días vino tanta gente a comprar que vendimos unos $150,000. ¿Cuántos libros habremos vendido? No lo sé, lo que sí sé es que nadie me va a decir que este pueblo no es un pueblo lector, un pueblo que se niega a leer. Cuando se le ofrecen libros baratos, la gente los compra. No es que se acerque sólo cuando regalamos libros, sino también se acercan cuando hay buenos libros baratos.

En julio que regalamos libros por la AMLOMANÍA, la gente nos preguntaba que si también íbamos a vender. Aunque no estaba en el plan, les dijimos que quien quisiera comprar que se acercara

a la oficina, a ver qué se les antojaba. ¡Nunca nos imaginamos la cantidad de gente que compró libros! Para que luego no digan que regalar libros inhibe la venta. No es verdad.

Esta idea que parecería difícil de explicar a primera vista, en realidad parte de un principio muy sencillo y que casi todas las editoriales lo han entendido: la Brigada para leer en libertad promueve la lectura, y eso les va a repercutir a ellos. Algunas editoriales no nos apoyan en el remate o en los saldos de la librería porque dicen que hacemos competencia desleal; no han terminado de entender que los autores nos ceden los derechos. Esto significa que al no pagar derechos de autor a nosotros se nos bajan los costos.

Daniel Goldin, que es nuestro cuate, dice que regalar los libros es lo peor. Yo le contesto que ese es su punto de vista, porque lo que a nosotros nos consta es lo contrario.

Libros para leer la realidad

Creo que hay que acercarse a la gente, hablar con la gente, escuchar qué quiere, qué busca. Si hablo con gente joven lo primero que pregunto es qué cosas le gusta. Ojo, no qué tipo de literatura le gusta, porque a lo mejor no tiene ni idea de nada. Si el joven me responde que lo que le encanta es *Star Wars*, entonces yo le ofrezco ciencia ficción, fantasía, aventuras. Dependiendo de la respuesta es la oferta de lectura. Además, decirle claramente que si abre un libro y no le gusta, que lo cierre y busque otro, y punto. Es su derecho y tiene que buscar sus libros.

Si la gente empieza a leer y se topa con un libro que no le gusta, pues que diga "Este no", por más que sea un libro buenísimo. Ya llegará el día que ese libro buenísimo le diga algo.

Yo creo que es muy importante que los chavos sepan de las luchas que se han dado, sobre todo en América Latina, porque necesitan identificarse con algo que les sea cercano. Lo veo, en estos momentos tan revolucionados, con este cambio tan brutal en

este país en los últimos tiempos, veo cómo los chavos se acercan a pedir el libro *La ciudad, la otra*, de Súper barrio, o preguntan si tenemos libros sobre las broncas contra los periodistas o lo de Ayotzinapa; y no falta quién pregunte sobre libros de lo que pasó en Uruguay con Mujica.

Yo creo que hay un interés brutal por ese tipo de cosas, por saber cómo transformar a esta sociedad, cómo apoyarse en eso, como conocer otras historias. También preguntan por otros libros sociales, como los que abordan la Guerra Civil Española. Este de *Soldados de Salamina*, de Javier Cercas que salió hace más de 15 años, se sigue vendiendo. Los chavos preguntan por autores como Hemingway, Dos Passos que pareciera que están pasados de moda pero no lo están, para nada.

Al final de cuentas todas esas historias que parece que no tiene sentido para nosotros, sí lo tienen. Todas las historias tienen sentido si las leemos en el momento adecuado. Dígase ciencia ficción o novela social, fantasía, lo que sea.

Harry Potter es pura fantasía, pero hemos ganado una cantidad de electores impresionantes. Lo preocupante es qué les vamos a dar después de Harry Potter para que no se queden los chavos ahí, para que sigan su camino como lectores.

Eso de los booktubers es un fenómeno muy raro que no acabo asimilar. Por un lado digo que está muy bien, y por el otro lado pienso que puede ser moda. Los booktubers es un fenómeno muy fuerte entre los jóvenes y tiene tanta potencia que son capaces de reventar ferias de libros; y al parecer, sólo leen lo que se recomiendan entre sí. Pero aun así, los booktubers abrieron una brecha impresionante y el resultado es que los adolescentes están leyendo.

En lo personal me preocupa que el tipo de literatura que leen es muy poco politizada. No estoy diciendo que tengan que leer panfleto proselitistas ni mucho menos. No. Pero sí creo que les falta una orientación, una mano para hacerlos ciudadanos críti-

cos, que tengan una postura frente a la vida. De todas maneras me parece que es todo un fenómeno que hay que ver.

Creo que a final de cuentas la lectura puede cambiar la vida. Leer no nos hará ni más inteligentes ni más guapos, pero quizás nos haga más felices. Leer nos puede abrir los ojos para dejar de vivir en ese mundo pequeñito en el que normalmente vivimos, aunque vivamos en una ciudad como ésta. La lectura abre expectativas, lleva a conocer experiencias que de otro modo no tendríamos. Yo creo que el de la lectura es un mundo maravilloso, y cuanto más lea la gente va hacer mil veces más crítica, la van a engañar menos, va a ser más feliz, va a pelear por sus derechos.

Esto es lo que ha guiado mi hacer en esta vida. Poner un libro en las manos de la gente, y al leerlo le va a hacer tener otro punto de vista.

Benito Taibo

Promotor de la lectura, periodista, escritor, guionista y conductor de radio y televisión y poeta (Ciudad de México, 31 de mayo de 1960). Estudió Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Ha colaborado en *El Universal, Siempre!* y *Unomásuno*.

Ha sido Coordinador Nacional de Difusión del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Autor de los libros de poesía *Siete primeros poemas* (1976), *Vivos y suicidas* (1978), *Recetas para el desastre* (1987) y *De la función social de las gitanas* (2002); de las novelas *Polvo* (2010), *Persona normal* (2011), *Querido Escorpión* (2013), *Desde mi muro* (2014), *Los conspiradores y las vergüenzas de México*, en coautoría con Francisco Martín Moreno, Alejandro Rosas y Eugenio Aguirre.

A la fecha es Director de Radio UNAM.

Vengo de una familia de escritores, de periodistas, por lo que mi casa siempre estaba llena de libros. De hecho, cuando mi familia decidió abandonar España, lo único que trajo fue una vajilla y la biblioteca. Viajaba con su biblioteca porque era una parte esencial de su vida, si no la traía era como dejar una pierna o un brazo. En el momento que pudo abandonar España, todos lo hicieron: papá, mamá, tíos, abuelos. Todos. Ya estaban aquí en México mi tía Ana Mari, hermana menor de mi padre, y mis abuelos. En cuanto mi padre logró tener recursos y sacar pasaporte —que era complicado—, se vinieron para acá.

Mi infancia estuvo rodeada de libros, y sin embargo estuve a punto de no ser un lector, como muchos otros mexicanos, gracias a la obligatoriedad de las escuelas. Ahí nos ponían a leer, a los 11 o 12 años, el *Cantar de Mío Cid* o trozos de *Don Quijote*. Para mí esa lectura era absolutamente incomprensible y el libro se convertía en una suerte de castigo.

No fue sino hasta que contraje hepatitis que mi vida cambia para siempre. Estuve casi un mes y medio en cama y mi padre ponía libros junto a mí. Estoy convencido de que ese es el mejor sistema de fomento la lectura: dejar que los libros estén cerca de las personas. Sin premeditación, alevosía ni ventaja, mi padre fue poniéndolos y yo tomándolos. Eran otros tiempos, no había televisión ni la cantidad de distractores que hay ahora, así que me hice lector.

En ese mes y medio maravilloso, que fueron las mejores vacaciones de mi vida, y lamentablemente la hepatitis no se repite, lo primero que mi padre me dejó fue a Sherlock Holmes: *El sabueso de los Baskerville*. Luego puso el resto de Holmes. Siguió con Verne, Salgari y montones de cosas más. De ahí es de donde proviene mi enorme afición a los libros.

Yo sólo soy un lector. Eso es lo que soy. Soy un lector que un día decidió escribir, pero esencialmente soy un lector y como tal me reconozco.

De aquellos primeros libros hay cientos, miles de recuerdos. Por ejemplo, viajé cinco semanas en globo, acompañé a los hijos del capitán Grant, me subí al barco "Yolanda" de Sandokan, me acompañaba a *Colmillo blanco*, el de Jack London… puedo cerrar los ojos y ver cientos de pasajes. Fue como si me hubieran abierto la cabeza y me hubieran metido el universo. Fue maravilloso.

Rayuela también es literatura juvenil

Cuando regresé a clases ya era lector. Inmediatamente me reuní con otros lectores porque ésta es una suerte de cofradía. Me hice amigo de otros lectores y empezamos a compartir libros y lecturas.

Mis amigos y yo pasamos de la mal llamada literatura juvenil al resto de la literatura. Aquí me detendré un momento: digo que la literatura juvenil es mal llamada así, porque ni Verne ni Salgari ni Stevenson ni Charles Dickens ni Conan Doyle escribieron para chavos, porque no era su público. Hay un error pensar que aquellos libros en los que aparece un personaje joven son para jóvenes. Son para jóvenes en el sentido amplio, como también son para señores, para mujeres, para todo mundo. Pero los jóvenes no son el público meta. Estos escritores escribían para su tiempo, para su entorno, para el asombro que les producía la ciencia o lo ignoto.

Yo leí *Moby Dick* a los 14 y me enamoré absolutamente, y lo volví a leer a los 20 y me volví a enamorar, y lo leí a los 40 y me re enamoré, y lo leí a los 50 y pico y descubrí todo aquello que no me había dado cuenta. Una misma novela me ofrece diversas lecturas independientemente de mi edad. Creo que la literatura juvenil es un membrete. También es literatura juvenil *Rayuela* y *Cien años de soledad* y *El túnel* de Sábato. Podría citar muchos libros que en mi adolescencia y juventud me hicieron ser quien soy. Quiero citar uno en especial de Juan Tovar que para mí fue determinante: *La muchacha en el balcón o la presencia del general retirado*.

Así fue como me fui haciendo lector y así fue como fui encontrando otros libros gracias a otros amigos. Uno puede empezar

por donde quiera en el camino de la lectura, al fin al cabo todos los caminos conducen a Cortázar.

A los 16 leí *Rayuela* y me volví absolutamente loco, me pareció una maravilla, una joya; y lo leí más de una vez para probar todas las posibilidades que el propio Cortázar propone en su lectura.

Hubo montones de libros que fueron determinantes en muchas maneras. Por ejemplo, todo el Boom latinoamericano fue sorprendente. A los 17 leí *Yo el supremo* de Augusto Roa Bastos y me quedé con las ganas de más. Así que de ahí leí a Ibargüengoitia, leí *Tirano banderas*, *El señor presidente* de Asturias. Es decir, me metí en la lógica de dictadores porque tenían que ver con el momento y el tiempo en el que estábamos viviendo.

A los 16 o 17 años, mi hermano Paco me abrió su biblioteca y me dejó llevarme cualquier libro, lo cual cambia mi vida hacia dos caminos: hacia la novela policiaca —Paco tenía todo y a todos—, y hacia la ciencia ficción y la fantasía. Los de ciencia ficción y fantasía no podían comprarse en México sólo en España. Fritz Reuter Leiber, Ursula K. Le Guin, Philip José Farmer, todo Asimov, Jack Vance, Greg Bear, Philip K. Dick… son sólo algunos de los cientos de autores que hacia mediados de los setenta no se conseguían en México. Las editoriales españolas nos mandaban remanentes y era rarísimo encontrar esos libros en México. Pero Paco viajaba y los traía consigo e iba incrementando la biblioteca, y yo estaba ahí en la cola esperando para poder leerlos.

Estos dos géneros fueron determinantes en mi vida porque me enseñaron a pensar de una manera distinta. La novela policiaca lo vuelve a uno más intuitivo. En espacial la novela policiaca con tintes sociales, como la latinoamericana, la francesa, la inglesa y la norteamericana. Estoy pensando en el estadounidense Chester Himes, por ejemplo —del cual los jóvenes de hoy en día no tienen idea de quién es—, estoy pensando en el francés J. P. Manchette, estoy pensando en el brasileño Rubem Fonseca, estoy pensando en el argentino Miguel Bonasso, aunque él publicó su

primera novela policiaca, la de *Recuerdo de la muerte*, hasta mediados de los ochenta, si no me equivoco.

En ese entonces en México eran bien poquitos los que escribían novela policiaca: Rafael Ramírez Heredia, *El Rayo*, Eugenio Aguirre, por supuesto Rafael Bernal de quien leí *El complot mongol*, y me divertí como enano.

La ciencia ficción y la fantasía hacen que mi último libro sea un libro de fantasía.[9] Yo quería escribir una fantasía épica para honrar a los que yo leí siendo adolescente, y la escribí siguiendo todas las convenciones del género.

La libertad de la lectura anarquista

Yo leía siguiendo mis intuiciones, apelando a lo que estaba cerca, leía anárquicamente, sin ningún método ni sistema. Creo que la cabeza de lector no tiene sistema ni método. Un lector que se precie de ser lector, que disfrute a la literatura, que lea por placer, no tiene método. Yo, como esa clase de lectores, nunca dije: "Ahora voy a leer a los clásicos", o "Ahora leeré sólo libros de gestas heroicas y creadores de civilizaciones". No. Nada de eso. Yo, como esa clase de lectores anarquistas que describo, iba brincaba de un lado a otro, y en medio de todo eso, siempre presente como una suerte de Dios benéfico, la poesía.

La poesía era muy importante, desde Paul Valéry hasta Jaime Sabines, pasando por López Velarde. Los contemporáneos fueron determinantes en mi vida, pero más determinante es la española Generación del 27: Alberti, Lorca, Machado, Pedro Garfias, Luis Cernuda. Todos ellos son determinantes porque son sonoros, porque sus palabras son como martillazos sobre un yunque, porque son de una precisión, de una maravilla que no se ha vuelto a repetir. Creo que el Siglo de oro y luego la Generación del 27 son los dos grandes momentos de la poesía que puede decirse en voz alta.

9 *Mundo sin dioses 1. Camino a Sognum*, Planeta, 2018.

Todo el tiempo tengo poesía metida en los oídos y en la cabeza. La poesía es el perfume de las palabras, el destilado del mejor de los venenos. Siempre tengo la poesía metida en el oído y está ahí presente, desde Borges hasta Seamus Heaney, pasando por todos los que se le ocurran a uno.

En este momento estoy por empezar con Venancio Morten, poeta de Pachuca a quien leeré con enorme gusto. Él es un buen amigo y ese es uno de sus últimos libros.

Las mil lecturas de los mil lectores

Al principio leía los libros de punta a punta. A los 25 años descubrí que uno de los derechos del lector es no leer completos los libros. Tardé un montón en descubrirlo y ocurrió cuando llegué a la mitad de un libro y me dije: "Pero si hay más libros que estrellas, por qué estoy perdiendo mi tiempo en éste, si no me gusta". Con ese descubrimiento vino otro simultáneamente: la lectura funcionan distinto para cada persona. Ese libro que a mí no me gustó le puede cambiar completamente la vida a otra persona. Es decir que los libros tienen tantas lecturas como lectores. Intento no descalificar nunca a ningún autor porque puede ser que ese autor le diga algo muy importante a alguien, y puede ser que a otro no le diga ni media palabra. Tal vez todos los libros que a mí me transformaron no sean libros que transformen a nadie más. A final de cuentas cada libro tiene tantos lectores y tantas lecturas como lectores.

Yo voy a insistir con mi lógica de que todos los caminos llevan a Cortázar. No importa por dónde se empiece —da lo mismo empezar por Paulo Coelho o por Carlos Cuauhtémoc Sánchez—, porque hay un público esperando con ansia estos libros. Pero una vez que ese público se vuelve lector, se hace cada vez más crítico, más autocrítico, más demandante de cosas distintas, y va dejando a estos autores para entrar a otros. Creo que cada lector tiene su camino y tiene que descubrirlo por sí mismo.

No descalifico a Coelho o a Carlos Cuauhtémoc, simplemente quiero decir que el camino de lector es siempre distinto, y ese camino en todos los casos está lleno de laberintos, de vericuetos, de posibilidades, y de buenas o malas suertes. Buenas o malas suertes en el sentido de tener o no a alguien cerca para que ponga en las manos del lector un libro que lo lleve a decir: "¡Wow, nunca me lo imaginé!"

Yo sigo buscando cosas nuevas. Jamás he dicho: "Tengo que leer este libro". Si se me antoja lo leo, si no, no lo leo. Si todo mundo me dijera: "Hay que leer este libro", pero si a mí no me interesa, simplemente no lo leo. Sin embargo, leo las cosas que están leyendo otros porque, insisto, leemos en contexto, leemos el alrededor, estamos leyendo como lee la tribu. Así se leyó a Jean Paul Sartre en los sesenta, y en los setenta a Cortázar. Están en el aire ciertos títulos, se sienten, se saben y uno como lector quiere ser parte de esa impronta, de ese júbilo, de ese terremoto que está sucediendo alrededor del cual no se puede abstraer.

Yo sólo leí por obligación cuando estaba en la escuela, de ahí en adelante nunca más. Si un amigo me recomienda un libro, tras haberlo leído, es muy probable que yo lo lea. Por mí mismo, voy a la mesa de novedades de cualquier gran librería y elijo por intuición, y mi intuición ha funcionado bien toda la vida. Funcionó, por ejemplo, cuando elegí una novela policiaca de un autor noruego de nuestro tiempo llamado Jo Nesbø que me encantó, y desde entonces lo sigo con enorme fruición. Lo mismo ocurrió con el francés Pierre Lemaitre, autor de durísima novela policiaca, quien llegó a mis manos por casualidad y me leí todos sus libros en 15 días. Lemaitre es ganador del premio Goncourt. Al leer sus novelas uno se queda helado. *Irene*, por ejemplo, es uno de sus libros en el que aparece un inspector policiaco que mide 1.50. ¡Es una maravilla!

Lo mismo me pasó con Qiu Xiaolong, autor chino creador del Inspector Jefe Chen Cao. Es muy divertido y además tiene la

enorme maravilla de mostrar un mundo que no conocemos, que nos está vedado, el mundo de la revolución cultural; también nos muestra una China contemporánea sobre la cual no hemos puesto la mirada.

Invítame a leer

Lo anterior me lleva a sentir que el tema de recomendar lecturas es un poco complicado. Cuando uno lee no sólo está leyendo una sucesión de palabras que se convierten en oraciones, que se convierten en historias complejas. Además de eso uno está leyendo el tiempo, el entorno, el contexto político y social del autor; simultáneamente lee la aventura narrada, más el descubrimiento del conocimiento ahí contenido.

Si me preguntara un adolescente qué leer, yo le recomendaría libros que cambien su perspectiva, que le den un nuevo eje a su visión. Ejemplo: *Aristóteles y Dante descubren los secretos del universo* de Benjamin Alire Saenz. Es un libro maravilloso que lleva al lector a descubrir la otredad, y en la otredad el respeto hacia los demás. Creo que esto es vital. También la recomendaría *Un viejo que leía historias de amor* de Luis Sepúlveda.

Si me lo preguntara una persona de la tercera edad, yo le diría que leyera aquellos libros que no leyó, que lea los libros que en su momento tuvieron que ser determinantes para él mismo. Si tiene 60 o 70 años, pueden descubrir que existió algo llamado el Boom donde estaba Vargas Llosa, Cortázar, García Márquez. Esos autores fueron determinantes para la creación de la educación sentimental de esa generación a la que pertenece.

Creo que nunca es tarde, que siempre puede encontrar ese libro que lo saque del mar y lo salve del naufragio. A esa generación también le recomendaría leer lo que están leyendo los jóvenes, para acercarlos a ellos. No hay manera de entender a los jóvenes si no leemos lo que ellos leen. Me refiero a *Destruye este diario*, a *Harry Potter*… De hecho,

Harry Potter hizo más por el fomento a la lectura que cientos de miles de maestros o de promotores de la lectura. Los libros de *Harry Potter* lograron quitar el miedo atávico que le tenemos al libro como objeto cultural. Los chavitos andaban con librotes de 800 páginas debajo del brazo, y esperando el siguiente con ansias. Esos chavitos se volvieron lectores y luego fueron buscando cosas nuevas.

Yo prefiero tener un país de justicia que un país de lectores

Estoy convencido de que la nueva administración federal será lo suficientemente sensible como para apoyar el fomento a la lectura. Pero para transformar este país primero hay que atacar sus problemas de fondo, como la injusticia social, la impunidad, la corrupción, la violencia. Cuando se atienda todo esto, lo demás se va a dar por sí solo. Otra de las patas de esa mesa donde esta afinca la democracia será la educación y la cultura, que es donde entran los libros.

Creo que necesitamos que sucedan cosas importantes para luego atacar el tema de lectores. Yo prefiero tener un país de justicia que un país de lectores. Tengo que decir que hoy en México se está leyendo más que nunca. Me vale lo que digan las encuestas. Yo lo veo. Acabo de estar en Pachuca en un auditorio abarrotado, y recientemente estuve en otro auditorio en León, y veo cómo los jóvenes están ávidos de conocer cosas y de cómo están llegando a las ferias del libro, arrastrando a sus padres. Con frecuencia los padres no fueron lectores, y ahora están leyendo para poder entender a sus hijos.

Cambió enormemente el perfil del lector. Los lectores hoy son jóvenes de entre 14 y 20 años que están leyendo a su mundo.

Tengo la impresión que la ecuación cambió por un montón de factores, como las redes sociales, el Internet. Internet se ha vuel-

to una caja de resonancia. Ahí tenemos a estos chicos llamados "booktubers", han hecho una maravilla sólo con ponerse frente a la cámara y recomendar libros. Seguramente aparecerá un crítico que dirá: "Pero están leyendo por moda", pero me vale. Insisto: todos los caminos conducen a Cortázar. Un lector se va haciendo a sí mismo, no hay que preocuparse por dónde empiece. Cada vez es más fácil acercar a los jóvenes a la lectura, sólo necesitan un empujoncito para acercarse al libro y descubrir que en él se encuentran los secretos del Universo.

Carlos Manuel Valdés Dávila

Historiador, docente, investigador, columnista (Saltillo, Coahuila, México, 1944). Estudió Humanidades Grecolatinas, Filosofía e Historia. Es Doctor en Historia por la Universidad de Perpiñán, Francia; Profesor-investigador de la Escuela de Ciencias Sociales, Universidad Autónoma de Coahuila. Creó el Centro de Documentación Regional de la Universidad Autónoma de Coahuila, la carrera de Educación en la UANE, y la carrera de Historia en la UADEC Ha sido director del Archivo Municipal de Saltillo,

Ha publicado obras sobre sociedades marginales: esclavos negros, indígenas nómadas, tlaxcaltecas, delincuentes y dos pequeñas biografías de indígenas rebeldes del Coahuila colonial, además de numerosos artículos para revistas especializadas y divulgativas. Entre sus libros destaca el libro de texto *Coahuila*

Historia y Geografía (1998), *La gente del mezquite*. *Los nómadas del noreste en la colonia* (1995), *Esclavos negros en Saltillo*. *Siglos xvii a xix* (1989). También ocho libros en colaboración, como *Los tlaxcaltecas en Coahuila* (1999), *La ruta del horror*, con Hernán Venegas Delgado (Plaza y Valdés, 2013).

Ha recibido "La Presea Saltillo", 2000, Presea al Mérito Histórico "Vito Alessio Robles 2007". Por su libro *La Gente del mezquite* recibió el premio "Francisco Javier Clavijero".

Tengo dos recuerdos de cómo me inicié en la lectura. Una es que mi mamá nos leía escenas de *El libro de oro de los niños*. Ahí escuchaba cuestiones míticas de los griegos, de los romanos, de los judíos. Eran escenas cortas, y algunos poemas. La otra fue la enorme suerte de tener, a los 10 años, a un excelente maestro en quinto de primaria. Cuando "nos portábamos bien", como se decía antes, nos leía el capítulo de un libro. Empezó con *El corsario negro* de Salgari, que nos emocionó mucho. Después pasó a *Honorata de Wan Guld*, también de Salgari, y a otros. Nosotros queríamos más y empezamos a comprar libros de Salgari por nuestra cuenta. Cada ejemplar costaba $5.95. Claro que ninguno de los alumnos teníamos tanto dinero como para comprar varios, entonces cada quien compraba uno y nos los pasábamos. Yo leí no menos de 15 libros en quinto año de primaria.

En sexto de primaria y ya en secundaria, leí a *Sherlock Holmes,* y *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* de Neruda. Más adelante, por una casualidad del destino, leí un libro de John Milton. Era un poco desordenado el tipo de libros que me llegaban, pero desde entonces y creo que hasta ahora, no he parado de leer. Leí a muchos románticos, que era la lectura de la época; los poetas románticos españoles me pesaron mucho, malamente, porque me hicieron muy romántico y creo que en esa época era dañino para un adolescente. Después pasé a lecturas más serias o, al menos, diferentes.

En preparatoria, que cursé en el Seminario diocesano de Saltillo, leí a los rusos y me apasionaron. En la prepa leímos mucho porque teníamos buenos maestros de preceptiva literaria. Leímos a los españoles y a los clásicos de la literatura, empezando con los latinos, como Cicerón o *La Eneida*; a Cicerón, Virgilio o Tito Livio los leíamos por obligación en latín.

Había un autor prohibido en el Seminario: Dostoievski. Uno de los superiores pensaba que la lectura de Dostoievski era demasiado fuerte, muy poderosa, y que podía dañar el espíritu de un

joven. Sin embargo, lo leíamos a escondidas. Nos pasábamos clandestinamente sus libros. Leí *Los hermanos Karamazov*, *Crimen y castigo* y *La casa de los muertos*. Para que los padres celadores no nos descubrieran, les poníamos portadas de, por ejemplo, la vida de Santa Margarita María de Alacoque, o de cualquier otro libro religioso.

Leíamos mucho y después comentábamos. Desde luego que estaban las lecturas propias del Seminario, como vidas de santos, que a mí me parecían libritos inútiles, dañinos en el sentido de que me hicieron perder el tiempo, aunque fueron interesantes desde el punto de vista de que eran biografías: conocía un santo y su época. ¿Qué tiene que ver esto? Pues que ahora todavía no me quito de la cabeza que, por ejemplo, para estudiar a un filósofo como Heidegger o como Gadamer, quiero leer sus biografías. Quiero saber quién escribió la obra que estoy leyendo y que me impresiona.

Desde entonces me quedó la práctica de leer biografías. De Jean-Paul Sartre he leído varias, de Gadamer tengo una maravillosa, de Heidegger leí dos; acabo de leer una de Borges, y así por el estilo. No me gusta leer sobre grandes autores sin saber quiénes eran en su vida diaria o qué hicieron para ser lo que fueron. Me apasionan las biografías. Por ejemplo leí la del Cura de Ars, que era un pobre señor francés masoquista que diariamente se daba de azotes, comía dos papas al día y se maltrataba de muchas formas; pero también leí tres vidas de san Francisco de Asís. He leído demasiadas.

En general durante mis estudios en el Seminario había dos tipos de lecturas. Una era para disfrutar, por ejemplo de Salgari o Conan Doyle, de quien leí no sé cuánto. El otro tipo era la lectura por obligación. Se pasa a un nivel diferente: se lee porque se necesita o por obligación.

Hay libros aburridos y autores espantosos

Uno se asoma a libros que a veces son sumamente aburridos o que en ese momento de la infancia, la adolescencia, no dicen nada. Hoy, ya como profesionista, sigo estableciendo diferencias en las lecturas. Continúo con lecturas por placer, y con lecturas obligatorias. Por ejemplo, durante 10 años di una clase de existencialismo, por lo tanto era evidente que tuviera que leer autores espantosos como Kierkegaard, pero había que leerlo porque es el creador del existencialismo; pero una vez que se lee, que se sobrepasan sus textos aburridos, empieza uno a gustarlo. Parecería ilógico, pero no es. Uno pasa de un libro sobre la desesperación, que es terrible, a otro sobre sus enamoramientos, y después llega a *Temor y temblor* que creo que es el fundamento de lo que ahora se llama Deconstruccionismo. Kierkegaard lo hizo en 1830, y mucha gente se lo atribuye a Derrida.

Temor y temblor es una gran obra metodológica donde Kierkegaard plantea cómo leer un libro sagrado; él, que era luterano y teólogo, hace pedacitos una escena de la sagrada escritura. Analiza cómo es posible que un señor llamado Abraham vaya a asesinar a su hijo Isaac porque un determinado dios se lo ordena. En ese libro Kierkegaard hace un análisis impresionante en el que enseña que una cosa es la creencia y otra el texto; que el texto tiene sus propios misterios para ser comprendido; que al texto tenemos que hacerle preguntas constantemente, que no debemos de plantear "esto tiene que ser bueno porque dios lo hizo", sino preguntarnos "¿cómo es posible que un padre anciano, que no había podido tener hijos, quiera asesinar a su primogénito porque escucha una voz divina?"

Libros como ese uno los lee por obligación como docente. De Kierkegaard pasa uno a Heidegger, otro filósofo muy problemático. También Heidegger, a pesar de que siempre plantea problemas, llega uno a gustarlo. Si uno quiere leer *Ser y tiempo*, que es una obra muy difícil, mejor empezar por la serie de conferencias

que dictó a teólogos católicos sobre el tiempo, en el que explica estas cuestiones a gente que no necesariamente tiene información filosófica. Esta es una obra más didáctica, mucho más sencilla y muestra cómo llegar al Heidegger profundo.

De estos dos filósofos uno pasa a Jean-Paul Sartre, y ni modo, hay que leerlo. Uno como docente piensa "Si hay que leerlo pues a leerlo", y uno lo lee y punto.

Yo creo que he leído a todo Sartre y lo gusté mucho, pero ahora me parece un autor ¡tan sin chiste! No volvería a leer *La náusea* ni *El diablo y el buen Dios*. Pero hay un libro de él que sobrevive en mi cabeza y es el que le dedica a Jean Genet, autor de *Las criadas*.

Gustos personales

Si en prepa me hubieran preguntado cuál es mi libro favorito sin duda hubiera contestado que *El Principito*. Años después diría que era casi toda la obra de Antoine de Saint-Exupéry. Ahora valoro mucho más *Tierra de hombres* o *Ciudadela*, que son obras maestras, pero no me arrepiento de haber leído mucho *El principito*. Posteriormente diría que mi autor preferido es García Márquez, al que leí con un placer extraordinario, pero a García Márquez —aunque me pueda apedrear la gente—, no volvería. *Cien años de soledad* no lo releería jamás porque lo empiezo a leer y se me viene todo otra vez, y porque se me hace un libro banal. Aunque eso no le resta que sea una obra maestra de la lengua castellana.

El libro de García Márquez que releo con enorme placer es *El coronel no tiene quien le escriba*. Me parece una obra verdaderamente maestra. En cambio puedo releer y releer y releer a Borges. No me canso de releer los mismos cuentos. Su manejo de la lengua es infinitamente perfecto. Creo que él y Alfonso Reyes son los grandes autores de nuestra lengua en el siglo XX, y a ambos los leo, aunque Reyes es más pastoso que Borges. Borges sigue siendo el gran escritor.

Ayer terminé de leer el tercer tomo de las reseñas que Borges hacía casi diariamente para el periódico, y me aparece soberbio. Tenía la idea que no le gustaban las novelas, pero leyó centenares de ellas. Me enteré de eso porque hizo reseña de cada una de ellas, y ahí están en los tres tomos.

A Borges le encargaron escribir sobre libros extranjeros y lo hizo, de ahí que no haya casi ninguna reseña sobre obras en español. En cambio, hay mucho sobre libros publicados en Inglaterra, en Estados Unidos, en Alemania; libros italianos, franceses. Él continuamente escribía reseñas. Tenía esa extraordinaria capacidad para conectar cosas puesto que había leído todo. Leía a un autor inglés recién publicado —hablo de 1931— y lo criticaba.

De García Márquez es conocida la anécdota de que había leído muchísimo, menos a Rulfo. Hasta que un día Álvaro Mutis, su gran amigo, le aventó los libros de Rulfo y le dijo: "para que aprenda". Hoy sabemos que Rulfo lo transformó, y también sabemos que leyó muchísimo, como Fuentes.

Y ya hablando de gustos personales, Carlos Fuentes no me inspira nada, no me gusta. He leído muchas cosas de él, pero no lo releería jamás. Me parecería una pérdida de tiempo.

No necesariamente hay que leer toda la obra de un autor para gustarlo, porque hay algunas que son verdaderamente inabordables. Es el caso de Thomas Mann. Uno lee algunas cosas de él con mucho gusto, pero otras no tanto. *La montaña mágica* es una obra maestra, me gustó, a pesar de ser una obra caótica, que casi causa más problemas que placer.

Otro caso es Walter Benjamin. Muchas de sus obras no se publicaron sino hasta después que se suicidó. Me parece diferente porque a él lo leo no por el placer, sino por las enseñanzas que me da como historiador. Él me ha ayudado mucho a repensar la historia. Por ejemplo, ahora estamos terminando un libro sobre los campesinos de General Cepeda, y él tiene un texto donde dice que son precisamente los pobres, los marginados, los maltratados del

mundo, los que están encima de la historia, los que son el culmen de la historia, precisamente porque son el producto de esa maldad de la historia. A Benjamin, que es difícil, lo leo con un enorme placer, y tengo que releerlo muchas veces para tratar de captar lo que me está diciendo.

Concluyendo: *La náusea* no la releería porque es muy mala novela, en cambio *Cien años de soledad*, que es una obra maestra, no la releería porque no tengo tiempo. Tal vez me dirían: ¿Cómo que no tienes tiempo si acabas de leer los tres tomos pesadísimos de reseñas de Borges, de los años veintitantos a los cincuentaitantos?, y les contestaría: Bueno, pues porque eso me da placer, porque ya me enganché con Borges.

Quién como Balzac

Leer o releer a este y no a otro tiene que ver con el propio proceso de lector, y éste está ligado a la vida. Si uno da clases, hay que leer lo que se debe leer porque los alumnos no pueden ser castigados porque su profesor es indolente. Hay que leer muchísimo acerca de lo que se les está enseñando. Esa es una veta muy problemática porque se leen autores buenos y malos o sobre aspectos muy tontos de la historia, como las perversidades del género humano, las guerras, la maldad, etcétera, pero hay que leerlos.

Si uno es investigador también se debe leer mucho. Para mi nuevo libro, *Los bárbaros, el rey y la Iglesia*, tuve que leer muchísimos libros que no me decían gran cosa pero que eran necesarios para escribir.

Hay que entenderlo así porque no vivimos en un mundo donde uno se pudiera refugiar en un castillo a leer, o a escribir como lo hizo Balzac a quien sus amigos ricos, burgueses, nobles le daban un sitio para esconderse durante meses, a donde le enviaban alimentos y Balzac escribe y escribe. Qué bueno que lo hizo porque hoy disfrutamos de su obra —que a propósito, también Balzac es

uno de mis grandes autores. Yo no soy como él, ni puedo serlo por su grandeza, y porque jamás tendré el tiempo ni a un amigo que me pague para estar en un castillo escribiendo. Yo me acepto, soy un historiador mediano, escribo lo que puedo escribir y leo lo que puedo leer.

Los libros que nunca leeré

Me disgustan mucho los libros que me dicen cómo comportarme, que me quieran ayudar a ser mejor. A esos libros moralistas no los leería jamás. Me disgusta mucho que alguien quiera decirme lo que debo hacer o qué debo comer o qué debo beber o con quién no debo reunirme. Jamás los leería.

Por ejemplo, cuando me quisieron forzar a leer a Cortázar lo rechacé porque me pareció un atentado contra mi libertad. No lo leí porque no quería leerlo y había gente que me decía: "¿Cómo puede ser que no hayas leído a Cortázar?" Pues sí, no lo leí y se acabó la discusión. Años después, cuando yo decidí leerlo, lo hice y me encantó. Sé que lo leí tardíamente pero cuando trataron de decirme que era imposible que no lo hubiera leído, que si acaso era un tonto, yo decía que sí, que era tonto, y ya.

Eso mismo me sucedió con varios autores a quienes me quisieron imponer.

En cambio sí podría leer libros que yo decidí como *Don Quijote de la Mancha.* La primera vez que lo leí no me agradó mucho porque se me hacía muy farragoso. Toda la gente me había dicho que con *Don Quijote* se ríe uno mucho. Yo no me reí ni una sola vez a lo largo de las 600 páginas de aquella edición. Pero cuando lo releí me impresionó la grandeza de *Don Quijote* y de Cervantes. He seguido leyéndolo de vez en cuando y me agrada muchísimo. Y, como dije al principio, quise saber quién era Cervantes y leí una biografía que me aclaró muchas cosas: sus dolores, sufrimientos, las injusticias que vivió; ahí me enteré de su deseo de venir a Amé-

rica. No sé si hubiera escrito *Don Quijote* en América o no hubiera escrito nada. Lo mejor es no preguntarnos ucronías, porque para un historiador el "hubiera" no existe. Ahí está esa obra maestra del español y la leo con placer.

Leer en lenguas

También leo en inglés, en francés, en portugués, en latín, en griego con dificultades. Aprendí, por cuestiones de trabajo y compromiso, el tojolabal y el yaqui. Leí y sigo leyendo en francés porque estudié en Francia. El francés lo leo como el español, no necesito diccionario más que rarísima vez, como en español. Y generalmente eso ocurre cuando leo a Balzac, a Flaubert, a alguno de ellos, por tratarse de francés antiguo. A Saint-Exupéry prefiero leerlo en francés más que en español. Respecto a Flaubert estoy en contra de Borges que dice que *Madame Bovary* es un libro ilegible y varias veces lo criticó violentamente. Borges odiaba a *Madame Bovary*. Yo no. *Madame Bovary* me parece una obra maestra, una obra extraordinaria, y la he releído varias veces en francés.

El portugués no lo leo tan bien, pero me agrada mucho, es una lengua hermosa, una lengua muy ágil, muy simple, que expresa cosas de manera muy diferente a como las expresamos en español o en francés. En portugués es muy emocionante el ritmo de la lengua, su gracia. He leído algunas obras de Tabucchi, por ejemplo, en portugués, pero no tengo demasiadas oportunidades para acercarme a la literatura portuguesa.

En cambio he estado leyendo a historiadores y antropólogos brasileños porque tienen una forma de expresión muy diferente de la nuestra. Son muy delicados, muy observadores… y también críticos.

Sabía leer en otro tiempo en yaqui y en tojolabal y olvidé todo. Hace 40 años viví en Chiapas y en Sonora, como educador, y aprendí esas lenguas. No hay manera de leerlas porque no existen

libros impresos y publicados en tojolabal o en yaqui, o al menos no los conozco, salvo el Nuevo Testamento, que lo conservo. En aquel tiempo yo leía y escribía pequeños textos sobre el problema del café, de la madera, sobre el maíz, sobre la lucha contra los opresores, etcétera, que circulaban al interior de las comunidades. Tal vez todavía circulen porque las cosas no les han cambiado mucho.

La sep no le va a arreglar el problema a los hogares

Tengo la esperanza que con el nuevo gobierno federal cambien las cosas, en equidad para las comunidades, en educación, y también sobre la lectura. Pero no lo sé. Tengo muchas dudas porque tenemos un pueblo televisado al 100%. Los niños pasan cada día por lo menos cuatro horas frente a la televisión y son incapaces de tomar un libro. Ahí está el verdadero enemigo. No es la Secretaría de Educación la que va a transformarlos, la transformación debe venir de los hogares. En una casa cuando los padres leen, los hijos leen. Si los padres están sentados en la televisión comiendo Churrumais es imposible que produzcan un niño lector. Aunque hay excepciones. No va a depender de la nueva administración este cambio, sino que nosotros, la sociedad, tenemos que buscar nuevas formas de promover la lectura entre los estudiantes. Yo sí sé que se puede cambiar.

En la Escuela de Ciencias Sociales (Universidad Autónoma de Coahuila) que me tocó fundar, desde el principio les propuse a los maestros dos tareas fundamentales: que los alumnos leyeran y que los alumnos escribieran. ¡Eso es lo que nos va a caracterizar!, les dije.

A la fecha nos ha dado resultado porque si les pedimos que escriban, ellos mismos tendrán más gusto por la lectura, de la lectura pasan a hacer un esquema, un pequeño ensayo, un resumen, una ficha. A continuación viene la tarea del maestro que es revi-

sarles las fichas, y pequeños textos. Si los maestros no les revisáramos las fichas, los estaríamos engañando. La tarea es compartida: los estudiantes leen y escriben y los maestros revisamos y corregimos. Es cierto que a un maestro le cuesta mucho trabajo corregir decenas y decenas de pequeños textos mal escritos. Así ocurre desde el primer semestre hasta el cuarto. En quinto semestre los alumnos son otros: cambiaron; y en el séptimo son absolutamente diferentes.

Nos ha dado resultado el esquema de hacer que lean y hacer que escriban. Cuando egresan ya son capaces de muchísimas cosas de las que no eran, ni jamás habían soñado. Echarle la culpa a los docentes anteriores, a la secundaria o la prepa, decir que nos llegan muy mal, no conduce a nada. Yo les decía a los maestros que los alumnos nos llegan muy mal porque no hay de otros. Uno diría que los del Tec de Monterrey son buenos; pues no. De los estudios que se hicieron del Tec de Monterrey se vio que nadie había leído a Cervantes y nada más dos habían leído a Rulfo. No es cierto que los del Tec sean superiores, pero sí es cierto que en el Tec los obligan a leer, y que hay una metodología que deberíamos de imitar. En la Escuela de Ciencias Sociales hemos llegado a la conclusión de que los maestros tenemos la obligación de enseñar a los alumnos a leer y escribir, y espero que la SEP nueva, que el nuevo modelo educativo cree algún sistema de este tipo, porque lo que estamos viviendo de la SEP de Peña Nieto es vergonzoso.

Zenaida vs la Hermenéutica

En Ciencias Sociales los libros que les damos a leer a los muchachos son de dos tipos fundamentalmente: los libros factuales, es decir, de historias concretas, como por ejemplo un libro sobre los franciscanos en México, sobre los aztecas, la historia de los yaquis. Libros factuales que comenten hechos concretos y lo hagan seriamente. Y el otro tipo son los libros teóricos. No puede haber un

avance en el cerebro de los estudiantes si no leen libros teóricos y filosóficos serios.

Pongo un ejemplo: al lado de un libro sobre el significado del cuerpo y la sexualidad del siglo XVII, que es un libro real, y que a los alumnos les encanta, habrá que leer un libro teórico sobre cómo se analiza la cultura del pasado, cómo se analizan los documentos. Esa combinación resulta muy buena porque no solamente se hace que los alumnos lean para disfrutar sino también para interpretar.

En mis clases siempre meto obras literarias. En la de Hermenéutica pido a los muchachos que lean un pequeño cuento de Borges; les solicito un análisis sobre una pintura de Picasso; después leemos juntos un texto de Kierkegaard sobre el capítulo 22 del Génesis, y leemos *Edipo rey*. *Edipo rey* no les diría nada a los alumnos porque es una obra de hace 25 siglos, pero cuando lo leemos juntos y se los voy explicando se emocionan muchísimo. En clase vemos la interpretación de Freud, luego lo vemos bajo la lente de Lévi-Strauss, y una vez que se ha discutido lo volvemos a interpretar según Michel Foucault. Al final les pido que elijan una interpretación y después de hacerlo siempre me preguntan por mi elección y yo les digo que me quedo con la de Sófocles porque, más allá del análisis, *Edipo Rey* es una obra literaria y hay que disfrutarla como tal, no diciendo: "aquí está el complejo de Edipo." No hay complejo de Edipo, ahí hay sólo una obra maestra de la humanidad.

También vemos algo de *Don Quijote*, y poemas de Sabines. Pero antes de todo esto, empiezo el semestre de Hermenéutica proponiéndoles un análisis del corrido *Zenaida ingrata*. Es una canción horripilante, lo sé, pero la propongo para demostrar que todos los textos se pueden disfrutar y analizar. El primer verso *de Zenaida ingrata* nos conduce al "incumplimiento de palabra" en el Saltillo colonial, de ahí al "Cristo de la Vega", leyenda sevillana de 1625 que habla sobre el valor de la palabra dada a una mucha-

cha por un militar que la desconoce, y luego llegamos al texto de *Las siete partidas* del rey Alfonso X, el Sabio, que en el siglo XIII decretó que la palabra de matrimonio entre dos personas, aunque hubiese sido dada en secreto, era sagrada y definitiva. Así que Zenaida no surgió de la nada sino de una larguísima tradición. ¡Leer es importante!

Édgar Valencia

Poeta, editor y ensayista (Ciudad Victoria, Tamaulipas, en 1975). Obtuvo el doctorado en Letras Mexicanas por la UNAM, y la maestría en Filología Hispánica por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas de Madrid.

Ha sido Becario del FONCA en 2003-2004, y de la Fundación para las Letras Mexicanas en 2004-2005, editor de la revista *Brecha*, del Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) y actualmente es director editorial de la Universidad Veracruzana.

Premio de Poesía Enriqueta Ochoa 2000 por *Oficios*. Premio Nacional de Poemas sobre el Mar 2001 convocado por la Secretaría de Cultura de la Ciudad de México y la Secretaría de Marina, por *Simetría de las aguas*. Premio de Poesía Joven 2003 convocado por la Diputación de Cáceres, España por *Descripción de la esfera*.

Empecé a leer porque había libros en la casa, eran una presencia habitual. Estaban en un librero en el pasillo: pasaba, los veía y eso era todo. No era una biblioteca muy grande, acaso tres anaqueles; pero estaban ahí. Eran un objeto común, y la llegada a ellos no fue directa sino vinculada a lo lúdico: por medio de los cómics, las historietas que compraba en el estanquillo de la plaza de armas de Gómez Palacio, Durango, donde viví mi infancia. Eran una lectura compartida con mi padre.

El fin de semana acudíamos los dos al puesto de revistas. Él llevaba periódicos y revistas políticas –*Impacto* y *Proceso*–; a mí me compraba una o dos historietas que yo elegía. Regresábamos a casa: él se ponía a leer lo suyo recostado en la cama, yo lo mío tirado en el piso. De alguna manera me fui enganchando en que cada fin de semana compráramos las lecturas para esos días. Yo repasaba todo tipo de historietas, desde el *Capulinita* hasta *El Hombre Araña*. Después de ese entrenamiento con los cómics, el salto a los libros fue natural.

En el librero del pasillo estaba una novela de Agatha Christie que aún recuerdo. Era una edición de bolsillo de *Diez negritos*, en la que había cosas que me llamaba la atención, pero no entendía muy bien. Ahora sé que eran cuestiones de traducción, porque no era mi español. Decían cosas como: "Se encogió de hombros", o para decir "No" decía: "Sacudió la cabeza". Me preguntaba cómo era eso, por qué si le preguntaban algo al personaje él sacudía la cabeza. No sabía qué tenía que ver la pregunta con el hecho descrito. Imaginaba que al sacudirse lo hacían frenéticamente, no tenía para mí otra noción de sacudir sino esa, con fuerza. Nunca me enteré si decían sí o no, sólo que movían la cabeza. Había algo que no terminaba de entender en esas novelas pero me gustaba el misterio de la historia. Era una cuestión que me llevaba a querer continuar leyendo a pesar de no entender algunos pasajes, pero era satisfactorio llegar a un final sorpresivo, a que se develara un misterio.

De esa época surgió un diálogo sorprendentemente provechoso entre la televisión, los cómics y la literatura. Ahora lo entiendo como una periferia de contenidos; transmedia, le llaman los más enterados. Me explico: en Imevisión comenzaban a transmitir diversas miniseries, una de ellas era *Tom Sawyer* y *Huckleberry Finn*. Un sábado sin quehacer prendí la tele en blanco y negro y ahí estaba Tom Sawyer pintando una cerca de blanco. La historia de esos dos niños que vivían aventuras a sus anchas a la orilla de un río (nunca en mi vida había visto uno) me dio una idea de que había historias que transcurrían en lugares lejanos pero que algo me decían de mi entorno o de mi edad.

La sorpresa vino al poco tiempo de comenzar a ver la serie, en casa de unos familiares lejanos. Aquel era un lugar donde siempre hurgaba entre su librero, pues ahí descubrí el tomo 13, encuadernado en azul, de la Nueva enciclopedia temática. Un volumen dedicado a la "lectura y pasatiempos" que nunca se agotaba: tenía historias, adivinanzas, acertijos matemáticos, trucos de magia, juegos de sombras. Para mí era un libro infinito al que siempre acudía en cuanto llegaba. En una visita a esa casa descubrí al lado de la enciclopedia un libro que decía *Las aventuras de Tom Sawyer*. Me sorprendió ver el libro de la serie que estaba en la tele, así que lo tomé prestado, casi sin pedirlo. Nadie se dio cuenta, y me lo llevé. Necesitaba tiempo para leerlo a mis anchas, a mi tiempo, en mi casa. Al leerlo descubrí otras historias del libro que no estaban en la televisión; lo que hizo más entrañable la novela y me preparó para lo que vendría poco después.

Diálogo a cuatro bandas

En la televisión pasaron la serie *La isla del tesoro*, el libro de Robert Louis Stevenson en versión de caricatura japonesa, y quedé enganchado. Era una aventura episódica con barcos, marineros, un niño con quien me sentía muy identificado, un pirata de pata

de palo con su loro, un mapa del tesoro. Es decir, todo lo que un niño de 10 años necesitaba para su imaginación. Poco después me enteré que eso era un libro. Es decir, que no era una caricatura sino que provenía de una novela. De esa noticia a encontrarlo en una librería-papelería transcurrió muy poco tiempo. Esa ocasión no le pedí a mi padre una historieta; le pedí un libro, le pedí *La isla del tesoro.* En eso consistía el diálogo entre la televisión, los cómics, las caricaturas y la literatura. Por eso no estoy en contra de los medios, porque de alguna manera uno tiene que llegar a las cosas. En mi caso, al no haber otra guía más que los libros en series, la televisión fue el conducto único para llegar a lecturas interesantes.

Tuve la fortuna de que había una buena programación en aquella televisora del Estado ya desaparecida. No sé si eso pase ahora. La lectura en la infancia era diversión. Para mí están vinculadas estrechamente.

El buffet de la lectura

Comencé con las historietas de kiosco y me sirvió para llegar a otro tipo de literatura. Después encontré otros sabores, otros platillos. Aquellos cómics fueron el inicio de la formación de un hábito. Ahora, como adulto, puedo darme cuenta que mi entrada a la literatura fue de una manera lúdica. Con lecturas adecuadas a mi edad. Si se empieza por Joyce, por ejemplo, esa lectura se va a inhibir. Yo me acerqué a la literatura como quien se acerca a un buffet y empieza por los postres. Eso es maravilloso. Uno llega a la mesa y se pregunta: "¿Qué se me antoja?", y puedes decir: "Pasteles", y al rato uno dice: "Ya me cansé de los pasteles, ¿qué más hay?" Y así uno se puede ir encontrando cosas más sofisticadas. Y de pronto halla cosas que saben a la comida de tu casa de toda la vida, como unos tamales o los frijoles; y el redescubrirlos en otro contexto es fascinante. Algo de eso me ocurrió.

Los libros me llegaron en el momento que me tenía que llegar. A qué me refiero con esto: a la fortuna de tener hermanos mayores y que en su escuela les encargaran libros y estos acabaran en los estantes de la casa. Dos lecturas fueron fundamentales. La primera de ellas fue *Dormir en tierra* de José Revueltas; el siguiente, *Dos crímenes* de Jorge Ibargüengoitia. No sé cuándo se los encargaron a mi hermana en la licenciatura y así acabaron en el estante. En *Dormir en tierra* y encontré historias muy breves, más breves que en Agatha Christie, y mucho más intensas. Fue una sacudida, historias crudas, intensas y directas. Y con Ibargüengoitia encontré mi lengua. Encontré el español de México, el de mi ciudad, el de mi cuadra, el de mi familia.

Después de Agatha Christie era increíble encontrar a Ibargüengoitia y leer una novela escrita en la lengua que yo hablaba, que no decía: "Sacudió la cabeza", sino que decía: "No"; que decía: "Chingado", como mi papá, como decían en la calle. Eso que se contaba ahí era algo real, algo que yo escuchaba, que yo veía, y estaba en un libro. Fue una revelación. Recuerdo ese momento como una epifanía: también lis libros hablan de lo que pasa en la calle, en tu calle.

Pero no hubiera llegado ahí de no haber conocido los postres, de no haber conocido las traducciones, las malas traducciones ante las cuales pensaba que así se decían las cosas en los libros. Si Tormobolo decía en un cómic: "Recórcholis", yo pensaba: "Pues así se dicen las cosas, aunque en mi barrio nadie hable así". En este contexto se entenderá mi sorpresa al llegar a Ibargüengoitia y encontrar que decían: "Cabrón", y dije: "Órale, esto es mío". Esto marcó el mapa que me dijo dónde estaba ubicado en el mundo.

Las cosas vivas están hechas con letras

Hoy, después de tantas lecturas, al acercarme a los libros sigo en espera de esa sacudida que sentí en por primera vez en la infancia.

Sé que no estará en todos los libros que leo, pero sí es la esperanza de encontrarme con un sabor conocido. Creo por ello que la literatura es como una sacudida, como una revelación.

Después de la lectura profesional, académica, que he realizado durante el doctorado y en mi trabajo en la Universidad Veracruzana; voy a los libros un poco más descreído, voy con más desconfianza; lo cual no está bien, pero es parte del trabajo. Creo que parte del trabajo del editor es desconfiar, es como sentarse frente al manuscrito y decirle: "A ver, convénceme", es leer e ir diciendo: "Este capítulo no está muy bueno, a ver cómo pinta el siguiente". Es cuando uno piensa que ese libro necesita esforzarse para convencer al lector.

Como lector sé que todavía hay un montón de clásicos pendientes por leer. Además, hoy voy a lecturas más sofisticadas, a autores más subterráneos, pero es por haber pasado por toda esa barra de postres del buffet.

Como editor me queda claro que por más olfato que se hable del oficio editorial, al final no se tiene absolutamente idea de qué va a pasar con un libro. Ha habido apuestas que hicimos a un "muy buen libro", y de pronto al libro le va malísimo en las ventas; y de pronto ha habido libros que publico sin mucha fe y resulta que le va muy bien con los lectores.

Por fortuna la literatura es mucho más amplia de lo que uno piensa, y en eso radica parte de su magia. Cada descalabro como editor demuestra que la literatura es algo vivo. Me refiero a la literatura en general, no solamente a novelas, poesías, ensayos, sino a todos los libros, a todo lo que está hecho con letras, que son cosas vivas y que van más allá de lo que uno piensa. Si sólo tuviéramos los criterios de los editores, a lo mejor tendríamos algo muy ordenado, pero le faltaría vida. Afortunadamente, los libros rebasan a los editores; por supuesto, a los malos editores.

Una mesa tiene patas, no teoría

Llegué a ser editor porque me llevó la suerte. Sabía claramente que tenía que trabajar con medios; no con medios electrónicos porque no me interesaba el radio ni la televisión. Me interesaban la prensa, los periódicos, las revistas, pero en La Laguna no sabía que se podía hacer labor editorial con libros. No era algo cercano a mí. En Torreón compraba libros, pero tenía idea que allí se hicieran, con la profesionalidad y la calidad como se editaban periódicos y revistas.

Empecé a trabajar en Torreón, Coahuila, con una suerte muy lamentable en la revista *Adelante*. En la revista *Brecha* conocí y me interesó todo el proceso editorial, porque ahí comencé a cubrir desde fotografía, redacción, corrección, formación, fotomecánica, impresión, alzada de pliegos, compaginación, engrapada, y refinada. Nada más me faltó la distribución. De *Brecha* pasé al *Siglo de Torreón.* Ahí ya era una cuestión más segmentada y muchísimo más grande.

Empecé como editor en el 1994. Ya voy a cumplir un cuarto de siglo, y sigo creyendo como el primer día que la edición es un oficio, como se lleva un taller. Ciertamente hay una gran teoría sobre la edición, pero la edición es como la carpintería. Hay que ir al taller y trabajar, sólo así se aprende. Por más manuales que se lean para hacer una mesa, hay que saber manejar las herramientas y hacer una mesa.

Trabajé mucho con revistas, aprendí a hacerlas, y de ahí se dio el paso natural a los libros. Este paso fue en el Ciesas, que fue mi primer trabajo formal, ya no como *freelance*, sino de una manera formal como coordinador de publicaciones. Mi jefe, Diego García del Gállego, a quien le aprendí mucho de criterio editorial, me preguntó en la entrevista de trabajo que si yo había editado libros. No tuve más remedio que mentirle: que sí, que claro, que cómo no, por supuesto. ¡No había editado ni un libro en mi vida, solo revistas! Pero creo que no les fallé. Cubrí mis carencias de inme-

diato. Como descarga debo decir ahora que yo iba huyendo de las prisas de los cierres de las revistas y los periódicos, pensando que los libros iban a ser una tranquilidad. Acabó siendo todo lo contrario, porque la prisa es general. En el Ciesas me dieron la responsabilidad de editar libros, y me sentía más cómodo que con las revistas.

Elegir libro es como elegir pareja

Creo que hay un libro para cada etapa de la vida, para cada edad. Un libro que nos parece maravilloso puede estar totalmente equivocado si no corresponde con lo que tiene que leer otra persona. Por eso creo que la mejor recomendación es dejar el libro si no te gusta. Déjalo y toma otro. Como lector estás en todo tu derecho. Pero no lo dejes para siempre, porque puede ser que ese libro te marque si lo lees en el momento que le toca. Hay muchísimos libros, se editan cada año miles de los más diversos temas, pero hay que darles la oportunidad, pues difícilmente llegan solos.

A lo mejor hay libros que a mí no me gustan, pero que a alguien que está empezando a leer lo pueden entusiasmar. Lo que recomendaría es que siempre tengan a un autor mexicano en la lista de lectura. Y llegado a este punto, no puedo dejar de recomendar a Ibargüengoitia y a Revueltas. Creo que ellos dos, en nuestro español de México, son las llaves para sentir que pertenecemos a algo, no sé si a un país, pero por lo menos a una comunidad de desdichados. Leer a cualquiera de ellos, por el humor o por la crudeza, está más allá de las aventuras que uno viene esperando en otros libros.

Vayan con autores mexicanos, visítenlos en algún momento. Si ya empezaron el recorrido por el buffet, al llegar a los mexicanos van a encontrar diferencias reales, sabores de casa.

Creo que la lectura tiene que ir muy ligado a lo lúdico. Si los papás quieren que sus niños lean, no los presionen, solamente lle-

ven libros a casa. Pongan los libros al lado de los juguetes. Cuando se aburran de sus juguetes buscarán otras cosas y seguramente tomarán lo que está ahí al lado. No será algo disociado, porque va a estar en el mismo campo de juegos, quizás así podrán iniciar a un lector desprejuiciado en el camino de las lecturas de su vida.

Minerva Margarita Villarreal

Poeta, docente y editora (Montemorelos, Nuevo León, 5 de abril de 1957). Estudió Sociología en Israel, y Teatro en la UANL. Es Maestra en Letras Españolas por la misma Universidad. Ha colaborado en periódicos y revistas nacionales: *Reforma, Milenio, La Jornada, Unomásuno; Tierra Adentro, La Gaceta* del FCE; *Plural, Paréntesis, Siempre!, Fronteras. Casa del Tiempo*, *La Palabra y el Hombre*, y *Letras Libres*. Así como en publicaciones periódicas extranjeras

Edita anualmente la colección Memoria, del Premio Internacional Alfonso Reyes.

Forma parte de o ha presidido los consejos editoriales, evaluadores y comités de la Cátedra Binacional México-Chile Gabriela Mistral, del Centenario del

Natalicio de Raúl Rangel Frías, Presidenta de la Corresponsalía Monterrey del Seminario de Cultura Mexicana, vocal en el área de literatura del Consejo para la Cultura y las Artes de Nuevo León; consejera ciudadana, y posteriormente presidenta del Consejo de Participación Ciudadana de El Instituto Estatal de las Mujeres NL; de *Periódico de Poesía*, de la UNAM, de la revista *La Tempestad*; de las revistas Tierra Adentro, del CONACULTA, y *Paréntesis*. Ha sido directora de las revistas *Armas y Letras*, *Cathedra*, *Interfolia*; Dirige la colección de poesía *El Oro de los Tigres*. Fue cofundadora y codirectora, junto con José Javier Villarreal, de la revista *Hogaza*: *Hoja de Poesía*; fundó la colección *Ráfagas de Poesía*.

En la actualidad miembro del Consejo de la revista *Luvina*, de la UdeG, del Consejo de la revista *Caelum*, de la UAdeC, de *Violeta*, del Instituto Estatal de las Mujeres; y del Consejo Dictaminador de la Revista de Literatura Mexicana Contemporánea de la Universidad de Texas en El Paso.

Es una autora de una nutrida obra, entre la que destaca *Hilos de viaje* (1982), *Dama infiel al sueño* (1991), *Epigramísticos* (1995), *Adamar* (1998), *Herida luminosa* (2008), *Tálamo* (2011), *De amor y furia. Epigramísticos* (2015).

Su obra ha sido reconocida, entre otros, con los siguientes Premio Plural, 1986; Premio Nacional de Poesía Nuevo Reino de León, 1986; Premio Nacional Alfonso Reyes, 1990; Premio Internacional de Poesía Jaime Sabines, 1994; Premio de Poesía del Certamen Internacional de Literatura Letras del Bicentenario Sor Juana Inés de la Cruz, 2010; Premio de Honor Naji Naaman's Literary Prizes, 2013; Premio Nacional de Poesía Aguascalientes, 2016

Actualmente es profesora de tiempo completo en la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL, Directora de la Capilla Alfonsina Biblioteca Universitaria y SNCA, desde 2011.

Desde que recuerdo, he tenido curiosidad por la lectura. Aprendí a leer con bolsas, cajas de zapatos, cosas que hubiera en mi casa, o me detenía en los anuncios de los panorámicos y preguntaba a mis padres qué letras eran. Poco a poco fui escribiendo yo solita antes de ir al kínder; le preguntaba a mi mamá y ella me ayudaba.

Mi padre siempre fue un lector ávido del periódico; lo leía de cabo a rabo, hasta los avisos de ocasión. Siempre lo vi leyendo.

Cuando me enfermaba, yo le pedía cuentos y él llegaba cargado de historietas. Fui muy feliz con esas lecturas.

Ya en la escuela las materias que más me gustaban eran las que tenían que ver con la lectura, como Historia y Español. Creo que prefería Historia porque no me gustaban las reglas del Español. Nunca me las aprendí. De hecho, no me las sé, las aplico por inercia escritural, por inercia de lectura, pero no porque me las sepa al dedillo; cuando es el caso me obligo a consultarlas.

Ya había aprendido a leer cuando en casa de mis abuelos maternos, en Montemorelos, descubrí un volumen de las obras completas de Oscar Wilde. Estaban empastadas en piel de color rojo. El libro era de mi tío Rodrigo, gran lector. Él influyó mucho en mi formación porque es amante del arte, de la lectura, de la filosofía. Recuerdo que tomé el libro y leí *El gigante egoísta*. Con ese cuento, a pesar de que era una niña de seis años, sufrí una transformación. Me sorprendió mucho la lectura porque vi mi alrededor de otra manera.

El gigante transformó a mi abuelo

Mi abuelo era citricultor, y le costaba muchísimo sacar la cosecha; batallaba con las heladas porque queman la naranja. Era un hombre muy trabajador, muy comprometido con el campo, pero se ensombrecía cuando caía una helada. Un patriarca rígido, duro como mucha gente que trabaja la tierra. Quizá se endureció por

tanta incertidumbre y tanta pérdida. Mis tíos le temían. La inclemencia del clima lo traspasó, la hizo suya. Pero cuando yo leí ese cuento, vi a mi abuelito de otra manera; miré su entorno como si fuera tocada por su totalidad, o de pronto el panorama completo se me abriera. Fue una experiencia inquietante porque me sentí en medio del jardín del cuento.

No sé si sea virtud, defecto o enfermedad, pero cuando leo me siento adentro de la situación. Lo mismo ocurre en el cine o viendo tele: me resulta muy difícil colocarme como espectadora porque siempre estoy adentro como personaje, sobre todo como el personaje más aturdido, ese soy yo, el que problematiza más, el que tiene más dudas, el que quiere más, y a veces, al que quieren menos.

Después de mi experiencia con *El gigante egoísta*, recuerdo haber leído en la Enciclopedia *El nuevo tesoro de la juventud*, *Alicia en el país de las maravillas* y la vivencia que conservo es estar cierta de haber cruzado el umbral de lo que denominamos realidad para ingresar en un terreno donde todo era extraño, una caricatura que caracterizaba a la realidad de la que me había desprendido. Me hizo ver desde otra perspectiva mi entorno. El relato era angustiante y festivo, angustiante y pesadillezco. Estas lecturas fueron determinantes porque me abrieron la puerta de la poesía. *Alicia en el país de las maravillas* presenta situaciones insólitas y a la vez cuestiona severamente las normas de la existencia.

Estar en los escenarios que se leen

En la lectura siempre encuentro. Siento que hay una dimensión invisible, desconocida, pero presente. Hay personas que tenemos la suerte de ser acogidos por esa dimensión. Sucede lo que sor Juana Inés de la Cruz llama *engarces ocultos*, y ocurre independientemente del tiempo y del espacio y logran producir acontecimientos extraordinarios o sobrenaturales. Estos *engarces ocultos* pueden

ser facilitados por la lectura. Cuando leí a Emily Brontë —quien me influyó muchísimo— sentía que estaba en esa la finca viviendo una pasión tremenda, entrañablemente enloquecedora. El amor y sus fuerzas veladas. Cuando leo a Catulo, por ejemplo, siento que estoy en Roma y que me abismo con él.

Si me refiero a la existencia de otra dimensión es porque, generalmente, lo que ando buscando lo encuentro, y no sé qué es lo que ando buscando, qué me mueve internamente. Deduzco que lo interno se vincula extrañamente con lo eterno. ¡Eso es lo maravilloso de la lectura! Responde a preguntas no formuladas pero intrínsecas de la existencia, de lo que se va viviendo. Hay cosas que ni siquiera se supondría que son parte de nuestras preocupaciones, de nuestros intereses, pero que la lectura responde.

Por ejemplo, ayer que estaba leyendo "La cuarta elegía" de las *Elegías de Duino*, me sorprendió mucho que Rilke asegura que nosotros solo conocemos el contorno de las sensaciones, que nos manejamos en el exterior de las sensaciones; y pregunta: "¿Quién no sintió nunca la angustia de estar sentado ante el retablo de su corazón?"

Mientras leía esta elegía llegaron mis hijos, Santiago y Ximena. Santiago empezó a comentar sobre lo que estaba viviendo en ese momento con una chica. Yo lo interrumpí para leerle ese pasaje de Rilke, y al terminar los dos quedaron sorprendidos de la respuesta en forma de interrogante que hace Rilke a una pregunta que no se habían formulado conscientemente pero que en mi hijo ya estaba dando vueltas.

Este libro lo recomendaría de manera básica y preponderante a quien quisiera leer poesía. *Elegías de Duino*, de Rainer Maria Rilke, publicado por Sexto piso en la versión de Juan Rulfo. Rulfo no sabía alemán pero utilizó tres traducciones para hacer una versión propia, una obra de arte.

Regresando a las respuestas de la lectura: la lectura me da conocimiento de mí misma, me induce a sumergirme en aquello

que en cierto momento me produce infinita tristeza, o confusión o euforia. Luego me arrastra a volar.

Ahora tienes casa, ahora no la tienes

Una de las lecturas que últimamente me ha dejado perpleja es *El corazón es un cazador solitario*, de Carson McCullers. La relación que hay ahí entre los personajes del mudo y el sordo es la historia de amor más bella que existe, más bella que *Romeo y Julieta*, y más trágica. Plantea un problema que se da cuando sucede el sobreamor, en este caso, a partir de un padecimiento físico. Las personas que tienen padecimientos físicos como la ceguera, la sordera, la mudez, desarrollan sentidos que el resto de los mortales no desarrollamos. Creo que eso los vuelve muy sensibles y los dota de otra posibilidad de vivir la vida, de otra capacidad de entrega. No estoy idealizando, pero la historia de amor entre el mudo y el sordo me parece verdaderamente extraordinaria, una lección de vida, una lección sin salida, porque no hay salida para el amor. Para el amor hay entrada pero no hay salida.

El amor es el sentimiento más bello que podemos desarrollar los humanos. Cuando ese sentimiento se potencia, uno queda volcado hacia esa propensión a dar, a generar. No hay reverso.

En la historia de McCullers es muy duro cómo termina el sordo que es quien se queda sin su amor. Para mí es un amor amistoso, jamás se dice que haya carnalidad, o que haya habido cercanía física, pero eso no le resta fuerza porque no es fácil amar. Cuando se tiene una pérdida amorosa puede ser que la persona ya no se recupere. La pérdida puede ser demasiado poderosa, del tamaño del amor que se tenía. Es como si se tuviera una casa y de pronto ya no está la casa; del mismo modo, si uno tiene un amor y de pronto ya no está ese amor, pues uno se queda sin techo y sin piso.

Hace tiempo alguien me dijo que mientras uno supiera cuál era su piso y cuál su techo, tenía resuelta la vida, pero yo estaba

tan confundida en ese momento que decía: "Yo solamente tengo mis pies en el suelo pero no veo el techo". Ahora, cuando uno no ve el techo descubre luego la maravillosa apertura del cielo, que es mucho mayor. A veces las pérdidas llevan a dimensiones mayores.

Leer es construir imágenes propias

La lectura va pormenorizándose a través de imágenes que despiertan dentro del lector. En la lectura se revelan imágenes y se manifiestan emociones. En cambio, generalmente en el cine, salvo que sea de arte, o en la tele, uno recibe las imágenes concebidas por otros, y no es lo mismo; no es la misma tendencia a la edificación que tenemos como lectores que como espectadores. Es mucho más rica la lectura. Yo veo series, desde luego que sí, pero no como alimento. Por ejemplo, acabo de ver *River*, muy shakesperiana, verdaderamente espectacular, pero me sigue rondando el fantasma del padre de Hamlet.

Influencias para traer

Hay autores que alimentan. Rilke, por ejemplo. Es muy difícil y es extraordinario: es un místico en el siglo XX, un místico que no tuvo reparos con su moral para llevar a cabo lo que él pensaba que tenía que hacer, y esto fue su obra. He quedado atónita con sus descubrimientos sobre muchas cosas, entre ellas: los ángeles. El tratamiento que hace de esa otra especie que habita entre el cielo y la tierra y que no vemos. Él la indaga y me ha llevado a descubrir lecturas que jamás hubiera pensado que iba a buscar, como "El libro de Tobías" que sólo se encuentra en la Biblia católica.

Pienso también en Teresa de Ávila, san Juan de la Cruz, Catulo, Marcial, Octavio Paz, Hölderlin, Safo, sor Juana.

Estas lecturas han influido en mi creación. No voy a negar la cruz de mi parroquia: yo me acarreo influencias, me las traigo conmigo, son totalmente intencionales porque las necesito; son

como mis padres que no se ven pero están ahí, ejercen una influencia mayor, y yo quiero que la ejerzan, que estén en mi trabajo. Por ejemplo, en mi libro *Las maneras del agua* hay una gran, gran, gran influencia de Teresa de Ávila. De hecho, el libro gira en torno al vuelo de Santa Teresa en la tragedia de los muchachos adictos de hoy.

Los amigos de Los Tigres

El Oro de los Tigres es una colección que hacemos con el gran apoyo de la Universidad. Tiene restricciones serias porque se llevaría muchísimo dinero si pagáramos derechos y pagáramos a los traductores. Hay una adecuación entre amigos traductores, la mayoría son poetas, y autores que nos interesan. Básicamente es un trabajo que se hace entre amigos. Creo que hemos logrado editar una colección que es importante para la poesía. Ahora, en 2018, tendremos el primer Festival Internacional de Poesía El Oro de los Tigres que surge de esta colección de poesía internacional que, con título borgeano, homenajea a Alfonso Reyes, nuestro ilustre *passeur*, barquero universal que llevó la cultura mexicana allende los mares y trajo a México y al mundo de habla hispana sus versiones de obras indiscutibles de autores como Chesterton y Mallarmé.

Reyes, poeta ante todo, merece que prodiguemos su ejemplo, él es un faro de luz ante el acontecer cotidiano que en ocasiones se resquebraja.

La poesía no sólo "es un arma cargada de futuro", sino que, como escribe Adonis, nuestro primer autor publicado, "fortalece la cabeza del mundo", en vez de únicamente llenarla como hacen la religión y la tecnología, de ahí que podamos construir una identidad. Si nos atrevemos a cruzar el umbral en el que la palabra nos devuelve una imagen y permitimos que nos lea, la posibilidad de encontrarnos es mayor.

Ante un mundo que ha perdido su brújula, la poesía es camino de encuentro, reencuentro y transformación. Despertar al adentro y revalorar la vida.

Por favor, apoyen a las bibliotecas

Cuando leo casi siempre subrayo con lápiz, pongo flechas, llaves, estrellitas y corazones al lado. Con las traducciones me gusta conseguir distintas versiones de un poema para cotejarlas y voy leyendo de uno y otro y otro.

Yo espero que en la nueva Administración Federal haya un trabajo de mayor apoyo a las bibliotecas en comunidades, a las bibliotecas municipales, estatales, a las bibliotecas universitarias. La situación es verdaderamente lamentable, hay mucho por hacer.

Hay programas que se deberían de reabrir, como el de ISSSTE Cultura, que movía autores y talleres por toda la República.

Hay mucho por hacer y tengo esperanza que así sea.

Roberto Zavala Ruiz

Editor, narrador, ensayista, articulista (Ciudad de México, 1949). Licenciado por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Ha colaborado en *Excélsior*, *El Día*, *Sucesos para todos*, *Creación y crítica, Punto de Partida, Los Universitarios, Revista de la Universidad, Hoja por Hoja*, *Manatí*, entre otros. Produjo el programa de divulgación literaria *Palabra en movimiento*, transmitido por radio en la Universidad de Yucatán, guionista de la serie *Luces del tiempo*, coproducción del INAH e Imevisión.

Ha impartido cursos de redacción, corrección de estilo, técnicas de investigación documental y producción editorial en la UNAM, la ENAH y en la CANIEM. Fue guionista del programa Luces del Tiempo.

Es autor de *El libro y sus orillas. Tipografía, originales, redacción, corrección de estilo y de pruebas* (UNAM 1991. FCE 2012). Con Ethel Correa es autor de *Recuento mínimo del Carmen Descalzo en México*, que publicó el INAH (1988).

Actualmente es director de Sans Serif Editores.

Debo decir que soy un lector tardío. También confesar que soy pésimo estudiante. En la universidad, al iniciar el semestre, pasaba por todas las guías de estudio, me leía la bibliografía y algo más, pero casi nunca iba a clase. Los buenos alumnos son muy obedientes; yo soy desobediente de tiempo completo. Iba a enamorarme de Gloria Contreras a la danza, al teatro Carlos Lazo de Arquitectura; me iba al cineclub de Ciencias, que era el mejor de entonces, después al del CUC; me iba a Filosofía y Letras de oyente.

Empecé a leer más formalmente en la preparatoria. Con las materias que llevaba me puse a estudiar y a leer más de lo que se veía en clase. También comencé a escribir, porque creo que lectura y escritura son inseparables. Me parece que, así como decían José Emilio Pacheco, García Márquez y Borges, que les gustaba mucho más leer que escribir, a mí me gustaba mucho más leer que escribir.

Creo que empecé a leer en serio a los 15 o 16 años, aunque debí haber empezado antes. Fue entonces cuando me asaltó la idea de escribir. Pienso que la escritura llega por acumulación de lecturas. Solamente así se puede escribir.

Libros para gringos

En primaria no leía más que lo que tenía que leer por obligación. En mi casa sólo había tres libros: *Sin novedad en el frente* de Remarque, la Biblia y, curiosamente, un libro que se llamaba *Fabricación del vidrio*. Leí los tres.

Un hermano estuvo medio interno cuando estudió la primaria y ahí aprendió encuadernación. A los 13 empezó a trabajar la encuadernación, y así lo hizo durante 38 años de su vida. Yo trabajaba con él durante el semestre y todas las vacaciones. Llegué, si acaso, a media cuchara. Mi hermano era encuadernador en forma.

Cuando él empezó a trabajar, llevaba libros de todo tipo a la casa. Ahí fue cuando empecé a leer un poco más. Había novelas

de la colección "Salgari", cuentos, historias, aventuras, libros formales de historia, de biología; la colección de "Life" que a mí me encantaba porque tenía muchísimas fotografías. Eran libros para gringos porque tenían muchas ilustraciones buenísimas y poca información, casi nada más fotos y pies de grabado y unas pequeñas introducciones.

Ocultar es otra forma de la ignorancia

Cuando inicié la escritura de *El libro y sus orillas*, lo hice porque otros no lo hicieron. Mucho de lo que he escrito ha sido porque otros no han cumplido con su obligación. He tenido que hacerlo yo, que no sé tanto ni lo hago tan bien como ellos. Hice un libro que creí necesario, y resultó ser un libro esperado, esperado en primer lugar por mí, porque hubiera querido tener uno así. Cuando empecé a trabajar tenía muchas dudas, algunas ya más o menos resueltas, porque a lo largo de la vida me fui encontrando gente que no era díscola —como decían en mi casa—, y que compartían conocimientos. También estaban los otros: los negadores de lo que sabían. Aunque a veces me daba la impresión de que no sabían y por eso hacían como que ocultaban. Creo que en realidad lo que ocultaban era la ignorancia.

El humor y sus orillas

Curiosamente en mí empezó primero la escritura. Yo tenía necesidad de hacer reír, lo cual es chistoso porque soy muy formalito y hasta medio depresivo, pero me hacía mucha gracia que lo que escribía causaba risa; es más: buscaba que provocara eso.

A veces no. Un tiempo estuve escribiendo lo que llamaban varía invención u obras y creación libre… era una especie de aforismos que se acercaban al cuento, pero eran tan breves que les tenía que buscar el nombre y apellido. Daré un ejemplo: "Al llegar a la existencia se dio cuenta de que había perdido el tiempo. La

segunda mitad la perdió buscando el tiempo perdido". Yo decía que era una terrible tragedia, pero a la gente le causaba risa. Así como ese, escribí varios textos que para mí eran muy dolorosos, me llevaban a la reflexión, a la tristeza, al dolor, pero la gente se reía. No me hacían sentir mal, por el contrario, me sentía bien que la gente tomara un poco a la ligera eso que me había hecho sufrir.

En el tiempo de la secundaria escribí un diario que tenía todo lo que no debe ser un diario, en primer lugar, porque no era oculto. Por ejemplo, llegaba a casa el novio de mi hermana mayor y me pedía el diario. Decía que le gustaba leerlo porque era chistoso. Se tiraba de la risa, se carcajeaba y a mí me caía muy en gracia. Nunca escribí con ese objetivo, pero me salía muy fácilmente.

Me han dicho que en *El libro y sus orillas* hay humor. Personalmente creo que ya no es un humor de carcajada, como en los primeros textos, sino un humor fino, un humor un poco "trilce", diría Vallejo: entre triste y dulce; un poco más elaborado y a veces sarcástico.

Cuando me di cuenta de que la gente se reía ante mis textos escritos con dolor, mi primera reacción fue de desconcierto. Después entendí que algunos se reían como una forma de defensa, como para no querer entender del todo, como para evadir enfrentarse con lo que había detrás de la escritura. Creo que esos textos eran tan breves que permitían una segunda o una tercera lectura en la que ya cabía más la cavilación, el análisis. Entonces ya no les provocaba risa. Creo que esos pequeños cuentos eran producto de pensar un poco en cómo decir lo que a mí me dolía. No lo quería decir de manera que los lectores no se lo comieran, sino que les resultara dulce para que se lo pasaran, y una vez pasado, hicieran como los rumiantes y lo volvieran a pasar y a pasar hasta que les cayera el 20 y tomaran en cuenta que eso no era gracioso, que era algo para reflexionar, pero hasta que se lo hubieran comido.

Eran textos sencillos porque a veces la grandilocuencia estorba para que los jóvenes lean. José Emilio Pacheco tenía una acti-

tud desenfadada, tanto que cuando se presentaba, lo que más había era jóvenes. Él era un hombre sencillo, si los hay. Era sencillo en su vida, sencillo en su obra, sencillo en su trato con los demás. Sencillo en todo. Machado decía que no podía usar una palabra que no oyera en el mercado. Eso es una belleza porque son palabras de uso, no palabras que huelen a naftalina de las que sólo les gustan a los que no escriben si no tienen a un lado 20 mamotretos de diccionarios, los que no usan la lengua viva.

Leer desde el analfabetismo

A mí me han dicho varios piropos de *El libro sus orillas*. Hasta ahora he escrito cinco libros y estoy por publicar otro sobre personas y personajes del Metro.

De los cinco libros escritos me buscan por *El libro y sus orillas*, pero el mejor piropo que me han dicho no fue por ese, sino por uno sobre los carmelitas descalzos que se llama *Recuento mínimo del Carmen Descalzo en México*, que publicó el INAH. Ahí aparece una fotografía de Salvatierra, Guanajuato, tierra de una señora con la que comí durante un tiempo. Nos llevábamos bien, y además me consentía porque me ponía un tascalito y me echaba un globito a la vez. Le regalé el libro, y como a los tres meses nos volvimos a ver. "Oiga —me dijo—, usted no cree en la virgen, ¿verdad?, porque dice eso de que alguien había venido en un arrebato místico desde Guatemala por los aires y había hablado en lengua para decir precisamente dónde tenían que construir en su santo Desierto de los Leones, y usted lo que dice que seguramente los frailes carmelitas ya tenían hasta los planos, pero que tenían que justificar ideológicamente esto". A mí me llamaba la atención la capacidad retentiva de la señora, y su comprensión. Ese día, antes de despedirnos, me dijo: "Oiga, ¿le puede poner aquí en el libro que es mío?" Le firmé la dedicatoria, se lo entregué y me dijo: "Ahora me puede decir qué dice". Ante eso le pregunté que si no sabía leer y dijo que no. "¿En-

tonces me puede decir cómo diablos hizo para aprenderse todo, si se lo sabe mejor que yo?" En efecto, la señora me acababa de decir cosas del libro, por ejemplo, que le dio mucha risa que en la nave capitana habían visto comer y luego descomer o hacer del cuerpo. "Yo me reí mucho porque en su libro usa expresiones que así dicen en mi pueblo. Allá dicen ´Hacer del cuerpo´".

Finalmente me explicó que como se la pasaba todo el día echando gordas, se le hinchaban los pies. Llegando a su casa, su señor le tenía preparado un balde con agua caliente y sal, y mientras "le daba el alivio", el marido le leía la Biblia. "Cuando usted me regaló el librito, le dije que interrumpiéramos la Biblia para leer el suyo. Los dos nos divertíamos mucho porque usted escribe sabrosito. Por ejemplo, usted dice que la nave capitana iba, así como los pájaros, abriendo el agua para que los demás no sufrieran abriendo el mar".

Ante eso yo le dije que debería aprender a leer y fue cuando me confesó que no le interesaba aprender "porque los que hacen los libros no piensan en una porque escriben complicado, no escriben en sencillo y usted escribe con palabras sencillas, y cuando escribe una palabra que una no conoce, ahí mesmo le dice qué quere decir".

Ese es el gran piropo que me conmovió porque sólo eso he perseguido toda la vida: escribir sencillo.

Cuando se escribe, uno nunca piensa en quién lo va a leer porque no los conoce. Uno escribe para desconocidos, pero al menos se debería pensar en palabras sencillas. Algunos escritores piensan en eso que llaman "las palabras domingueras". No. Yo creo que se debería pensar en las palabras sencillas que son, a fin de cuentas, las palabras vivas, las que todo el mundo conoce, las que no ofenden a los que tienen una instrucción elevada, una cultura amplia, y que no ignoran los que han leído menos. Creo que son las palabras más anchas y más profundas. Con ésas deberíamos escribir y eso deberíamos leer.

Leer en un libro lo que está escrito y lo que no

Cuando uno es lector, la lectura permite leer a cada quien un libro distinto. Cada quien lee el libro que puede. Eso depende de su propia capacidad de lectura, de lo que ha leído, y hasta de la vida que ha vivido. Creo que cuanto más amplia y rica sea su vida, es más amplia, profunda y productiva la lectura de cualquier cosa.

García Márquez decía que cuando leía algo hacía como las buenas costureras que no ven un vestido por el frente, sino que lo voltean y ven las costuras para ver cómo está cortado, cómo está unido y zurcido, como está hecho.

Uno lee en el libro lo que está escrito y lo que no. Yo creo que lo que no está escrito es lo que cada cual puede leer en la interlínea, ahí hay muchas cosas que son recuerdos, vivencias, asociaciones, pensamientos de lecturas, que son todo eso que forma lo que la psicología llama "El marco de referencia", es decir, aquello a lo que remitimos todo lo que hacemos, todo lo nuevo; lo remitimos a lo que ya conocemos. Vamos enriqueciendo nuestra lectura con la lectura conocida, y creo que nos sirve también para enriquecer, a quienes pretendemos escribir, la escritura propia.

En *El libro y sus orillas*, por ejemplo, hay citas de películas, de obras de teatro, de novelas, de poemas, de anécdotas; bueno, unas sí son anécdotas; otras son inventadas. Cuando digo: "Como decía mi abuelo: ´El dinero no es lo primero, pero tampoco lo segundo´", cito a un abuelo que no existió. A veces digo: "Como dicen en mi pueblo, era más largo, pero aquí se acaba", pues es un pueblo que tampoco existe pero que debería existir.

Amo las carcajadas de los jóvenes

El amigo más joven que he tenido cumplió 70 años cuando lo conocí: Ángel Guerrero Reyes. Era el más joven porque en verdad era el más joven de todo el grupo donde trabajábamos. Yo tenía

23 años y era su jefe por una mera cuestión circunstancial. Ángel tenía una voz que Júpiter tonante se callaba y se quedaba mudo cuando lo oía hablar, y una cultura no solamente libresca; había sido agregado cultural de México en Italia, en Suiza, entre otros países. Abogado de formación con una cultura amplia y profunda, e insisto, no sólo libresca, sino cultura viva.

A Ángel le pasó algo terrible: se enamoró de una mujer de la mitad de su edad que no le correspondió, entonces le pasó lo que a la niña de Guatemala: se murió de amor, literalmente se dejó morir, se le perdió la voz, hasta hablar con una voz de fideos cambray, dejó de leer. Le pregunté por qué ya no leía y me dijo: "Mira, Roberto, ya no leo. Estoy en una edad en que si leyera sólo a premios Nobel no me alcanzaría la vida. Pero no los leo porque tengo la maldita manía de leer a los jóvenes. Sé que en los jóvenes está la esperanza. Sé que pierdo muchas relecturas, pero me siento alimentado por la sangre joven. No ando con gente de mi edad porque se quejan de todo. Me gusta andar con jóvenes. Creo que la única manera de mantenerse joven es estar con los jóvenes, porque los viejos viven de la historia en el peor sentido, viven de lo que querían haber hecho y no hicieron. Amo las carcajadas de los jóvenes. Prefiero mil veces leer novelas de jovencitos que están empezando y poemas que todavía tienen ripios pero que tienen tanta vida, tanta savia que no los cambio por un premio Nobel perfecto. Más vale la gracia de la imperfección que la perfección sin gracia". Por eso también yo leía a los jóvenes, pero ahora ya no son jóvenes.

Un egipcio en español

Siempre recomiendo a los jóvenes leer a alguien que ya es un hombre maduro: Fabio Morábito. Lo conocí cuando él tenía 20 o 21 años. Era ya un brillantísimo y consumado ensayista, que es el género más endiabladamente complicado. Fabio Morábito no es

de lengua española materna. Él aprendió español a los 15 años, al llegar a México. Creo que es el escritor más cuidadoso que existe. Lo recomiendo como modelo.

Nació en Egipto, de padres italianos, se crió en Italia, emigró a México y se casó con una mujer brasileña.

Él es poeta, ante todo. Cuando escribe poesía es poeta; cuando escribe cuento, es poeta; cuando escribe novela, es poeta; cuando escribe ensayo, es poeta, y también cuando traduce a poetas, es un consumadísimo poeta.

Manías que tiene uno

Cuando tomo un libro, sobre todo si es un libro encuadernado en forma, y aun los de rústica, antes de abrirlo lo veo de lado, tanto de canto como la cabeza y el pie, para ver si las cejas están parejas. Manía de encuadernador. Invariablemente están chuecas. Muy pocos libros cuidan que tengan la misma medida en ambos lados.

Cuando era ayudante de mi hermano, y él detectaba esa irregularidad, me lo devolvía diciéndome que si acaso yo no tenía ojos. "¿Por qué me lo das así? Ya lo voy a terminar y estamos en el acabado, no puedes dármelo así. Una ceja está más larga que la otra, ¿que no ves?" A mí se me quedó eso y ahora primero revisó el libro físicamente antes de abrirlo. De hecho, no me lo llevo de la librería sin revisarlo. Y si no me dejan abrirlo, no me lo llevo. Aun cuando esté retractilado: si no lo reviso, ahí lo dejo. Soy editor hace casi 50 años y tengo 51, casi 52 de estar publicando.

Cuando uno llega a esas edades de oficio no se puede permitir liviandades. No tolero estar leyendo una novela, por ejemplo, y encontrarme con la falta de un pliego, o con un pliego repetido, o un pliego sobreimpreso. Por eso reviso que el libro esté bien —eso quiere decir *Revisar*—, que vaya de la uno a la 400, si es que tiene 25 pliegos, y no lo suelto hasta haber revisado uno por uno todos los pliegos.

Otra manía es que marco los libros. He tenido que sufrir al despedirme de un amigo, ahora ex amigo, porque me robó un libro. ¡Es terrible! Uno puede robar un libro sin ningún prurito a un rico que no lee. Supongo que Peña Nieto no tiene biblioteca, pero si la tuviera llena de incunables que no abre, no me daría ningún problema robarle todos. Le hicieron un meme en que le decía a López Obrador: "Aquí te dejo todos estos libros, están nuevecitos, no he abierto ninguno". No lo dudo.

Pero nunca en la vida me atrevería a robarle un libro a un amigo. Nunca.

Un desvergonzado llegó a mi casa y se llevó un libro irrecuperable: *Papeles* de Macedonio Fernández, que compré en una Feria del Libro Universitario, publicado por EUDEBA. Lo que no supo ese desdichado es que el libro estaba marcado en la página cinco y en la página 49, que es mi año de nacimiento. Le arrancó la portada sinvergüenzamente y me dijo que lo había comprado en una librería de viejo. Entonces lo tomé y le dije: "Oye, y lo compraste también con mi nombre aquí", y se lo mostré. Se quedó helado. Entonces le dije: "No vuelvas a pararte nunca en mi casa. Nunca. No te quiero ver jamás".

Converso con el hombre que siempre va conmigo

Me gusta más releer que leer. A diferencia de lo que pensaba mi amigo el guerrero, Ángel Guerrero Reyes, no estoy pensando en la muerte. Para nada. Un hermano mío me regaló un calendario que sólo llega hasta el 2099, y le pregunté que dónde recogía el siguiente, porque cuando se me acabara, apenas iba a tener 150 años. No pienso morir antes de los 150, y seguir caminando y amando y leyendo y escribiendo. Pero sobre todo leyendo y releyendo. Releo mucho. También veo muchas películas que ya vi, aunque me gusta mucho ver películas nuevas. Para mí el cine es otra forma de leer

el mundo, es una forma de ver culturas que no conozco, ver gente que no puedo conocer porque están del otro lado del planeta, y no tengo dinero para andar paseando. Si tuviera me iría por el mundo sin itinerario fijo, iría a un país lo necesario para conocerlo y luego otro y luego otro y luego otro. Pero como no puedo, entonces leo. La lectura como una forma de viaje. Creo que todos hacemos eso quizá sin saberlo. Al leer platicamos con gente que ya murió, platicamos con gente a la que no conoceremos nunca; leemos como una forma de alimentar la memoria, de alimentar el diálogo interno. Machado decía: "Conversó con el hombre que siempre va conmigo" como una forma de alimentar el monólogo, ese monólogo en el que todos somos especialistas.

Sólo espero cosas buenas

Creo que López Obrador tiene una serie de ventajas sobre mucha gente que podría haber sido presidente. Una de ellas es que no es ningún jovencito improvisado. Haberse echado tres veces los municipios de todo el país no lo ha hecho nadie y eso es una gran ventaja.

Otra ventaja es la que nos sirve, cuando damos clase de redacción, para explicar la diferencia entre terco y necio. Necio es Fox, y es necio porque es tonto, y, peor aún, es tonto de la cabeza. Pendejo de la cabeza. Lo puse en mi libro en la sección de las "malas palabras". Me lo dijo un indio cuando le pregunté qué pensaba de Fox, cuando todavía estaba de presidente. "¿Ese? Ta´pendejo´e su cabeza". Tenía toda la razón.

López Obrador no tiene nada de necio. Es terco, muy terco y esa terquedad le ha servido para llegar a donde se propuso desde hace más de 20 años, y creo que va a hacer un buen papel porque le costó un chingo de trabajo.

Otra ventaja más es que cerca de él hay gente muy preparada. Conozco a muchos profesores universitarios, especialistas, cada

uno en su materia, cerca de él y creo que no la van a dejar hacer las pendejadas propias de un caudillo. Él es un caudillo a pesar de sí mismo. Creo que no lo van a dejar hacer caudilladas.

De alguna manera López Obrador se ha ido doblegando a sí mismo. Esas tres vueltas al país le aflojaron la carrocería, como él dice. Creo que no está cansado, nada más está aflojada de la carrocería, pero el motor está intacto.

Creo que hay muchas cosas que ha hecho o propuesto y que fueron retomadas por gobiernos sucesivos como si fueran propias, entre ellas las ayudas a los mayores. Luego los priistas se adornaron diciendo que eran de ellos, y los perredistas dijeron que eran de ellos… La verdad es que fueron iniciativas del gobierno de López Obrador.

Podría decir más pero no es necesario. Creo que más vale esperar, y esperar cosas buenas. Hay una que, depende de cómo se decida, vamos a saber hasta dónde va a tirar la vara: el pleito inicial con los ministros de la Suprema Corte de Justicia. Creo que dependiendo de cómo se defina eso de que no haya sueldos más altos que los del presidente, va a depender de cómo se haga el derrame económico de ahí hacia abajo. De eso depende que haya un poco más de igualdad, o un poco menos de desigualdad. Que las desigualdades no sean tan majaderas como lo son ahora.

Tenemos algunos súper millonarios. Cuando entró Salinas teníamos poquitos, pero crecieron con él, y han seguido creciendo. Ahora no son millonarios, son billonarios. En México tenemos a unas cuantas familias dueñas del mayor ingreso del país.

Respecto a la lectura, no podemos estar peor que ahora. Cuando empezaron los neoliberales, hace tres sexenios, yo tuve problemas muy serios porque todo lo que hacía —dar clases, hacer libros, escribir, publicar—era cultura. Por primera vez en mi vida tuve que buscar trabajo porque parecía que en el país lo más prescindible era la cultura. Creo que ahora eso cambiará. Espero.

Índice

Presentación 7

Juan Domingo Argüelles 1

Óscar de la Borbolla 21

Horacio Cárdenas Zardoni 37

Micaela Chávez Villa 53

Christopher Domínguez Michael 67

Julieta Fierro Gossman 71

Armando Fuentes Aguirre *Catón* 81

Felipe Garrido 93

Daniel Goldin 103

Pepe Gordon 109

María Magdalena Hernández Flores 123

Ethel Krauze 133

Luis Felipe Lomelí 143

Sergio López Ruelas 157

Fernando Macotela 169

Alejandro Merlín 183

Jaime Muñoz Vargas 195

Alma Delia Murillo 209

Eduardo Antonio Parra 215

Dr. Ruy Pérez Tamayo 225

Karla Robles Cortez 241

José Adolfo Rodríguez Gallardo 251

Saúl Rosales Carrillo 263

Paloma Sáiz Tejero 275

Benito Taibo 293

Carlos Manuel Valdés Dávila 305

Édgar Valencia 319

Minerva Margarita Villarreal 329

Roberto Zavala Ruiz 339

Invítame a leer
Conversaciones con gente de libros

Febrero de 2019
Editado por la Coordinación Editorial de la Secretaría de Cultura
de Coahuila
e impreso en Infocolor Impresores

El tiraje fue de 500 ejemplares